

ae



Con sabor a
Irlanda
OLIVIA ARDEY

· Incluye las recetas de Lys ·

Lectulandia

Tras un divorcio caro y decepcionante, Connor no quiere saber nada de mujeres. Como una broma del destino, se ve obligado a soportar la dulce insolencia de una cocinera que, cada día, deja una nota junto a la cena que prepara para él. A regañadientes, accede a formar parte del jurado de un concurso fotográfico y, en la entrega de premios, comparte mesa con una simpática desconocida a la que conoce mejor de lo que imagina.

Cuando Lys Scott perdió a su bebé su vida dejó de tener sentido. Aprendiz de todo y maestra de nada, se vuelca en un empleo temporal como cocinera para una familia adinerada de Dublín mientras recobra el ánimo curso al que se presentó por casualidad es la inyección de optimismo que tanto necesita.

El destino está lleno de sorpresas y, a veces, la persona más insospechada tiene el poder de devolvernos la ilusión y las ganas de vivir.

Lectulandia

Olivia Ardey

Con sabor a Irlanda

ePub r1.0

Titivillus 06.10.2018

Título original: *Con sabor a Irlanda*

Olivia Ardey, 2017

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Rosa Alcañiz Serra, mi eterna y fiel amiga. Por donde vas, contagias
entusiasmo y pasión por la vida.

Conjuro indestructible para lograr el amor de una mujer a la que se desea y ama:

«Tu mía, yo tuyo y de nadie más. Tu rostro siempre hacia el mío y que vuelvas la cabeza ante todos los demás».

Debe repetirse tres veces con una copa en la mano en la que haya bebido la amada.

Legends, Charms and Superstitions of Ireland
Lady Wilde

Prólogo

Primavera, una ilusión efímera, como los manzanos de Armagh en flor

—Lo siento de verdad, Lys —reiteró con un gesto de sincero pesar—, pero no puedo postergarlo más.

Aunque hacía mucho que el señor Murphy le había dado el preaviso, Lys Scott sintió una desagradable mezcla de disgusto, al ver la cara de circunstancias de su casero, y de culpabilidad por haberse dedicado durante semanas a demorar el momento de cerrar para siempre las puertas de su negocio.

—No crea que me empeño en oponerme a algo que sé que es inevitable —se excusó—. Ya le dije que necesitaba agotar las existencias. Y es que aún no he vaciado el almacén.

—Estoy atado de pies y manos, Lys. Les di mi palabra. Esta mañana me ha llamado el constructor, tienen previsto empezar las obras el lunes.

Sonó la campanilla de la puerta. Lys giró el rostro hacia la pareja de ancianas que, tras un somero vistazo, escogieron la mesa junto al ventanal.

El café de Gina llevaba abierto cuatro meses. A Lys no le había dado tiempo a hacerse con la clientela habitual. Se enamoró del local a primera vista y por eso decidió alquilarlo. No imaginaba que, un mes después de formalizar el contrato, su casero decidiría vender aquel edificio georgiano; lo cierto es que necesitaba reformas inminentes que él no podía costear. Darren Murphy era un buen hombre, pero había cumplido los sesenta y seis y, con la venta, se quitaba un gran problema de encima, además de asegurarse holgura económica para la vejez.

El resto de inquilinos ya habían ido dejando los apartamentos, lo mismo que el señor Murphy que, para alegría de su esposa, había comprado una casita de una única planta en Kinsealy, muy cerca de donde vivían sus hijos y nietos. La única que se resistía era Lys, y no por cabezonería, ni por pretender obtener una indemnización mayor.

El problema era que Lys había invertido en aquel café la cantidad estipulada en las condiciones del divorcio en concepto de compensación económica. Un dinero que no pagaba ni desquitaba los seis años dedicados a Aidan ni su renuncia a labrarse un futuro laboral fuera del hogar.

Con un gesto, pidió paciencia al señor Murphy, al mismo tiempo que se acercaba a la mesa para atender a las dos ancianas. Cuando regresó al mostrador, preparó dos teteras. Una de ellas la colocó delante del hombre, junto con un platillo con un par de galletas.

—Están recién hechas —dijo con una sonrisa amable.

Colocó el otro servicio doble de té en la bandeja, además de dos porciones de pastel de crema de *whiskey*, y se dirigió hacia la mesa que ocupaban sus más que probables últimas clientas.

—Están deliciosas —afirmó el señor Murphy, al verla de regreso—. Las echaré de menos.

Lys depositó la bandeja vacía sobre el mostrador.

—Una semana más —suplicó.

Incómodo, el hombre clavó la mirada en el fondo de su taza de té.

—Mañana sin falta debo entregar las llaves del edificio. Todas —recalcó.

Ella no insistió. Ya se había agotado el mes de preaviso. Y era honesto reconocer también que, cuando alquiló la planta baja, el hombre le advirtió que andaba negociando con un posible comprador. Entonces Lys pensó que aquello quedaría en nada: las casas de la época georgiana eran muy caras, quién iba a estar interesado en comprar precisamente aquella estando tan mal conservada. Dublín estaba repleto de edificios de ese estilo y en mejor estado.

Era obvio que estaba poniéndolo en un aprieto, y apreciaba demasiado al señor Murphy como para crearle problemas. Se cruzó de brazos, de cara a los ventanales. Si en lugar de aquel bajo hubiera elegido el que alquilaban justo en la acera de enfrente... Pero no era tan bonito, ni hacía esquina, como su precioso y efímero saloncito de té. Contempló los dibujos enmarcados con las que había decorado las paredes. Eran los mismos que ilustraban los siete cuentos infantiles que había publicado. Historias protagonizadas por la ratita Gina, que, de momento, y hasta que su corazón dejara de doler, no tenía intención de escribiendo ni dibujando.

—Entiendo que estés disgustada.

Lys miró con lástima al hombrecillo con cara de bonachón. Qué sabía él. Aquel pequeño café fue un escondite más en su vida, el tercero que había utilizado como refugio. Primero fue el viejo armario de roble de la casa de la abuela, durante su infancia en Inishmore, donde se escondía para no escuchar los gritos y cuando no quería que nadie la viera llorar. Años después, durante su matrimonio, la cocina de la casa se convirtió en su rincón comfortable. El único lugar donde la soledad la hacía sentirse segura. Y después, cuando por fin fue capaz de hacer frente al dolor de perder a su bebé, aquella minúscula cafetería era su último refugio de cuatro paredes, el primero cuyas puertas se había atrevido a abrir para permitir la entrada a los demás.

Lo detuvo al verlo sacar la cartera.

—Invita la casa —dijo con un suspiro—. Me sentó muy mal saber que vendía el edificio. He invertido mucho en este bajo para dejarlo así de bonito. Además de la maquinaria —recordó pensativa.

—Entiéndeme, ¿qué otra cosa podía hacer?

Ella dulcificó el gesto, tampoco pretendía que se sintiese culpable. Las cosas

habían se habían sucedido así y no le quedaba más remedio que asumirlo. La habían indemnizado como a los demás y, siendo sincera, postergar el cierre era una cuestión de nostalgia. Había quedado tan acogedor con el empapelado a rayas en blanco y fucsia, y la ratita Gina presente en cada rincón...

—Pero no se preocupe —añadió para tranquilizar al pobre hombre—, he conseguido venderlo todo. Hasta el mobiliario. Solo quería agotar los productos perecederos que tenía almacenados, es una pena que se echen a perder. Hablaré con alguna asociación de caridad, a ver si pueden pasar a recogerlos antes de que se haga de noche.

Las dos señoras se acercaron al mostrador para pagar la cuenta. Y una vez allí, encandiladas con el delicioso aspecto de las dos tartas del expositor, pidieron un par de raciones para llevar. Lys las envolvió cavilando qué podía hacer con el resto de las tartas. Cuando salieron por la puerta, miró al señor Murphy, que también observaba su marcha.

—Las dos últimas clientas de El Café de Gina —asumió.

—Una pena, con lo encantador que es este lugar —reconoció poniendo su mano sobre la de Lys—. Si puedo hacer algo por ti, tienes mi teléfono.

Lys retiró la mano. Su hasta entonces casero no tenía por qué saberlo, pero, desde niña, odiaba que sintieran lástima por ella. Acababa de cumplir veintiocho, ya había soportado suficientes miradas de compasión desde que tenía uso de razón.

Recordó el día en que decidió abrir El Café de Gina. Durante sus años de casada adquirió mucha maña en la cocina. Guisar era el único entretenimiento que la sacaba de su tediosa existencia, sola en aquella casa tan alejada de la ciudad. Los platos salados se le daban muy bien, pero se decidió por un negocio de pasteles y galletas recordando los años difíciles, cuando su madre la dejó en manos de la abuela Deirdre y se marchó a las islas de Aran para nunca regresar. En su casita de Inis Mór, cada día de la semana, antes de ir al colegio, desayunaba una rodaja de pan con mantequilla. Solo los domingos, la abuela se permitía el lujo de espolvorearla con una generosa cucharada de azúcar y ella masticaba despacio cada bocado para que le durara el dulce sabor en el paladar. La felicidad sabía a pan con mantequilla y azúcar, a mañana de día de fiesta sin ir a la escuela.

—Señor Murphy, si yo le pidiera un favor...

Llevaba rumiando esa idea desde que tecleó en la máquina registradora el último cobro del negocio.

—Si está en mi mano, cuenta con ello.

Lys miró su reloj.

—Todavía son las doce. Antes de las ocho de la tarde puedo entregarle las llaves, hasta entonces me da tiempo a hacer un par de llamadas para que se lleven todo lo que queda en la despensa. Por las sillas y el resto del mobiliario vendrán mañana si insisto. No creo que los nuevos propietarios vayan a empezar ya mismo.

Tenía que telefonar al matrimonio paquistaní que lo había comprado para

renovar el de su local de comidas para llevar. Les metería prisa y les pondría en contacto con el señor Murphy. Por si acaso, apuntó en un papel el número de los compradores y se lo entregó al casero.

—¿En qué necesitas que te ayude? —se ofreció—. ¿Quieres que vaya amontonando las sillas?

Lys negó, pensativa. No se trataba de eso, quedaban dos tartas casi enteras, medio *plum cake* y cuatro docenas de galletas. Aquellas dos abuelitas fueron sus últimas clientas, pero no las últimas personas que iban a disfrutar de los sabores de El Café de Gina.

—Necesito que me ayude a empaquetar los pasteles de la vitrina. Y le agradecería muchísimo que me llevara en coche. Si voy en la moto, me será imposible repartirlos.

—Cuenta con ello, mi mujer no me espera hasta la tarde.

—¡Ah! Y haremos también unos termos de té bien caliente —decidió, sacando la tarta de zanahoria del aparador refrigerado—. ¿Cómo vamos a tirar todo esto a la basura con lo bien que sabe?

Haría lo mismo que todas las noches, cuando bajaba la persiana, daba una vuelta por los alrededores y repartía los pasteles que no se habían vendido entre los indigentes que dormían en las aceras. Con la ayuda del señor Murphy, los habituales del vecindario que malvivían en las calles porque carecían de un techo donde cobijarse, iban a saborear el almuerzo más dulce de todo Dublín ese mediodía.

Capítulo 1

Un verano claroscuro y lleno de sabor, como una tarta de chocolate con nata batida y cerezas frescas

Seis meses después...

Lo intentó, pero todo se fue al garete. Lys creyó que, siendo la dueña de su propio negocio, tendría el gobierno sobre los ingresos que aseguraban su sustento y, por ende, el control absoluto de su vida. Ya sabía lo que era sentirse dependiente de otra persona, y la intentona de llevar las riendas de su existencia acabó en una vana ilusión.

Pero no se arrepentía de la decisión que tomó cuando tuvo que cerrar y liquidar su efímero salón de té en el centro de Dublín. No se permitió a sí misma el lujo de hundirse y volverse a meter en la cama para no salir de ella durante días; esa desalentadora solución ya la había usado en el pasado, cuando creyó que la vida carecía de sentido. Tumbarse y cerrar los ojos a la espera de que las horas pasaran no servía para nada.

Esa vez optó por analizar su situación. Contaba con las regalías de los cuentos que, por fortuna para ella y tranquilidad de su editor, continuaban vendiéndose muy bien. Aunque, en conjunto, no bastaban para vivir, le aportaban cierta seguridad, puesto que los iba ahorrando. De momento no había extraído ni un euro de la cuenta donde la editorial se los ingresaba, y no pensaba hacerlo de no ser imprescindible. Siendo ecuánime a la par que agradecida, su situación económica en ningún momento había llegado a calificarse de desesperada.

Evaluó las opciones que se le presentaban. Solicitar trabajo en algún museo público o privado probablemente no iba a reportarle un puesto con la inmediatez que le hacía falta. Y, además, en ese particular momento de su vida, en el que apenas empezaba a atreverse a abrir las puertas a nadie, no le apetecía la obligación inevitable de trabajar en equipo. Dedicarse a la docencia fue una opción que descartó desde el principio puesto que no había nacido con vocación ni se hallaba en condiciones de concentrarse en la preparación de unas clases con profesionalidad. Y trabajar de mala gana, además de una condena, implicaba un perjuicio injusto para su hipotético alumnado.

Lys había extendido todas sus cartas sobre la mesa. ¿Qué sabía hacer? Narrar cuentos e ilustrarlos, tarea que había aparcado porque su estado de ánimo se lo impedía; le temblaba la mano ante la sola idea de coger un rotulador. Un día retomaría las aventuras de su ratita aficionada a la cocina. Así se lo había prometido a su editor y estaba dispuesta a cumplir su palabra. Pero no en los próximos meses, no

hasta que sanara la brecha que aún se le abría en el corazón cada vez que recordaba al bebé que ya nunca acunaría en sus brazos.

Descartadas también la docencia y la museística, oportunidades que le permitían su nunca ejercida Licenciatura en Historia del Arte, quedó una única carta sobre la mesa.

Y esa escogió.

A resultas del aburrimiento en que devino su matrimonio, durante en el que sin darse cuenta se vio convertida en una esposa dependiente y anulada por Aidan, se refugió en la cocina de la casa para combatir el tedio y la soledad. A fuerza de guisar y experimentar con recetas, podía presumir de buena cocinera. Por eso decidió abrir El Café de Gina cuando se divorciaron. Negocio que fracasó pero del que obtuvo una experiencia vital: nunca más volvería a correr riesgos empresariales. En adelante se conformaría con la comodidad de trabajar para otros y la tranquilidad de recibir un sueldo seguro a fin de mes.

Por eso aceptó aquel empleo que le ofrecieron en la agencia de colocación. Y así fue como llegó a la enorme y soleada cocina de la familia McEvan. Si Aidan y la gente con la que se codeaba en su época de casada lo supieran, no darían crédito al verla vestida de empleada doméstica. Pero los orígenes de Lys eran muy humildes. Ella venía de las Islas Aran y en casa de la abuela Deirdre creció con lo justo; y en cierta época triste, con auténtica estrechez y ningún lujo. Esa educación le enseñó a no desdeñar ningún oficio. Lys consideraba digno cualquier trabajo, tanto mérito tenía y tan necesario era barrer las calles como pilotar un avión.

Sin querer, convirtió la cocina de los McEvan en un nuevo armario vital en el que había vuelto a encerrarse. Cuando cocinaba, mantenía la mente y las manos ocupadas. Se esmeraba en la elaboración de cada plato con una concentración extrema. Los resultados se hacían notar, puesto que la señora McEvan apreciaba mucho sus guisos. Esa dedicación le impedía pensar en nada más. Mientras medía tiempos, sopesaba la cantidad exacta de las especias y apreciaba la intensidad justa para que ningún sabor disfrazara el gusto genuino de la receta, evitaba acordarse del pequeño pedacito de sí que el destino le arrancó de los brazos de una forma inesperada y cruel. Ya podían consolarla repitiéndole mil millones de veces que no tenía ni treinta años y una vida por delante, que no servía de nada. Recordar aquella tragedia que ninguna madre debería vivir la desgarraba por dentro y le llenaba los ojos de lágrimas.

Con la pérdida de Rori, su matrimonio se deshizo, y algo más tarde, el negocio en el que volcó sus ilusiones, fracasó. Pero la vida seguía, y la suya, en ese momento, consistía en cocinar a las órdenes de la señora McEvan, que no era precisamente la reina de la simpatía, pero podría ser peor. No se entrometía en su trabajo y no pisaba la cocina salvo para darle instrucciones sobre la compra y sus preferencias culinarias.

Lys no tenía intención de quedarse en aquella casa para siempre. En un futuro cercano pensaba abandonar Dublín, ya que apenas se movía por aquella ciudad que le traía más recuerdos tristes que dichosos. No había decidido dónde instalarse todavía,

aunque su idea era hacerlo lejos de la capital.

Al menos no estaba a disgusto en aquella cocina, cuya ventana con vistas al jardín trasero constituían todo su horizonte, junto a las paredes de su pequeño apartamento de alquiler. Soñar con otra cosa era algo bonito, por eso no dejaba de recortar las etiquetas de los paquetes de café soluble con la esperanza de que algún día le tocara ese premio que prometían de un sueldo para toda la vida. Si llegara a ser la afortunada, se dedicaría a lo que le diera la gana, a viajar por el mundo en busca de escenarios donde ambientar las aventuras de su ratita imaginaria, sin padecer cuando llegara la hora de pagar las facturas. Y cuando volviera a verse con ánimos, comenzaría a escribir nuevas historias.

De momento se conformaba con otra forma de escritura, más escueta pero inesperadamente interesante. Desde que empezó a trabajar para aquella familia, la señora McEvan le pedía cada día que preparara una fiambarrera con la cena para su hermano. Nunca había preguntado por él, puesto que la señora le había advertido desde el primer minuto que en aquella casa se exigía discreción y no se permitían los cotilleos de pasillo. Solo sabía que el hermano en cuestión vivía en la casa pareada de al lado; la casa era una elegante mansión compuesta por dos viviendas gemelas, propia de Ballsbridge, uno de los más exclusivos barrios al sur del río Liffey. Y supo que ese señor vivía pared con pared porque se lo comentó de pasada la asistenta que se ocupaba de la limpieza. Al parecer, el hombre acudía cada noche a saludar y a recoger la cena. Al día siguiente le hacía llegar el recipiente vacío a manos de esa misma asistenta.

Nadie sabía el secreto que contenían aquellas fiambreras mensajeras de ida y vuelta.

Lys las dejaba preparadas en una bolsa de plástico, dentro de la nevera y él las retornaba dentro del mismo envoltorio. Intuía que se trataba de un solterón mimado, un inútil incapaz de alimentarse por sus propios medios. Alguien solitario, ya que no salía para cenar en cualquier *pub* como hacían muchos. La señora McEvan tenía unos cincuenta años, así que suponía que su hermano debía rondar esa edad.

Si la señora llegaba a enterarse, la amonestaría y con razón por tomarse tantas libertades, cosa que a Lys no le importaba demasiado, ya que no pensaba quedarse eternamente cocinando para ella. Abrió el cajón de los paños de cocina, bajo los cuales guardaba la última misiva recibida, garabateada en un *post-it*. La había escrito con trazos tan rudos como su mensaje. Volvió a leerla.

El estofado estaba dulce. Use más la sal. Gracias.

Lys rio entre dientes al leerla, como la primera vez. ¡Oh, qué amable! Le daba las gracias. Detalle que no repitió cuando ella le respondió de idéntica manera, añadiendo una pullita sutil.

La sal sube la presión arterial. Y eso no es conveniente a ciertas edades.

La siguiente nota que Lys recibió pegada a la fiambarrera vacía contenía un consejo.

No se preocupe tanto y agite sin miedo el salero. Gozo de un excelente estado de salud.

Sin más. Sin despedida ni gracias ni una sonrisita dibujada. ¡Encima de que se esmeraba en prepararle la cena con mimo en vez de llenarle el recipiente con sopa de lata! De haberlo hecho, ni él ni la estirada de su hermana se habrían percatado del engaño.

Bien, ya había perdido bastante tiempo guardando las compras en su sitio. Era hora de ponerse a la tarea. Esa mañana, a primera hora, Tessa McEvan le había pedido que preparara una sopa de pescado y marisco. Y que no olvidara guardar una ración para la cena de su hermano.

—Si no me preocupara yo por lo que come, sabe Dios con qué clase de porquerías se alimentaría. No debe tener en la nevera más que hielo, agua y cerveza.

Mientras se anudaba el delantal, Lys ideó el modo de dulcificar el carácter de su solitario y antipático interlocutor. Responder con amable ironía a las notitas serias de aquel desconocido era la única cosa divertida de trabajar en aquella casa.

Lys aparcó la moto y sacudió el chubasquero antes de entrar en su apartamento. Subió los dos tramos de escaleras y lo colgó en la percha del vestíbulo que compartía con el piso de al lado. La dueña, que residía en los bajos del antiguo edificio reconvertido en estudios de alquiler, solo aceptaba gente de confianza. En un esfuerzo por que los inquilinos que ocupaban su casa, no dejaran de ser una pequeña familia. Incluso había colocado una estantería baja donde ella y el vecino de al lado dejaban las botas de agua y los paraguas sin miedo a que desaparecieran, puesto que ya se ocupaba la casera de que allí no entrara nadie más que los residentes.

Sobre el mueblecito, la mujer le había dejado el correo, en su mayoría, publicidad. Abrió la puerta y dejó el bolso encima de una silla, se quitó los botines y los dejó cerca del radiador para que se secaran.

No tenía costumbre de almorzar en el trabajo, aunque la señora McEvan insistía en que lo hiciera. Lys prefería llevarse una ración de lo que hubiera preparado ese día para la familia, o a veces mordisqueaba un sándwich mientras vigilaba los guisos. Y una vez recogida y limpia la cocina, regresaba a casa donde comía sola y con más tranquilidad. Se contentaba con una ensalada o una sopa, ya que andaba en el empeño de perder peso. El mal trago del divorcio, sumado a la ansiedad que arrastraba desde la pérdida de Rori, la indujeron a aplacar el estrés por medio de la comida. Inútil consuelo que lo único que le reportó fueron unos kilos de más. Y ella, que siempre había tenido que controlarse porque gozaba de buen apetito y natural tendencia a engordar, se había emperrado en perder las dos tallas que ganó por culpa de meses

alimentándose de manera desordenada, a base de ayunos seguidos de atracones irracionales. Ya era capaz de entrar en unos pantalones de la talla cuarenta y cuatro sin necesidad de esconder barriga para poder abrocharse el botón. Y no pensaba abandonar hasta que le quedara holgada la cuarenta y dos que usaba cuando se casó.

La ventaja de almorzar tarde, a medio camino entre la comida y la cena, era que una hora antes de dormir se preparaba un tazón de leche con cereales de fibra o de yogur con dos cucharadas de macedonia enlatada y se daba por satisfecha hasta la hora del desayuno. Con esa rutina había conseguido aligerar su peso.

Ese día se había traído un bol de sopa de verduras, que se aprestó a calentar en el horno microondas. Lo sirvió en un tazón y, con él calentándole las manos, se sentó en la mesa de la cocina y abrió la tapa del ordenador portátil. Tanteó sobre la mesa, había olvidado la cuchara. Se levantó a coger una y a por un vaso.

Mientras lo llenaba con agua mineral, aspiró con deleite. Qué rica le había salido la sopa. Por lo general, sus tardes de soledad olían a... nada. Eran lapsos de tiempo tan insípidos como sus ensaladas de dieta. Pero la de aquel día, lluviosa y gris, tenía un delicioso aroma a apio y a tomillo. Algo le decía que aquella succulenta diferencia era el presagio de algo bueno.

No imaginaba cuánto.

Lo supo una vez saciado el apetito y abierto el correo. Peló una pera con la que culminó su almuerzo, que resultó medio dulce y no tan desaborida como era habitual, mientras engullía cuadraditos de fruta iba eliminando los mensajes publicitarios no deseados. Hasta que dio con uno que no esperaba y se dio prisa en abrir aunque ya imaginaba su contenido. Dos párrafos floridos para alabar su visión artística, con agradecimiento a su participación en el concurso pero...

El pedacito de pera se le atragantó.

Después de un ataque de tos que la dejó lagrimeando y tras beber medio vaso de agua para recuperarse del ahogo, volvió a leer los dos escuetos párrafos de aquel mensaje que casi la mata. Ralf Wilson en persona le daba la enhorabuena y la emplazaba para el siguiente fin de semana a la ceremonia donde se daría a conocer el nombre del ganador, puesto que ella, Lys Scott, era una de las finalistas del certamen fotográfico al que se presentó casi por compromiso y sin la menor esperanza de ganar. ¡Y su fotografía había sido seleccionada como una de las cuatro mejores!

Abrió su perfil de Facebook y se apresuró a enviar un mensaje a Ralf, al que había conocido en una tarde sin otra cosa que hacer que pasearse por la red social. Lys no solía interactuar, era una usuaria silenciosa de la que apenas entraba y, si lo hacía, era solo por matar el rato. Así fue como dio con el anuncio de aquel concurso de fotografía, patrocinado por Ralf Wilson, ingeniero aeronáutico nacido en Dublín y afincado en California. Un certamen convocado con el objetivo de promocionar en los Estados Unidos los rincones más singulares de la Irlanda.

Lys le envió un mensaje privado, felicitándolo por su buena idea. Le parecía una excelente manera de ir más allá de los lugares tópicos que los americanos de origen

irlandés relacionaban al pensar en la vieja Éire. Cada americano con antepasados en la isla esmeralda hacía el firme propósito de visitar la tierra de sus ancestros al menos una vez en la vida, y la mayoría cumplía su promesa. Pero además de la insignia para la solapa que unía las dos banderas, la de las barras y estrellas y la tricolor, que vendían en las tiendas de *souvenirs*, se llevaban consigo las sensaciones grabadas en la retina, el paladar y el oído durante su estancia. Casi siempre las más típicas y fáciles de recordar.

Lys, que había crecido en las islas Aran, una tierra agreste y singular, creía que el país debía mostrarse al mundo tal como era, en toda la amplitud de su riqueza natural y cultural. Y no solo como el milagro celta de la resurrección económica que tantas columnas periodísticas llenaba, o el arpa en la cola de los aviones de Ryanair, los originales saldos de Primark, las canciones nostálgicas de la emigración, el *Ulises* de James Joyce o los siglos de luchas sangrientas.

Irlanda era mucho más que patatas y ovejas, el imperio cervecero de *Sir Arthur Guinness*, tréboles de San Patricio, colinas verdes y acantilados, los pechotes relucientes de Molly Malone, pelirrojos por todas partes y duendecillos Leprechaun acechando detrás de los árboles. Y así se lo hizo saber al patrocinador del certamen mediante aquel mensaje que acabó convirtiéndose en una conversación intermitente y a distancia a través del chat de la red social.

Aquel hombre era un bromista precavido, se notaba que no era la primera vez que mantenía contacto con mujeres a través de ese medio porque, a la primera de cambio, dejó caer con sutileza que estaba casado. Como si Facebook fuera un vivero de desesperadas en busca de pareja estable, sexo, o ambas cosas a ser posible. Con ese detalle presuntuoso de niño grande, consiguió caerle simpático.

Lys se apresuró a escribirle.

—Estoy asustada, ¡finalista! ¿Por qué?

—Mmmm... qué alegría volver a leerte. ¿Miedo de qué? Tu foto ha gustado a los miembros del jurado.

—Miedo al chasco que me llevaré cuando gane otro. Por culpa de todo esto, ahora tengo esperanzas.

—¡Suerte! ¿Qué otra cosa puedo decirte?

Estaba tranquila respecto a la honestidad del veredicto, por algo que Ralf le dejó claro en el momento en que la convenció para participar. Aquellas charlas que mantenían de vez en cuando no violaban ninguna regla ni influían en la decisión final. Ralf Wilson patrocinaba el premio y hasta ahí llegaba su intervención, el jurado era rigurosamente imparcial porque las fotografías les habían sido entregadas respetando el anonimato de cada autor.

Lys guardaba montones de ellas en el disco duro de su ordenador. Instantáneas que iba tomando por donde iba, que luego le servían de inspiración cuando dibujaba los escenarios de sus cuentos infantiles. Porque tenía miles de imágenes de distintos pueblos y ciudades, se dejó convencer. Y porque el premio era muy goloso, un viaje

con todos los gastos pagados a la ciudad del mundo escogida por el ganador.

Envió una instantánea, con un significado sentimental muy especial para ella. Sin esperanza alguna, puesto que seguramente concurrirían otras mejores que la suya, aunque en las bases se especificaba que la participación se limitaba a fotógrafos *amateurs*. Jamás pensó que su ángel de piedra de la Colegiata de Saint Nicholas de Galway quedaría entre las cuatro finalistas.

Ralf Wilson se despidió de ella con la celeridad acostumbrada, siempre daba a entender que era el hombre más ocupado del mundo. Lys le dijo «hasta pronto» y no lo entretuvo más. Su inesperado amigo virtual tenía tantos humos que cualquier día acabaría ahumado como un salmón.

Esa idea le hizo recordar a otro amigo desconocido, si así podía llamársele. En realidad, su vida social se limitaba a chatear con Ralf y a algún que otro mensaje de WhatsApp con Kenn Sayer, otro hombre que apareció en su vida de repente; un rudo galés de su misma edad que ahora vivía en Galway y con el que la unía una relación entrañable. Y, bueno, sí, también estaba el intercambio de notitas con ese personaje al que preparaba la cena a diario.

En ese último se quedó pensando, porque tenía bastante en común con Ralf Wilson. Algunos hombres nunca dejaban de ser eternos niños mimados. Y a Lys le gustaba provocar su mal humor pinchándolo dulcemente.

Dulce, dulce... Sí, qué gran idea. Miró por la ventana. No llovía tanto y, al pasar con la moto, había visto unas naranjas expuestas en la frutería de la esquina que tenían muy buena cara. Decidió calarse el chubasquero y bajar dando un paseo a comprar un kilo. Esa tarde prepararía mermelada de naranja, sin ocultarle un gasto extra a la señora McEvan. Aunque un kilo de naranjas y otro tanto de azúcar no le supondrían la ruina, no iba con su manera de ser aprovecharse del dinero que le daba para realizar las compras.

Y lo sorprendería con un tarrito junto a la fiambrrera de la cena. Un poco de dulzura era lo que le hacía falta a ese raro solitario que tanto la entretenía con sus frases cargadas de acidez.

—Esto no estaba previsto, Elisabeth. A ver ahora qué hacemos.

Lys continuó dando vueltas a la carne que sofreía en la cazuela con la cuchara de madera. Sin alterarse por la manía que tenía la señora McEvan de llamarla con cualquier nombre menos el suyo real ni por el drama que estaba haciendo por un par de días de ausencia.

—No sé, así de repente le surge un viaje. ¿No puede aplazarlo?

—No, no puedo. Si fuera posible, no le pediría dos días de permiso.

—Ya, pero entiéndalo. ¿Qué hago yo ahora que tengo a toda la familia en casa?

Lys añadió las verduras troceadas y continuó sofriéndolas a fuego vivo.

—Estoy dejando estofado preparado para la cena. Para almorzar he dejado unos *pannini* con tomate, queso y orégano que ya están en el horno. Hay suficientes para alimentar a una familia numerosa. Son seis comensales, yo creo que sobrarán. De todos modos, prepararé también una ensalada.

—A ver, déjeme contar —meditó la mujer, mordiéndose el labio inferior—. Brandon, Suyen, la niña, Jessica y yo. ¡Ah!, y Michael. Es verdad, que estamos de vacaciones. A veces pierdo la costumbre de contar con él.

Seis, efectivamente. Como había previsto Lys. El marido de la señora, Michael McEvan, era una especie de presencia fantasmal. Daba clases de Psiquiatría en la Universidad de Cork, durante el curso solo estaba en la casa los fines de semana. Lys no lo conoció hasta que comenzaron las vacaciones. Aunque lo veía poco, puesto que pasaba las horas muertas dedicado a sus plantas. Como buen irlandés, y además criado en una granja, adoraba ver brotar la naturaleza de la tierra. Estaba orgulloso del fruto de su afición. A Lys le sorprendió, cuando dejó Inishmore y se instaló en Galway para estudiar en la Universidad, ese extendido orgullo por lucir el mejor jardín del vecindario. Allá en las islas Aran la gente cultivaba la tierra por necesidad, si acaso se entretenían plantando flores en las macetas. El sueño de los irlandeses de ciudad era, curiosamente, abandonarla. Y vivir en una casa con jardín, aunque para ir a trabajar tuvieran que recorrer kilómetros a diario. Uno de esos era su exmarido, pero Aidan no se manchó nunca las manos de tierra. Contrató a un jardinero, muy a su estilo de presumir, no de su esfuerzo, sino de las apariencias. En esa clase de esnob se convirtió el bohemio que, cuando se conocieron, tocaba la guitarra en una esquina de Temple Bar.

La señora McEvan había salido de la cocina rezongando sola, como de costumbre. Le dio tiempo para verter en el guiso dos latas de cerveza negra. Acababa de añadir la cucharada colmada de azúcar moreno, cuando la tenía allí de nuevo.

—Yo creo que si entre hoy y mañana deja suficiente comida en la nevera, no será tan complicado. Además, mi nuera seguro que está dispuesta a deleitarnos con su cocina oriental —agregó con sorna—. Y no olvide dejar aparte una ración para mi hermano. Esta noche, creo recordar que me dijo que no cenaba con nosotros. Le telefonaré dentro de un rato para asegurarme.

Lys recordó con una sonrisa la mermelada que había traído preparada esa mañana, guardada en la despensa. Sobre el pequeño bote de cristal destinado a su consentido interlocutor, había pegado una nota adhesiva como las que él utilizaba, pero de color rosa. ¡Y en forma de corazón! Las vio en una tienda multiprecio y no pudo resistir la tentación de comprarlas. A saber con qué le saldría cuando la viera, ¿pensaría que era una propuesta amorosa? Se moría de risa solo de imaginar la cara de espanto de aquel maduro solterón cuando leyera:

Un poco de azúcar para endulzarle la vida. Disfrute y sonría más, amigo.

Se secó las manos con el paño y prestó atención a lo que le decía la señora

McEvan, puesto que llevaba hablando un rato sin saber que no la escuchaba.

—Es lo justo —concluyó.

—¿Perdón?

—Que es lo justo, creo yo —reiteró—. El jueves y viernes que se tome como días libres, se descontarán de sus vacaciones.

—Tampoco me avisó usted de que mis condiciones de trabajo iban a cambiar de la noche a la mañana. Desde que llegaron sus hijos y su nieta, mi trabajo se ha triplicado y yo sigo cobrando lo mismo. Lo justo habría sido avisarme, al menos.

Ella la miró como si le hablara de algo extraño.

—También pongo yo el lavaplatos dos veces en lugar de una. Y bien podría dejar la cocina manga por hombro hasta el día siguiente, Lissa.

Y dale, otra vez. ¿Tan difícil era recordar que «Lys» era su nombre y no el diminutivo de otro? Y ella, tonta de remate, le había traído un bote de confitura para que la probara. Y además tenía preparada y enfriándose la masa de unas galletas que no le había pedido que hiciera. Lo suyo no tenía remedio.

—Para aprovechar el calor del horno, antes de irme, hornearé unas galletas para el té. Si le parece bien.

—Me parece magnífico —aceptó encantada.

Lys abrió el armario de la derecha y sacó uno de los dos tarros de mermelada.

—La hice ayer. En mi casa —aclaró, para evitar suspicacias.

—¿Mermelada casera?

—De naranja. Creo que a todos les gustará, está muy rica sobre las galletas de mantequilla.

—Ah... Gracias —dijo asombrada con el obsequio—. Lizzy, olvide lo que dije antes. Es cierto que se merece los dos días de descanso, por todo el trabajo extra que le estamos dando. Tiene razón, debí avisarla de que seríamos tanta gente en casa.

Fue un detalle por su parte. Pero ¿se habría disculpado de no haber aparecido en escena el tarro de confitura? ¿Le habría descontado los días libres como era su idea en un principio? Y por otra parte, ¿aprendería aquella mujer a llamarla Lys? Se quedaba con dos dudas y una certeza. Ya estaba un poco cansada de aguantar órdenes, desplantes y lamentos por tonterías. Había llegado la hora de pensar en cambiar de aires.

Capítulo 2

Días de golosa incertidumbre, como unas galletas de vainilla, arándanos y avena

No esperó a llegar a casa, aparcó la moto en Temple Bar y entró en un *pub* discreto donde estaba segura de que no se cruzaría con Aidan. No tenía nada contra él. Se divorciaron de una manera civilizada, pero habían compartido demasiado dolor. Por eso no habían vuelto a verse, era duro constatar que solo los unía un recuerdo desgarrador, el del hijo cuya pérdida les rompió el corazón.

Sentada frente a una taza de té, buscó en su teléfono el número de Kenn Sayer. Se habían conocido de una forma extraña e incómoda, más para él que para ella. Durante el tiempo que tuvo abierto El Café de Gina, en el que ella elaboraba los pasteles y galletas, cada noche, antes del cierre, empaquetaba las porciones de tarta que ya no podía servir y las galletas que llevaban dos días hechas. Al igual que otros muchos negocios de alimentación de Dublín, se dedicaba a repartirlo entre las personas que vivían en la calle, una vez bajaba la persiana. Muchas asociaciones de voluntarios entregaban a diario ropa, té caliente y bocadillos entre los indigentes.

A Kenn lo conoció el día que cerró definitivamente el café y tuvo que deshacerse de dos tartas enteras. Las galletas se las regaló al señor Murphy, que la ayudó con el reparto. Lo encontró en una esquina, pidiendo limosna. Cuando le ofreció una porción de pastel y un vaso de té, él la incomodó negándose a aceptarlo.

—No quiero caridad, ¡quiero un trabajo! —le espetó.

Lys, que ese día se encontraba desolada, sintió en sus propias carnes la desesperación de aquel hombre tan joven y con una mirada tan decepcionada con la vida.

Fue casualidad que, unos días antes, había estado en Galway de paso. Una breve escapada para recordar sus años universitarios. Sacó muchas fotografías, con la idea de usarlas cuando tuviera ganas de retomar la escritura. Una de ellas mostraba al único ángel de Saint Nicholas al que no arrancaron la cabeza, justo la que acababa de quedar finalista en el concurso. Aquel día Lys almorzó en un *pub* cuyo curioso nombre no había olvidado: El Cerdo Azul. Y recordaba haber leído en la puerta un cartel mediante el cual se solicitaba un camarero.

—¿De verdad estás dispuesto a trabajar? —inquirió, sin dejarse amedrentar por su mirada hostil.

—Ya me has oído. No estoy aquí tirado por gusto.

Lys tomó aire, no se lo estaba poniendo fácil. Pero es que tampoco lo era su situación y, para un hombre de una edad similar a la suya, debía ser terrible

encontrarse en la obligación de mendigar. Además, su acento era extranjero.

—¿Eres inglés?

—Soy de Gales. Vine a buscar trabajo, pero ya ves.

—¿Has cenado?

—No. Pero no tengo hambre, gracias.

Lys insistió, pidió paciencia con la mano al señor Murphy, que desde su coche le hacía gestos para que lo dejara estar, y sirvió un vaso de té. Lo dejó sobre la acera al lado de su mochila, además de una bolsa de plástico que contenía una buena porción de tarta de chocolate.

—Come, está rica. Y bébetelo antes de que se enfríe. Mientras tanto, déjame hacer una llamada y deséame suerte.

Y la tuvo.

Lys encontró en internet el número de teléfono de El Cerdo Azul. Habló directamente con su dueño, tan peculiar como el nombre de su negocio. Lys lo recordaba bien, simpático y con el pelo canoso recogido en una coleta. Un viejo músico trotamundos que le contó sus andanzas mientras ella comía una hamburguesa, sentada frente a él en un taburete de la barra.

Al otro lado de la línea, Lys lo notó bastante desesperado porque, dos chavales que tuvo a prueba, según le explicó, acabaron abandonando. El horario de trabajo en un *pub* era largo, la faena constante y poco agradecida. Casi le suplicó que le mandara al candidato, que lo esperaba con ganas.

Kenn Sayer, que así se llamaba el mendigo, no podía creer lo que le decía la pelirroja que minutos antes le dio aquel trozo de tarta que le supo a poco. E hizo lo que le aconsejó. No dudó en acudir a una casa de caridad, donde se duchó, afeitó, consiguió algo de ropa limpia de segunda mano e incluso le facilitaron el dinero para el billete de autobús a Galway.

Días después, Lys volvió a llamar al *pub* y sus labios se convirtieron en una enorme sonrisa cuando supo que el galés tiraba pintas en la barra, codo con codo con el dueño. De quien a esas alturas ya sabía que se llamaba Sidney «Sid» Flanagan, que había viajado tocando el violín por las esquinas de tres continentes hasta que, un día, su único hermano murió y le dejó en herencia el *pub* familiar. Como entonces acababa de cumplir los cincuenta, decidió sentar la cabeza y empezar a regentar aquel segundo hogar para los vecinos de la calle Saint Mary.

Lys habló también con Kenn, que insistió en darle las gracias, e intercambiaron sus números de teléfono. Desde entonces se mantenían en contacto a través de mensajes de WhatsApp. Para Lys era una especie de confesor, al que contaba sus penas cuando necesitaba desahogarse. Es curioso cómo a veces es más fácil confesar los pensamientos más íntimos a las personas que no nos conocen de nada. Porque Kenn había hablado con Lys de cosas que solamente a Syd había revelado, por obligada honestidad. Solo ellos dos sabían que Kenn había estado en prisión y que, cuando la vergüenza se le hizo insoportable, decidió cruzar el Canal de la Mancha

para buscar en Irlanda una nueva vida.

Kenn respondió a la segunda llamada.

—Hey, pelirroja. Qué raro que me llames.

—Lo que quiero pedirte es importante y no me apetecía decírtelo por WhatsApp.

—Dime, ¿te ocurre algo malo?

—Necesito salir de aquí. Ya no soporto todo esto.

—Ya te dije que te cansarías de aguantar a tu jefa.

—No es solo eso. Cada día detesto más Dublín. ¿Tú crees que a Sid le hará falta alguien que le eche una mano en la cocina? El día que comí allí me tuve que conformar con una hamburguesa porque no había otra cosa en la carta.

Lo oyó reír.

—Una no, dos manos. No damos abasto. A la hora del desayuno esto hierve. Y los clientes se van a poner muy contentos. Están hartos de cenar *fish and chips* y hamburguesas que es lo único que sabemos hacer bien cualquiera de los dos.

—Pregúntale a él, por favor. Eso sí, no quiero atender la barra. Si me acepta es solo como cocinera. Y a mediodía me marchó, nada de noches.

—¿Y las cenas?

—Ya hablaríamos de eso, he pensado en todo.

—Caramba, cualquiera negocia contigo. ¿Quién pone las condiciones, el jefe o tú, chica dura?

—Se pactan, chico duro.

Lo imaginó con el brazo apoyado en la barra y el otro en el teléfono. En la última foto se veía muy cambiado desde el día que lo conoció tirado en la calle. Había recuperado la forma física, gracias a su entrenamiento diario en el gimnasio, una afición que había retomado desde que vivía en Galway. Le gustaba cuidarse para no acabar luciendo, en pocos años, la típica barriga cervecera. Según le había contado, el ejercicio fue la manera con que evitó volverse loco en la prisión y que le proporcionó unos bíceps musculados que servían de advertencia a los matones carcelarios.

—Tranquila, déjame que hable con él en cuanto llegue. Ahora mismo estoy solo, menos mal que no hay mucha gente a estas horas. Pero estoy seguro de que él mismo te llamará dentro de un rato.

—Oye, Kenn, no creas que estoy exigiéndote favor por favor.

—Desde luego que no —aseguró con su acento galés—. Sería un pago muy pobre a cambio de lo que tú hiciste por mí, Lys Scott. ¿Ves? Hasta me acuerdo de cómo te llamas.

Lys rio con ganas. Más de una vez le había contado la rabia que le daba ese vicio de la olvidadiza señora McEvan.

Después de meses sin hablar con él, Lys telefoneó a su editor. Y una vez más,

bendijo el día que Collin se cruzó en su camino. Porque además de gran profesional, era un buen hombre. Era un apasionado de la literatura infantil que, con sesenta y tres años, poseía el raro don de seguir leyendo cada manuscrito que caía en sus manos con la mirada de un niño.

Cuando le contó lo de la gala, los nervios de quedar finalista y todas las experiencias que estaba a punto de vivir, Collin se alegró casi más que ella. Y Lys sabía que lo sentía de corazón, porque sabía cuánto bien le estaba haciendo a su estado anímico esa nueva e inesperada ilusión.

—Y si estás contenta, que es como quiero volver a verte, supongo que es bueno también para mí. Porque confío en que no olvides que tenemos varios manuscritos pendientes de entrega.

—Lo sé, Collin. Y agradezco tu paciencia de un modo que no te imaginas. Has sido muy comprensivo conmigo, otros habrían roto el contrato.

—Pero yo no soy esos otros. Y no voy a permitir que «nuestra» Gina acabe en otra casa. Muchos editores la querrían, o lo que es lo mismo, te querrían a ti.

—Pero yo solo tengo una palabra y te la di, no lo olvides.

—Te lo agradezco. Y te deseo mucha suerte también, ojalá la semana que viene me llames otra vez para darme la noticia de que te llevaste el premio.

—No tendré tanta suerte.

—Esperaré entonces tu llamada, un día de estos, para decirme que tienes un nuevo cuento en el horno. Pero ahora no pienses en eso y disfruta, ganar es lo de menos.

—No lo es, Collin. Que el premio es un gran viaje.

—¡Viva el poderío cuando nos roza a los pobres! Bueno, cuéntame, ¿cuándo te envía la limusina esa gente?

Ella frunció el entrecejo, divertida.

—La gala es pasado mañana. Pero ¿de qué limusina hablas?

—Si dices que la gala es en el Demesne, será a todo lujo.

—Les dije que iría por mis propios medios.

—¡Ay, infeliz! Es que no tienes ni una pizca de malicia. No me digas que piensas ir en la moto.

—Lo has adivinado.

—Pues espero que no llueva mucho o llegarás hecha un desastre. ¿Pero qué más da? Tú diviértete y pásalo en grande. Eso es lo importante. Y a lo mejor la fiesta esa te da ideas para nuevas aventuras de Gina. No olvides llevar una libreta en el bolso y ¡apunta, apunta!

Insistió en que se tomara el tiempo que necesitara para retomar el teclado y los rotuladores, pero que no olvidara que sus pequeños lectores la estaban esperando.

Collin era una persona especial. Cuando acabó la llamada, Lys se sentía con el ánimo flotando y envuelta en una nube de cariño.

Acababa de llegar a casa de los McEvan. Su Yamaha roja de 250 centímetros cúbicos era una de las pocas posesiones que conservaba de su vida anterior. Fue Aidan quien la aficionó a la moto, durante la etapa en que vivieron juntos. Antes de casarse, la animó a sacarse el permiso, que obtuvo a la primera. La velocidad, sentir el viento en la cara, era una de sus pasiones.

Pero después de hablar con Collin, se quedó con el runrún de cómo iba a llevar el equipaje. Tampoco tenía a quién pedir que le prestara un coche, si acaso al buenazo del señor Murphy. Pero ahora que el hombre se había mudado fuera de Dublín, no iba a dejarlo incomunicado durante un fin de semana. Debió pensarlo antes, quizá de haber sido más avispada al día siguiente tendría esperándola una limusina en la puerta.

Decidió enviar un mensaje a Kenn.

¿Qué hago? En una mochila se arrugará todo.

Seguro que tienes algo que no se arrugue.

Los vestidos siempre se arrugan y más si los metes en una mochila.

Qué complicadas sois las tías. Para el día siguiente, vaqueros y jersey. Calzado el mismo del día anterior. Para la fiesta, los avíos para maquillarte y un peine, tacones y vestido, ¿no? Cómprate una plancha de viaje, las hay plegables. Y para dormir, nada. Con un poco de suerte, triunfas.

[Caritas de risas]

¿Y tú, cómo sabes esas cosas?

Porque estás muy buena, pelirroja.

¿Estás ligando conmigo?

[Carita de asombro]

[Una lengua fuera y una pistolita]

Era broma, te preguntaba por qué sabes tanto sobre planchas.

Porque me plancho mi ropa. Y porque miro los escaparates de las tiendas de electrodomésticos. Pásalo bien y mucha suerte.

[Puños levantados, copas de trofeo, monos con ojos tapados y caritas lanzando besos]

Miró el reloj. Ya era hora de ponerse el delantal. Repasó el menú, anotado en una libreta. Col con tocino. Y para la cena, un pastel campesino de cordero. Perfecto, ambas cosas podían hacerse a un tiempo. Abrió el frigorífico y sacó la bolsa en la que esperaba encontrar el agradecimiento por el detalle de la mermelada de naranja, ¡qué menos! Sí, había respuesta a su mensaje en forma de corazón. ¿Se habría sonrojado al verlo su desconocido asocial? Se apresuró a leer las notas, amarillas y cuadradas como todas, pero esta vez tres y escritas por ambas caras.

Mi impertinente y tenaz proveedora de víveres:

¿Qué le hace pensar que necesito endulzar mi vida?

¿Amigos, dice? ¿Desde cuándo lo somos?

¿Por qué supone que no sonrío bastante?

Y una última curiosidad, ¿dónde aprendió a cocinar tan condenadamente

bien?

Lys sacudió la cabeza. Menos era nada. Por primera vez y con su habitual acritud, reconocía que le había gustado. Pero las preguntas insolentes merecían un correctivo. Lys guardó la fiambarrera en el armario y tiró la bolsa a la basura. Esa noche, no iba a tener nota de respuesta.

Llegó el día, montó en la moto y llegó al condado de Laois sin más inconvenientes que una fina llovizna cuando iba a estacionar la Yamaha en el aparcamiento del hotel. Pero de aquello hacía horas.

Se dio el lujo de pedir al servicio de habitaciones que le subieran el almuerzo. Quería disfrutar de la habitación que le habían asignado, una maravilla con vistas al jardín y a la verde inmensidad que llegaba hasta el horizonte. Demesne House era algo grandioso, lo era cada rincón de aquella mansión tan bien restaurada y decorada con un gusto exquisito.

Lys había seguido el consejo de su galés preferido y compró una plancha de viaje. No necesitó una mochila, todo le cupo en las alforjas que casi nunca usaba. Pero en esa ocasión le fueron utilísimas.

Se miró de reojo en uno de los espejos. Le dio tiempo a ducharse y a secarse el pelo. Como lo tenía tan liso, bastaron unas pasadas de cepillo y ahuecarse el flequillo para que su melena a media espalda luciera espectacular. La naturaleza había sido generosa con ella dotándola de aquel tono anaranjado de su familia materna. Ni sabía qué color de pelo pudo tener su padre, ni qué parte de sus rasgos le pertenecían, puesto que nunca lo conoció. Su madre no supo quién fue el responsable de aquel embarazo gracias al cual estaba ella en este mundo.

Y generosa había sido también dotándola de curvas. Se alegró de haber perdido algo de peso, lucía cintura y el vestido se le ajustaba bien sin marcar más de la cuenta. Estaba muy guapa, reconoció. Ya estaba bien de sacarse defectos cuando tenía un cuerpo con curvas y lo prefería mil veces antes que el de una modelo de pasarela de esas que parecían enfermas, huesudas y con pechitos sin desarrollar.

Como había acudido sin acompañante, no tenía con quién hablar. Los camareros pasaban con bandejas llenas de copas de champán por la enorme antesala, en aquel encuentro informal, para que los invitados charlaran unos con otros. Se anunciaba en el programa de actos como «cóctel previo a la cena».

Lys no conocía a nadie. Salvo a Ralf Wilson, el patrocinador, a quien buscaba entre la gente a ver si reconocía a alguien con una cara parecida a la fotografía de su perfil de Facebook. Mientras tanto, ya se había sentido objeto de varias miradas despreciativas. En un alarde de generosidad, todos los participantes en el concurso

habían sido invitados. La envidia era muy mala y, seguramente, se había corrido la voz de que ella era una de los cuatro candidatos a alzarse con el premio. Pues que rabiaran, ganara o no, el mérito no se lo quitaba nadie por haber llegado hasta la final. Cuánto se alegraba de haber escogido, de entre las muchas que barajó, la fotografía del ángel mofletudo de la iglesia medieval más grande de Irlanda. Siete siglos llevaba aguantando esculpido en aquella pared como un campeón. ¿No iba a sobrevivir ella a un fin de semana? Por supuesto que sí, y a disfrutar de la cena y de las copas y de aquel enclave magnífico y carísimo donde estaban alojados. Y gratis, nada más y nada menos.

Una sonrisa masculina que reconoció enseguida se le acercó abriéndose paso. Saludaba a unos y otros, sin dejar de caminar hacia ella.

—¿Lys Scott?

—La misma. Y tú eres Ralf, ¿a que sí?

—Pero qué guapa eres, no te imaginaba así.

—¿Ah, no? ¿Cómo creías que era?

—No sé, ¡diferente!

Lys sonrió ante aquella escapatoria aduladora. A saber qué idea se había hecho de ella, con qué cara y con qué pinta la imaginaba, a la vista de la manera cómo la miraba. Y no detectó en sus ojos atracción. Sorpresa y asombro nada más.

—Enhorabuena, llegar a la final ya es un premio.

—Gracias.

—Espérame aquí, Lys. Quiero que conozcas a Sara —dijo con prisas—. Sara es mi mujer, no sé si te lo dije.

—Me lo dijiste.

—No te muevas de aquí, ¿de acuerdo? Enseguida estoy contigo. Esto es un lío, voy a ver si la encuentro porque hace rato que la he perdido de vista. ¿Quieres más champán?

Siempre ocupado, con mil cosas en la cabeza pero ninguna realmente trascendental. Era él quien se daba importancia, se le notaba a la legua, disfrutando de su protagonismo. Bien merecido, puesto que para eso corría con todos los gastos incluido el del premio.

—Tranquilo, no voy a moverme de aquí. Y aún no he terminado mi copa.

Tras recibir un apretón cordial en el antebrazo, Lys lo vio desaparecer tan rápido como llegó. Le dio la sensación de que conocía a Ralf de toda la vida, no podía tachársele de persona con doble faz. Era el mismo a un lado que a otro de la pantalla del ordenador. Era guapo y lo sabía. Por eso, quizás, en persona resultaba una pizca más vanidoso. Una característica de los hombres ricos que le recordó mucho a su exmarido. Pero se prohibió pensar en Aidan, ya le había robado bastante protagonismo. Y aquella era su noche. Ganara o no, era suya.

Capítulo 3

Noches calurosas de agosto, que se suben a la cabeza como licor de *whiskey* y crema

Por puro compromiso y sin ningún interés. Por quedar bien con Ralf Wilson, amigo de toda la vida, por eso se hallaba allí. Pero Connor O'Brien se sentía en aquel sarao cultural, que ni le iba ni le venía, como cuervo atrapado con señuelo en una jaula abarrotada de pájaros de otras especies.

En mala hora se le ocurrió decir que sí al muy liante, que insistió hasta lo indecible para que ejerciera como jurado en aquel concurso de fotografía. Aceptó pensando que su papel se limitaría a elegir las tres que, de entre todas, considerara como las mejores. Y nada más. Firmar el acta para dar formalidad al veredicto y adiós, amigo, ya quedaremos para tomar unas pintas y contarnos la vida. Ralf vivía al otro lado del mundo, se mantenían en contacto a través del *e-mail*, esporádicas llamadas y, cada vez que regresaba a Irlanda, siempre buscaba un hueco para compartir un rato con él.

Cuando quiso darse cuenta y echar el freno, el liante de siempre le salía con que el veredicto se haría público durante la gala. ¿Gala? ¿Dónde? Pues en un hotel de lujo a no sé cuántísimos kilómetros, como si en Dublín no hubiera lugares apropiados. Desde la esquina del salón, consumía una copa de champán más por aburrimiento que por afición a esa bebida burbujeante y dulzona, que no le entusiasmaba.

Con las ganas que tenía de pasarse aquella noche de viernes tirado en el sofá, viendo alguna serie policiaca de televisión. O de vikingos o de médicos o de terror, con tal de que fuera entretenida. Le gustaba cenar ante la pantalla, sin pensar demasiado en lo que ingería.

Aunque en los últimos meses no podía dejar de hacer justamente eso, alabar en silencio y a viva voz lo bien que sabía cada bocado que se llevaba a la boca. Tanto se concentraba en paladear las delicias que le enviaba ex profeso la cocinera de Tessa y Michael que a veces se sorprendía masticando con los ojos cerrados y perdía el hilo del capítulo y tenía que tirar hacia atrás con el mando a distancia.

Ralf apareció de repente, sobresaltándolo al ponerle la mano en el hombro.

—¿Te aburres?

—Bastante.

Se conocían bien y había entre ellos confianza suficiente como para no tener que disimular.

—Connor, he de pedirte un favor.

—¿Otro más?

—Venga, hombre, no seas aguafiestas. Podías haber venido con alguien, alguna amiga.

No era el momento ni tenía ganas de explicarle que sus relaciones femeninas se limitaban a las trabajadoras de O'Brien Suirbhé, la explotación minera que su familia dirigía desde hacía casi un siglo. Ah, sin olvidar su otra relación epistolar con un incordio de mujer, a la que no conocía e imaginaba muy parecida a la cocinera más antigua de la cantina de la mina: entrada en años, bajita, rechoncha de mofletes colorados, mandona como un sargento y con unas tetas descomunales debajo del delantal.

—Una de las finalistas ha venido sola también, como tú. Podrías darle charla un rato, para entretenerla.

Connor O'Brien torció la boca.

—Ralf, no me jodas. No tengo ganas de hablar.

Este puso cara de circunstancias.

—No te cuesta nada, hazle compañía hasta que empiece la cena.

La cena. Esa era otra, recordó Connor. A saber con qué finuras minimalistas les sorprenderían los chefs del Demesne en esa cena de gala. Él era de buen comer y de gustos sencillos, no tenía ninguna afición a las pijotadas de moda que se inventaban los cocineros para esquilmar bolsillos y dejar a los clientes con hambre. Cocina fusión, aires de Asia, gambas con fresas, huevo emulsionado con lágrimas de boniato, abadejo marinado con hierbas cultivadas en la quinta puñeta... Combinaciones esperpénticas que llamaban maridaje. Otra chorrada. Y después venían los discursos, los aplausos, los brindis, los *whiskeys* de después. Qué peñazo de noche le esperaba.

—Hombre, hazlo por mí. Yo voy de aquí para allá y Sara tampoco puede estar todo el rato con ella.

—Esa mujer tampoco va a perderse aquí dentro, digo yo. ¿Por qué no se lo pides a otro?

—Es la única que no viene con pareja. Te gustará —lo animó—. Divorciada, un poco gordita pero es simpática.

Accedió, qué remedio. Tampoco le suponía un esfuerzo tan grande. Siguió a Ralf entre la gente hasta encontrar a la paloma solitaria y se llevó una grata sorpresa. Para empezar, era muy bonita, llevaba el pelo suelto con un flequillo recto hasta las cejas. Un estilo muy juvenil que, combinado con su sonrisa, le daban un aire pícaro. Por no hablar del glorioso cuerpo que repasó con ojo avizor. Ralf y él nunca habían tenido gustos más dispares que en lo tocante a las mujeres, a su amigo le gustaban flacas como raspas de bacalao; Sara, su esposa, era tan escuálida que podía llevársela el viento si soplaba con fuerza. En cambio, aquella pelirroja con pequitas disimuladas por el maquillaje, poseía uno de esos cuerpos que decían «agárrame, tócame, apriétame con ganas...». Y algunas cosas más en las que no era momento de pensar.

Ralf los presentó y a Connor le gustó la firmeza con que le apretó la mano, lo consideraba una muestra de carácter. Le daban mala espina las personas que la

estrechaban con languidez. El anfitrión no tardó en excusarse para saludar a otros invitados y dejarlos solos.

—No voy a preguntarte cuál es tu fotografía, porque no sería correcto.

—Ni yo te lo diría, porque me imagino que ya conoces el resultado y tu cara te delataría. Ya tendré tiempo de aceptar mi derrota y alegrarme por el ganador, pero por ahora prefiero seguir con la intriga.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. Pero no por el premio, aunque también. Aquí no conozco a nadie y tengo la sensación de estar fuera de lugar.

—Ahora me conoces a mí. Y a Ralf.

—Y a Sara, que es adorable. Me hace gracia su deje americano.

—Y ellos creen que somos nosotros los que tenemos acento, ¡si no se nos nota!

Los dos se echaron a reír. Lys apuró su copa y, como Connor vio que no sabía qué hacer con ella, se la tomó de la mano.

—¿Una más? Aún debemos esperar veinte minutos hasta que abran el comedor.

—De acuerdo, pero solo una. Así brindaremos los dos por el ganador, sea quien sea.

Connor fue hacia la mesa bufé y, de camino, se desvió para hablar con Ralf.

—Tenías razón, es un encanto.

—Te lo dije.

Desde allí, observaban a Lys, que les daba la espalda.

—¿Gorda, dices? —comentó, sin quitar la vista de su culo estupendo—. No tienes ni idea. Móntatelo como quieras, Ralf, habla con quien tengas que hablar, pero haz que la sienten a mi lado.

Esperaban el segundo plato y ya habían conversado sobre sus aficiones comunes, la música, la vida tranquila... Tenían prácticamente olvidados a sus compañeros de mesa, con quienes solamente comentaban por cortesía las consabidas alabanzas a la cena y la organización.

Mientras estos mantenían una animada charla sobre los bellos y desconocidos rincones de sus respectivos pueblos y ciudades de origen, Lys y Connor cotilleaban divertidos sobre la actitud altiva de algunos comensales de las mesas contiguas que debían creerse el no va más del arte fotográfico. Lys se alegró de que los hubieran sentado juntos. De no ser así, se habría aburrido de un modo mortal.

Connor era un hombre con carisma, la había hechizado a primera vista con su buena planta. El traje le quedaba perfecto y se movía con él con la comodidad de quien acostumbra a vestirlo con frecuencia. Tenía el pelo castaño y los ojos claros, pero lucía un asomo de barba de un tono un poco más rojizo que el de la cabeza, que también llevaba dos centímetros más largo de lo que su imagen requería. Daba la

sensación de que no tenía tiempo para ir a cortárselo y se lo acababa peinando con los dedos. Bajo el puño de la camisa le asomaba un reloj deportivo, de los caros, pero que no casaba con su indumentaria elegante de esa noche. Estaba claro que no se molestó en ponerse otro porque le daba igual. Era delgado, aunque fibrado; sus manos eran nudosas y fuertes.

—Cuéntame cómo conociste a Ralf. Sois tan diferentes...

Connor dejó los cubiertos sobre el plato y se acarició la corta barba, ojeando a su amigo, que en ese momento conversaba con otro de los miembros del jurado que merecía el lugar de honor en la mesa principal: el alcalde de Ballyfin.

—Ralf y yo somos el ejemplo viviente de la teoría de los contrarios. Compartimos pupitre en el colegio, somos como agua y aceite, pero nuestra amistad perdura. En la Universidad tomamos caminos separados, él escogió Ingeniería Aeronáutica y yo me decanté por la de minas.

Lys alzó las cejas, no lo habría sospechado. Había supuesto que se dedicaba a las nuevas tecnologías o al mundo de la imagen en alguna corporación internacional tecnológica de las muchas que se habían asentado en Dublín por las facilidades fiscales del país. Casaba más con su cara sin afeitarse y su rebelde corte de pelo.

—Así que eres ingeniero de minas.

—Seguí con la tradición de extraer zinc de las entrañas de la tierra, como mi padre y mi abuelo. Explotamos la mina de Tara.

—Tara —recordó con agrado—. Qué bonito es aquello.

—Sí —concedió sin más, antes de que la conversación virara hacia las bellezas paisajísticas—. Y tú, ¿a qué te dedicas?

Lys miró al infinito antes de contestar, cómo explicarle que era aprendiz de todo y maestra de nada.

—Estudí Historia, pero nunca he ejercido, salvo cuando realicé las prácticas obligatorias en la National Gallery. Durante un tiempo me he dedicado a una tarea manual, a la espera del momento oportuno de retomar otra, manual e intelectual, que de verdad me llena, y que dejé aparcada. Ahora estoy en esa fase de cambio.

Mientras conversaban, Lys estudiaba, procurando que él no lo notara, el brillo inteligente de sus ojos azules. Y agradeció que se diera cuenta de que no le apetecía dar más explicaciones. Le gustaba Connor O'Brien, su estilo cuidadosamente descuidado y su forma de ser. Se alegró de cenar a su lado. No poseía el magnetismo arrollador de Ralf Wilson sino todo lo contrario: parecía serio, prudente y reacio a llamar la atención. Si no los hubieran presentado, le habría pasado inadvertido entre tantos invitados.

—¿Divorciada? —aventuró Connor.

Al ver su ceño de extrañeza, se apresuró a aclarar algo que ella ya debía intuir.

—Ralf ha mencionado que lo estabas.

—Sí, hace poco más de un año.

—No pretendo entrometerme —explicó Connor—. Tampoco me hace falta que

me cuentes cómo es el infierno, que ya lo conozco. Para ser exactos, viví allí durante una temporada. Un año que prefiero olvidar, supongo que a ti te ocurre igual.

Lys meditó cada palabra antes de hablar, cuando entraba en el terreno de lo personal sentía que andaba por un campo de minas. Pensó cómo responder sin expresar más de lo que estaba dispuesta a confesar a un hombre al que acababa de conocer.

—Mi exmarido me dejó un buen recuerdo. Vivimos momentos felices hasta que el dolor acabó con todo. Pero esta es una noche para celebrar, no quiero estropearla con tristezas pasadas, pero que aquí quedan —dijo, tocándose el corazón.

Estaba segura de que no lo entendería, aunque se lo explicara. Hay hechos y sentimientos que el ser humano por fuerza debe experimentar en carne propia para poder comprender el alcance del dolor. No quería explicarle que la muerte de un hijo deja un vacío desolador, una herida que no sana nunca. No se veía con ánimos para contarle que esa terrible pérdida destruyó el amor entre ella y Aidan. Para qué confesarle que pasó todas las etapas del duelo, que durante más de dos meses se negó a creer que aquella pesadilla fuera real, después se sumió en un llanto incontrolable que le impedía pronunciar palabra. Ya había superado la etapa de la desidia, en la que se abandonó y solo quería dormir y no despertar. Dos años había tardado en asumir que no vería crecer a Rori y que siempre permanecería en su corazón y su recuerdo como un precioso bebé. No iba a confesarle que aún no se veía con fuerzas para continuar inventando cuentos infantiles pensando en su hijo, unas historias de una ratita simpática que su hijo nunca podría leer. No, no tenía ganas de hablar de ello con un desconocido, atractivo, educado, simpático y buen conversador pero al que, probablemente, no volvería a ver.

El camarero acababa de servirles un plato compuesto por una variedad de ahumados sobre un lecho de lechuga y pan crujiente.

Viendo que los ojos de Lys empezaban a sumirse en la tristeza, Connor optó por la estrategia de convertirse en el centro de la conversación, resumiéndole su decepcionante y breve etapa matrimonial.

—Mi matrimonio fue la mayor decepción de mi vida. Ese momento en que abres los ojos y no entiendes cómo pudiste estar tan equivocado. Y tan ciego —agregó con una rabia mal disimulada—. Después de la boda, tardé seis meses en constatar que, de mí solo esperaba sexo y dinero. Este último era su principal objetivo.

—¿Te desplumó? —tanteó Lys, dudosa; su traje de lana fría y su reloj suizo de acero no eran propios de un hombre arruinado.

—Lo suficiente para lamentarlo todavía. Por culpa mía, fui demasiado confiado. Mi dulce esposa se convirtió en una apisonadora, mejor dicho, en una máquina excavadora porque aún me enciendo cuando pienso en el tremendo socavón que abrió en mi cuenta bancaria. No la recuerdo con cariño, como tú.

De manera inesperada, los dos se quedaron mirando a los Wilson. Sarah y Ralf formaban una pareja feliz, la química entre ellos se percibía a distancia.

Connor bebió de su copa de vino, despacio, mirándola de reojo, tratando de adivinar el significado de la sonrisa de Lys. Se notaba que apreciaba a Ralf. O quizá había algo más y necesitaba averiguar hasta qué punto.

—Ralf nació con un carácter encantador, de niño ya se ganaba a la gente sin esfuerzo.

—Ya me imagino —confirmó Lys, sin dejar de mirar a la pareja, que en ese momento hablaban con las cabezas juntas, compartiendo alguna confidencia.

Connor la miró a ella; Lys lo notó y ladeó el rostro para mirarlo a los ojos.

—¿Te gusta Ralf?

Lys dio una sacudida de flequillo. Miró al patrocinador de la gala y volvió a enfrentarse a la mirada curiosa de Connor, realmente sorprendida.

—No de la manera que piensas. No lo miro con esos ojos.

Él aguzó la intensidad inquisitiva de los suyos.

—¿Y si no estuviera casado?

Lys cruzó las manos bajo la barbilla, observó con atención a Ralf, que dominaba la conversación en la mesa principal con su carisma de triunfador. Después, miró a Connor a los ojos y sonrió.

—Tampoco.

En su partir de mesa en mesa, Ralf Wilson se acercó a ellos y apoyó una mano en el hombro de Lys y la otra en el de Connor, con familiaridad, como si los conociera a los dos de toda la vida.

—¿Lo estáis pasando bien?

—Estupendamente —respondió Connor.

—¿Y tú?

—Genial.

—Me alegro —dijo con una sonrisa sincera—. Connor, ha llegado la hora. Ven conmigo, que el alcalde está deseando tener su momento de gloria.

Tal como lo dijo, marchó a avisar al resto. Connor se levantó, contento de su papel de figura en la sombra. El alcalde, en calidad de presidente del jurado, era el encargado del discurso y de anunciar el veredicto.

—Discúlpame. La obligación, ya sabes —dijo a Lys, poniéndose de pie—. Enseguida estoy aquí otra vez. Para felicitarte o para consolarte.

Debió notar que le temblaban las manos porque trató de esconderlas bajo la servilleta.

—Estás nerviosa.

—¿Tú no lo estarías? —farfulló.

Connor sonrió.

—Yo qué sé. Por si acaso, nunca me presentaré a un concurso.

Su ausencia la hizo sentirse desamparada, a pesar de estar rodeada de gente. Lys tomó aire y enderezó la espalda para aguantar el tipo. En unos minutos se convertiría en el centro de las miradas compasivas de sus compañeros de mesa.

Junto a la mesa principal, los empleados del hotel acababan de colocar un atril y un micrófono. El primero en hablar fue Ralf Wilson, que agradeció la asistencia de todos, la participación y la originalidad de las fotografías presentadas a concurso.

Llegó el turno del alcalde, que la puso al borde de un ataque cardiaco gracias al discurso larguísimo con el que se lució, dio las gracias a una caterva de personas, a todos y cada uno de los miembros del jurado, a los participantes, a los cuatro finalistas... Y volvió a la carga mencionando al propio Ralf, del que alabó su generoso mecenazgo, luego siguió destacando la labor de los miembros destacados del panorama cultural local, presentes y ausentes. Nombres y nombres y más nombres. Solo le faltó dar las gracias al aparcacoches del hotel. Los murmullos de impaciencia de la sala hicieron saber a aquel hombre, exultante de verborrea política, que era el momento de dejarse de florituras e ir al grano. Fue entonces cuando explicó los motivos del veredicto. El jurado en conjunto había valorado la singularidad de las imágenes, la idea por encima del virtuosismo, el detalle y no el conjunto. Cosa que todos sabían, puesto que ninguna de las cuatro fotografías finalistas, que se exhibían en una pantalla, representaba el típico paisaje verde. Entre el ebanista que tallaba sillas, el primer plano de una maceta de tulipanes sobre el alféizar de una ventana y la perspectiva en picado de la banda que tocaba en un callejón, a Lys le pareció que su ángel simpático le sonreía desde allí, en medio de las otras elegidas y candidatas a la gloria. Se hizo el silencio cuando el alcalde abrió el sobre y pronunció el nombre del autor de la fotografía ganadora.

Lys Scott... Lys Scott... Lys... Scott... Esa Lys Scott era ella. ¡Sí!

Entonces sí que se puso a temblar, se levantó tan rápido que la silla se tambaleó. Con manos torpes, abrió el bolsito y sacó el papel en el que había preparado unas palabras de agradecimiento, por si acaso. Sin la esperanza de tener que leerlo, pero bendita la hora en que lo escribió. Entre aplausos, sabiéndose el centro de todas las miradas, caminó hacia el atril. Sorteaba las mesas sujetándose disimuladamente en los respaldos de las sillas, porque los nervios la hacían tambalearse sobre los altos tacones.

Tanto la aplaudían que no sabía cómo reaccionar. Todo el jurado la felicitaba, estrechándole la mano. Salvo Connor, que además se la besó discretamente y le regaló la sonrisa más bonita de la noche. El alcalde, al verlo, imitó el detalle galante pero no fue lo mismo, porque en ese momento Lys miraba agradecida al ángel de Galway que acababa de convertirse, junto a ella, en el protagonista de la velada.

De costumbres más americanas, Ralf la sacudió con alegría, para que reaccionara, cogiéndola por los brazos. La soltó señalándole el micrófono, Lys colocó la hoja sobre el atril y se entretuvo unos segundos alisándola para serenarse. No quería que le temblara la voz cuando diera las gracias a todos los que habían hecho posible aquella

alegría, la que estaba viviendo en ese momento y la que estaba por venir. Un viaje en busca de respuestas a preguntas muy antiguas que esperaba encontrar en Nueva York.

Un poco después, ya en la mesa y ante la copa de licor de *whiskey* que, perdido el apetito por la emoción, tomó a modo de postre, Connor le cogió la mano y volvió a darle la enhorabuena. Un gesto que no la incomodó. De haber sido otro hombre quien la tocara con tanta confianza lo habría obligado a mantener la distancia. Por allí no eran aficionados al contacto físico y le extrañó en alguien que hasta entonces le había parecido distante.

—Has ganado y ahora ya puedo confesártelo. Tu fotografía no era mi preferida, ahora me alegro de que nos las mostraran respetando el anonimato. Pero sí lo fue para la mayoría.

—Qué cruel eres, ¿por qué me dices eso ahora?

—Porque ya no tiene importancia y siempre digo la verdad.

Lys se soltó de su mano y dio un trago a su copita de licor.

—Y si llega a ser otra la premiada, ¿me lo habrías dicho?

—No.

A ella le encantó su sinceridad. Tajante y sin rodeos.

—Voy a confesarte una cosa —dijo relamiéndose los labios—. Me negaba a albergar esperanzas, pero quería ganar. Y no por el viaje, que eso se consigue con dinero y tiempo. Quería este premio, las felicitaciones y los aplausos. Necesitaba ser, por una noche, la reina de la fiesta.

Lys estaba tan nerviosa que sabía que no podría pegar ojo esa noche. Necesitaba que le diera el aire y hacerlo acompañada. Tanto que estimaba la soledad, en ese momento quería compartir su alegría. Sonreír y paladear la efímera felicidad que estaba viviendo, antes de que pasaran las horas y se esfumara la euforia.

Y Connor aceptó encantado aquel paseo por los jardines del Demesne, tan grande como un parque en el que cualquiera podría perderse.

Antes de alejarse, aprovechando la luz de la entrada del hotel, Lys le pidió que aguardara. Sacó el móvil de su bolsito y comenzó a teclear a dos manos. Necesitaba dar la buena noticia, aunque la leyera al día siguiente, a dos hombres a los que apreciaba de verdad, Kenn y Collin.

—Deja ahora el teléfono y aprovechemos esta noche estupenda de agosto.

—Necesitaba decirle a mi editor que he ganado el primer premio. Es una de las mejores personas que conozco.

—¿Tu editor? Así que eres escritora.

Dedujo, sin mencionar la crítica respuesta que ella le dio cuando le había preguntado por su trabajo.

—De cuentos infantiles.

—Eres una caja de sorpresas.

Ella guardó el teléfono y lo miró de reojo. Connor notó que se sentía incómoda hablando de ello.

—Ese es el trabajo manual e intelectual al que me refería. Un día de estos volveré a ello.

—Cuando te venga la inspiración.

—Y las ganas de escribir —concluyó—. ¿Vamos?

Caminaron en silencio. Le ofreció su brazo, porque los tacones de Lys se hundían en la tierra húmeda.

—Cógete a mí, la reina de la noche necesita un caballero que la escolte en su paseo.

—Y no podía haber elegido mejor.

—Gracias, majestad.

Lys sonrió al ver que disimulaba una sonrisa ufana.

—No hay de qué, milord.

Cuando estuvieron lejos de la mansión, a salvo de miradas ajenas, Lys se quitó los zapatos y caminó descalza por el césped con ellos en la mano.

—Has disminuido de tamaño —comentó Connor.

Ella alzó el rostro mirándolo con sorna.

—Nunca he sido pequeña. En el colegio me llamaban Chewbacca.

Él la miró de arriba abajo y sacudió la cabeza, ya quisiera tener su tipo el copiloto peludo y pelirrojo de *Star Wars*.

—Espero que no les hicieras caso.

—Me defendía a empujones y los llamaba Ewoks de mierda.

—Y ganabas, claro.

—Qué gracioso —aceptó sonriente, al ver su cara de cachondeo—. Sí, contaba con la ventaja de ser la más alta.

Connor supuso que en la época de aquellas riñas de patio no hablaba de ello con tanto desenfado. A edad temprana, sin el bagaje que da la vida, esas cosas duelen. Era alta y con una complexión acorde a su estatura. Pero él lo era aún más, incluso con tacones no le llegaba a la nariz.

—Me siento como si estuviera en una nube, ¿sabes?

—Pues no lo estás. Es real. Eres la estrella más brillante de la noche, como tú querías.

Ella caminó pensando en cuánta falta le hacía aquella inyección de positividad, después del cierre de El Café de Gina y de los tristes meses anteriores a ese fracaso empresarial.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —probó él. Lys asintió—. ¿Por qué decidiste concursar con ese ángel de piedra?

—Que no fue tu fotografía preferida —le recordó.

—No me castigues por decirte la verdad.

Lys, por primera vez, tomó la iniciativa y lo cogió de la mano.

—Nunca lo haría —afirmó para que entendiera el respeto que le merecía que fuera sincero—. Y respondiendo a tu curiosidad, te diré que dudé entre varias fotos. Ya habrás notado que no soy una experta. Pero ese ángel significa mucho para mí, es un superviviente, a pesar de las adversidades, de la violencia, de la sinrazón, ahí sigue diciéndole al mundo: «Hey, no pudieron conmigo». El día que hice esa foto no estaba en mi mejor momento y verlo allí, con su carita de buenazo, me tocó el corazón. Me hacía falta tener esperanza, y esa estatua me la dio.

No quiso decirle que con sus alas desplegadas le recordaba aquello que siempre le contaba la abuela Deirdre cuando preguntaba por qué tuvo que morir su mamá. Ella le explicaba que las personas queridas no desaparecen, se convierten en ángeles y cuidan de nosotros desde ese cielo lleno de santos en el que ella creía. Lys había perdido la fe, pero desde la muerte de Rori se repetía a menudo las palabras de la abuela. Quería creer que, allí arriba, ya que ella no podía, la abuela acunaba a su pequeño ángel con las canciones gaélicas de cuna que a ella le cantaba. Hasta la eternidad, envolviéndolo con cariño entre sus enormes alas blancas.

Connor quiso borrar la tristeza que de pronto apareció en su rostro. Desconocía el rumbo de sus pensamientos, pero prefería no indagar. Él también cargaba con una mochila de recuerdos amargos de los que no hablaba nunca, con nadie. Le apretó la mano y entrelazó los dedos con los de aquella chica que debía andar cerca de los treinta y ya cargaba con un divorcio y mucho más, era evidente. Demasiado joven para acarrear un pasado que le llenaba la mirada de desolación. Exactamente igual que él, con un fracaso matrimonial a los treinta y cinco, y que creció como un niño que había olvidado lo que era sonreír. Sintió que, de un modo u otro, esa carga vital y ese entendimiento sin necesidad de palabras los unían de alguna manera.

—Tengo curiosidad, de tantos lugares extraordinarios que hay en el mundo, ¿por qué elegiste viajar a Nueva York?

Lys volvió a sonreír. Por un instante, le apartó los recuerdos dolorosos de la mente y le hizo recobrar el ánimo. Aunque con esa pregunta volvía a retrotraerla al pasado. Pero aquel, más lejano, había logrado superarlo gracias al cariño de la abuela, y ya no le dolía.

—La cuantía del galardón da de sobra para que viajen dos personas —añadió Connor.

Lys lo miró tratando de adivinar si era una sugerencia o una pregunta solapada.

—Pues no pienso compartir mi premio, que me lo he ganado. Voy a gastármelo todo dándome el gusto de alojarme a lo grande. En el hotel más lujoso que encuentre, como una reina.

Al oír su risa grave, lo miró de reojo y sintió la necesidad de contarle el motivo real de su viaje.

—No es solo por eso. Voy en busca de respuestas y es algo que necesito hacer sola. Es largo de explicar.

—Tenemos tiempo mientras regresamos al hotel —propuso dando la vuelta—. Antes de que se te enfríen los pies.

Lys agradeció que estuviera pendiente de ella. Tenía razón, era agosto pero de noche la temperatura descendía y no eran horas de andar descalza sobre la hierba mojada.

—Pues resulta que mi madre fue hija única. Un espíritu rebelde. Inishmore se le quedó pequeña y se escapó de casa con diecisiete años.

—¿Naciste en las islas Aran?

—No, me crie allí pero nací en Galway. Donde mi madre se había marchado a vivir con una tribu urbana en una casa ocupada. Dos años después, apareció de nuevo en la isla con una niñita en brazos. Una responsabilidad que le vino grande, tanto como al otro irresponsable implicado del que nunca supimos el nombre —explicó con asumida ironía—. Ni ella misma sabía quién era mi padre. Yo la recuerdo como una presencia intermitente en mi vida, me dejó en manos de mis abuelos y se marchó. De vez en cuando volvía a pedirles dinero, por entonces ya se había enganchado a las drogas. Mi abuelo tardó poco en morir, la abuela siempre decía que fue porque las preocupaciones que les daba su única hija, que les salió conflictiva, los disgustos y el sentimiento de culpa por haberla educado mal, cosa que no era cierta, los que le quitaron las ganas de vivir.

—Siento que tuvieras que vivir todo eso.

—Se quedaba poco en casa, pudo ser peor. El caso es que una vez regresó feliz, cuando yo tenía ocho años, cosa rara. Estaba guapa y contenta, había dejado las drogas por amor. Se había enamorado perdidamente de un americano que había venido en busca de sus raíces y tocaba la armónica. Cuando él marchó a su tierra, le estuvo escribiendo. Ella lloraba sin parar y no cesó hasta que la abuela sacó todos sus ahorros del banco para que comprara un billete a Nueva York y fuera tras él. Un mes estuvo con nosotras, el último. Una vez tuvo lo que quería, cogió un avión y nunca regresó. Murió allí.

—Entiendo, necesitas ver su tumba.

Lys lo hizo parar. Se sentía sorprendentemente bien al confesarle todo aquello a aquel hombre del que casi no sabía nada pero sabía escucharla. El corazón le decía que Connor la comprendía de verdad, sin sentir esa lástima por ella que odiaba descubrir en la mirada de otros.

—No, necesito saber quién fue ese hombre que le importó tanto como para olvidar a su hija.

—No tenías por qué contarme todo esto. Habría bastado con darme cualquier excusa.

—Necesitaba decirte la verdad, no me preguntes por qué.

Connor le rozó la mejilla con la mano e inclinó la cabeza acercando su rostro al de Lys.

—Nunca beso a un hombre en la primera cita —advirtió, en voz baja—. Tendrás

que darme una buena razón.

—Yo soy una buena razón.

—No me vale —murmuró, aunque era verdad.

—Entonces te daré dos, tus ganas y las mías.

La besó con la destreza de quien ha probado decenas de bocas. Sus labios eran rudos y hábiles, comedidamente insistentes hasta que ella le concedió el deseo y abrió los suyos. Complacida, ansiosa; su corta barba le cosquilleaba la cara. Hacía tanto que Lys no besaba a un hombre que casi había perdido práctica, no lo recordaba tan intenso. Dejó caer los zapatos que llevaba en la mano, el bolsito también resbaló hasta el suelo. Se aferró a sus hombros, sentía las mejillas arder y una tibieza entre las piernas inesperada y deliciosa. Sus brazos la rodeaban, su boca era todo cuanto existía.

Llegaron a la puerta de la habitación de Lys. Era hora de despedirse. Connorladeó la cabeza y le dio un beso muy suave en los labios. Al que ella correspondió con otro más sugerente, pronto sus lenguas jugaban buscándose.

—¿Sueles meterte en camas ajenas en la primera cita? —susurró, maliciosa, mientras pasaba la tarjeta magnética por la cerradura y abría la puerta.

—Depende de ella.

Se pasó la chaqueta de un antebrazo al otro. Lys le alisó la corbata, con una pausa estudiada antes de volver a mirarlo a los ojos.

—¿Si ella quiere?

—Si ella merece la pena.

Lys leyó en sus ojos lo que necesitaba saber. Lo agarró por la corbata y tiró de ella.

—¿Piensas entrar o no?

Connor la empujó hacia adentro, haciéndola retroceder varios pasos. Mientras se besaban, Lys oyó el chasquido de la puerta al cerrarse. No había colocado la tarjeta en el soporte de encendido de las luces y estaban en la penumbra creada por la iluminación del jardín, que se colaba por la ventana.

Siguieron los besos, imparables. Connor comenzó a acariciarla por encima del vestido, ella se dejaba hacer. Solo temblaba, disfrutaba de su boca y le pedía que siguiera acariciándola. Se descalzó sacudiendo los pies y, en su errático avance, él tropezó con uno de sus zapatos. Le apretó las nalgas, pegando su cuerpo contra el suyo para que notara el bulto duro de su bragueta, la prueba de cómo lo excitaba. Ella notó cómo subía las manos y le atrapaba el pecho, jugaba con sus pezones friccionando la tela en círculos. La recorrió palpándola hacia las caderas, la acarició hasta el final del vestido y volvió a ascender sobre sus piernas, el elástico de sus braguitas apenas fue un obstáculo para unos dedos tan diestros.

Lys le acariciaba la espalda, le besaba el cuello y las orejas. Al sentir su dedo abriéndose camino entre su sexo le susurró al oído lo húmeda que estaba. Connor rio dándole un mordisco en el hombro que había quedado desnudo al bajarle el tirante del vestido. ¡Como si no lo supiera! Palpaba con deleite la evidencia jugosa de su deseo.

La besó en la boca y la miró a los ojos. Brillaban en la penumbra, la acarició por encima del encaje de su lencería hasta meter la mano entera por el borde de sus braguitas y sonrió al ver cómo los abría de sorpresa y placer. Lys gimió e introdujo la mano entre ellos dos, acariciando su erección, atrapándola, acariciándolo arriba y abajo, buscando los botones para intentar liberarlo. Connor le apartó la mano y comenzó a bajarle la cremallera y a tirar del vestido hacia abajo hasta que sus pechos quedaron a la vista. Lys se desabrochó el sujetador sin tirantes y lo lanzó al suelo. Él no tardó un segundo en probar sus pezones con la lengua. Lys se pegó más a su rostro y Connor le dio lo que pedía. Los atrapó con la boca abierta, uno, otro hasta enrojecerle la piel, y vuelta. Ella le enredaba los dedos en el pelo. Le ponía muy caliente oírle suspirar y ronronear mientras él la saboreaba sin tregua.

A tirones le quitó el vestido y le bajó las braguitas hasta la mitad de los muslos. La quería desnuda y ella deseaba lo mismo, porque, sin dejar de besarla, rogándole más y más caricias, le fue desabrochando la camisa y le bajó los pantalones. Como pudo, Connor se quitó los zapatos y los calcetines y se quedó en calzoncillos, una mancha húmeda delataba su excitación. Le gustaba la osadía de Lys, pidiéndole más, susurrándole cuánto le gustaba su modo de tocarla.

Paso a paso, sin dejar de besarse, llegaron a la cama. Connor la hizo caer de espaldas y se tumbó sobre ella. Lys lo ayudó a deshacerse de los calzoncillos. Él abandonó su boca para seguir besándola desde la clavícula, hasta los pechos, descendiendo con la lengua hasta su vientre. Le abrió las piernas y mordisqueó la cara interna de sus muslos. La oyó gritar cuando rozó con los labios el borde de su sexo y se abrió paso con la lengua. La lamió aprehendiendo su sabor, impregnándose de su olor, dejándola al filo del orgasmo. Se enderezó sobre las rodillas, odiaba no haber pensado antes en ello.

Saltó de la cama.

—No —clamó ella, por su repentino abandono.

—Sí.

Se apresuró a encontrar el condón que, por precaución, siempre guardaba en la cartera. Rasgó el envoltorio con los dientes y volvió rápido a la cama, colocando las rodillas a ambos lados de ella. Se lo colocó mirándola a los ojos. Ella se relamía el labio superior, Connor sonrió al ver que la excitaba observarlo deslizar el látex despacio.

Lys le tendía los brazos y él se dejó envolver. Ella lo atrajo rodeándolo con las piernas. Connor la penetró por completo con un solo empujón de caderas, Lys cerró los ojos y entreabrió la boca. Él también estaba a punto de culminar. Se quedó quieto

y le acarició los pómulos con los pulgares, para que lo mirara.

—Tendremos que conformarnos con uno, no llevo más. Y no puedo prometerte que vaya a durar. Me tienes al límite.

Lys le mordisqueó el labio inferior y se removi6 rozándose contra su pubis. Lo necesitaba ya.

—Hay otras maneras, muchas —murmuró; y atrajo su cabeza para fundir sus bocas como unidos estaban sus sexos.

Connor comenzó a embestirla con urgencia. Lys tenía razón. Las posibilidades de darse placer eran infinitas. Instantes después, los dos se estremecían disfrutando de un orgasmo vertiginoso, impaciente... Arrollador.

No le quedaba energía ni para abrir los ojos.

Connor notó su ausencia, un ligero sube y baja del colchón cuando abandonó la cama. La oyó trastear en el cuarto de baño. No recordaba cuánto tiempo hacia que no disfrutaba tanto con una mujer. Ni tantas veces. El último orgasmo fue una explosión, Lys lo tomó en su boca provocándole escalofríos de placer. Devastado y feliz, así se sentía, mientras luchaba para escapar de la tela de araña del sueño y no quedarse dormido. Por respeto hacia ella. No había egoísmo más ordinario que desentenderse de una mujer después del sexo. Pero tardaba mucho en regresar a la cama y su gentil intención fue un fracaso.

Abrió los párpados de repente, avergonzado y maldiciéndose en silencio. Giró la cabeza hacia la derecha, buscándola. Pero no estaba a su lado. Ladeó el cuerpo entero en el sentido contrario. El balcón estaba abierto y Lys apoyada en el pretil. El aire movía las cortinas, suave como el soplo que apaga una vela.

Llevaba puesta su camisa blanca que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Connor intuyó que se había cubierto con la primera prenda de ropa que había encontrado. Dobló el codo sobre la almohada y apoyó la cabeza en el brazo para contemplarla. Su figura blanca, con las piernas desnudas, en el fondo de la noche y enmarcada por el leve mecer de las cortinas nacaradas le recordó a un cuadro de una mujer de espaldas de aquel artista español que pintaba relojes que se derretían en el desierto. No le venía el nombre a la mente. ¿Dalí? Podía ser. Se acordó de su exmujer. Una rancia, insoportable y remirada. Nunca se habría asomado a un balcón vestida con una de sus camisas. Jamás de los jamases si creía que alguien podría verla.

Alguien...

Connor aguzó el oído además de la vista. Lys hablaba con alguno de los huéspedes de la habitación contigua. Quien fuera le pasaba un cigarrillo alargando el brazo para superar el murete que los separaba en el balcón corrido. Lys giró el rostro, lanzó una voluta de humo y, con una sonrisa, devolvió el pitillo a la mano que se lo

acaba de ofrecer. Una mano grande. De hombre.

No le dio tiempo a elucubrar más porque, a contraluz, la vio retroceder, entornar las puertas del balcón, correr las cortinas y volver a la cama. Él le hizo sitio a su izquierda para que no tuviera que dar la vuelta y extendió el brazo en un gesto invitador. Lys se acostó abrazándose a él.

—Te he visto dormido y no quería despertarte.

—Yo tampoco quería dormirme, pero has tardado una eternidad en salir del cuarto de baño.

—Nunca me acuesto con maquillaje. Tenía que quitármelo para no amanecer con los ojos de un oso panda.

—¿Con quién hablabas?

—Con Ralf.

Ella notó que Connor se tensaba. Y sonrió, aprovechando que no podía verla. La divertía esa evidencia involuntaria de celos sin sentido.

—No sabía que fumases. No te he visto hacerlo.

—Casi nunca. ¿Te molesta el tabaco?

—No. Mientras no lo conviertas en un hábito.

—No podía dormir con tantas emociones. Y hoy me merecía un par de caladas. Y puesto que no te molesta el sabor, ¿puedo pedirte un beso?

—Puedes.

Pero no la dejó hacerlo. Connor levantó la cabeza, sonrió despacio, y se lo dio.

—¿De qué hablabais a estas horas? —preguntó volviendo a acomodarse sobre la almohada.

—Del premio, de lo inesperado que ha sido todo esto. De lo feliz y aturdida que me siento. He ganado contra todo pronóstico, qué te voy a contar a ti que no sepas. Él tampoco podía dormir por culpa de los nervios.

—Siempre lo está. Ralf nació inquieto, seguro que la comadrona tuvo que agarrarlo con las dos manos para que no se le escapara y echara a correr por el paritorio.

Lys le acarició el pecho desnudo.

—Entiéndelo, siempre existe el temor de que algo pudiera salir mal. Pero no ha ocurrido y la gala ha sido un éxito. Qué bien lo hemos pasado —recordó, dichosa.

—¿Le has dicho a Ralf que estoy aquí?

—No. Esto es cosa nuestra.

—Te ha visto con mi camisa puesta.

Lys rio con los labios abiertos sobre su mejilla, donde nacía la corta barba que tanto le gustaba.

—Los hombres no os fijáis en esas cosas. ¿Dónde está la sábana?

Se estiró y, a la palpa, encontró el embozo y tiró de él para cubrir sus cuerpos.

—¿Qué hora es? —preguntó Connor.

—No lo sé.

—Da igual —zanjó. Se había quitado el reloj horas antes para no arañarle la piel y no tenía ganas de levantarse a mirarlo—. ¿Dormimos un rato?

—No quiero que acabe mi noche. Quisiera saborearla despierta, pero me muero de sueño.

—Pues duerme, reina de la fiesta.

—¿Sigues siendo mi leal caballero?

Connor esbozó una sonrisa somnolienta y la atrajo para besarla.

—La duda ofende. Buenas noches, majestad.

—Buenas noches, milord —musitó, cerrando los ojos; con la mejilla pegada a su hombro y la mano abierta sobre su pecho.

Tuvieron que madrugar, porque Connor quiso evitar el riesgo de que pudieran verlo por los pasillos con la ropa de la noche anterior, la corbata en un bolsillo, los calcetines en el otro y los zapatos en la mano. Lys se despertó y, antes de que se vistiera, lo arrastró hasta el baño. Se ducharon juntos, se enjabonaron entre besos y se despidieron a lo grande, gimiendo de placer y con carcajadas posteriores porque no acertaban a cerrar en la penumbra aquel complicado grifo con termostato.

Mientras él regresaba a la habitación en la que no había dormido, a cambiarse de ropa, Lys guardó su exiguo equipaje en las dos bolsas de *nylon* que encajaban perfectamente en las alforjas de su moto. Cuando entró en el comedor, Connor ya estaba esperándola en una mesa para dos. Al pasar por la primera mesa, notó que uno de los otros finalistas y sus tres acompañantes fingían no verla, negándole el saludo. Y no fueron los únicos que le giraron la cara.

—Buenos días —dijo Connor, tirando de su mano para besársela—. ¿Qué quieres que te traiga?

—Buenos días otra vez —murmuró con una sonrisa cómplice—. Gracias, ya voy yo al bufé. Recuperando las fuerzas, por lo que veo —bromeó, señalando con un alzamiento de cejas su plato repleto de salchichas blancas y negras, tomate asado, *bacon*, huevos revueltos y judías en salsa.

Él se limitó a guiñarle un ojo y a indicarle con un gesto que no tardara.

Regresó con un plato rebosante, muy parecido al de él. Y volvió al bufé a servirse una taza grande de café. Solía empezar el día con un té, pero tenía que conducir y necesitaba cafeína para estar bien despejada.

—¿Te has dado cuenta? Algunas personas me hacen el vacío.

—Qué te importa, que se vayan a hacer puñetas por mal educados.

—Es que no lo entiendo.

—El premio es tuyo, déjalos que se envenenen con su propia rabia —zanjó Connor, cambiando de tema—. Tú también necesitas combustible esta mañana, por lo que veo —dijo señalando su plato—. Me gustan las mujeres que comen con ganas.

—Hoy hago un extra porque el cuerpo me lo pide —se miraron sonriendo de nuevo, porque los dos sabían el porqué—. Pero a diario me conformo con mucho menos, estoy intentando perder unos kilos que me sobran y aún estoy a mitad de camino.

—Qué tontería, ¿de dónde?

—¿Pues de dónde va a ser? Del culo, de los muslos, de todas partes.

—No te sobra nada, créeme.

—Creo a mi espejo.

—Es un mentiroso, díselo de mi parte.

Se miraban como dos tontos con sonrisas listas cuando fueron interrumpidos por una voz ya familiar que no dio ni los buenos días.

—Joder, Connor, ¿dónde te metiste anoche? Te estuve buscando por todas partes para tomar una última copa.

Lys miró de reojo a Sara, que acompañaba a su marido y clavó la mirada en su plato con las mejillas coloradas, aguantándose la risa. Connor cruzó los dedos y apoyó la barbilla sobre ellos a la vez que desafiaba a su amigo con una mirada que invitaba a callar.

Ralf miró la cabeza gacha de Lys, luego a Connor, y ató cabos.

—Ah, pero, vosotros...

Su mujer no lo dejó terminar, tiró de su manga y se lo llevó a rastras de allí.

—Cariño, ¿has visto a estos dos? —comentó, mientras ella buscaba con la vista una mesa vacía donde desayunar.

—No sé de qué te extrañas, si anoche no se separaron ni un minuto.

—¿Tú crees?

—Anda que, con lo listo que eres para unas cosas y para otras... Vamos, que el alcalde nos está haciendo señas. En su mesa quedan sillas libres.

Lys ya había guardado sus cosas en las alforjas. Había buscado a Connor por todas partes, pero parecía habérselo tragado la tierra. Le dijo que subía a su habitación, cuando salieron del comedor, y desde entonces no había vuelto a verlo.

Allí había pocas personas de las que tuviera que despedirse, pero no quiso irse sin saludar al alcalde, que había sido tan simpático con ella después de entregarle el premio. Se despidió agradecida de los miembros del jurado, sin añadir mucho más, apenas se conocían de un hola y adiós.

También había una pareja encantadora a la que quería dar las gracias por haberle brindado aquella inesperada oportunidad en virtud de la cual se sentía feliz e iba a cumplir un viejo propósito. Encontró a los Wilson en el jardín del hotel. Tuvo que hacerse visera con la mano porque así era de generosa la naturaleza. Esa mañana, al igual que en su corazón, en el cielo también brillaba el sol.

Alzó el rostro hacia su luz cegadora con los ojos entrecerrados, y sonrió. Hay llagas que nunca sanan pero la que Lys portaba en el alma como un dolor eterno, solo conseguía aliviarla con una esperanza íntima que nadie más que ella sabía. En aquella tierra verde y lluviosa, el sol se dejaba ver como un regalo escaso. Los ratos intermitentes que les regalaba de luz y calor eran valiosos y había que vivirlos intensamente. Como los momentos felices que pasan antes de darnos cuenta. Como su pequeño Rori, que le regaló apenas unas semanas de la dicha más grande que se pueda imaginar. Cuando lo veía allí arriba, brillante e inmenso, sentía que el sol de su vida no se había apagado. Ahora aparecía por sorpresa y le sonreía desde el cielo. Con el paso de los meses, se aferraba a esa ilusión porque la confortaba y la llenaba de paz.

Con un suspiro, regresó a la realidad. Y no era otra que debía ponerse en marcha y regresar a Dublín.

Se acercó al matrimonio Wilson, aprovechando que estaban despidiéndose de unos conocidos.

—Me marcho —les dijo, dándoles la mano—. Ha sido un placer conocerte, Sara. Cuídala mucho, Ralf. Tienes una estupenda mujer a tu lado.

—Lo hago, ¿verdad, nena?

—Y muy bien, por cierto.

Lys envidió el amor y la complicidad que irradiaban.

—«Gracias» es una palabra muy pobre para lo mucho que te debo, Ralf.

—Disfruta de tu premio y no me lo agradezcas, mujer. Que haces que me sienta raro. Eso sí, te aseguro que el ángel de Galway va a hacerse muy famoso en Estados Unidos.

Lys pensó que bien lo merecía aquel templo erigido al borde del mar en honor al patrón de los marineros. Contenía secretos tan antiguos y curiosos que merecía salir del anonimato.

—¿Cuándo regresáis?

—Mañana, porque pasado tengo que estar sin falta en Santa Mónica. Y Sara no puede dejar muchos días la galería de arte sin su presencia. Donde, por cierto, exhibiremos todas las fotografías del concurso.

—Espero que me mantengas informada y que de vez en cuando sigamos en contacto. Me acostumbré a tus *e-mails* divertidos. Ahora que te he encontrado, no quiero perderte del todo.

Ralf exhibió una sonrisa ufana, que no le llegó a los ojos.

—Por supuesto que no. En cuanto Sara inaugure la exposición sobre los tesoros ocultos de Irlanda, te mandaré las fotos de los periódicos.

Repitieron los apretones de manos, Lys se despidió diciéndoles que se le hacía tarde y se marchó hacia el aparcamiento.

—¿No te importa? —preguntó Ralf a su mujer.

—¿El qué?

—Que le escriba de vez en cuando. Que le envíe los recortes de prensa y todo eso.

Sara le colocó la corbata recta y lo miró como haría con un niño pequeño.

—No, tonto. Yo sí creo en la amistad entre hombres y mujeres, sois vosotros los que no lo tenéis tan claro.

Lys sintió un cosquilleo en la boca del estómago al ver que Connor la esperaba, cruzado de brazos, al lado de la moto. Si vestido de etiqueta estaba guapo, con los vaqueros gastados y la camisa arremangada daba ganas de lanzarse a su cuello. Mejor apartar esa fantasía de la mente.

—Te marchas —asumió serio y resignado.

—Tú también, supongo que no tardarás.

—Es sábado, no tengo prisa. Además, aún tengo que hablar con Ralf, he quedado en llevarlos mañana al aeropuerto —explicó sacando las manos de los bolsillos—. Dame tu teléfono.

Lys lo hizo. Él tecleó rápido y el suyo sonó en el bolsillo.

—Te he hecho una llamada perdida. Ya tienes mi número y yo el tuyo.

—Gracias. Odio decir adiós, pero tengo que irme ya.

Montó en la Yamaha, pero antes de ponerse el casco lo cogió por la nuca para darle un beso que Connor alargó. Se separaron con renuencia, él le acarició los labios como si quisiera retener su tacto en la yema del dedo.

—La noche de ayer fue maravillosa —dijo Lys—. Y no solo por el premio, sin ti nada habría sido lo mismo.

Connor se cruzó de brazos.

—Llámame alguna vez, si quieres. No tienes por qué hacerlo si no te apetece.

—Lo mismo te digo. Pero ya sabes, sin obligación ni compromiso —dijo subiéndose la cremallera de la cazadora hasta el cuello.

Se colocó el casco y dio un acelerón. Connor se apartó para dejarle espacio, con la mano le decía adiós y él hizo lo mismo. Segundos después, su presencia se había convertido en el sonido de un motor que se iba perdiendo, cada vez más lejos.

Lys condujo despacio por aquellas carreteras de Ballyfin hasta que pasó por el *pub* El hombre muerto. Aceleró para tomar la M7. Aún no había llegado al cruce de Portlaoise cuando notó la vibración del móvil junto a la melodía que anunciaba una llamada. Redujo la velocidad y detuvo la Yamaha en el estrecho arcén de la carretera. Sacó el teléfono, además de una llamada perdida de Connor, tenía también un mensaje de WhatsApp. Suyo también.

¿Te acuerdas todavía de mí?

Ten cuidado.

Y no corras más de la cuenta.

Volvió a guardar el teléfono con una sensación agridulce. Absurda. Lo conocía de unas horas. De una noche. Maldito Connor O'Brien, malditos sus adorables silencios, su mirada aguda y labios expertos. Hacía media hora que no lo veía y ya lo echaba de menos. Pero era una locura acordarse de él y unir ese pensamiento a la palabra mañana. No tenía sentido.

Capítulo 4

Otoño con sorpresa, como las que trae un bizcocho de Halloween entre las uvas pasas

Lys guardó la cazuela en el frigorífico. Había dejado el congelador lleno de recipientes con platos preparados. En el fondo le daba lástima la señora de la casa, pues la veía sufrir solo con mirar la vitrocerámica, como si de un artefacto de tortura se tratara. Era obvio que no sabía ni cocer un huevo, no sabía si por desidia o por comodidad, o porque era una negada en cuestiones culinarias, que también podía ser.

Oyó pasos por el corredor y miró de reojo hacia la puerta abierta. No había aparecido por allí, con las horas que eran. Sabiendo que era su último día de trabajo, supuso que andaba ocupadísima buscándole una sustituta. Pero Lys se llevó un sobresalto al ver quién acababa de irrumpir en la cocina.

—¡Connor! ¿Qué haces aquí?

Se quedó pasmada ante su cara de asombro y su ceño arrugado. Ni se movió para cogerla por la cintura y besarla, feliz de verla.

—No, la pregunta es: ¿qué coño haces tú en casa de mi hermana y vestida de esa manera?

Lys se llevó la mano al pecho, incapaz de articular palabra hasta que consiguió asumir lo que acababa de oír.

—¿Tú eres el hermano maduro y quisquilloso al que le he estado preparando la cena todo este tiempo porque es un inútil incluso para alimentarse sin que se lo den todo hecho?

—¿De qué hermano maduro hablas? Mi hermana me lleva veinte años, cuando yo nací ella ya había tenido dos novios. Y no tenemos más hermanos.

—No me lo puedo creer.

—¿Pero qué edad te creías que tenía? Por cierto, ¿un inútil? Vaya manera de imaginarme, gracias.

—E insoportable. Y desagradecido.

—¿Y tú qué? Una antipática que se pasaba de lista con tus mensajitos cizañeros. ¡No entiendo nada! Mi hermana siempre habla de una tal Elisabeth.

—Me lo creo —ironizó cada vez más enfadada—. No hay manera de hacerle entender que me llamo Lys.

—Yo me figuraba que respondía a las pullitas de una señora entrada en años, con el pelo tirante y una delantera del tamaño de dos sandías.

Seguía mirándola como a un bicho raro y Lys perdió la paciencia.

—¿Por qué me miras así? Ah, ya entiendo, es esta ropa. No podía ser de otra

manera, igual de estirado que tu hermana.

—A Tessa déjala aparte, que esto es entre tú y yo.

—Lo sería, si no fuera por esa mirada que te delata. No puedes soportar que sea una chica del servicio. Qué decepción —le espetó con desprecio.

—Tú eres quien me decepciona a mí, por juzgarme sin conocerme. No me cargues a mí con tus gilipolleces clasistas.

Tessa McEvan llevaba medio minuto en el umbral de la puerta, anonadada viéndolos discutir. No reaccionó hasta que Lys se desanudó el delantal.

—Un momento, ¿qué está pasando aquí?

Lys le mostró el delantal en la mano.

—Que me marchó al aseo de servicio —recalcó mirando a Connor—. A quitarme esta bata de rayas, acuérdate de que ya te avisé, Tessa. Hoy es mi último día, cuelgo el delantal.

—¿Qué?

—Te avisé con tiempo —recalcó, con una sonrisa burlona al ver su cara de asombro.

—¿Tan pronto?

—Sí, Tessa, de tú a tú, como dos iguales, puesto que ya no trabajo para ti —la llamó por su nombre con toda la intención—. Y mi nombre es Lys, ni Elisabeth, ni Lissa ni nada que se le parezca. ¡Lys Scott!

—Yo no sé qué voy a hacer, esto es tan imprevisto.

—No lo es, Tessa. Te avisé con tiempo suficiente. Además, no creo que os sea tan complicado. He dejado el congelador lleno de platos preparados. Por mi parte, tengo un viaje a la vista y no voy a demorarlo. Y ahora, si me disculpáis los dos, voy a quitarme esta ropa.

Tessa la miró con un rictus taciturno.

—Por lo que veo, no has estado muy a gusto trabajando en esta casa.

Lys giró la cabeza, airada.

—No sé a qué viene ese comentario. Dejar el frigorífico lleno no me parece una muestra de desagrado por mi parte.

—El enfado con el que te marchas.

—Mi mal humor tiene que ver con Connor.

—¡Eh! —la frenó él, con ganas de pelea.

Tessa alzó la mano para hacerlo callar.

—No creo que tengas queja respecto a cómo te hemos tratado. ¿Qué te molestaba, que olvidara tu nombre? —reconoció con un tono apaciguador—. No puedo evitarlo, no me gustan los diminutivos. En cuanto al trato de usted, no es una manera de marcar las distancias sino una muestra de respeto. Te trataba con la misma deferencia que tú a mí.

Lys la vio girar en redondo y salir de la cocina sin darle la oportunidad de replicar a eso. Ella se encogió de hombros y se dirigió al aseo de servicio. Connor fue tras ella

y la cogió por la muñeca.

—Sé que mi hermana no es la mujer más agradable del mundo, pero en eso lleva toda la razón. ¿Nunca has tenido un jefe? ¿Cómo lo tratabas? Recuerda qué trato te daba él a ti, seguramente te tuteaba. Pero tú a él ni osarías intentarlo. Eso no es una desconsideración hacia un empleado.

—Siento no estar al tanto de todas esas normas formales.

Connor endureció la mirada, no soportaba ese tono altanero.

—¿Nunca reconoces que te equivocas, Lys? Y pensar que llevo soñando despierto contigo desde hace tres semanas.

—Para soñar tanto, poco te has acordado de mí. ¿Por qué no me has llamado ni una sola vez?

—Tienes poca memoria. Sí lo hice. Y te mandé un mensaje, no hacía ni media hora que te habías marchado de Ballyfin. Pero en todo este tiempo me has ignorado.

—Pero tú no insististe.

—¿Era eso lo que querías? No somos un par de adolescentes.

Salió de la cocina y ella se marchó a cambiarse con un regusto amargo. Había fantaseado con encontrarse con él un día cualquiera, de pronto tropezarían en la calle. O lo vería de lejos en un *pub* y Connor correría hacia ella, apartando a la gente. Con alegría y euforia íntima, por parte de los dos, al recordar lo mucho que compartieron durante aquel fin de semana inolvidable. Pero nunca imaginó un reencuentro así de desagradable.

Ella ya había montado en la Yamaha, que había aparcado, como de costumbre, en la puerta de servicio. Connor estuvo esperándola junto a la moto hasta que la vio salir de la casa cambiada con unos pantalones, una camiseta violeta y el chubasquero impermeable. Iban a decirse adiós con evidente mal humor, cuando Tessa se acercó a ellos.

—Ten, tu cheque con tu sueldo hasta fin de mes. Y gracias, estamos muy contentos contigo.

Ella lo cogió y se sintió culpable, le pagaba la mensualidad completa cuando había trabajado menos de la mitad. Se lo guardó en el bolsillo interior del chubasquero.

—Gracias, Tessa. Siento haber dado otra impresión pero yo también he trabajado muy a gusto en esta casa. Aunque ya te advertí que no pensaba quedarme mucho tiempo y que lo tomaba como un empleo temporal. Además, aunque el salario era generoso, se me iba íntegro en pagar el alquiler. Vivir en Dublín es carísimo, por eso me voy a Galway.

—¿Qué? —saltó Connor, aturdido con esa repentina novedad.

—Me mudo a Galway, ya lo has oído. Vuelvo a mi tierra, he encontrado trabajo

como cocinera en un *pub* que me ofrece menos sueldo a cambio de alojamiento gratis. Me compensa.

—Pero ¿qué hay del dinero que ganas con los cuentos? —recordó Connor.

—Escribir no da para vivir, salvo que te llames Potter.

—¿No se llama Rowling?

—Beatrix Potter —intervino Tessa—. La escritora de cuentos para niños.

—De pequeña me encantaban sus historias de conejitos —recordó Lys, mirándola agradecida por que supiera que se refería a la cuentista que la inspiró a escribir e ilustrar sus propias historias.

Tessa, en cambio, la ojeó con suspicacia. Y a su hermano todavía más.

—Aunque no sea asunto mío, ¿puedo preguntar cómo os conocisteis?

—En aquel concurso que organizó Ralf —informó Connor—. Lys ganó el primer premio.

—En ningún momento relacioné el apellido O'Brien con McEvan —alegó ella—. En mi vida habría imaginado que eras el hermano de Tessa.

—Tú escribes, si no he entendido mal —rumió—. Creí que era un concurso fotográfico. Y ganaste el primer premio, vaya suerte.

Lys odió la mirada de recelo que le echaba.

—Eso fue. Un golpe de suerte.

—Adiós, Lys —dijo llamándola por su nombre, cosa rara, y tendiéndole la mano que ella le estrechó—. Buen viaje, ha sido un placer. Vuelve cuando quieras, nos alegraremos de verte.

A Lys le sonó a formalidad de las que se dicen por mero compromiso.

—Quizá algún día.

Con una débil sonrisa, Tessa regresó a la cocina. Algo que Connor esperaba con impaciencia. Miró de refilón y, cuando se cercioró de que ya no los oía, cogió la mano de Lys antes de que se pusiera el guante de cuero.

—Cuando ya no tenía esperanza de volver a verte, te encuentro y resulta que te marchas a Galway —le acarició el dorso con el pulgar—. ¿Cuántos años tienes?

—Casi treinta.

—Muy joven para acarrear un divorcio a la espalda.

—Me casé muy joven. ¿Y tú?

—Treinta y cinco.

—Bastante crecidity para dejar que tu hermana mayor se ocupe de ti, ¿no? —soltó con ironía.

—¿Qué hay de malo en dejarse cuidar? —la desafió convencido. Pero mudó el semblante al verla calarse los guantes—. No puedes marcharte, Lys.

—Por supuesto que puedo. Mira cómo lo hago, te digo adiós con la mano —aseguró, meneándola como en los programas para bebés—. Ahora, haz tú lo mismo.

—Ahora cierro los ojos y sí reconozco a la cocinera arpía de las notitas —elevó una esquina de la boca—. Me acojonaste con aquella en forma de corazón. Pensé,

¿pero qué quiere esta señora de mí?

Lys se echó a reír pero se puso seria al ver su semblante pensativo.

—Mi hermana también se casó muy joven, como tú —le explicó Connor—. Mi sobrino mayor tiene tu edad, creo que ya lo conoces —Lys asintió—. Sé que es difícil entenderla, pero se ha pasado la vida cuidando de todo el mundo. Y ahora que sus hijos han volado del nido, se siente útil preocupándose de que me alimente como es debido. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años, en realidad la perdimos el día del accidente. Pasó tres años en coma enganchada a una máquina en la cama de un hospital.

Impresionada, apretó su mano.

—No me contaste nada de todo esto durante aquel paseo bajo las estrellas.

Lo dijo sabiendo que no lo hizo porque haberle hablado de ello habría entristecido su gran noche, su momento de gloria y la ilusión de su triunfo.

—Preferí escucharte. Mi vida ya me la sé.

Ella volvió a sonreír, lo cogió por el cuello y lo obligó a bajar la cabeza.

—Ahora sí que me recuerdas al tipejo irónico de los mensajes.

Se inclinó sobre su boca y le dio un beso breve y superficial.

—No me hago a la idea de que ya no cocines para mí.

—Y yo quiero que me cuentes más, quiero conocerte de verdad. Ven a verme a Galway y volverás a probar ese estofado que tanto te gusta, aunque a veces me sale un poco soso —dijo besándolo ella esa vez—. Ya sabes, solo si quieres.

—Lo sé, si me apetece. Sin compromisos.

Ese tercer beso fue de los de verdad, de esos que empiezan sin ganas de acabar. El que estaban esperando los dos desde el instante en que Connor entró y la vio con el delantal.

¡Y ahora resultaba que se marchaba! Sí, la avisó. Pero no pensó que lo decía tan en serio, rumió Tessa mientras deambulaba sin rumbo por la cocina.

Se asomó a la puerta, con los brazos cruzados. ¿Y de qué se conocían aquellos dos? Sí, de acuerdo, acababan de decírselo. Coincidieron en el concurso fotográfico patriótico sentimental que organizó el liante de Ralf Wilson, como si no lo conociera desde que era un crío.

Tessa recordaba bien las pocas ganas de Connor, que aceptó ejercer como jurado por no hacerle un desplante a su amigo. Un concurso que, mira tú por dónde, había ganado su cocinera. Además de guisar de primera, estaba claro que también se le daba bien la fotografía. Quién iba a sospechar que tenía bajo su techo semejante talento de mujer.

No, no la tenía. Ya no. ¿Cómo iba a apañarse hasta que encontrara a una sustituta? Otro quebradero de cabeza que sumar a su larga lista.

Observó cómo se despedían su hermano y la chica de la moto. Lys, sí, Lys, se repitió mentalmente para no olvidarlo. Mucha intimidad para conocerse de un fin de semana. Desvió la mirada, con una mueca, cuando él la besó antes de que la chica se calara el casco. Tessa bajó los tres escalones; evitando que la pillaran fisgando, aunque lo hizo con disimulo. Cómo iban a darse cuenta de que los miraba, con lo entretenidos que estaban. ¡Caramba, cuánto entusiasmo! Sí que duraba el beso.

Giró la cabeza en dirección contraria y allí estaba su marido, dónde si no. Aquel jardín eran su pasión y las flores que tanto se esmeraba en cultivar, sus seres más queridos. No existe mayor orgullo para un irlandés que su propio su jardín, lo exhiben tan ufanos, presumiendo de su buena mano. Michael no era una excepción, todo lo contrario, en cualquier caso, el jardinero *amateur* más fanático de todo el condado.

Tessa caminó hasta el lateral de la valla donde se encontraba su compañero existencial desde hacía treinta años. Le gustaba ver bonito el jardín, era una delicia asomarse a las ventanas y divisar aquel entorno colorido cuyas tonalidades iban cambiando con cada estación. Pero tampoco entendía qué clase de paz interior le reportaba dedicar las horas muertas a mantener vivas sus plantas.

—Dichosas flores —murmuró entre dientes.

Como si no hubiera nada más importante, y no era poco lo que se les venía encima. ¡Ay, Dios, como tuviera que guisar ella! Qué desastre.

—¿Has visto?

—¿Mmmm...?

Tessa se desesperó en vista de que ni levantaba la cabeza.

—Acabamos de quedarnos sin cocinera.

—Una tragedia.

—No bromeo, Michael.

—Yo tampoco.

Su sinceridad era aplastante, uno de los rasgos de su carácter. Pero Tessa no podía ofenderse, puesto que sus habilidades culinarias consistían en poner agua a hervir para el té —y hasta el cazo quemó una vez— y calentar cosas en el microondas. Punto final.

—No te quejes que, cuando estás en Cork, tu madre te ceba como a un pavo. Estoy pensando que podrían venirse aquí una temporada.

—A mi padre no lo separas de sus vacas ni atándolo con una cuerda. Y a mi madre no la separa de su marido ni yo, que soy su único hijo.

Tessa rebufó, incapaz de llevarle la contraria. Sus suegros eran granjeros por tradición, vocación y, más cerca de los ochenta que de los setenta, por pura cabezonería. Entre semana, Michael residía con ellos. En realidad, en régimen mediopensionista porque almorzaba en la ciudad, en el bar autoservicio de la universidad o en cualquier *pub* de los alrededores del campus. El abuelo McEvan había vendido el ganado a su vecino hacía una década, pero ahí seguía. Madrugando

cada mañana, con su jersey de lana, la sempiterna gorra de *paddy* calada hasta las cejas y el bastón, caminando detrás de las vacas, ahora al prado, ahora al corral. Como si fueran suyas todavía. En el fondo prestaba una ayuda considerable al vecino y, junto con las labores del huerto, esa faena autoimpuesta lo mantenía activo.

—Pues podrías convencerlos para que dejaran la granja de vez en cuando. No creas que no echo de menos los guisos de tu madre.

Michael alzó el rostro y estudió su expresión, para adivinar hasta qué punto hablaba en serio.

—Podrías venirte conmigo a Cork.

Tessa sacudió las manos como si con ello alejara esa idea, que no entraba en sus planes.

—Qué sencillo lo ves. ¿Y quién se ocuparía de todo esto? —objetó, abriendo los brazos en abanico como si pretendiera abarcar no solo la casa, sino también la barriada, el distrito, la ciudad de Dublín y el condado entero.

Sin perder la calma, Michael la asaeteó con esa particular mirada que la ponía tan nerviosa.

—¿Y qué es ese «todo esto», Tessa?

A ella no le gustó el rumbo que tomaba la conversación. Ni que la examinara como si fuera transparente. Y eso que el mismo día que se conocieron en aquella discoteca, hacía media vida, ya le dijo que estudiaba Medicina porque quería ser psiquiatra.

—¡Pues todo! —concluyó, agobiada—. Ahora mismo tengo que encontrar una cocinera, aunque para ti sea un asunto doméstico que no te preocupe lo más mínimo.

Con parsimonia, Michael giró la cabeza hacia el parterre y arrancó un incipiente matojo de mala hierba que había crecido entre los crisantemos.

—¿Lys ha dejado algo preparado para el almuerzo antes de irse?

—Creo que sí —confirmó, tocándose la frente.

—Bien. Me preocuparé cuando llegue la hora de la cena.

—Muy gracioso —rumió, haciendo una mueca—. Te dejo, que necesito una aspirina. No sabes el dolor de cabeza que se me ha puesto con todo esto.

Mientras se iba, su marido levantó la cabeza, esta vez con una mirada que solo conocía ella.

—La típica excusa de las mujeres que no quieren sexo.

Tessa le sonrió con una dulzura engañosa. Qué equivocado estaba. Después de un día como aquel, qué menos que rematarlo con una noche divertida.

—Por eso me tomo la aspirina, cariño. Para que no me duela.

Michael sonrió mirándola de arriba abajo. Tessa lo dejó solo y volvió a ocuparse de sus plantas.

Un cuarto de hora después, a él aún le duraba la sonrisa.

Capítulo 5

El pasado deja huella en la memoria, como la guindilla y la pimienta en el paladar

Lys ultimó las condiciones de su empleo en El Cerdo Azul, que incluían un estudio bajo el tejado del *pub*, justo encima del piso de Sid. El salario era modesto pero ahorrarse el alquiler le compensaba. Tenía que madrugar para preparar los desayunos, pero su jornada acababa cuando dejara listo el «plato del día» para almorzar y algo que pudiera calentarse para las cenas. El resto del tiempo era todo suyo.

Kenn le había cedido el pequeño apartamento que ocupaba hasta su llegada. Cuando supo que Lys llegaba, pactó con Sid una subida de sueldo y decidió alquilar otro, le apetecía un cambio.

Una vez instalada, esperó a que la furgoneta de la mudanza llegara desde Dublín antes de embarcarse en una visita sentimental que llevaba tiempo deseando hacer. Le costó poco acomodar los escasos muebles de su propiedad. Según las condiciones del divorcio que acordaron, Aidan se quedaba con la casa, incluido el mobiliario, todo ello costado por la familia de él. Lys no quiso nada que no fuese suyo, se conformó con una cantidad económica compensatoria, sus efectos personales y la moto que él le regaló. Como ya había pactado con Sid que se incorporaría al trabajo a su regreso de Nueva York, antes de liarse con el equipaje y de concretar el viaje con la agencia a la que correspondía organizarlo, tomó el autobús hasta Rosaveel, compró un billete y subió al *ferry* que la llevaría de vuelta a su Inis Mór, el lugar de su niñez, que abandonó al acabar sus estudios en la única escuela secundaria de las Islas Aran.

Durante el trayecto recordó el funeral de su abuela; tal como ella dejó dicho, se realizó cumpliendo con los viejos ritos. Los relojes de la casa se pararon, se cubrieron los espejos y las vecinas se encargaron de preparar su cuerpo para despedir su alma, cubriéndola con una sábana de lino de su ajuar. Un momento tan desgarrador que Lys no tuvo fuerzas para presenciar. Le dijo adiós desolada porque no la tendría a su lado el día de la boda. Meses después, sin más familia, se casaba con Aidan, tal vez movida por la necesidad de no sentirse sola en el mundo.

Pero el destino se empeñó en que lo estuviera, como en ese momento en el que se disponía a visitar la cruz celta donde estaban grabados en piedra los nombres de sus únicos abuelos, los maternos.

Desembarcó en Kilronan, el pueblo donde vivió con la abuela Deirdre. A principios de septiembre, los chicos que iban a las islas para perfeccionar la lengua gaélica ya habían terminado los cursos en las numerosas escuelas de verano. Lys aprovechó una de las furgonetas que hacían el recorrido de un pueblo a otro para

trasladarse hasta el cementerio de Killeany. De camino, pasó por delante del que fue su hogar, una pequeña casita en la que vivieron de alquiler, que ya no parecía la de entonces. La habían convertido en una tienda de recuerdos para los turistas.

Plantada ante la tumba, le contó en voz alta a la abuela que se marchaba a Nueva York, igual que hizo mamá. Necesitaba saber quién fue el hombre cuya llamada fue tan poderosa que hizo que olvidase el camino de regreso. Por qué se olvidó de ella, de su propia hija. Lys, que había perdido al suyo y con él un pedazo de su corazón, no concebía que pudiera existir una clase de amor tan grade como para olvidar a un hijo.

En el fondo de su corazón, supo que la abuela entendía su escepticismo. Igual que comprendió la marcha de su propia hija en pos del amor. Porque ella, Deirdre Scott, también tuvo un amor secreto. Quiso al abuelo, pero no con la pasión que sintió por otro hombre. Por eso alentó a su propia hija a ir tras aquel americano al que amaba con locura, sin saber que no volvería a verla con vida.

Como siempre hacía, Lys no abandonó el cementerio sin hacer una visita a la tumba de la señorita Lyons, su maestra de la escuela, la que siempre salía en su defensa cuando los otros chicos y chicas se burlaban de ella porque llevaba ropa de segunda mano, heredada de algunas niñas más mayores del pueblo cuando les quedaba pequeña.

Nunca le estaría bastante agradecida por el cariño con el que la trataba, sin atisbo de lástima, aunque quizá por dentro sí la sentía. Cuando llegaba el día de la madre y preparaban los trabajos manuales para regalar, unos críos de la clase le venían con la misma cantinela todos los años: «¿Para qué haces el regalo, si tu madre está muerta?». La señorita Lyons los hacía callar diciéndoles que ella lo entregaba a su abuela ese día tan especial por un doble motivo, ya que era la madre de su madre, y por tanto, dos veces mamá.

La abuela Deirdre lo fue todo. El abuelo murió pronto, solo a ella le debía la mujer que había llegado a ser.

Algunos días después, sobrevolaba el Atlántico. Fueron horas de silencio y soledad, en los que meditó sobre el motivo de su viaje. Y recordó aquellos años. Hay etapas de la vida de la que creamos nuestros propios recuerdos a base de unir pedazos que nos han ido contando. La abuela siempre decía que le puso a su única hija el nombre de Gina por una actriz italiana muy guapa que en una película se enamoraba de un soldado americano al que llamaba como a las latas de sopa y que tenía una niña de ese amor fugaz. No imaginaba el día que la bautizó con ese nombre lo premonitorio que sería.

Lys se imaginaba a la Gina rebelde, que escapó de casa y con diecisiete años regresó de Galway y se presentó antes sus padres con un bebé en los brazos.

Recordaba como en una nebulosa la muerte del abuelo y el silencio que reinó

durante meses en aquella casa, solas ellas dos. Mamá ya se había marchado a vivir su vida, ni siquiera acudió al entierro. La abuela, que no quería verla triste, le decía que los abuelos nunca mueren. Se vuelven invisibles y nos acompañan siempre convertidos en ángeles.

Cuando Lys tenía cinco años, mamá volvió a Inis Mór. Esa fue la etapa más oscura, la de los llantos. Estaba triste y al rato contenta, del mismo modo que se enfurecía o no salía de la cama durante varios días. Con los años Lys entendió que ya estaba tan enganchada a las drogas que no era dueña de su voluntad. Un día la abuela llegó a casa y la sorprendió llevándose el televisor para venderlo. Hubo una terrible discusión. Lys recordaba que se escondía en el armario ropero y cerraba la puerta para no escuchar los gritos. Mamá no se salió con la suya, pero ella no se atrevía a salir del armario porque, acurrucada entre los abrigos que olían a naftalina, oía llorar a la abuela en la cocina.

Mamá volvió a desaparecer. Ese verano se presentaron en casa unos señores de los Servicios Sociales que le hicieron muchas preguntas. Ella contestó como le pidieron, la abuela y la señorita Lyons siempre decían que había que contar la verdad. Unos meses después, la abuela le dijo que le habían otorgado su custodia y que mamá no podría llevársela con ella, por mucho que la amenazaba con hacerlo cuando no conseguía sacarle dinero.

Tardó meses en volver y lo hizo muy cambiada, libre de sus adicciones, o eso parecía. Pero esa vez sus males eran del alma. La abuela, que recordaba esa misma clase de llanto, fue al banco y le dio sus ahorros diciéndole: «Vuela, paloma, vuela en busca del amor».

Una azafata le ofreció una bebida. Lys pidió una taza de té azucarado y lo bebió rememorando de nuevo aquel tiempo de ausencia materna para ella e incertidumbre para la abuela. Cuando dejaron de mencionarla con frecuencia, en un intento por alejar la pena y la desazón.

No volvieron a saber de ella hasta que dos años después recibieron una carta de la embajada de Irlanda. Gina Scott, natural de Kilronan, Inishmore, condado de Galway, había sido hallada muerta en la habitación de una pensión de mala muerte. Eso no lo decía el documento, pero la abuela no era tonta y lo dedujo. Informaba además que, en ausencia de familiares que se hicieran cargo del cadáver, había sido enterrada en una fosa común de la ciudad de Nueva York.

Al llegar de la escuela, la abuela la sentó en su regazo y le contó que su madre se había marchado al cielo con el abuelo, aunque Lys no la creyó porque nunca le mostró cariño, ¿qué iba a hacer el pobre abuelito con ella allí arriba toda la eternidad? Se sintió una niña mala porque la aliviaba pensar que ya no habría más lloros en la casa, ni peleas, ni gritos. Nunca más tendría que esconderse en el ropero.

Mamá se había muerto. Y ese día, la abuela y ella empezaron a vivir.

Recorrió Nueva York como una turista más, en una excursión que la paseó por Harlem, el Bronx, Queens y Brooklyn. Durante un día entero se dedicó a pasear por Manhattan de norte a sur, disfrutando de su soledad. El bullicio de las calles la ayudaba a pensar. No quería vivir con el lastre de los recuerdos y aquel viaje significaba dejarlos para siempre allí, enterrados muy lejos de casa con su madre, en una suerte de exorcismo liberador.

Tardó dos días en reunir la presencia de ánimo que necesitaba para dirigir sus pasos al lugar donde esperaba conocer a la persona que le robó el cariño materno. Una llamada mental a la justicia la obligó a no tachar a ese hombre de ladrón de sentimientos, puesto que fue ella, la alocada y temperamental Gina Scott, quien le regaló todo cuanto atesoraba en el corazón. Y para su hija nunca demostró guardar gran cosa.

Caminó hacia Greenwich Village, pensando en el recorrido del día anterior. Desde el autocar contempló el inacabable Cementerio del Calvario, en el barrio de Queens, donde yacía su madre sin lápida ni un nombre para el recuerdo. Le impresionó la visión de aquel inmenso erial de sepulcros adocenados como bultos en un almacén. Lys venía de una tierra donde se vive en calma. En cambio allí, en aquella Nueva York estridente y puro nervio, el Cementerio del Calvario era el único lugar donde reinaba el silencio.

Se sentó en un banco del parque de Washington Square y releyó la dirección que encontró en una vieja carta escondida en un cajón de la casa de la abuela después de su muerte. No quiso conservarla, apuntó las señas del remite y la tiró a la basura cuando regaló los muebles de la casa y la ropa de los abuelos a una asociación benéfica. Pero todavía guardaba en la memoria las palabras de amor que aquel poeta vagamundo le escribió a su madre.

Pensó en la época en que fue escrita la carta. Aquel barrio que rodeaba la Universidad Pública de Nueva York no era tan *cool* como lo veía, sino una zona degradada y poco atractiva, años antes de ponerse de moda.

El 116 de Washington Place era el típico edificio de los que salen en las películas, con su escalera exterior de incendios. Llamó al timbre y subió en un ascensor remozado, aunque conservaba las antiguas rejillas metálicas. Volvió a mirar la dirección anotada y tocó a la puerta del apartamento izquierdo del primer piso. Le abrió un hombre joven. Lys dedujo de algunas canas que destacaban en su cabello negro que tendría cuarenta años o poco más.

—No sé por dónde empezar, he venido desde Irlanda —se presentó.

—Se nota.

—Ya, el acento.

Su sonrisa era un buen presagio. Al menos no la tenía por una vendedora de seguros y esperaría un poco antes de cerrarle la puerta en las narices. Los americanos tenían fama de desconfiados.

—Vengo buscando a Ronald Finch. ¿Aún vive aquí?

—Ya no. Hace años que se marchó a Pittsburgh con su hija mayor.

Trató de ubicar la ciudad en un mapa. Si no se equivocaba, estaba bastante lejos. Para alguien de una isla pequeña, como ella, una distancia remota.

—Y, ¿podría darme su dirección actual o su número de teléfono? Me gustaría conocerlo y hablar con él.

—Siento decirle que murió hace cinco años.

Lys dejó caer los hombros, aunque ya había previsto esa posibilidad. Los jóvenes de aquellos años que vivieron al límite, morían pronto. Como su madre.

—Un viaje muy largo para no encontrar a la persona que busca, lo lamento —dijo él—. Pero pase, por favor. Ronald era mi padrastro.

Ella lo hizo y aceptó el café que le ofreció, mientras le explicaba que Ronald Finch era un divorciado con dos hijos, que se casó con una mujer soltera que ya tenía otro, que era él, Patrick Branson.

—Irlandesa —dijo ella, sonriendo.

—Irlandesa americana —corrigió él—. También lo es mi padre, que vive en Boston. Nunca se casaron, pero no hizo falta porque no se desentendió de mí como hicieron otros.

A Lys le extrañó oír aquello, una madre soltera, un divorciado con hijos, un padre a distancia... Imaginaba que los que emigraron habían conservado las costumbres católicas, llegando incluso a exacerbarlas. El rezo del rosario, la misa dominical y la familia por encima de todo reunida alrededor de la mesa a la hora de bendecir la cena. Claro que, en Irlanda también se había relajado bastante la creencia en el vínculo indisoluble. Ella era un ejemplo.

—Entonces, se marchó a vivir con su hija a Pittsburg y allí murió —asumió, decepcionada.

—Sí, prefirió marcharse. Me crio como a un hijo, pero no quiso convertirse en mi responsabilidad cuando enfermó. Esta casa era de mi madre, ella murió antes que él. Y cuando la heredé yo, supongo que sintió que era el momento de irse.

—Y yo también creo que es el momento de hacerlo, gracias por la información y por el café.

—No, espera —rogó, a esas alturas ya se tuteaban—. Me intriga saber el motivo de tu viaje y de qué conocías a mi padrastro.

—Me parece que no sería prudente empañar el buen recuerdo que tienes de él, porque me temo que lo que yo sé no va a sonarte grato.

—Soy lo bastante adulto como para asumir cualquier cosa de Ronald que puedas explicarme.

Lys dudó y él la invitó con un gesto de su mano a que se explayara sin miedo.

—Ronald estuvo en Irlanda y mi madre y él tuvieron algo más que una aventura.

—¿Era tu padre?

—No, ¡no! —se apresuró a asegurar.

—¿En qué año fue eso?

Ella aguzó la memoria, haciendo un cálculo mental.

—Creo que el 97 o el 98.

—Entonces fue durante el viaje por Europa que hizo después de divorciarse. No fue un irresponsable pero tampoco un ejemplo. Imagino que a tu madre no le dijo que tenía dos hijos. Se criaron con la madre. Y aquí venían solo de vez en cuando, por vacaciones y en Acción de Gracias.

Lys pensó en la clase de vividor que enamoró a la inocente de Gina, tan rebelde y en el fondo tan ilusa. Una lástima que estuviese muerto, porque le habría gustado preguntarle porqué alentó ese amor en la distancia con palabras como las que ella había leído en aquella carta.

—Ya debía estar casado con tu madre y aún seguía enviándole cartas de amor a la mía.

—No estuvo bien —reconoció Patrick—. Fue una cobardía embaucarla de esa manera.

—¿Sabes qué le decía? «No sé en qué cajón del alma guardar todos los besos que me gustaría darte. Son tantos que ya no me caben».

—Era la letra de una canción compuesta por él, o eso creía hasta ahora, que le cantaba a mi madre.

—Qué pieza de tío.

—Ya da igual —asumió—. Todos están muertos.

Lys se levantó con un regusto de amargura. Y ese fue el hombre por el que la dejó en Irlanda y se olvidó de que existía y de regresar a su lado. No le costó imaginar el porqué. Podía ver a la Gina enamorada, siempre rozando el borde del abismo de las drogas, llamando a aquella misma puerta. Y su angustia al ver que había cruzado medio mundo para ver que su Ronald le abría la puerta con cautela. Cómo la miraba con extrañeza y recelo, invitándola a largarse de allí antes de que su mujer la descubriera, porque estaba casado. Del desamor a los estupefacientes solo hubo un paso. Y tras este, un malvivir. Gina se arrastró por un calvario premonitorio que la llevó al cementerio que se llamaba precisamente así. Todo tenía sentido.

Patrick era un hombre agradable, que viendo el desenlace decepcionante de su viaje, se ofreció a mostrarle la ciudad. Como buen neoyorkino, estaba orgulloso y enamorado de su ciudad y, aunque Lys le aseguró que ya la medio conocía gracias a aquella excursión, él insistió en mostrársela otra vez.

—No encontrarás un guía mejor —le garantizó.

Puesto que estaba sola y no tenía mejores planes, aceptó su invitación. Dejó que la llevara a un pueblecito de Long Island, que parecía haberse detenido en el tiempo de los pescadores con red, donde comieron una deliciosa langosta para él, que a ella le enseñó a apreciar todavía más el insuperable sabor de las que se pescan en Galway.

Durante todo el día, ella iba confesándose como si él tirara de un hilo invisible de todo aquello que guardaba almacenado durante tantos años y necesitaba soltar. Se deshizo de su lastre emocional charlando con Patrick Branson. Su compañía le agradaba y sabía escuchar.

—Te extrañará que te cuente todo esto y debo estar aburriéndote. La verdad es que a veces es más fácil hablar de ciertas cosas con un extraño.

—Yo no lo soy —matizó mirándola a los ojos con una intensidad que la puso un poco nerviosa—. Si acaso, un recién conocido.

Al día siguiente, pasó a recogerla por el hotel. Pasearon hasta el muelle de los *ferries* donde tomaron un café. La llevó a visitar La Estatua de la Libertad y, después, a ver el museo de la Isla de Ellis. Y allí le enseñó la estatua en memoria de Annie Moore, la primera irlandesa inscrita en los registros de emigrantes de la ciudad, que arribó a aquel almacén humano de control después de doce días de travesía.

—En Cobh hay otra muy parecida —dijo Lys—. Dedicada a ella y a todos los nuestros que partieron de Irlanda en busca de una vida mejor.

—Siempre ha sido una tierra de mujeres valientes.

Lys emitió una risa que acabó en un suspiro cargado de nostalgia.

—Y con carácter —añadió, pensando en la abuela Deirdre.

Cuando era pequeña, siempre le hacía preguntas:

—Abuela, ¿por qué mamá dejó de estar contenta?

—Porque creció.

—¿Y yo, cuando crezca me volveré como ella?

—Repite eso y te doy un cachete.

Fin de la conversación.

Le vino a la cabeza que ese pensamiento era un aviso de su abuela, desde allá arriba, para acallar su mente y dejar ciertos recuerdos para siempre atrás. «Ay, abuela, hay algunos a los que me es imposible renunciar», se dijo en silencio. Como el recuerdo de Connor O'Brien.

Tan lejos y no había día que no pensara en él.

Capítulo 6

Fin de verano tentador, como una gran manzana hermosa y reluciente

Connor estaba indignado y la sensación era bastante estúpida. Abrió el dossier de documentos que debía examinar y trató de centrarse. Leyó y releyó dos líneas antes de volver a cerrarlo. Cruzó las manos tras la cabeza y se repantigó en el sillón antes de dejar vagar la mirada a través de los ventanales del despacho, desde los que se veían las instalaciones de la mina y, detrás, la colina de Tara.

Lys no tenía ninguna obligación con él. Se conocían cuanto apenas, no tenía por qué invitarlo a acompañarla en su viaje, aunque con la cuantía del premio sobraba para viajar dos personas. De haber ocurrido al contrario, es decir, de haber sido él quien ganase el concurso, sí habría sugerido... O no. A saber. A lo mejor habría sido cauto, para ella no se sintiera obligada. Un amable rechazo por parte de Lys le habría supuesto un puntillazo a su orgullo masculino. Puede que esa fuera la razón por la que ella no le pidió que fuera con él. Debió suponer que estaba muy ocupado y que su trabajo en la mina lo retenía en Irlanda. Y era verdad, aunque su cabeza había sido rápida reestructurando la agenda de trabajo.

Trabajo, en esa idea debía centrarse y dejar de dar vueltas a un asunto que ya no tenía remedio. Se levantó el puño de la camisa para ojear el reloj. En menos de diez minutos debía reunirse con el responsable informático. O se daba prisa o entraría en el despacho justo a mitad de la conversación. Calculó la diferencia horaria al mismo tiempo que tecleaba el número. Con el teléfono pegado a la oreja, rogó mentalmente para no interrumpir a Ralf en alguno de sus habituales almuerzos de trabajo. Necesitaba que atendiera su llamada cuanto antes.

Por suerte para él, su viejo amigo descolgó enseguida. Y tras ponerse al día con unas cuantas bromas absurdas que solo ellos entendían, Connor fue directo al asunto. Mientras escuchaba en silencio, arrugó el ceño porque esperaba un gesto de solidaridad masculina y no tantas reticencias.

—Déjate de tonterías, Ralf, que nos conocemos. Si a ti te interesara una mujer, harías justo lo mismo que estoy haciendo yo.

—Tienes su teléfono —objetó desde Boston—. Llámala y pregúntale a ella, a mí no me metas en líos.

—¿Sabes o no sabes en qué hotel se hospeda?

—No tengo la menor idea —farfulló como pillado en falta; y Connor lo notó—. ¿Por qué iba a saberlo?

—Porque a veces hablas con ella.

—La última vez que hablé con Lys fue cuando nos despedimos aquella mañana en Ballyfin —Connor volvió a notar que sonaba a excusa—. Debe estar pasándolo muy bien en Nueva York porque no ha vuelto a escribirme.

Connor tensó la mandíbula, ese comentario no era nada tranquilizador. Lys podía estar absorta mirando hacia las alturas y con las cien mil cosas interesantes que ofrecía al viajero la ciudad de los rascacielos. Pero también podía estar descubriéndolas acompañada de alguien. Decidió tantear a Ralf.

—Otra cosa —dejó caer, e hizo una breve pausa—, ¿sabes si se ha marchado sola?

La carcajada de su amigo al otro lado de la línea consiguió sacarlo de sus casillas. Después de un carraspeo, Ralf le recordó que unos cuantos mensajes no lo convertían en el confidente de Lys.

—En la agencia de viajes lo sabrán.

—Supongo. Sabrán el nombre de su hotel y si voló sola o acompañada. E incluso si pidió habitación doble con cama sencilla o...

—Gracias, Ralf —ironizó, maldiciéndolo en silencio.

—Pero no creo que vayan a darte esa información.

—Eso ya lo veremos.

—Sería invadir la privacidad de una clienta —lo picó con un tono que permitió a Connor adivinar su sonrisa.

Cómo se divertía a su costa. Quiso añadir una apostilla ácida sobre la historia del pueblo irlandés que nunca invadió a nadie, pero no estaba para juegos dialécticos ni tenía tiempo que perder.

—Veo que la chica sigue interesándote, ¿eh? —añadió Ralf Wilson—. Y yo que creía que solo fue una noche de diversión entre dos divorciados alérgicos a los compromisos.

Connor miró el reloj por segunda vez, sin entrar en su juego.

—Dame de una vez el nombre y número de teléfono de esa agencia de viajes y cállate —exigió.

—No voy a hacerlo porque pondría a su dueño en una tesitura difícil. Pero te diré una única cosa: WA. Eres listo, así que...

Lo era. Connor sonrió aliviado. Con ese dato le bastaba.

Mientras tanto, en la orilla opuesta del océano, Lys paseaba por Manhattan pensando que las luces de Nueva York no se apagaban nunca. Qué distinta era de Dublín y sus calles en penumbra durante las largas noches invernales.

—Eso es lo primero que nos llama la atención cuando viajamos por fin a conocer la vieja patria.

Patrick y Lys bajaban por Broadway, desde allí ya se veían los letreros de neón

del triángulo más fotografiado de la ciudad. No había turista que no quisiera llevarse una instantánea de recuerdo en un lugar tan reconocible y emblemático gracias a las películas y las series de televisión.

—¿Cuándo estuviste en Irlanda?

—Hace dos años. Pero ya había viajado antes, cuando estudiaba en la universidad. Quería conocer el pueblo donde nacieron mis bisabuelos Branson.

Lys contempló la noria en miniatura de la juguetería Toys'r'Us.

—Es curioso que en Irlanda seáis solo cinco millones. Hay más irlandeses por el mundo que allí.

—Hasta Obama tiene antepasados irlandeses —recordó Lys con humor.

—Lo sé, estuve en el área de servicio de su primo. Esa que abrió en el lugar donde aterrizó el helicóptero.

Lys sonrió chasqueando la lengua. Era muy chocante para los turistas. La primera impresión cuando veían los carteles en la carretera que iba de Galway a Dublín, era que se trataba de un guiño publicitario, viendo al negro más poderoso del mundo bebiendo la más famosa cerveza negra. Creían que les tomaban el pelo cuando los guías turísticos les contaban que, para conseguir más votantes, su equipo rebuscó en su árbol genealógico hasta encontrar a sus ancestros maternos irlandeses. En plena campaña electoral, el candidato Barack Obama se presentó sin avisar en el pueblo de sus antepasados y entró en el *pub* del pueblo anunciando a su sorprendido dueño y a la no menos patidifusa clientela que el primo de los Estados Unidos estaba allí para darle un abrazo y aprender a tirar pintas. Las fotos dieron la vuelta al mundo. Obama regresó para ganar las elecciones y su primo *paddy* compró los terrenos donde aterrizó el futuro presidente, lugar en el que estableció el área de servicio con museo incluido más original de toda Irlanda.

—Lo mejor de nosotros es que nada, ni los peores avatares, nos roban el sentido del humor —dijo Patrick—. Crecemos con la idea de la lejanía, la nostalgia de lo que se quedó atrás.

—De los que se fueron —añadió Lys—. De la espera de un retorno que nunca va a cumplirse. Será por eso que dicen de nosotros que somos a la vez simpáticos y tristes.

En ese momento pensaba en su madre y en las horas que debió pasar su abuela mirando el mar a lo lejos, con el alma llena de pena y sin perder la esperanza de volver a verla.

Patrick propuso parar un taxi, pero como Lys prefería continuar con el paseo, mientras recorrían la calle Cuarenta y dos le fue explicando lo mucho que insistía en sus clases para que sus alumnos comprendieran que no hubo un único éxodo irlandés. Lys se fingía interesada, no quiso desilusionarlo diciéndole que ella también sabía que no fue solo culpa de las malogradas cosechas de patatas, que también fueron las guerras, la miseria, la opresión del invasor, la marginación, la falta de alimentos y de libertad. También sabía, aunque dejó que él se lo contara, que mucho antes de todo

aquello, los británicos metían a los niños de Irlanda en barcos y los enviaban a América para venderlos como esclavos blancos a mejor precio que los negros.

Lys asentía, fingía seguir su conversación a base de monosílabos, pero su cabeza estaba en otra parte. Al ver a un mendigo pidiendo limosna en la avenida Madison, recordó el puesto de alistamiento del ejército en el centro de Times Square. Cuántos muchachos llegados a la gran manzana desde las zonas rurales debían sentirse atraídos ante semejante llamada al patriotismo. Y allí mismo, a pocas esquinas, un veterano pedía limosna en su silla de ruedas. Le faltaban las dos piernas y varios dedos de una mano. Había visto más como aquel hombre, malviviendo en las calles de Nueva York. Lo dieron todo para convertirse en muñecos rotos y olvidados por el Tío Sam.

—Me parece que te estoy aburriendo —dijo Patrick.

—No, de verdad.

Él sonrió mirando al suelo. Los dos sabían que era una mentira piadosa. Lys cruzó la calle y dejó en la gorra del mendigo un billete de cinco dólares. Patrick le propuso compartir una última cerveza, que Lys rechazó. Estaba cansada de andar y prefería regresar al hotel. Estaban ya muy cerca y él insistió en acompañarla.

—Al ver a ese indigente —explicó—, me he acordado de un amigo. A veces se sale de las calles.

—Es posible —aceptó sin convicción.

—Lo es. A veces ocurre —insistió pensando en Kenn Sayer—. Mi amigo lo logró y, gracias a él, ahora regreso al condado de Galway. El futuro me lleva de vuelta al punto de partida, allí me espera un nuevo comienzo.

Estaban a una manzana del Hotel Waldorf Astoria y Patrick quería demorar el momento del adiós.

—Es una lástima que no vinieras a casa los primeros días que estuviste aquí. Dentro de dos, te marcharás.

Lys no dijo nada. Él continuó caminando a su lado hasta que ella se detuvo ante la fachada del hotel. Ojeó hacia la parte alta de la calle, la sirena de una ambulancia era la peor música de fondo para una despedida.

—Me sabe a poco el tiempo que hemos pasado juntos —añadió Patrick, inclinando la cabeza.

Fue un beso que terminó antes de comenzar. Las manos de Lys apoyadas en su pecho para imponer una distancia prudencial y sus labios sellados y fríos le dijeron cuanto necesitaba saber.

—Hay alguien esperando en Irlanda, se nota —dedujo asumiendo que todas las posibilidades acababan allí.

Lys sonrió con tristeza.

—Lo hay. Pero él ni siquiera lo sabe.

Acababa de entrar en el *hall* del hotel cuando tuvo que sacar corriendo el teléfono del bolso antes de que se cortara la llamada. No sabía de quién podía ser pero albergaba cierta esperanza.

Y se vio cumplida. Tragó saliva para aclararse la voz cuando vio en la pantalla que se trataba de Connor.

—¿Cómo lo estás pasando, chica viajera?

—¡Connor! —gritó más alto de lo que pretendía; en el vestíbulo del Waldorf, los huéspedes se comunicaban mediante elegantes susurros—. Cuánto me alegro de oír tu voz.

—Me gusta oír eso.

—Ahora mismo estaba pensando en ti.

—No te creo.

—Pues es la verdad.

Y se lo confirmó regalándole su risa suave a través del teléfono.

—Pero quisiste marcharte sola. —Lys sintió un cosquilleo al escuchar su íntimo tono de voz—. Y lo estás pasando bien.

—También es verdad.

—Me alegro por ti. Y cuéntame, además de hacer turismo, ¿has encontrado las respuestas que necesitabas?

Lys suspiró hondo y cerró los ojos. Ni podía ni quería ocultarle la verdad.

—Hay tantas cosas que me gustaría contarte... Pero no por teléfono.

—Aunque estés lejos y pese a la diferencia horaria, tengo todo el tiempo del mundo para escucharte.

—Gracias, suena muy bonito, aunque no sea cierto.

—¿Y tú qué sabes cómo gestiono yo mi tiempo?

—Es que no es así como quisiera contártelas, querría poder hablar contigo de todo esto cara a cara.

—Ahora te arrepientes de haberte ido sola.

—No y sí.

—¿Te gustaría que estuviera ahí? Dime la verdad.

—Sí —afirmó, apretando los párpados—. No te imaginas cuánto.

—Entonces, date la vuelta.

Lys volvió la cabeza, aturdida, pero no lo suficiente.

—¿Pero qué...?

—¡Gírate de una vez!

Lo hizo. Y el teléfono se le cayó de la mano. Y el bolso también. Pero al verlo allí con el móvil pegado a la oreja, junto al piano, corrió sin pensar en nada más que en lanzarse a sus brazos. Le importó un carajo espantar a los sofisticado clientes que aguardaban vete a saber qué, sentados en los sillones del fondo.

Connor la agarró con fuerza y ella enroscó las piernas alrededor de su cintura. Unieron sus bocas con ansia.

Un beso que hizo que el tiempo se detuviera solo para ellos.

Se saltaron el engorroso trámite de informar de un nuevo huésped agregado a la habitación. A pesar de las obligadas y rigurosas medidas de seguridad y de la alarma reinante, en los hoteles de esa clase, por fortuna para los dos, seguían respetando la norma no escrita de «Dinero silencio es». No hacían preguntas a una dama si tenía el gusto de subir a un invitado para una última copa o quizá más. Tiempo habría a la mañana siguiente y Connor agradecería el trato con una merecida y cuantiosa propina.

La cogió en brazos al salir del ascensor.

—Voy a follarte como nunca te han follado —le susurró ella, lamiéndole el lóbulo de la oreja.

—No sé si lograrás superar a una pelirroja que conocí en una fiesta y le ponía mucho empeño —dijo, haciéndola reír.

Entraron adivinándose las intenciones en la mirada. Tenían prisa, era urgente que se encontraran entre las sábanas. Connor se desabrochó los pantalones. La cremallera de los de Lys se mezcló con el tintineo de su cinturón al caer sobre un mueblecillo lleno de curvas tipo coqueta. Lo veía desnudarse y su excitación iba en aumento. No daba abasto para quitarse la ropa con la rapidez que quería, y eso que con aquel húmedo calor solo llevaba el sujetador bajo la blusa. Las manos de Connor eran más rápidas, no le quedaba ni una prenda que cubriera su cuerpo cuando le bajó las braguitas. Malditos cordones. No fue buena idea calzarse las Converse. Se tumbó en la cama y, mientras se acariciaba ella misma entre las piernas, dejó que él la descalzara.

Le recorría las piernas con las manos abiertas con lentitud, con deleite, como un alfarero que pule una pieza de barro.

—He traído preservativos.

—No hay nada que temer, tomo pastillas y siempre he sido escrupulosa.

—Yo también, nunca sin condón. ¿Entonces?

Ella le respondió sin abrir la boca. Se incorporó y tiró de sus brazos para que se tumbara encima. Gimió al sentir en el ombligo el calor de su potente erección. Con la mano derecha, Connor le apartaba el pelo de la cara para besarla con ganas, con la izquierda le acariciaba la vulva ya jugosa para que abriera las piernas. Con un susurro, Lys le rogó que se tumbara de cara a ella. Él levantó la cabeza, la miró sonriente y accedió a su deseo. Dominadora, se colocó encima de su pene, palpitante y erecto. Lo vio cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás. Lys se estremeció, sin la barrera del látex iba a ser explosivo. Un gemido ronco surgió del fondo de la garganta de Connor cuando se dejó caer sobre su miembro como si fuera el abismo, acogiéndolo sin más preliminares arrebatada.

Él le clavó los dedos en las caderas con fuerza, pidiéndole que se retirara y volviera, ella aumentó el ritmo poco a poco con una fiereza diabólica. Jadeando para tomar el aire que el cuerpo le pedía, se inclinó para acortar el espacio entre ellos y dejar sus pechos al alcance de su boca. Su lengua sabia le provocó un ligero temblor en las piernas. Connor le apretó las nalgas a dos manos con un gruñido sonoro. Se desafiaron con la mirada y, rendidos, decidieron perder juntos la batalla. Se dejaron arrastrar al unísono. Lys dejó caer la cabeza de golpe, su melena cayó como una cascada y solo oyó un exabrupto de placer de Connor cuando ella cayó por fin abatida, sacudiéndose sobre él entre espasmos rítmicos e incontrolables, mientras sus manos grandes le colmaban la espalda de caricias que eran pura magia.

—Más de siete horas de viaje, una vez en mi vida que vengo a Nueva York y no salgo de la cama —ronroneó Lys acariciándole las nalgas con un dulce apretón.

—¿Lo consideras tiempo perdido? —suspiró, dejándola hacer.

Era temprano, apenas acababa de amanecer.

—Ni mucho menos. Tiempo ganado voy a llamar a estos dos días a partir de hoy.

Él se incorporó sobre los brazos y le dio un beso rápido.

—Levántate de una vez que aún nos queda mucho por ganar. ¿Llamaste a tu nuevo jefe?

—Sí.

La noche antes había telefoneado a Sid, no le importó que demorara tres días más su regreso antes de incorporarse a su empleo en El Cerdo Azul.

—Vistámonos ya. Aún nos queda mucho por descubrir en esta ciudad de locos.

—Y siempre podremos volver.

—Por supuesto, no tienes más que pedirlo y arreglamos las fechas —aseguró Connor.

Ella le acarició el rostro con las dos manos.

—Nunca aceptaría de ti un regalo tan caro.

—Explícame por qué.

—Porque el dinero te emancipa y yo nunca hasta ahora he sido independiente. Pasé de depender de mi abuela a depender económicamente de mi marido.

—Me parece una teoría estupenda. Pero si lo dices por lo que te conté sobre la mujer con la que estuve casado, te equivocas. Nunca pensaría eso de ti, porque eres generosa como pocas personas.

—Pero mi tranquilidad es lo que cuenta. Así que, si quieres volver conmigo a Nueva York, tendrás que esperar a que yo te invite. Mientras tanto, seguiré recortando etiquetas de café soluble.

Sabía a qué premio se refería porque lo anunciaban en televisión y chasqueó la lengua.

—El café instantáneo tiene un sabor repugnante.

—Está bueno.

—Todo tuyo. Sigue coleccionando etiquetas y sigue soñando. Es más probable que te alcancen dos rayos seguidos a que te toque el sueldo ese para toda la vida.

—Las estadísticas no siempre aciertan.

Connor le dio un golpecito cariñoso en la frente con el dedo para que dejara de fantasear y aterrizara en la inclemente realidad.

—Por si acaso no, vamos a darnos prisa y a aprovechar los días que nos quedan, no sea que no podamos volver nunca.

A Connor le sorprendió que Lys se negara a entrar en la catedral de San Patricio y que se conformara con dar un vistazo desde la puerta. Y más, que rehusara con ojos fríos entrar en la capilla trasera, dedicada a la virgen María, tan visitada por los irlandeses, que consideraban que era el lugar carismático que diferenciaba sus iglesias de las protestantes.

Pero no preguntó. Le había contado que perdió a su hijo, pero sin entrar en detalles. Lys propuso otro plan más divertido, comieron arroz en la calle, sentados en las sillitas de tijera de un parque, que compraron por cinco dólares el menú completo en uno de esos carritos callejeros. Nueva York olía a comida precocinada, siempre igual, ya fuera hamburguesa, filete o *pizza*. Lys masticó despacio una cucharada e incluso aquel arroz tan especiado sabía a algo artificial. Empezaba a echar de menos los sabores de Irlanda. Así se lo dijo a Connor y él le aseguró que tenía esa misma sensación.

No lo olvidó y esa noche la llevó a cenar a un *pub* irlandés de la Séptima avenida. No estuvo mal, pero nada que ver con la realidad. Cenaron una especie de recreación del pastel campesino en versión americana, con el puré de patata triturado a máquina en vez de a mano y un picadillo insulso con más verduras de bote y tomate industrial que carne de cordero. Al menos la ración de tarta de queso que compartieron estaba muy rica.

La música había comenzado hacía rato. Y eso sí que era música irlandesa de verdad. Lys tuvo un antojo nostálgico y pidió un café irlandés.

—¿Tú quieres otro?

—Sí, pídemelo uno para mí.

—No voy a pedirlo —puntualizó poniéndose de pie—. Voy suplicar que me dejen prepararlos a mí.

Connor la vio sentarse en un taburete de la barra, con dos golpes de melena, un par de sonrisas de las suyas y el deje que a aquella gente le sonaba tan gracioso, se cameló al camarero, un rubio gigante con coleta y perilla que la invitó a pasar detrás del mostrador. Ella aplaudió como una chiquilla y corrió tras la barra. Desde allí,

llamó con las manos a Connor para que se acercara.

—Tu chica dice que me va a enseñar a hacer el café irlandés de verdad. A ver si es tan diferente del que hacemos aquí. Hasta ahora nadie se ha quejado —dijo con media sonrisa divertida.

—Tú obsérvala sin perder detalle y toma nota, que esta pelirroja, además de guapa, es muy lista.

—¡Gracias!

El camarero exhibió una sonrisa amplia y deslumbrantemente blanca.

—Amigo, yo no sé si darte las gracias o compadecerte.

Connor también sonrió al ver la mirada con la que ella amenazó en broma al camarero de la perilla rubia.

—A partir de hoy tendrás cola en la puerta —la defendió Connor.

Lys agradeció su confianza ciega, puesto que él nunca se lo había visto preparar ni lo había probado hecho por ella. Eligió una copa de cristal grueso.

—Mejor que compres unas con asa, con estas te quemas los dedos.

—Así se calientan las manos.

—Tú hazme caso. Lo primero que hay que hacer es calentar la copa con agua hirviendo —indicó abriendo el grifo del fregadero. Llenó y vació la copa tres veces —. Mientras tanto, preparas un café bien fuerte.

—Lo sé, de eso se encarga esta máquina italiana.

El rubio cogió la copa de su mano y escanció dos cafés cortos e intensos.

—¡Muy bien! Porque el café largo no sirve. Luego se echa una cucharadita de azúcar moreno y se remueve.

Él la miró de reojo y lo hizo, ese paso se lo sabía de haberlo realizado un millón de veces. Pero cuando Lys vio que se giraba hacia el botellero lo frenó antes de que agarrara la botella de Ballantine's.

—No, no. Eso es *whisky* escocés. Y el café solo puede hacerse con *whiskey* destilado en Irlanda.

—La gente no lo nota.

—Pero nosotros sí, que somos nativos. Y queremos lo auténtico.

—No lo olvidaré. A partir de ahora lo prepararé con Jameson.

—¡Perfecto!

Como un alumno aplicado, abrió la botella verde y lo vertió despacio. Paró cuando el líquido llegó a un dedo del borde de la copa, demostrando que no era tan inexperto.

—Y ahora viene el secreto: la nata batida, no montada.

—¿Te vale con un batidor manual?

—Naturalmente, de eso se trata.

Connor, que asistía sentado en un taburete a la clase de cocina, sin osar interrumpirla, comprobó que ya no estaba solo, puesto que el espectáculo había congregado a cinco o seis tipos de los de vaso en la mano y gorra de *paddy* que no se

quitaban ni para mear.

Lo fascinaban los arrebatos espontáneos de Lys. Recordó a su exesposa, tan comedida y mirada, todo lo contrario que ella. Lys no era empalagosa, como aquella cicatera que lo asediaba con caricias mentirosas. Donde él escuchaba suspiros, ella solo oía el tintineo del dinero. No lo quería a él, codiciaba su bolsillo.

Él camarero regresó de la cocina con un envase pequeño de crema de leche para montar. Lys la vertió en un cuenco, removiéndola con la pequeña varilla de revolver los huevos y batió la nata hasta que adquirió consistencia. Antes de continuar, la puso en una jarrita de pico que su pinche voluntario le tendió.

—Y lo más importante —anunció, tomando una cucharilla a la que dio la vuelta antes de introducir la punta en la copa sin tocar ni el contenido ni el cristal—. Hay que dejar caer la nata sobre el dorso de la cucharilla para que resbale sobre el café. Porque no puede mezclarse, si no se estropea y hay que volver a empezar.

—Peor lo hacen por ahí, que usan nata en *spray*.

—Eso no es café irlandés, es un pecado —intervino Connor.

Lys le tendió el café, dejando claro a todos los presentes que lo había preparado en su honor. Su exmujer nunca tuvo un detalle así con él. Y se maldijo al sorprenderse por segunda vez rumiando aquella clase de pensamientos. Se juró que nunca más. Lys no se merecía que la comparara con ninguna otra mujer. Quiso decírselo delante de todos. Y lo hizo a la irlandesa.

—Pruébalo —le pidió a ella.

—Pero si lo he preparado para ti.

—Si no lo haces, el conjuro no funciona.

A Lys le brillaron los ojos al adivinar lo que estaba a punto de hacer. Le extrañó que conociera el hechizo mágico para lograr el amor de una mujer que se desea y se ama. Porque ella descubrió esa antigua superstición de casualidad. Años atrás, cuando asistió a un seminario de mujeres escritoras irlandesas en el olvido y le picó la curiosidad por leer el libro de hechizos y ritos irlandeses recopilados por *Lady Speranza*, la madre del gran Oscar Wilde.

Mirando de reojo a todo su público, emocionada, dio un sorbito y se lamió el bigotillo blanco de nata. Enseñándoles a aquellos americanos que el café irlandés se toma a tragos muy cortos y sin remover.

Connor le quitó la copa de la mano y la levantó entre los dos.

—Tú mía y yo tuyo y de nadie más. Tu rostro siempre vuelto hacia el mío y que gires la cabeza ante todos los demás.

—Tienes que repetirlo tres veces.

Connor dio un trago y se lamió los labios. Dejó la copa y cogió a Lys por la nuca.

—Yo creo que funcionará con tres besos.

Se inclinó sobre la barra de madera y cumplió con el ritual. El tercer beso fue tan largo que arrancó docenas de silbidos. Lys oía el revuelo con los ojos cerrados, los labios de Connor sabían a *whiskey* y café fuerte. Aquel fue un beso con el sabor de la

Irlanda auténtica que cree en las leyendas. Y, gracias a un viejo conjuro, para Lys y Connor, así sería siempre el sabor del amor y del deseo.

Casi ocho horas metidos en un avión les dieron tiempo a conversar más de lo que imaginaban. Más incluso de lo que pretendían. Gracias también a la ausencia de oídos extraños. Viajar en primera clase les concedió, además de otros privilegios, el de la intimidad.

Lys le contó la historia de su infancia, el triste desenlace de su madre y las respuestas que había encontrado en Nueva York.

—Una historia de desamor —opinó Connor.

—Ni la última ni la primera persona que pasa por ello. Pero el engaño... —meditó Lys, recordando al hombre en el que su madre depositó todas sus esperanzas sin merecerlo—. No hay nada peor.

Sin darse cuenta, su mano buscó de manera automática y halló la de Connor. Y lo miró a los ojos, en los que se veía que era absolutamente leal.

—Sí hay algo peor. Las consecuencias de esa mentira. Creciste sintiéndote abandonada y eso sí es imperdonable.

—Supongo que sabes tan bien lo que se siente porque tu madre también murió cuando eras muy pequeño.

Connor reclinó la cabeza en el respaldo y Lys vio que su mirada se perdía en el pozo de los malos recuerdos.

—Le debo mucho a mi hermana. Por eso dejo que cuide de mí, aunque ya no lo necesite. No soy el idiota mimado que imaginas. O tal vez un poco, pero no me importa dejar que me agobie con sus preocupaciones si eso la hace sentirse bien, ahora que ya no se ocupa de sus hijos. Ya sabes que Brandon vive en Washington.

—Me hace gracia que los trates como lo que son, tus sobrinos, cuando debes sentir que son como tus hermanos.

—Desgraciadamente no fue así. Ellos sí crecieron como niños, yo me hice adulto muy pronto. Me quedé sin infancia el día que mi madre tuvo el accidente. Un choque brutal con el coche que la dejó en coma. Nunca podré olvidar las visitas semanales de la mano de mi padre a aquel hospital, para ver a un esqueleto enganchado a un montón de tubos y cables.

Lys soltó un exabrupto y se tapó la boca.

—Pero ¿por qué te llevaban allí? Esas cosas no debería vivirlas un niño.

—Mi padre creía que era nuestra obligación, nuestra manera de mostrarle cariño. Como si ella fuera consciente.

—Y tu hermana, ¿por qué no lo impidió?

—¿Crees que no lo intentó? La oí discutir por eso muchas veces con nuestro padre, y a Michael también. Pero se ponía violento, la bebida convierte a las buenas

personas en monstruos.

—Dios —musitó, impactada.

—Tessa y Michael se casaron un año o dos, no recuerdo, después del accidente. Y se instalaron en la casa gemela donde vivieron mis abuelos, los padres de mi padre. Esa que tú conoces.

—Solo la cocina.

Connor prosiguió, ese era un matiz insustancial respecto a lo que estaba contándole.

—Por entonces llevaba años vacía. Ese fue el hogar en el que yo pasaba más tiempo que en mi casa, era un espacio lleno de alegría. En la mía, donde los demás veían a un empresario modélico, viudo y padre admirable de un niño, yo veía a un borracho solitario siempre tirado en su sillón preferido sin ganas de vivir.

—Te amargó la infancia con su propia amargura.

—Por eso le debo tanto a mi hermana, gracias a ella salí adelante y no me enganché a la botella, que era el ejemplo que veía cada noche cuando mi padre y yo nos quedábamos solos —concluyó, y ladeó la cabeza para mirarla.

Lys se había quedado pensativa.

—¿Te incomoda que te lo haya contado?

—No.

—¿A que no te imaginas dónde vive y trabaja mi sobrina Jessica?

—En Galway, se lo oí decir a Tessa una de tantas veces que hablaba sola.

Cerró los ojos, molesta por el cinismo que percibió al oírse. Después de lo que acababa de contarle, Connor no lo merecía y su hermana tampoco Él, en cambio, no se molestó por ello. O no tenía ganas de pasar con malas caras las horas que les quedaban por delante hasta que el avión aterrizara.

—Dile que venga alguna vez al *pub* El Cerdo Azul —añadió, con una leve sonrisa que pretendía ser una disculpa.

—Vaya nombre.

—A mí me gusta. Será que en Dublín no tenéis *pubs* con nombres raros, ¿no has estado nunca en El limón peludo?

Él no respondió a esa pregunta.

—Has dicho tenéis. ¿Nunca has considerado a Dublín como tu ciudad, a pesar de haber vivido allí durante años?

—No, nunca.

Viéndola igual de seria, Connor quiso que cambiara de humor. Y provocarla siempre era una buena táctica, bien lo sabía.

—Cuéntame a qué viene esa cara, ¿no estarás pensando en ese Patrick?

Y lo consiguió, porque Lys sonrió con malicia.

—Has fallado esta vez. Por cierto, ¿sabes que me besó en la boca?

—Y me lo dices ahora, a diez mil millas del suelo. Si llego a saberlo cuando estábamos ahí abajo, le parto la cara.

Esa salida de chulito irlandés le arrancó una carcajada.

—Se dio cuenta de que mi corazón ya estaba ocupado. ¡Y menos mal que lo está! Porque fue en la puerta del Waldorf Astoria. Imagínate que me llega a gustar, lo invito a subir a la habitación y de repente nos encontramos los tres allí en el *hall*. Vaya pedazo de folletín.

—No, vaya película de golpes, sillas volcadas y sirenas de policía.

—Me asustas.

—Qué mal se te da mentir —dijo dándole un beso impetuoso en esos labios que no quería que probaran otros más que los suyos.

Lys miró a su alrededor y se ladeó, acurrucándose un poco más cómoda cara a él.

—Me sabe muy mal que desaprovechéramos mi billete. No estoy acostumbrada a tirar el dinero.

—Habríamos tenido que regresar antes y en vuelos separados. ¿Eso lo lamentas?

—Claro que no. Y tengo que reconocer que se está muy a gusto en primera.

Su nuevo vuelo de vuelta era en *bussiness*, la comodidad, las atenciones y detalles del personal de a bordo y, sobre todo, la compañía de quien iba en el asiento de al lado, eran incomparablemente mejores que en el viaje de ida.

—El dinero sirve para tenerte ahora aquí sentada a mi lado, disfrutando de estar contigo. Ese desperdicio, que tú dices, yo lo doy por bien empleado. ¿Algo que decir?

Lys solo tenía en mente la palabra «gracias». Gracias por cruzar un océano para estar a su lado, gracias por su admirable don para escuchar sin juzgarla y gracias por liberar con ella sus viejos fantasmas.

«Gracias, Connor O'Brien, por quererme más de lo que yo me quiero a mí misma», dijo en silencio.

Y se las dio con un beso.

Capítulo 7

Recuerdos duros como olas que golpean las rocas, con aroma a salitre y a ostras recién pescadas

Lys se esmeró tanto en su primer día de trabajo para hacerlo todo rápido y bien, que tuvo la sopa del día lista y las tostadas de pan de soda con mejillones mucho antes de lo previsto. Para la cena, dejó una cacerola con la col y las patatas en agua, ya sazonadas, que Sid solo tenía que poner al fuego. Si alguien quería acompañarlo con una salchicha o una chuleta, él o Kenn se encargarían de pasarlas por la plancha.

Dispuso de tiempo para un plan que improvisó. Una visita sentimental que siempre tuvo ganas de hacer mientras estudiaba allí y que, un día por otro, fue relegando hasta que quedó en el olvido.

El cementerio de Galway estaba lleno de lápidas con apellidos españoles. Muchas de ellas antiquísimas, de los tiempos de las catorce tribus, cuando la ciudad era un importante nudo comercial entre ambos países. Otras lápidas funerarias eran más modernas, pertenecían a los marineros y pescadores ahogados en naufragios. Muchos barcos eran engullidos por las galernas y, días más tarde, el mismo mar sin piedad que les había quitado la vida devolvía sus cuerpos hasta la costa.

Lys buscó por las hileras del cementerio hasta dar con la tumba de José Ruiz Navarro. Esa era la segunda vez que veía escrito su nombre, la primera lo leyó en unos pendientes que la abuela guardaba escondidos y que ahora conservaba ella como un recuerdo, cómplice de su secreto. Aquel pescador fue el gran amor de su abuela, cuando aún era una joven soltera, pero sus padres nunca permitieron que se casara con él. Eso imaginaba. De haberlo hecho, ella nunca habría nacido. Una vecina temerosa de los fantasmas que vagan en pena, le contó la verdad. Deirdre Scott no se casó con él porque él lo había hecho antes de conocerla con otra mujer. Lys se enteró cuando volvían caminando del entierro de su abuela, se lo contó aquella vecina, que conjuró los malos presagios impidiendo que el secreto fuera sepultado con la abuela.

José Ruiz Navarro le regaló a su abuela unos pendientes de flamenca típicos de su tierra, que ella conservaba, con una inscripción en árabe que, años atrás, Lys pudo averiguar que era el lema de la dinastía nazarí que reinaba hace muchos siglos en una ciudad llamada Granada, el lugar de nacimiento de ese pescador. Y en el centro de aquellos aretes, además de esas letras arábigas, en uno se leía, muy pequeño, «José» y, en el otro, «Ruiz». Los hizo grabar para que su enamorada, la joven Deirdre, luciera los pendientes de gitana con su nombre como muestra de amor.

La abuela siempre se ganó la vida como la mayoría de las mujeres de las islas, todas tejedoras de los famosos jerséis de Aran. Cada familia tenía un punto que la

distinguía de las demás, el panal, el árbol de la vida, el punto de bambú, el cable, el diamante, la cesta, la Santísima Trinidad... Y esa marca familiar respondía a un motivo. Los pescadores de Aran los usaban para faenar porque la lana es impermeable y resistente. Y cuando un barco de pesca naufragaba, si no se recuperaba el cuerpo en buenas condiciones, el modo en que estaba tejida la lana del jersey servía para identificar de qué familia era el ahogado. La abuela Deirdre correspondió a su regalo tejiéndole un suéter que, meses después, reconoció consternada cuando un barco español naufragó y los cuerpos de los marineros fueron arrastrados por la corriente hasta la costa. De esa manera acabó su gran amor y ahora yacía allí enterrado lejos de su tierra, desde hacía tantos años, a los pies de Lys.

No se dio cuenta de que no estaba sola hasta que oyó una voz de mujer.

—Esta es la tumba de mi abuelo, ¿lo conocía usted?

Lys la miró sorprendida. Quien le hablaba era una rubia más o menos de su misma edad, de estatura más bien baja, con un leve acento extranjero.

—No, no lo conocí. Pero mi abuela sí.

La rubia la miró con una sonrisa comprensiva.

—Murió muy joven, como ves. Pero mi abuela siempre sospechó que se emperraba en embarcarse en barcos bacaladeros, con el peligro que suponía, porque tenía a otra mujer en estas costas, como muchos marineros. Un amor en cada puerto, ya se sabe. Ahora que vivo aquí, vengo a ponerle flores al menos una vez al año. No me gusta que la gente piense de mi abuelo que no tuvo una familia que lo quería.

Lys sonrió también.

—Así que nos une una vieja historia de amor.

—Eso parece. Por cierto, me llamo Delia Ruiz. Soy española, pero hace años que vivo en Dublín. Vine a Irlanda como niñera y aquí me quedé.

—Encantada, yo me llamo Lys. Lys Scott.

Ella se quedó mirándola fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Pero espera, ¡yo te conozco! ¡Claro! Eres la escritora. Te busqué en Facebook, te escribí hace poco contándote cómo disfruta mi niño con los cuentos de la ratita Gina.

—La verdad es que me conecto muy poco a las redes sociales, mucho menos de lo que debería. Siento no haberte contestado. Dale las gracias a tu hijo de mi parte.

Delia la miraba con una admiración que la hizo sentirse incómoda y agradecida al mismo tiempo.

—¡Claro que le diré que te he conocido! Y no lo sientas. Ahora que sabemos que compartimos un vínculo romántico, gracias a nuestros abuelos, ¿me dejas que te invite a una taza de té?

Lys aceptó, contenta. No estaba acostumbrada a tratar con admiradoras tan entusiastas. Y, además, Delia era una chica muy agradable.

Lys había marchado hacía rato y Kenn se había quedado solo, puesto que Sid, que había cerrado muy tarde la noche anterior, aún no había aparecido por allí.

Secaba los vasos sin dejar de observar a la morena que ocupaba la mesa del rincón. No había reparado en ella hasta que un día se fijó en que era una clienta habitual. Tanto que parecía haberse convertido en parte del mobiliario del *pub*. Siempre sola, día tras día concentrada en el montón de papelorios y documentos esparcidos sobre la mesa. En ese momento tenía la vista fija en la pared y mordisqueaba el bolígrafo absolutamente inmóvil. Acto seguido, como si un motor interior la hubiese puesto de nuevo en marcha, la chica comenzó a tomar notas en una agenda a toda velocidad.

Se la veía preciosa, tenía una cara muy bonita, de rasgos delicados, que dulcificaban el aire serio que le aportaba aquella melena tan oscura. El traje de gris de dos piezas la hacía parecer más mayor. Kenn le calculó no mucho más de veinte años. Dejó el trapo junto al fregadero. Ella pareció darse cuenta de que era observada porque levantó la cabeza de los papeles y lo pilló con los ojos fijos en ella.

El contacto visual fue brevísimo porque Kenn rehuyó su mirada y le dio la espalda. De repente le entró la necesidad ineludible de ordenar las botellas que adornaban la estantería.

La tarde transcurría tranquila, así que le dio tiempo para recolocar los vasos, limpiar a fondo los fregaderos y charlar de todo y de nada, acodado en la esquina de la barra, con un cliente aficionado a las apuestas. Cuando estaban despidiéndose, escuchó el ruido de sus tacones y miró con disimulo. La morena se acercaba con una expresión que no podía calificarse de contenta. Dejó los tres euros delante de él, haciendo ruido para llamar su atención.

—Dime una cosa, ¿te he hecho algo?

Kenn la miró sorprendido; ella, en cambio, lo estudiaba con la cabeza ladeada y la mirada afilada, como si tratara de adivinar la procedencia de un insecto desconocido.

—¿Hablas conmigo?

—Pues claro que hablo contigo. Me gustaría saber por qué te caigo tan mal.

—No sé de dónde sacas esa idea. No creo haberte tratado peor que al resto de clientes.

—Eso es lo que quiero saber, por qué no me tratas. He observado que soy la única persona de este sitio a quien no te acercas. Sirves todas las mesas menos la mía.

Kenn lanzó una mirada de súplica a Sid, que en ese momento atendía al repartidor de los refrescos y que, por toda ayuda, le envió desde la distancia una sonrisa de buena suerte.

—No te lo tomes como algo personal —adujo.

Ella continuó fiscalizándolo con la mirada y, como empezaba a ponerlo nervioso, decidió pasar al contraataque.

—¿Quieres saber qué me molesta? Me miras demasiado.

Ella parpadeó despacio, sin perder la calma.

—No más que tú a mí, a ver si te crees que no me doy cuenta. Además, como imagino que tienes espejos en tu casa, si tengo que escoger —explicó, señalando a Sid con la barbilla—, comprenderás que te elija a ti. Hasta que tú me esquivas, que es lo que haces siempre. Todos los días, cada vez que levanto la cabeza y te pillo mirándome.

El verbo «elegir» hizo saltar todas sus alarmas, la corporal y la mental.

—Mira...

—Creía que ese era el problema —ironizó—. Que te no te gusta que te mire.

Connor la repasó de un vistazo. No solo tenía la mirada afilada, la lengua también. Y a la cabeza le vino una única palabra con letras de molde: peligro.

—Mira, chica ejecutiva, vamos a dejarlo.

Ella se recorrió de abajo arriba en una exhaustiva panorámica vertical... Y soltó una risita, le hizo gracia su deducción por cómo iba vestida.

—Me llamo Jessica.

—Pues, Jessica, dejemos las cosas claras.

—Venga —lo invitó a seguir.

—No me caes mal ni bien porque no te conozco de nada. Es la primera vez que hablamos. Así que no veo mejor momento para dejarte claro que no quiero saber nada de mujeres ni de ligues de bar.

Jessica encajó sus palabras sin mudar el gesto, aunque por dentro ardía de indignación.

—¿Pero qué te has creído, chico de gimnasio?

—Kenn.

Jessica prosiguió apenas sin inmutarse, en ese momento el nombre de aquel guaperas prepotente le traía sin cuidado.

—Siento decepcionarte. No sé si tu ego va a poder soportarlo, pero no estoy aquí por ti. Si vengo cada día es porque en este *pub* me siento como en casa, porque huele como mi casa —recalcó—. A comida deliciosa, ¿sabes? Ese es el aroma que me recibe cada vez que cruzo la puerta. Estoy aquí por los guisos de Lys.

Kenn la observó con recelo.

—¿De qué la conoces? A las horas que tú llegas ella ya se ha ido.

A Jessica le sorprendió su actitud, claramente a la defensiva. Se preguntó por qué.

—¿Te ha contado qué hacía antes de mudarse a Gallway?

—Por lo que sé, trabajaba como cocinera en la casa de unos ricos estirados de Dublín.

Se ofendió y no hizo nada por disimularlo.

—Eso no lo ha dicho Lys —afirmó taxativa. Y le lanzó una mirada de desprecio—. Eres guapo, tienes una sonrisa que derrite el hielo y tienes un cuerpo que da ganas de morderte despacio —Jessica disfrutó al notar que hablando con tanta franqueza lo ponía nervioso—, pero estás lleno de prejuicios. Qué pena.

Puso la mano abierta sobre las tres monedas que permanecían entre los dos y las

arrastró hacia él. Giró en redondo y regresó a la mesa para recoger los documentos y su portafolios.

Su intención fue no volver a pensar en el camarero de El Cerdo Azul y su antipática actitud. Pero el domingo siguiente, en Dublín, Jessica aún seguía dándole vueltas.

—Resulta extraño, ¿no os parece? —comentó, a la vez que se servía una loncha de *bacon*—. Es muy guapo y tiene un cuerpo que...

—¿Es necesario que nos amenices el desayuno con una descripción tan exhaustiva? —cuestionó Tessa.

Connor, que esa mañana se había presentado de improviso autoinvitándose a desayunar, lanzó una mirada significativa que su hermana captó, puesto que centró la atención en su plato y dejó que Jessica siguiera. Michael sonrió levemente a su cuñado, agradeciendo su silenciosa y efectiva intervención. No era corriente que los hijos compartiesen intimidades con sus padres. La mayoría de las veces por culpa de actitudes poco receptivas, y su mujer era experta en comentarios irónicos que invitaban a cerrar la boca hasta al vástago más comunicativo.

—Te gusta, ¿eh? —adivinó el rumbo de los pensamientos de su hija.

Jessica no lo negó, al contrario. Su expresión risueña era un «sí» a gritos.

—A mí y a todas las chicas que entran en el *pub* —prosiguió, mientras cortaba la salchicha y el *bacon* de manera mecánica en pedazos cada vez más pequeños, sin llevarse ninguno a la boca—. Pero eso es lo extraño, que siendo guapo, silencioso, y eso en concreto le da un aire misterioso que aumenta su atractivo...

—Debe ser por eso que a tu madre le resulto irresistible, ¿verdad cariño? —bromeó Michael.

Tessa lo miró con complicidad, a pesar de que sus cejas alzadas ponían en duda tal afirmación.

—¿Qué te resulta tan raro? —intervino Connor dirigiéndose a su sobrina—. Me parece natural que no quiera ligar en el lugar donde trabaja.

—Muchos hombres y mujeres que trabajan detrás de una barra dedican buena parte de su jornada a confraternizar con las clientas; a avizorar a la presa o a dejarse cazar, para ser más exactos —opinó Michael.

—¿Ah, sí? —dejó caer Tessa, sirviéndole más té.

Él le sostuvo la mirada, porque la conocía bien y su pretendida duda era una clara referencia a sus solitarias noches de lunes a jueves allá en Cork.

—No te hagas la tonta, Tessa. Tú también has aguantado a algún camarero demasiado simpático, bastante más de lo que se requiere para ponerte delante una pinta. Además, no hace falta ser Sigmund Freud.

—En cualquier caso, Kenn hace bien en no mezclar trabajo y placer —opinó

Connor—. Es lo más sensato.

Tessa alineó los cubiertos sobre su plato, dando por concluido su desayuno y su parte en la conversación.

—Y hablando de trabajo, ya es hora de que me ponga en marcha, que tengo montones de cosas que hacer. A ver si Marie Lourdes se centra de una vez —lamentó, recordando la falta de pericia de la nueva cocinera—. Nadie sabe cuánto echo de menos los guisos de Lys.

Se levantó y comenzó a apilar su plato y el de Michael, que le indicó con un gesto que ya estaba satisfecho. Connor colaboró en la tarea de retirar los restos de la mesa.

—Por suerte, Jessica y yo aún disfrutamos de sus guisos y de ella —afirmó; y le sorprendió que su hermana no agregase uno de sus típicos comentarios. Lo interpretó como una buena señal.

—Tú más que yo —puntualizó Jessica, sonriendo con malicia.

—Todo lo que puedo.

Michael se levantó por fin y, mientras se hacía a un lado para dejar paso a Tessa, cargada con la bandeja, observó el jardín a través de los cristales. Lucía un sol espléndido, era el momento óptimo para arrancar los hierbajos que crecían con maligna obstinación entre las matas de lavanda. Por algo las llamaban malas hierbas.

Connor ojeaba los mensajes de su teléfono móvil y Jessica era la única que continuaba mareando los restos de su desayuno a fuerza de removerlos con el tenedor.

—Yo solo le veo una explicación a la alergia de tu Kenn a las mujeres —dijo Michael.

—No es mi Kenn.

—Pero te gustaría —adivinó Connor.

—Ni de broma.

—Ya.

—O ya hay una mujer en su vida, o una mujer lo dejó muy tocado en el pasado —añadió Michael, mirando brevemente a su cuñado.

Jessica observó a su padre, pensativa. Un hombre casado que pasaba fuera de casa la mayor parte de la semana, en una ciudad llena de posibilidades. Quiso creer que esa afirmación que acababa de escuchar de su propia boca era una declaración de principios, el lema de vida que lo mantenía fiel a su esposa durante sus solitarias noches en Cork. En cuanto a la segunda posibilidad, su tío era un caso claro de hombre alérgico a las relaciones serias a causa de un matrimonio decepcionante en lo sentimental y catastrófico en lo económico. En cambio, había decidido pasar página y arriesgarse de nuevo. Saltaba a la vista su ilusión cuando nombraba a Lys. Eso le dio esperanzas.

—O es gay —sugirió Connor, sacándola de sus pensamientos.

—¿Tú crees?

Su tío se encogió de hombros, sugiriendo con ello que las apariencias no son de

fiar.

—No lo es, te lo aseguro —afirmó rotunda.

—Entonces, pregúntale.

—No es asunto mío.

Su padre se metió las manos en los bolsillos y sonrió con guasa a Tessa, que volvía de la cocina.

—Pues, para no ser asunto tuyo, llevas exactamente treinta y ocho minutos hablando de él.

Capítulo 8

El sabor del cariño, tan sencillo e inolvidable como un pastel campesino

Desde el día en que compartieron un té y algunas confidencias, Delia se había convertido en algo más que una simpática conocida. Intercambiaron sus números de teléfono para seguir en contacto.

Las charlas escritas que mantuvo meses atrás con Ralf Wilson fueron cada vez más espaciadas hasta desaparecer. Ellos dos no tenían nada en común salvo el concurso y, una vez acabó y, cumplida su palabra de enviarle aquellas fotografías, cuando los periódicos californianos y de otros estados se hicieron eco de la exposición en la galería de arte de Sara, dejaron de comunicarse. Fue una de esas amistades que se van como vienen, entre dos extraños que se cruzan en una red social y nada más.

Sin embargo, con Delia no le sucedía lo mismo. Charlaban por WhatsApp, con frecuencia. Delia era amable y encantadora; el apoyo que Lys necesitaba. Poco a poco se había ganado su confianza y, desde que supo que podía contar con ella ya no se sentía tan sola. Incluso en ocasiones, demostraba una paciencia infinita conversando hasta altas horas, en esos momentos en los que Lys decaía y necesitaba una amiga en quien confiar. Y Delia lo era, en la distancia. A Lys le encantaba leer sus sabios consejos, siempre tenía una palabra de ánimo para ella.

A veces la vida nos sorprende con personas que inesperadamente aparecen en nuestro camino y se quedan para siempre. Como Delia, como Kenn y Sid, o como Connor, a quien más echaba en falta, sobre todo por las noches, y no solo por el sexo.

Y esa noche el destino fue generoso con Lys, dándole una sorpresa. Estaba haciendo la lista de la compra cuando llamaron a la puerta.

—Connor... —murmuró sin apenas voz por culpa de la emoción.

Él dejó la maleta en el suelo y la acunó entre sus brazos mientras la besaba con el anhelo acumulado. Dos semanas sin verse eran demasiado.

—No sé si te he fastidiado algún plan llegando así, sin avisar.

—¡Qué planes! Aunque los tuviera, los cambiaría ahora mismo. Tú eres lo primero —dijo comiéndoselo a besos.

Connor la levantó en volandas y la llevó hasta el sofá. Allí mismo se desnudaron y se amaron con urgencia. Fue una sesión de sexo rápido y alocado, eran muchas las ganas que tenían el uno del otro.

—Esta sorpresa es lo mejor que me ha pasado en todo el día.

—Habrás más —dijo con una expresión que lo decía todo.

—Me refiero a la sorpresa de tu llegada —le susurró con una tierna caricia.

Mientras se vestía, le rogó que se pusiera cómodo y le dijo que bajaba al *pub* a por algo de comida. Estando Connor allí, ¡se saltaba la dieta! Y por supuesto, prefería cenar a solas con él, tenerlo solo para ella y poder conversar sin el ruido y la música del *pub*.

Cuando subió con una bandeja de barro, él ya salía de darse una ducha. Lys entreabrió la boca, se dejaba seducir por el simple hecho de ver cómo la miraba mientras se secaba el pelo con la toalla.

—No quiero pensar en las otras mujeres que deben haberte visto haciendo algo tan *sexy* antes que yo.

Él continuó secándose el pelo, con una mirada de canalla.

—Tuve una novia desde el instituto con la que estuve casi diez años. Lo dejamos el día que nos dimos cuenta de que no podíamos seguir, porque no hacíamos otra cosa que ponernos los cuernos el uno al otro. Se casó y, a veces, cuando coincidimos, recordamos esos años con el cariño de dos viejos amigos. Entonces descubrí lo que era la libertad.

—Y recuperaste el tiempo perdido.

—Follar sin parar, a todas horas, a todas las tías que se me ponían a tiro.

Lys se rio de imaginarlo en los váteres de los *pubs* o dale que te pego en el banco de un parque.

—Yo me casé con mi primer novio serio —reveló Lys, imaginando las muchas mujeres que habían pasado por la cama de Connor—. Si puede llamarse serio a un tío que me hechizó tocando la guitarra con una gorra llena de monedas en el suelo.

—Pero antes...

—Si, en la Universidad también viví mis años de descontrol.

—Los míos los fastidió una mujer que me deslumbró como a un chaval embobado. Un año duró el atontamiento. Ahora vive en Sidney, casada con un productor musical. Cuanto más lejos, mejor.

—Pues eso —coincidió Lys cogiéndole la toalla de la mano.

Un rato después Connor paladeaba con deleite el intenso sabor del pastel campesino, tan diferente del simulacro que comieron en Nueva York.

—¿Te gusta?

—Mucho más de lo que se puede expresar con palabras. Tessa es una nulidad como cocinera, pero mi madre sí tenía buena mano. Y este era el plato que mejor le salía.

—Una cosa más que sé de ti —murmuró.

Él encogió un hombro, malinterpretando su tono de voz.

—Y yo creo que acabo de cometer un error de principiante. No es prudente alabar la comida de una madre delante de la mujer que acaba de cocinar para uno.

Lys cubrió su mano con la suya y lo miró con cariño.

—Yo nunca probé nada cocinado por mi madre.

—No puede ser, ¿nunca?

—Jamás. Salvo el pecho, si es que me lo dio. O biberones, de los que no me acuerdo.

—Lo siento.

—No lo hagas, ya pasó y no me supone un trauma.

—Los sabores forman parte de nuestra memoria, como los olores. Son una especie de interruptor que nos hace acordarnos de las cosas buenas y de las malas. Yo me meto en la boca un poco de este puré con carne y pienso inmediatamente en mi madre.

—Me alegra que me lo hayas dicho. Si este es para ti el sabor del cariño, no te faltará nunca. Haré muchas veces esta receta, y cada vez que comas pastel campesino te acordarás de lo bien que ella lo hacía.

Después de retirar la mesa, Lys fregaba los platos mientras él los secaba. Con muy poca maña, se notaba que nunca había hecho algo parecido y, divertida, tuvo que enseñarle.

—Estoy acostumbrada a cenar sola —comentó ella, mientras aclaraba el fregadero—. Y ahora que estás aquí, aprecio lo bien que sienta hacerlo en buena compañía.

Connor la abrazó por detrás.

—¿Yo soy una buena compañía?

Lys giró entre sus brazos.

—La mejor.

Esa vez, a pesar de que se morían por volver a hacer el amor, lograron salir de la cocina y llegar al dormitorio.

Bajaron a desayunar al *pub*. Lys presentó a Connor al puñado de clientes que prácticamente vivían allí. Por supuesto a Sid, que esa mañana tenía cita con el dentista y por ese motivo había madrugado. Y también a Kenn Sayer.

Fue el primer encuentro entre el forastero de galés y el forastero de Dublín, y saltaron chispas. Lys fue a preparar los desayunos, desde la cocina le explicó a Kenn que Connor era hermano de la madre de la morenita que iba a comer a diario. Kenn lo miró peor todavía, si la sobrina era aquella insolente de la capital que pedía explicaciones con altanería, el tío no podía ser mucho mejor.

Entretanto, Connor salió a comprar el periódico por no quedarse a conversar, mano a mano, con un tipo que lo acribillaba con los ojos. Aunque tuvo que reconocer que fue algo recíproco, no le dedicó ni una mirada de simpatía ni nada que se le pareciera.

De regreso, se sentó en una mesa alejada de la barra y se entretuvo en ojear las noticias. Pasaba la página siete cuando llegó Lys con un plato que contenía un

desayuno contundente y otro con apenas una cucharada de huevos revueltos y una tostada.

—Con eso no tengo ni para empezar —dijo en broma, señalando el desayuno escuálido que obviamente era para ella.

—Desde luego... Sé qué hacer para no matarte de hambre, ¿o ya no te acuerdas?

Él se levantó un poco de la silla y se dobló hacia su rostro para darle un beso. Qué lejanos parecían aquellos días en que ella lo sobrealimentaba a base de cenas succulentas.

—No me extraña que a mi sobrina le guste tanto este sitio. Huele a casa, a hogar, no a cerveza y a humanidad. Es acogedor. Y eso es gracias a ti —dijo colocándole el pelo detrás de la oreja, gesto que acabó con una sutil caricia.

Kenn interrumpió el momento romántico. Puso sobre la mesa una tetera y dos tazas. Regresó a la barra y les dejó también una jarrita de leche.

—Gracias —dijo Connor.

—No hay de qué —respondió inexpresivo.

Lo miró de reojo hasta que desapareció de su estrecho margen de visión.

—¿Este robot malcarado es el tipo que le tiene sorbido el seso a mi sobrina?

—¡Ah! No me ha contado nada.

—¿Es que ese musculitos y tú os lo contáis todo, en plan confidencias de chicas?

—No te burles, Connor —rogó tomando un poco de huevo revuelto con el tenedor que dejó a medio camino antes de metérselo en la boca—. No ha tenido una vida fácil.

—No creo que eso justifique que me mire con esa cara de matón.

—Tampoco lo miras mejor tú a él.

—Porque no entiendo el porqué de su antipatía si acaba de conocerme.

—Es muy protector conmigo. Y es su manera de evitar que me hagas daño. Sid también lo es, nos acogió como a dos cachorros perdidos. Y yo también, a veces me doy cuenta, me muestro como una gallina clueca con Kenn.

Mientras él consumía su potente desayuno completo, Lys le contó los pormenores. Le rogó absoluta confidencialidad. Mientras él mismo servía el té para los dos, le aseguró que contara con su discreción, puesto que no le interesaba la vida privada de nadie y mucho menos airearla. Pero Lys insistió en contarle el duro pasado del galés para que entendiera el porqué de su actitud.

—Protegerme es su manera de agradecerme algo que él considera un gran favor aunque cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Cualquiera no, Lys. Tu generosidad la posee muy poca gente —afirmó cogiéndole la mano.

Le besó la cara interna de la muñeca, donde le latía el pulso y ella le acarició la incipiente barba. Se la acababa de recortar hacía un día o dos y la lucía casi al ras.

—A veces... —meditó Connor, y lo dejó en el aire—. No tenemos más que mirar a nuestro alrededor para darnos cuenta de lo afortunados que somos —añadió,

dejando el tenedor y el cuchillo sobre el plato—. Te pido un favor, si algún día me oyes quejarme por lo mal que me ha tratado la vida, hazme callar de un puñetazo. Ahora que sé el infierno por el que ha pasado el británico ese.

—No lo llames así.

—¿Lo es o no?

—Suenan a desprecio.

—Deja de protegerlo tanto, al menos de mí —protestó, y continuó con lo que le estaba diciendo—. Me pongo en su lugar y reconozco que no tengo derecho a quejarme absolutamente de nada.

—Kenn es una buena persona. Y ahora entiendes por qué a tu sobrina le llama tanto la atención.

—No creo que llegue la cosa a nada, porque son muy diferentes.

—¿Quién es el clasista ahora?

—No me refiero a eso, él parece callado y Jessica tiene mucho carácter. Demasiado, como su madre. Yo no la aguantaría.

—Me extraña que no la defiendas.

Connor miró brevemente hacia la barra y se centró de nuevo en trocear su salchicha.

—Sabe hacerlo sola —afirmó con mucha calma—. Pero como la haga sufrir, me lo cargo.

Lys rio bajito y bebió un sorbo de té.

La vio entrar a media tarde. Y, muy a su pesar, Kenn tuvo que reconocer que esperaba inquieto porque se había retrasado.

Jessica, así había dicho que se llamaba la chica del traje de dos piezas, se quitó el abrigo y los guantes, que metió en un bolsillo antes de colgarlo en la percha, y saludó con una mirada hacia la barra que pasó de largo por él y acabó con una fugaz sonrisa dirigida a Sid; se acercó para pedirle la sopa del día y media barrita de pan francés horneada con queso y tomate. Kenn centró toda su atención en el grifo de la cerveza, pero mientras escanciaba la pinta sus oídos contaron cada uno de los golpes de tacón hasta que el silencio le dijo que ella ya había ocupado su mesa habitual. Como de costumbre, no fue el encargado de servirle el almuerzo. Jessica lo ignoró y él hizo lo mismo.

Solo en apariencia, porque por el rabillo del ojo, Kenn se apercibía de cada uno de sus movimientos. De su lento masticar mientras miraba los mensajes en su teléfono, de la precisión con que removía la sopa en el cuenco antes de llevarse la cuchara a la boca... Tuvo la tentación de acercarse a pasar la bayeta por la mesa cuando ella se cansó de comer, pero no lo hizo. A pesar de que le extrañó que dejara la sopa a medias, puesto que acostumbraba a terminar cuanto pedía con buen apetito.

Un par de clientes lo entretuvieron charlando sobre el último partido de fútbol de la liga y dejó de prestarle atención.

Un cuarto de hora después, volvió a mirar hacia la mesa de Jessica. Se llamó idiota en silencio, pero no pudo evitar preocuparse al verla con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, apretándose las sienes. Por su cuenta y riesgo, calentó agua en el hervidor y preparó una tetera, dejó reposar el té y después sirvió una taza. Llenó una pequeña jarrita de leche y entró en la cocina para buscar algo en el botiquín. No sabía cómo iniciar la conversación, pensó que la mejor manera de disculparse con ella —aunque no estaba seguro de deberle una disculpa—, era ofreciéndole un presente, tal como hacían los exploradores de las películas antiguas para aplacar la hostilidad de las tribus caníbales que pretendían comérselos vivos.

No había demasiada clientela, durante un rato Sid podría arreglárselas solo. Así que, cargado con su ofrenda de paz, fue hasta la mesa.

—¿Un mal día?

Jessica miró hacia arriba con la frente arrugada, tan sorprendida de verlo allí como por el té que no había pedido, que él le puso delante, después de hacer a un lado su agenda. Ella dejó el bolígrafo y tomó un sobre de azúcar del cestillo de madera del extremo de la mesa, que también contenía el ketchup, el vinagre, el pimentero y la sal.

—Como todos. Si acaso un poco más desbordante de lo normal.

—Te he traído esto también —dijo dándole una aspirina.

Ella sonrió arrugando los ojos a causa del malestar.

—Resulta que eres adivino.

—No, ni mucho menos —la contradijo con una mirada amable.

Jessica lo invitó a sentarse en el banco de madera de enfrente.

—Gracias.

Kenn le sirvió un chorrito de leche hasta que ella le indicó con un gesto que era suficiente. La observó mientras se tomaba la aspirina con la ayuda de un buen sorbo de té.

—¿A qué te dedicas? —curioseó, señalando con la cabeza la agenda y los papeles amontonados sobre el portafolios.

—Soy abogada. Trabajo para un bufete y, como soy la novata, llevo los casos más cutres. El que me ha tocado es lo peor. Una familia rica, pero ricos de verdad, no como mis padres —dijo con acidez, recordándole a Kenn sus propias palabras—. Con tantos millones que podrían jugar a hacer torres de Lego con los fajos de billetes, peleados por una herencia.

—Teniendo tanta pasta, ¿se pelean?

Jessica bebió un poco de té y se lamió los labios.

—El hijo se calentó y de milagro no mató a la madre con una motosierra.

Kenn se echó a reír y Jessica no pudo evitar contagiarse un poco, aunque trataba de permanecer seria porque el asunto lo era. Maldita la gracia que tenía el caso en

cuestión.

—Abogada —repitió, mirándola con simpatía por primera vez.

—Sí —aceptó mirándose la ropa que llevaba—. Por eso me ves con mi uniforme de trabajo.

—¿Por qué vienes todos los días? Además de por la comida que prepara Lys, que eso ya lo sé.

—El Cerdo Azul se ha convertido en mi segunda casa. Me gusta estar aquí. Mi apartamento está en un edificio ruidoso. Mejor dicho, tengo unos vecinos muy escandalosos. La señora de arriba es medio sorda y tiene siempre el televisor a un volumen que se oye desde la calle. Y los de al lado, cuando no están sacudiendo el colchón en nombre del amor, ponen la música a todo meter.

—Aquí también hay ruido.

—Hay murmullo —corrigió—. Y me gusta el sonido del violín. Sobre todo cuando lo toca tu jefe. Porque, como bien sabes, también vengo algunas noches. Pido una cerveza y me acodo en una esquina de la barra para disfrutar de la música mientras tú disfrutas ignorándome.

—No es algo personal.

Jessica continuó mirándolo en silencio.

—Eso ya lo dijiste —recordó—. Gracias por la aspirina y por el té.

Volvió a abrir su agenda y él se levantó, para regresar a su trabajo, porque entendió que la conversación había acabado.

—Kenn —lo llamó—, gracias también por hablar conmigo. Me ha sentado mejor que la aspirina.

Y lo miró de una manera que lo puso alarmantemente contento para el resto del día.

A primeros de noviembre Lys esperaba la llegada de Connor, estaba ansiosa por tenerlo unos días con ella.

Se mensajeaba con Delia, aquella chica rubia que conoció en el cementerio, que se había convertido, después de tantos mensajes, en esa amiga que siempre estaba allí, para escucharla cuando lo necesitaba aunque fuera a tres horas de carretera de distancia.

Lys tecleó rápido al asomarse a la ventana y verlo aparcar el BMW.

«¡Ya está aquí!»

«Venga, cariño. Disfruta muchísimo, que te lo mereces».

Ella guardó el teléfono con una sonrisa inmensa, le encantaba esa manera de ser de los españoles, tan afables y abiertos, que trataban a los demás con palabras cariñosas como si fueran de la familia.

Connor la sacó de casa casi obligándola, convencido de que le hacía falta tomar el

sol porque se pasaba la vida encerrada en el *pub* o en el apartamento. Y ese día lucía espléndido. O mejor dicho, ese rato. Porque por aquellos lares el sol se dejaba ver a intervalos tan escasos y breves que verlo en el cielo ponía contento hasta al más triste.

Pasearon por los alrededores del Arco de los Españoles y Lys lo invitó a entrar a la colegiata, para que viera a su ángel cómplice, ya que a él le debía el primer premio del concurso fotográfico.

—Dime una cosa —pidió Connor, una vez salieron del templo—, no te importa entrar en esta iglesia y, sin embargo, te negaste a hacerlo en San Patricio, cuando estábamos en Nueva York.

—Los curas engañan a la gente con eso de que sufrir es también vivir. Es fácil decirlo, cuando ellos viven como Dios.

Aunque no la miraba, Connor percibió el desprecio en su voz.

—No te caen bien, ¿eh?

—Solo uno, el padre Moloney. Es párroco en la abadía franciscana que hay detrás del *pub*. Y porque él no me sermonea. Hace casi dos años que dejé de creer en ellos. A mi abuela tampoco la ayudaron en nada. Ni los curas ni todos esos santos a los que tanto rezaba.

—¿Qué te ocurrió hace año y medio?

Lys caminó con la vista clavada en el suelo y guardó silencio.

Una vez estuvieron de vuelta en el pequeño apartamento del ático, lo invitó a sentarse en el sillón. Connor la observó ir hasta el mueble sobre el que tenía el televisor y sacar una fotografía enmarcada en plata, que apoyó contra su pecho con las dos manos.

—¿Tienes ganas de escuchar una larga historia? Te advierto que seguramente voy a llorar. Te lo digo porque a los hombres os ponen nerviosos las lágrimas en una mujer.

Connor extendió la mano para que se sentara con él. Y ella se acomodó a horcajadas sobre sus piernas. Le mostró la foto, donde aparecía ella con un bebé en brazos, sin mirar a la cámara. Contemplando con una sonrisa feliz el rostro de un niño rubio de ojos despiertos con la boquita entreabierta.

—Es mi hijo Rori. Murió antes de cumplir los tres meses.

Connor se quedó blanco, solo acertó a mascullar una palabrota casi inaudible y le cogió la cabeza suavemente, invitándola a apoyarla en su hombro.

Y, allí, cobijada entre sus brazos y con la mirada perdida y vacía, Lys liberó todo su dolor. Le contó aquel día aciago en que fue a comprobar si el bebé dormía y lo encontró sumido en un sueño del que no despertó. Un infrecuente caso de muerte súbita del lactante que la hizo gritar y arrastrarse por el suelo como un animal malherido. Una horrible tragedia que destruyó el amor que la unía a Aidan, porque después de aquello ellos ya eran solo unos padres lastimados e impotentes que, ante semejante golpe de la vida, se encerraron cada uno en su propio dolor.

Sin dejar de llorar, le relató la ayuda que recibió por parte de los psicólogos de una asociación dedicada a personas que sufren la pérdida de un ser querido. El ridículo consuelo recibido por parte de un cura que la animó a visitar todos los días la imagen de la virgen María que había visto morir a su hijo también, igual que ella. Como si una estatua de escayola pudiera entender su angustia. Desde ese día dejó de pisar las iglesias y de creer en ese otro mundo mejor que prometían en ellas.

Mientras dejaba que él le secara las lágrimas, acariciándole la mejilla con los dedos, y le daba suaves besos en la coronilla, repasó en voz alta para que él lo supiera y para sí misma el inenarrable dolor, la muerte en vida, el aturdimiento que le impedía creer que aquello estuviera sucediéndoles a ellos, el desamor... Solo pensaba en Rori, y luego vino la soledad del divorcio, la ansiedad aplacada a base de comida y el desprecio por su propia debilidad. Y también la amarga aceptación, las ilusiones aparcadas por culpa de la abulia y la falta de inspiración. La necesidad de cambiar de vida abriendo un saloncito de té que también fracasó. Y el sordo dolor de saber que jamás volvería a ver al hijo que tuvo en los brazos tan poco tiempo. ¡Tan poco!, lamentó entre sollozos. Tan valioso y fugaz como un rayo de sol.

Connor tenía que marchar a Dublín, su trabajo en O'Brien Suirbhé lo reclamaba y no podía demorar el regreso ni un día más. Pero esa vez, aunque solo gozó de su compañía durante un fin de semana, Lys lo despidió con una inesperada sensación de paz. Una calma que empezó a sentir por primera vez desde la muerte de su bebé, aquella tarde en que se olvidaron de almorzar y sus oídos atentos y el afecto de sus abrazos la ayudaron a liberar parte de la angustia de ese pesado lastre.

Y, como a él, Lys volvió a su rutina manual, a la concentración que le ocupaba las manos y la mente. Y cada día que pasaba, también un poco el corazón.

El lunes Jessica y ella llegaron al mismo tiempo a El Cerdo Azul. La chica se apresuró a ayudarla, puesto que además de una bolsa en cada mano, Lys llevaba un manojo de apio debajo del brazo. Salió del *pub* en ese momento el padre Moloney. Aún andaba abrigándose bien con la bufanda cuando apareció a paso rápido una de sus feligresas más devotas, tanto que rayaba el integrismo del beaterío. La mujer le interceptó el paso y el cura la recibió con una mirada turbia.

—Padre, quería hacerle una consulta. —El cura gruñó—. Mi nuera me trajo esta pulsera como recuerdo de Limerick. Y como dice que es tradición celta...

—¿A ver? —se tambaleó medio borracho hacia la muñeca derecha de la mujer.

—Dice que es el árbol de la vida —le explicó ella.

—La cruz celta, eso deberías lucir. Todo lo demás, símbolos paganos —farfulló siguiendo su camino—. El único árbol de la vida que existe lo lleva tu marido entre las piernas.

—¡Caray, padre!

La mujer se quedó mirándolo con la boca abierta mientras se alejaba a buen paso.

Lys balanceó la puerta de un empujón de cadera y dejó las dos bolsas en el suelo.

—Vamos a ver —exigió asaeteando la mirada a Sid y a Kenn—, ¿quién le ha dado más *whiskey* de la cuenta al padre Moloney? No, si al final acabaremos saliendo en las noticias el día menos pensado.

No le hizo falta respuesta, tuvo suficiente con ver huir a Sid por la puerta de la cocina. Y mientras ella agarraba de nuevo las bolsas de la compra y seguía el mismo camino que el golfo cachondo de su jefe, Kenn sonrió al ver a Jessica despeinada, arrancándose la bufanda a estirones y con una cara entre la derrota y la furia.

Cerró el cajón de la máquina registradora y apoyó ambas manos en la barra frente a ella. El manojo de apio quedó entre ellos dos.

—¿Un día duro, letrada?

—No quieras saberlo.

—Sí quiero.

—Mmmm... —fingió maquinar, desabrochándose—. Voy a grabarme en la memoria esas dos palabras. Puede que en el futuro te recuerde que ya me las dijiste una vez.

Kenn se echó a reír. No podía evitarlo, pero empezaba a gustarle demasiado su descaro. Y no le quitó la vista de encima mientras colgaba el abrigo y la bufanda en la percha de la pared.

—Cuéntame —la invitó, cuando ya la tenía de vuelta.

—Para ser breve, mi cliente —hizo comillas con los dedos— es un patriarca gitano.

Al ver que Kenn arrugaba la frente, se apresuró a matizar.

—Eh, no pienses mal —rogó, no fuera a deducir que era una prejuiciosa—. Que es un anciano adorable, que cuando está a buenas es tan gracioso que me lo comería a besos. Pero tiene un carácter... que cuidado con él.

—Por eso es patriarca de su clan, ¿no?

—Pues no sé. Hoy hemos ido a hacer un trato de caballeros a su banco, donde le requieren una cantidad en concepto de intereses que este señor no está dispuesto a satisfacer.

—Y no ha habido acuerdo.

Jessica arrugó la frente.

—Si no llego a meterme en medio, habría descalabrado al director a garrotazos con su bastón.

Le extrañó que Kenn no añadiera un comentario de preocupación. O de broma, como hicieron los dos clientes que escucharon la conversación y reían con ganas imaginando la escena, a su derecha en la barra. Él continuaba observándola callado. Giró el rostro hacia el espejo de la pared y reparó en su pelo que el viento le había revuelto.

—Estoy hecha un espanto, ya lo sé —protestó, a la vez que se peinaba con las

manos.

Connor la ayudó a colocarse la melenita detrás de la oreja y se entretuvo en acariciar un mechón.

—¿Eres una irlandesita *blackie*?

Jessica se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, quizá alguno de mis antepasados nació por aquí. Mi madre tiene el pelo negro, ahora gracias al tinte, y también lo tenía mi abuelo.

Así llamaban a los irlandeses de pelo oscuro, que en el condado de Galway abundaban debido a la mezcla de sangre con los españoles que en siglos pasados comerciaban en aquel puerto o sobrevivían a los naufragios de los pesqueros y decidían no regresar a su tierra, estableciéndose allí. Pero ella había nacido en Dublín.

—Me gusta cómo brilla —murmuró, para que solo lo oyera ella.

Jessica esbozó una lenta sonrisa. Cada vez le gustaba más aquel guaperas de bíceps de levantador de peso y ojos observadores. Y a él le gustaba ella, o de lo contrario no la miraría como un tigre que lleva dos días sin comer.

—A mí también. Pero tiene su lado negativo. Dentro de unos años tendré que teñirme, como mi madre, porque me saldrán canas y se notarán mucho. —Echó una ojeada al duendecillo de la buena suerte que sonreía perenne desde un estante de la pared—. Puede que me lo tinte de verde.

—Demasiado irlandés —bromeó Kenn.

—¿Mejor de rojo? —aventuró con malicia—. Ah, no, demasiado galés.

Él sonrió sorprendido y ella se sintió muy contenta de haber atinado en su suposición. No estaba segura, pero sospechaba que su acento era de Gales, como el de una compañera *british* que fue con ella a clase durante un par de cursos.

—Te lo ha dicho Lys.

—No.

—Sid.

—Tampoco.

—¿Cómo has adivinado que soy galés?

—Era un farol. Pero veo que he dado en el clavo.

Mientras caminaba hacia su mesa preferida, Kenn la observó como lobo que anticipa el sabor de su presa.

Desde la cocina, Lys observaba la escena sin que ellos se dieran cuenta. Volvió a atender el fogón, pensando en el intercambio de guiños y sonrisas que acababa de presenciar. Quizá para Jessica fuera un juego, un ligoteo de bar, y lo entendía porque ella también había vivido sus años salvajes, pero no podía evitar preocuparse por Kenn.

Lys esperó a que Jessica terminara de almorzar. Cuando la vio salir del *pub*, fue tras ella.

—Jessica —la llamó.

La chica se giró y se quedó parada en la acera hasta que ella llegó a su altura.

—No sé cómo decirte esto...

—¿Sucede algo?

Lys negó con la cabeza y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Había salido sin la chaqueta, olvidando el frío que hacía en la calle.

—Es sobre Kenn.

Jessica la miró con extrañeza.

—¿Qué pasa con él?

—Se nota que te gusta y que es recíproco.

—¿Y?

El tono y sus ojos de advertencia no invitaban a continuar. Lys sabía que aquella intromisión podía enemistarla con ambos, pero no se echó atrás. Con todo, eligió las palabras para resultar todo lo cauta que el sentido común aconsejaba.

—Ya le han hecho mucho daño; más de lo que un hombre puede soportar y seguir cuerdo.

—¿Una chica?

Lys eludió darle una respuesta. Pero a Jessica no le hizo falta, a qué si no aquel sermón disfrazado de consejo.

—Yo no voy a hacerle daño, te lo aseguro. Ni tengo ganas de sufrir. Además, estamos conociéndonos. Vamos paso a paso.

—Solo te pido una cosa: si en algún momento ves que él no está preparado para empezar una relación, déjalo ir.

Jessica asintió. Se preguntó qué peculiar amistad unía a Lys y a Kenn. Ambos aparentaban ser personas fuertes pero, cuando bajaban la guardia, dejaban entrever algo más. Los ojos de ambos reflejaban la misma tristeza impotente de un perro apaleado. Alzó la vista al cielo, empezaba a lloviznar, vio que Lys estaba tiritando.

—Tengo que irme —anunció como despedida—. Y tú más vale que entres o te quedarás helada.

Sonrió para que Lys entendiera que no se sentía molesta con ella por meterse en un terreno que no le pertenecía. Comenzó a caminar pegada a las fachadas y Lys regresó sobre sus pasos.

—Otra cosa, Jessica —la llamó desde la puerta del *pub*. Esta giró la cabeza—. No le hagas preguntas, que sea él quien te cuente. Si quiere.

—Paso a paso —repitió—. Estate tranquila.

Capítulo 9

El final del otoño trae aromas olvidados, como una antigua salsa de bayas de enebro, salvia, tomillo y vino tinto

—Que no, Connor. Gracias, pero no lo necesito.

Acababa de llegar a Dublín en moto y él le salía con una sorpresa que, agradecía, pero no acababa de entender.

—Hazme caso, quédatelo.

—No voy a aceptar un regalo tuyo así, ni aunque sea de segunda mano.

Connor no entendía su renuencia a recibir regalos, algo que rayaba en lo obsesivo. Se ponía enfermo cuando insistía en pagar la cuenta a medias si salían de copas. Ella creía que con eso reafirmaba su independencia, cosa que él no pretendía vulnerar. Y el hecho de sentirse comparado con su exmarido, del que sí dependió económicamente, realmente lo enfurecía.

—No te confundas, no te lo estoy regalando. Te lo presto.

—Con la moto voy y vengo sin problemas.

—Mira, Lys, te pido que aparques la Yamaha ahí detrás y viajes en este coche que me compró mi padre cuando entré en el Trinity College. Y de mis años universitarios hace mucho, imagínate si es viejo. Pero lo conservo en perfecto estado por una cuestión sentimental.

Lys se quedó mirando el Honda Civic. Sabía que Connor lo utilizaba pocas veces, si acaso para ir por Dublín, porque, al ser más pequeño, le costaba menos aparcarlo que el BMW.

—Es sólido y resistente. Coge las llaves y hazlo como un favor hacia mí. Me sentiré más tranquilo sabiendo que vas sobre cuatro ruedas sin peligro de derrapar en la calzada mojada. Y además, lo agradecerás cuando tengas que conducir bajo la lluvia.

—Estoy acostumbrada, sé conducir muy bien y no entiendo a qué viene tanta preocupación.

—Te lo conté.

Fue entonces cuando Lys cayó en la cuenta y comprendió el porqué de sus miedos.

—Es por el accidente que le costó la vida a tu madre, ¿verdad?

Connor bajó la cabeza.

—Me da miedo que te pase algo en la carretera.

Ella se abrazó a su cintura y le acarició la parte baja de la espalda con las palmas

de las manos abiertas.

—No tiene por qué suceder, pero si te quedas más tranquilo, dame las llaves y te prometo que hoy aparco la moto en ese mismo hueco.

—Hay temores que se superan pero permanecen en el subconsciente como una llamada a la prudencia —calló de repente, como si le molestara sincerar sus temores más íntimos—. No me hagas mucho caso, es por culpa de vivir tantos años con un psiquiatra.

—Michael es poco hablador, pero me cae simpático y creo que es recíproco —alegó contenta, e hizo una mueca—. En cambio, no le caigo bien a tu hermana. Creo que me considera una aprovechada, igual que tu exmujer. Porque no soy rica, supone que voy detrás de tu dinero.

Connor rio sin ganas. No sabía Tessa lo equivocada que estaba en ese sentido.

—Mi hermana es como una leona, fue su manera de superar el accidente de nuestra madre. Cuidándonos. Pero no se da cuenta de que, preocupándose tanto por las personas que quiere, lo único que consigue es alejarlos.

Lys aprovechó su estancia en la capital para quedar una tarde con Delia. Esperaba con ganas ese reencuentro y acordaron verse en el centro. A pesar de haber vivido allí durante varios años, se sentía una extraña en una ciudad por la que no se movía segura, ya que le eran familiares pocas zonas.

Su hogar de casada estaba en Dalkey, un suburbio exclusivo del sur de la ciudad. Y su casa era la más, la más... de todo lo que se pudiera calificar como «más». Excesiva, una unión de cubos de cristal que desentonaba en el paisaje como un camello en Alaska. De eso se trataba, a Aidan siempre le gustó llamar la atención. Tanto durante su época bohemia de rockero callejero, cuando lo conoció, como cuando sentó la cabeza, gracias a sus consejos, regresó a hacer las paces a la casa familiar y se puso al frente de la empresa de su padre, una popular y próspera cadena de perfumerías con puntos de venta por todo el país.

Lys conocía la ciudad de recorrerla en moto, la cruzaba de un extremo a otro, desde su apartamento en el número 8 de Glenmore Road, por la carretera vieja del barrio de Cabrah para tomar la ronda norte circular, hasta el elegante Ballsbridge, donde se encontraba la mansión de la familia McEvans y, ahora ya lo sabía, también O'Brien.

Por donde más cómoda se movía era por las callejuelas de *pubs* y locales de ocio de Temple Bar, y por los alrededores del Spire. Por eso prefirió encontrarse allí con Delia. Como llegó antes que ella, hizo tiempo dando una vuelta por la zona comercial de la calle O'Connell, cercana al río. Echaba de menos el aroma de Galway, donde el aire olía a mar y a salitre, y se escuchaban a las gaviotas. En el centro de Dublín solo se oía el ruido del tráfico y el único olor que percibía justo en ese momento era el del

pollo frito del Supermac's.

Delia llegó con su sonrisa afectuosa. Fue curioso que ella, extranjera, se brindara a mostrarle la ciudad a Lys. Le explicó que durante unos años trabajó como guía en español, para los turistas de su país, que empezaron a ser legión, gracias a los vuelos de bajo coste y a los estudiantes que viajaban hasta allí a aprender inglés.

Pasearon por el centro y de su boca conoció Lys cosas que ni imaginaba, como la ventana del despacho del ayuntamiento donde trabajaba Bram Stoker, el autor de *Drácula*, como empleado municipal.

—Qué curioso —dijo, sorprendida.

—Bueno, quizá era otra ventana de todas esas —rió con gracia Delia, observando la fachada a través de las rejas—. Eso es lo que les contábamos a los turistas. A fin de cuentas, esta es la tierra de las leyendas.

Fueron hasta el Trinity College, la universidad fundada por Isabel I para que los irlandeses con pretensiones e inquietudes se quedaran en su isla con sus ovejas. Una manera de tenerlos a raya, puesto que Irlanda durante siglos fue considerada la granja de los ingleses. La reina prefirió invertir en aquel majestuoso conjunto de edificios, no se les fuera a ocurrir embarcarse hacia Gran Bretaña para estudiar y mezclarse con ellos.

Delia le fue contando cosas de ella, de la diferencia de costumbres, del choque cultural.

—Vosotros sois de emociones muy para adentro, nosotros al contrario.

Lys sonrió en silencio. No le quitaba la razón. Pero a veces confiaban sus dudas y preocupaciones más íntimas a personas desconocidas. Le pasó en Nueva York, a Patrick le contó muchas cosas sin conocerlo de nada. Y con Delia tenía esa misma sensación, quizá porque no se sentía juzgada. Y al verlos poco o nunca más, tenía la certeza de no ver más lástima en sus ojos.

Delia le contó que procedía de una ciudad pequeña del centro de su país y que había estudiado en una universidad tan antigua como aquella.

—Matemáticas —especificó.

Lys le comentó que había elegido una rama absolutamente opuesta. Y pensó en Connor y su teoría de los contrarios que se atraen. Puede que tuviera razón y esa conexión profunda que sentía charlando con aquella chica, a la que veía por segunda vez, era similar a la que sentía él con Ralf Wilson.

—Ahora te voy a contar yo una curiosidad que quizá no conoces —dijo Lys.

La llevó hasta una estatua de bronce, en los jardines.

—Aquí lo tienes, el rector Georges Salmon, que dijo que las mujeres estudiaríamos en el Trinity College por encima de su cadáver. Y lo hicieron las primeras en 1904, cuando él murió.

—Siento fastidiarte la sorpresa, pero conocía la historia —dijo Delia—. Recuerda que les enseñaba la ciudad a los turistas, y la biblioteca y el Libro de Kells eran visita obligada. Pasaba a diario por aquí.

—Pero lo que no sabes, seguramente, es que sus palabras se cumplieron al pie de la letra. El rector Salmon está enterrado justo en la puerta de las oficinas de ingreso de nuevos estudiantes. Y cada chica que entra a matricularse, pisa la tumba del rector misógino. Algunas incluso taconeán como revancha.

—¡Hala! Oye, estoy deseando hacerlo. Vamos a desquitarnos con un zapateado sobre el ilustre Salmon. ¡Es que tenía tonto hasta el apellido!

Connor ya la había avisado y, por eso, antes de ir, Lys metió en la maleta uno de los vestidos de cóctel que solía llevar cuando vivía con Aidan. Los conservaba en el fondo del armario porque eran tan bonitos que, cuando se decidía a deshacerse de ellos porque ya no tenía ocasión de lucirlos, volvía a colgarlos en sus perchas, resistiéndose a unirlos al hatillo de ropa que, de tanto en tanto, hacía con la que ya no se ponía y donaba a alguna tienda de caridad.

Con aire práctico, reconoció que no era tan mala su manía nostálgica de guardar aquellos vestigios de su vida pasada. Los actos sociales y de empresa, tan frecuentes en sus años de casada, en ese momento parecían algo extraño y lejano.

Se trataba de una fiesta benéfica, organizada por una asociación humanitaria que sufragaba los gastos médicos de los mineros jubilados con pocos recursos económicos, entidad patrocinada y sufragada por O'Brien Suirbhé.

—Pareces una princesa —le dijo Connor, cuando la ayudaba a bajar del coche.

—No tanto.

—No habrá ninguna que te haga sombra esta noche.

Lys se sentía triunfal con su vestido de cintura estrecha y falda de capa que imitaba el corte clásico de la casa Dior y el pelo recogido en un moño sencillo. Connor la cogió de la mano y subieron juntos las escaleras del palacete donde se celebraba la velada. Él también tenía un aspecto tan elegante que le cortaba la respiración. Verlo tan orgulloso de llevarla de la mano la hacía feliz. Lo miró de reojo y él le sonrió con un guiño cómplice, sabiéndose el centro de muchas miradas. Era la primera vez que se exhibía junto a una mujer desde el divorcio. Todos debían estar preguntándose quién era aquella pelirroja, para qué negarlo, tan espectacular. Hacía mucho que no se sentía tan guapa y eso era algo que le sentaba muy bien. Apretó la mano de Connor, se le erizaba la piel de gallina al recordar cómo la había besado en el cuello mientras le abrochaba el collar.

Ya en el salón, él se dedicó a presentarla a cuantos se acercaron a hacerle los honores. Por cortesía, no hubo preguntas incómodas, pero Lys notó que más de una mujer escudriñaba sus manos unidas. Y ella, con una mezcla de malicia y orgullo, las alzó hasta sus labios y los apoyó sobre los nudillos de Connor, un beso fugaz y de apariencia involuntaria con el que les dio motivo para cuchichear cuando fueran a retocarse el maquillaje a los aseos.

Desde lejos vio a Tessa, era el centro de atención de un corrillo. Acababa de percatarse de su llegada. Lys la vio excusarse con sus interlocutores antes de acercarse. A Michael no se le veía por ningún lado, debía haber acudido sola. Lys recordó que era viernes, era extraño. La vio coger la mano de su hermano. Él le rodeó los hombros con el brazo y la acercó para darle un beso en la mejilla.

—Menos mal que ya estás aquí. Ya me veía toda la noche sola de un lado para otro.

—Tú nunca estás sola, en estos saraos te mueves como pez en el agua. ¿Y Michael?

—Tiene una reunión con el claustro y no llegará hasta muy tarde. Hoy precisamente tenía que ser.

Lys permaneció callada, dejó que la ignorara. Se entretuvo pensando en lo bien que había hecho comiéndose un sándwich de pechuga de pavo antes de que Connor pasara a buscarla. Estaba satisfecha y evitaba lanzarse a engullir canapés para aplacar los nervios o el aburrimiento si la cosa se alargaba demasiado.

—Estás muy guapa, Lys —dijo por fin, como si de pronto reparara en que no era una de las estatuas de escayola que sostenían las lámparas en las esquinas del salón.

—Gracias, tú también.

Y no lo dijo por cortesía. Tessa sabía acentuar su belleza natural. El vestido azul que llevaba destacaba el color de sus ojos, iguales que los de Connor, que resaltaban como dos gemas en contraste con su pelo negro.

—Ven —dijo cogiéndose del brazo de Connor—. Quiero presentaros a la nueva presidenta.

Al menos la incluyó, rumió Lys, dándose por satisfecha. Por poco temió que la enviara a por una copa a la mesa bufet donde dos camareros servían las bebidas, para tenerla entretenida.

Le chocó que fuera una mujer quien presidiera una asociación formada por hombres en su mayoría. Pronto entendió el porqué, ya que ella misma, una rubia simpática que debía frisar los ochenta, le contó que era viuda de un teniente coronel. La señora se empeñó en presentar a Connor a algunas voluntarias recién incorporadas a la causa.

Mientras charlaban, Lys notó que algunos hombres la miraban sin disimulo. Era absurdo no reconocer que estaba espectacular con aquel vestido negro de escote en uve en la espalda. Justo ahí notó la mano de Connor en un gesto posesivo, Lys intuyó que también se había dado cuenta de que ella era el centro de muchos ojos masculinos.

Tessa se unió al grupo y se explayó alabando a su hermano ante las voluntarias, muchas de ellas casadas, pero otras descaradamente disponibles, tanto que aquello empezó a parecer una subasta cuyo premio era Connor. Por descontado, él no reparó en las intenciones de su hermana o prefirió hacerse el loco.

Lys, en cambio, notó cierta diversión por parte de Tessa. Si lo que pretendía era

darle a entender que su hermano era un bocado demasiado selecto para su paladar, iba a gastar saliva en vano porque Connor no se despegaba de ella y con la mirada la incluía en cada frase que pronunciaba. Fue una de aquellas periquitas, que debía creerse la yema del huevo de la sociedad dublinaesa, la que quiso empañarle la noche. Debió ser Tessa quien la puso en antecedentes.

—He oído que os conocisteis por algo relacionado con la cocina.

Lys la miró con mucha calma, examinando su vestido color rojo reclamo hasta detener la vista de nuevo en sus ojos, para que entendiera que su ironía dañina no le provocaba ni frío ni calor.

—En realidad, con la fotografía —explicó Connor—. Yo formaba parte del jurado de un concurso en el que Lys obtuvo el primer premio.

—Enhorabuena —dijo la de rojo, con sorna.

Hubo varios cruces de miradas incómodas, porque dio a entender algo turbio en la decisión del jurado, dada la relación surgida entre la ganadora y uno de ellos.

—Gracias —respondió—. Gané porque mi fotografía cayó en gracia, pero no era la mejor, ni mucho menos.

—No te restes mérito —pidió Connor, sonriéndole con orgullo.

Ella le cogió la mano y le devolvió la sonrisa. Y eso la animó, no tenía nada de qué avergonzarse, así que se dispuso a sacar de dudas a aquella impertinente.

—Lo de la cocina también es cierto —reconoció mirando alternativamente a Tessa y a su interlocutora—. Cuando nos conocimos, yo era la cocinera de la señora McEvan.

El hecho de que se refiriera a ella con su antiguo tratamiento incomodó a Tessa pero no a la otra, que parecía dispuesta a seguir interrogándola.

—Una época memorable —añadió Connor—. Porque comíamos de maravilla, ¿verdad, Tessa?

—Desde luego que sí.

La anciana presidenta demostró ser una experta en el arte de evitar conversaciones tensas, porque tomó las riendas con elegancia.

—Me contó alguien, ahora no recuerdo —comentó haciendo memoria—, que es usted también escritora.

—Tutéeme, se lo ruego —pidió Lys, mirada agradecida.

—Fui yo quien te lo contó, Fiona —dijo Tessa, mirando a su hermano de reojo—. Escribe cuentos para niños.

Una de las voluntarias juntó las manos y la miró emocionada.

—¡No me digas que eres Lys Scott! ¿La autora de la ratita Gina? No me lo puedo creer. Soy maestra de niños en edad preescolar —explicó— y no te imaginas cuánto disfrutaban mis alumnos con tus historias.

Comenzó a detallar al resto la importante labor de difusión de la cultura y las tradiciones de Irlanda que lograba con las aventuras de aquella ratita viajera que, por donde iba, cocinaba platos tradicionales de su país. De pronto, se vio convertida en

una especie de celebridad porque aquellas mujeres empezaron a mirarla con interés sincero.

—Y los ilustra también —añadió aquella maestra—, ¿no es así, Lys?

—Y muy bien, por cierto —respondió Connor por ella.

—La mayoría de la gente menosprecia la literatura infantil —opinó la profesora—. No tienen en cuenta que los niños son lectores muy exigentes.

—Es verdad —reconoció Lys—. No dan segundas oportunidades, o les gusta o no les gusta.

—Además del cuidado que deben tener los narradores de cuentos, porque están empezando a leer y son ellos los que logran despertar esa afición por los libros, que ojalá les dure toda la vida.

De pronto todas las presentes miraban a Lys con curiosidad y cierta admiración. La mujer de rojo fracasó en sus intenciones porque, inesperadamente, se había convertido en el centro de una interesante conversación.

—Pero sigo trabajando como cocinera, en Galway —agregó con humildad—. Y mi ratita pronto seguirá llevando los sabores de Irlanda por el mundo.

La presidenta aplaudió sonriente.

—Es lo que llaman proceso de documentación del escritor, ¿no?

—Más o menos —opinó Connor, divertido con el entusiasmo que mostraba la anciana, que parecía estar hablando con James Joyce resucitado.

Justo entonces, un viejo soldado reclamó su atención desde la distancia y él se disculpó con todas aquellas mujeres para ir a saludarlo.

Una de las voluntarias se disculpó también, para marchar junto a su marido. Lys se excusó para ir a por algo para beber y el grupo se fue dispersando. La mujer de rojo debió ir detrás de ella porque no se percató de su presencia hasta que se dio la vuelta. Llevaba en la mano un vaso con lo que parecía un *gin- tonic* que hizo chocar con la copa de champán de Lys.

—Enhorabuena de nuevo. Eso es escalar, de cocinera a amante.

—Y sin gastar más que en un vestido de Primark —mintió con saña—. No se me resiste ni el Everest.

La otra no quiso entrar en el juego de su provocación, dio media vuelta y se marchó sin una excusa de cortesía. A Lys no le afectó su desprecio pueril.

—No digas tonterías —Lys miró hacia su derecha al escuchar a Tessa—. Cualquiera ve que el vestido que llevas te lo han cosido a medida. Este *crêpe satin* de seda natural es un tejido de calidad.

—Las urracas tienen que aprender que las palomas también pican. Y que los picotazos escuecen.

Tessa la miró de frente. A Lys no le gustó la ironía que brillaba en sus ojos.

—Alma es así, se sabe atractiva y no soporta la competencia.

—Curioso nombre para alguien que no parece tener de eso.

—Hace tiempo que pretende atrapar a mi hermano. Asumiré que ha llegado tarde,

así que no tienes por qué estar celosa.

A Lys se le agotó la paciencia.

—¿Debería estarlo por qué es joven, guapa y lista? —adujo—. Pues no lo estoy, fíjate. Porque resulta que yo también lo soy. Las tres cosas.

—Y dibujas cuentos, los escribes y cocinas bien. Me das hasta envidia, eres como una mujer del Renacimiento.

Lys no estaba dispuesta a permitir que tomara el relevo de la insidiosa del vestido rojo. Si tenía un mal día porque su marido no había llegado a tiempo para estar con ella en aquella fiesta, más le valía buscar otro modo de aplacar su mal humor.

—Ahora que estamos solas, me gustaría saber qué tienes contra mí, Tessa. ¿De qué se trata? ¿No soportas que te trate de tú, no aceptas que tu hermano ande por ahí con una de tus chachas o hay algo más que se me escapa?

—Te equivocas si crees que provocándome con esas insinuaciones prejuiciosas vas a conseguir que pierda los papeles —respondió mirándola de frente y sin tapujos—. Me preocupo por mi hermano. Ya vi cómo una mosquita muerta que apareció de la nada casi lo arruina.

—Yo diría que exageras. Y, en cualquier caso, yo no tengo nada que ver con ella. Me juzgas sin conocerme.

—¿Tú crees?

Lys empezó a cansarse de ser el objeto de su insidia.

—Lo único que no quiero de Connor es su dinero, me molesta incluso que pague la cuenta cuando salimos juntos.

—Qué molestia más grande —cuestionó con una sonrisa ácida.

—No tenemos por qué ser amigas si tú no quieres. Pero, por él, debemos llevarnos bien. Y eso no ocurrirá mientras sigas faltándome al respeto. A partir de ahora, grábate esto en la cabeza: no soy una mujer del Renacimiento sino del siglo XXI. Tampoco salí de la nada sino de las islas Aran, donde me crie entre gente humilde con mucho orgullo; y si fuera una mosquita muerta, lloraría en un rincón por culpa de tu mala baba.

—¿Has acabado? Creía que los discursos de la gala venían al final.

Lys encajó esa nueva muestra de sarcasmo. Tessa McEvan era de las que siempre decían la última palabra. Pues esta vez iba a quedarse con las ganas.

—He acabado —aceptó—. Aunque, ahora que pienso... ¿te he dicho alguna vez que me licencié en Historia del Arte?

Dio en el clavo. Y no era su estilo segar la cizaña con más cizaña. Pero se lo había puesto en bandeja. Acababa de descubrir el punto débil de Tessa. Intuyó que su actitud altiva escondía un complejo debido a su falta de estudios, que dejó al finalizar el bachillerato. No solía golpear a las personas donde más les dolía, pero así aprendería a cerrar la boca.

La velada acabó con los discursos y ovaciones de rigor. Lys aplaudió orgullosa las palabras de Connor. Le resultó muy tierno que, cuando iban en el coche, le pidiera

que repasara los cuatro párrafos que había escrito, por si encontraba algo que enmendar, demostrándole cuánto le importaba su opinión.

Una vez se despidieron de todos, ya solos en el ascensor, él le acarició la espalda desnuda disfrutando de su escote sin testigos.

—¿Cómo lo he hecho?

—Has estado genial —aseguró contenta—. ¿Y qué tal lo he hecho yo? Porque esto era mi presentación en sociedad, para eso me has traído. ¿He aprobado?

Connor sonrió de lado, metió la mano por debajo del vestido y le dio una sonora palmada en el culo.

—Con nota.

Capítulo 10

La venganza sabe mejor que unos pastelillos recién hechos y una taza de té

Esa tarde, se cruzaron en la puerta. Kenn llegaba a El Cerdo Azul en el momento en que Jessica salía.

—¿Te marchas?

Aunque había anochecido, aún no eran las cinco de la tarde.

—Está lleno y hay mucho ruido. No logro concentrarme y me queda mucha documentación por revisar. Prefiero hacerlo en casa.

—Espera un segundo —pidió Kenn.

Ella se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Como no cerró la puerta, pudo observar cómo se inclinaba sobre la barra y dejaba caer en un rincón la bolsa deportiva. Fue rápido, sin entretenerse con saludos, porque dos segundos después lo tenía de nuevo a su lado en la acera.

—Te acompaño a casa.

Ella alzó la barbilla.

—¿No habíamos quedado en que no soy tu Barbie?

Acababa de hablar con su madre, abrumándola con preocupaciones absurdas, como si fuera una niña, cuando en el fondo lo único que quería era que le repitiera veinte veces que la quería un montón. Jessica se sentía impotente y agobiada cuando le entraban ataquitos de soledad. Era su hija, ¡cómo no iba a quererla! Aquella llamada intempestiva, que la hizo sentirse controlada, la puso de mal humor.

—Está oscuro y no está bien que vayas sola por ahí.

Jessica comenzó a caminar y Kenn lo hizo a su lado, con las manos en los bolsillos también. A ella le pareció que estaba prohibiéndose de esa manera cualquier contacto físico entre los dos.

—Galway es una ciudad tranquila —alegó; no estaba dispuesta a ponérselo fácil—. Y sé cuidarme sola.

—Eso es evidente. A primera vista cualquiera nota que tienes carácter. Al menos, más que las chicas de veinticinco que he conocido.

—Tengo veintiséis, te han informado mal —puntualizó, imaginando que era Lys quien le había dicho su edad.

—Yo treinta.

—Ahora solo te falta decir que me ves como a una niñata —añadió con fastidio.

—Si me escucharas, recordarías que acabo de decir lo contrario.

—Y si tú prestaras atención a lo que digo sabrías que no necesito un

guardaespaldas. Acuérdate del de la película.

Jessica miró a ambos lados antes de cruzar la calle con una carrerilla. Kenn tuvo que alargar la zancada para seguirle el paso, tenía la impresión de que pretendía dejarlo atrás para dejarle bien claro que no le agradaba su compañía. Un truco femenino que se sabía de memoria, así que no se lo tuvo en cuenta porque si de verdad fuese así, se lo habría dicho claramente. Cuando quería, la morena no se andaba con rodeos.

—No la he visto.

—¿*El guardespaldas*? Qué raro —ironizó mirándolo de soslayo—. La verdad es que no te imagino viendo una comedia romántica. A ti te pegan las de tiros, golpes y coches derrapando.

Kenn la agarró por el brazo para obligarla a detenerse. Jessica lo miró a la cara y se sorprendió al verle una expresión que no sabía descifrar.

—Jessica, la violencia no entra en mis esquemas. Nunca ha formado parte de mi carácter ni la quiero en mi vida.

—Me alegra oír eso —murmuró—. Y lamento haberte molestado con un comentario tonto sobre las películas de acción, aunque no sé por qué.

Kenn bajó la vista y, tras meditar un instante, volvió a mirarla a los ojos. Al fin y al cabo, el motivo de acompañarla a casa no era protegerla sino contarle esa parte de su pasado que pocos en Irlanda conocían.

—Deja que te invite a una cerveza y te lo contaré.

—Eres abogada y creo que me entenderás mejor que la mayoría.

Acababan de traerles las dos pintas de Guinness. Kenn dio un trago largo después de decir aquello. Jessica, en cambio, estaba demasiado intrigada para tocar su vaso; intuía que el asunto era más grave de lo que sospechó cuando empezaron a esquivar grupos de turistas y se sentaron en aquel *pub* de la calle principal.

—Hace años estuve en prisión.

Fue entonces cuando Jessica agarró el vaso y se tragó media pinta sin respirar.

—Veo que no sales corriendo, como esperaba —dijo mirándola con curiosidad—, ¿no vas a preguntarme por qué?

—Prefiero que me lo digas tú, si quieres hacerlo. En cualquier caso, te soltaron, ¿no? Ya has pagado tu deuda con la sociedad.

Kenn apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia ella con vehemencia.

—No, nada de eso. Es la sociedad la que tiene una deuda conmigo. Es el puto sistema judicial el que me debe algo a mí, por encerrarme en una cárcel asquerosa durante nueve meses por un delito que no cometí y joderme la vida.

—Madre mía —exhaló impresionada—. No sé qué decir.

—No digas nada. Si tienes tiempo, déjame que te lo cuente todo desde el

principio.

—Todo el que haga falta.

Su actitud comprensiva logró que Kenn adoptara una postura más relajada. Con la pinta en la mano, se dedicó a dar vueltas al vaso sin apartar la vista de la espuma.

—Cuando estaba en el instituto, era tan idiota que me creía el más listo del patio. Tanto como para pasar más tiempo fuera de clase que dentro. La consecuencia es que dejé los estudios en el segundo curso con un expediente lleno de suspensos. Mi padre me dejó claro que no tenía intención de verme pasar el día en los bancos del parque o tirado en el sofá. Así que me llevó a la mina a trabajar con él.

Jessica no interrumpió su relato. Mientras le hacía un resumen realista de su adolescencia, de tanto en tanto alzaba el rostro para ver la cara que ponía. Ella intuyó que no era fácil reconocerse como ejemplo de fracaso escolar ante una mujer con estudios universitarios y una carrera profesional incipiente.

—Pasé algunos años y me harté de aquel agujero. Mandé a la mierda el empleo sin pensar que me habían contratado por hacerle un favor a mi padre, que lleva toda la vida bajando a la mina sin rechistar ni dar ningún problema. Tuve suerte y me coloqué en una empresa de telefonía. Había crecido pero seguía siendo el mismo gilipollas —recordó sin una pizca de autocompasión—, porque por entonces me miraba en el espejo, me veía con traje y corbata y me creía mejor que mi padre con sus uñas renegridas y su pelo sucio de hollín.

Los vasos estaban vacíos. Jessica levantó la mano y pidió otro par de pintas.

—Cuando provienes de una familia como la mía y te ves con euros en el bolsillo y pinta de ejecutivo en un pueblo de mineros, cuando entras en cualquier sitio, las mujeres te miran, vienen a ti y tú te crees el rey del mundo.

—Mi familia también se dedica a eso, a la minería —dijo, y se arrepintió al ver su mirada escéptica.

E imaginó que Lys se lo había dicho. Kenn no tardó en confirmar su suposición, agregando un importante matiz.

—Tu tío es el dueño de una explotación minera.

Aunque no tenía por qué, se sintió un poco avergonzada y le dio rabia. Evitó comentar que, aunque menor que el de Connor, su madre heredó también un paquete de acciones de la mina de Tara.

—¿Qué te hicieron? —preguntó, para volver a lo que realmente le importaba.

Kenn esbozó una triste sonrisa. El hecho de que no preguntara «qué pasó» o «qué hiciste», significaba que creía en él y en su verdad.

—Yo era muy parecido a los tíos que salen en *Geordie Shore*.

Jessica no estaba enganchada a los programas de telerrealidad, pero alguna noche, cuando iba de canal en canal, mataba el tiempo viendo a aquella chavalería que solo tenía en mente lucir cuerpo y fornicar. Recordaba bastante bien el especial *Locura en Mallorca*.

—Pensaba que Newcastle, la ciudad donde se graba el programa, era el paraíso de

la fiesta sin fin. Y acerté.

—Habrás que ir —propuso. Kenn no le siguió la broma.

—No sé si has oído hablar de ciertas empresas de abogados, porque llamarlos bufetes da vergüenza —prosiguió; aunque hablaba con calma, se percibía indignación en su voz—, que se dedican a buscar clientela a base de prometerles que conseguirán mucha pasta. O vacaciones gratis aprovechando algunos agujeros legales de mi país. Los llaman abogados buitres.

—Sí, son lo peor. Leí un artículo al respecto no hace mucho.

—Miles de compatriotas míos, sobre todo los jóvenes que viajan a las playas de España, consiguen así que las vacaciones les salgan gratis. Los que andan por la edad de mis padres tienen más escrúpulos y más honradez como para denunciar en falso a un hotel.

—Esos casos se resuelven con dinero y sin llegar a juicio. La mayoría terminan en arbitraje porque las empresas prefieren pagar antes que perder clientes. Pero nadie va a la cárcel.

—Hay otro tipo de denuncias, las que son contra alguien con intención de sacar dinero, sin pensar que vas a hundirle la vida al supuesto culpable —explicó—. Un verano decidí irme una semana a Newcastle. Allí, las discotecas son un desfase, mucho más de lo que te alcanza la imaginación. Fiesta salvaje, alcohol, drogas, gente con cuerpos espectaculares, tías con menos ropa que las gogós. El paraíso del sexo fácil y la diversión.

—Conozco de primera mano sitios así de canallas. No me he pasado toda la vida en una biblioteca.

Kenn hizo una pausa que dedicó a saborear su cerveza. Jessica lo imitó, se veía pensativo y era decisión de él continuar o no.

—Vámonos de aquí —decidió, levantándose de la silla—. Tienen la música demasiado alta.

Jessica cogió su bolso, su abrigo y el chubasquero de Kenn mientras él iba a la barra a pagar. La mitad del local, animados por el grupo que amenizaba la noche, coreaba la canción marinera de *Spanish Lady*, que en aquellas costas era un himno dado su pasado comercial con los españoles. Jessica también era forastera en Galway, pero reconoció por qué le gustaba tanto El Cerdo Azul, un auténtico *pub* de barrio donde los turistas entraban por casualidad y nunca en manada.

Antes de salir, Kenn la ayudó a colocarse el abrigo antes de subirse la cremallera y a ella le gustó ese detalle gentil, era extraño y agradable sentir que un hombre cuidaba de ella.

—No sigas, si te resulta incómodo o desagradable hablar de ello —dijo Jessica, emprendiendo el paso—. Sé que estuviste en prisión y me indigna saber que fuiste víctima de una injusticia. No necesito que me cuentes más.

—Pero yo sí lo necesito. Quiero que lo sepas.

Jessica le cogió la mano, apretándosela brevemente para agradecer la confianza

que estaba depositando en ella. Como Kenn no entrelazó los dedos como esperaba, lo soltó y volvió a meterse las manos en los bolsillos. Él hizo lo mismo.

—Aquella semana de vacaciones en Newcastle quemé todos los cartuchos que puedas imaginar. Hubo mucho sexo. Y fui tan idiota que me dejé cazar por una zorra que había contratado un seguro de vacaciones que incluía posibles indemnizaciones en caso de abuso sexual.

—¡Joder! —barbotó horrorizada—. También he oído hablar de casos así. Pero creía que se trataba de algo aislado.

—Y lo es. Tuve la mala suerte de que me eligiera a mí. La conocía de vista, porque era de un pueblo cerca de Swansea. Me llevó a su hotel después de la segunda copa y me dijo que le gustaba el sexo duro. Y yo caí en la trampa. Me detuvieron al día siguiente, ella mostraba rojeces, que sí le había hecho yo. Y otras lesiones que se hizo ella misma para justificar la violación. Me encerraron como medida preventiva.

—Pero no cumpliste la condena.

—No la hubo, antes de que se celebrara el juicio, la descubrieron porque a otra amiga suya le pasó lo mismo y de nuevo en Newcastle, demasiada casualidad que también hubiera contratado un seguro de esos. Y las dos habían estado enviándose mensajes sobre la manera de lesionarse con un vibrador y otros objetos caseros para poder pasar el examen médico.

—Y después del destrozo moral y social que te hizo, ¿no la demandaste por daños y perjuicios? Dame el nombre de esa perra y vamos a por ella.

Kenn paró en seco y le apartó el pelo de la cara, ella se encogió al notar sus dedos helados en el cuello. Fue la primera vez que la tocaba por propia voluntad y la sensación le gustó. En el fondo resultaba divertido, dado que Jessica solo asesoraba legalmente porque aún no se había examinado para poder litigar en los tribunales. Y con la ira vengativa que lo dijo, parecía estar ofreciéndose a meter una cabeza de caballo sangrante en la cama de aquella sujeta innombrable, como el hijo adoptivo de don Vito Corleone, que era también abogado e irlandés. Tenía su gracia.

—El estado me indemnizó económicamente, por el error judicial y todo eso. En cuanto a ella, por lo que sé, la juzgaron y sancionaron a prestar servicios a la comunidad. Y a su amiga también.

Jessica se cogió de su brazo y lo invitó a continuar caminando.

—Pero el daño no se repara con dinero. No te imaginas lo que es sentirte juzgado cuando vas por la calle. Llegó un momento en que no podía soportar las miradas de duda de gente que me conocía de toda la vida. Para mis padres fue un infierno y sigue siéndolo. Mientras estuve preso, por el miedo a lo que pudiera pasarme. Los delincuentes sexuales son la escoria de los reclusos. Me recibieron con una paliza. Lo siguiente fue un pincho en las costillas que casi me perfora un pulmón. Gracias a ello, me encerraron en una celda de aislamiento por mi propia seguridad.

—Odio que hayas tenido que pasar por todo eso.

Kenn no dijo nada, pero con una mirada breve agradeció que sintiera rabia, no

soportaba dar pena.

—Y cuando salí, tuvieron que soportar tantas murmuraciones que los veía envejecer por momentos de tristeza e impotencia. Creo que esperaban apoyo del vecindario y sí lo tuvieron, pero hay gente que disfruta haciendo leña del árbol caído. Ten en cuenta que ella era de la zona, la gente dividía su opinión.

—Por desgracia, son tantas las mujeres que sufren malos tratos por parte de los hombres que a nadie nos cabe en la cabeza que exista alguna capaz de fingir algo tan grave.

—Llegó un punto que me negué a pisar la calle. La prisión te deja un estigma que no se borra nunca.

—A esa, ¿volviste a cruzártela?

—No.

—Por eso viniste a Irlanda, para comenzar de nuevo —asumió.

—No fue fácil. Y hay empleo en cualquier sitio si vienes dispuesto a trabajar. Pero no todo el mundo es tan comprensivo ni yo estaba en mi mejor momento mental. Y a eso añádele que soy británico. La rabia podía conmigo, por lo injusto de tener que huir de mi casa y de mi vida sin haber hecho nada malo. Me echaron de un bar, me echaron de un restaurante pakistaní... Y entré en una espiral destructiva. Hasta que un día una mujer extraordinariamente buena me encontró durmiendo en una acera de Dublín, me dio la mano para que me levantara y me consiguió un trabajo en El Cerdo Azul. Esa mujer era Lys.

—Por eso te protege tanto.

—¿Se nota?

—Sí, y también cómo velas tú por ella. Se percibe a distancia que existe una relación muy fuerte entre vosotros —reconoció, deteniéndose para cruzar la calle.

—Lys y yo somos amigos, no hay nada más.

Jessica se quedó mirándolo con una sonrisa desafiante.

—Ella solo piensa en un hombre y los dos sabemos de quién hablo —puntualizó—. Además, no voy a ponerme celosa puesto que tú y yo solo somos «un poco» amigos.

Kenn alzó la vista hacia el cielo encapotado. Hasta que cambió la luz del semáforo, permanecieron en silencio. Fue Jessica la encargada de romperlo, cuando llegaron a la otra acera.

—Me alegra que hayas confiado en mí.

—¿Y no tienes nada que decir?

Jessica le infundió confianza con una sonrisa.

—No tienes motivos para avergonzarte, todo lo contrario. Tú fuiste la víctima y he comprendido perfectamente que una mala persona te utilizó y tú pagaste las consecuencias de los defectos del sistema policial y legal.

—Pero sigues sin comprender. Me gustas mucho, Jessica, pero entre tú y yo nunca podrá existir nada porque acabará en cuanto tus padres sepan que estuve en la

cárcel.

Jessica se soltó de su brazo y se frotó las manos, aún llevándolas enguantadas.

—¿Qué pintan en esto mis padres? —dijo, frunciendo el ceño—. A lo mejor me he perdido y estás hablándome de boda. Si es así, te aconsejo que eches el freno o siga sola hasta mi casa.

—Deja las bromas para otro momento. Y trata de comprenderme. Yo ya he tenido bastantes rollos de una noche y uno de ellos lo pagué muy caro.

—Y huyes de las mujeres desde entonces.

—Ha habido algunas, pero me he cansado de no recordar caras ni nombres. El día que tenga algo con una chica, será en serio. Y tus padres estoy seguro de que no quieren un presidiario para su hija. No me aceptarían jamás.

Jessica le plantó cara sin arrugarse. Acababan de parar ante un semáforo.

—Veo que sigues organizando mi boda —bromeó—. Pero no me queda claro, ¿te casas con mis padres o conmigo? —cuestionó; lo agarró del brazo sin darle tiempo a replicar y tiró de él para cruzar—. Vamos, corre, que se va a poner en rojo.

Ya en el otro lado de la calle, continuaron caminando uno al lado del otro. Sin cogerse. No volvieron a tocar el tema. Jessica le señaló las luces encendidas de un edificio dos manzanas más allá y le explicó que su apartamento era el que tenía las luces apagadas. Mientras le detallaba en cada cual de los otros habitaban sus peculiares vecinos, Kenn no dejaba de pensar que no lo había juzgado. En ningún momento dudó de su palabra. La morenita dublinesa le gustaba mucho por fuera, pero lo mejor de ella era lo que no se veía.

Aquel día, después de pagar la cuenta, Jessica se entretuvo un momento esperando a que Kenn regresara del almacén. El trabajo la obligó a almorzar cerca del bufete y, con tanto trabajo, salía de allí tan cansada que solo quería ducharse, ponerse el pijama y cenar cualquier cosa tapada con una mantita en su sofá. Por eso hacía tres días que no aparecía por El Cerdo Azul.

Se dedicó a ponerse los guantes mientras él llegaba con un barril de cerveza al hombro y cambiaba la carga del surtidor.

—¿Te importa salir un momento de la barra? Si no estás demasiado ocupado. Tengo que preguntarte algo.

—Sí, claro —aceptó—. Vamos.

Rodeó el mostrador al tiempo que se secaba las manos con un paño. Le puso la mano en la parte baja de la espalda, invitándola a salir. Una vez en la calle, se apoyó en la pared de brazos cruzados.

—¿Qué quieres saber? —la invitó, con semblante preocupado.

—¿Tienes un *kilt*?

Tuvo que parpadear dos veces, era la última pregunta que esperaba escuchar. Su

repentina desaparición tras la larga conversación que mantuvieron, lo había puesto un poco nervioso.

—Sí, sé que en Gales también lo lleváis —siguió Jessica, contenta de ver desaparecer la crispación de su rostro; no quería saber nada más de su pasado, como él había imaginado—. Una noche de copas en Temple Bar vi a unos galeses con el *kilt* blanco, verde y el dragón rojo.

—No, no tengo.

—Qué rabia. Los tipos duros con falda son muy *sexies*, ¿no lo sabías? —confesó con un suspiro.

—Con lo preciosa que eres, seguro que tuviste que quitártelos de encima.

—Ni se fijaron en mí. ¿Puedes creértelo?

—Ni me lo creo yo, ni te lo crees tú.

Jessica lo miró con inocencia. A Kenn no le costó imaginarla sacudiéndose a manotazos a los de la falda con el dragón de Gales, puesto que no hay nada más cargante para una mujer que verse rodeada por un montón de borrachos cariñosos.

—¿Alguna pregunta más?

—No es una pregunta...

Se acercó mucho más a él, se aupó sobre sus tacones y lo sorprendió dándole un beso rápido en los labios. Breve pero tan apasionado que pulverizó los sólidos muros de la «zona nada más que amigos» que él había levantado.

—La otra noche, cuando me acompañaste a casa, me quedé con las ganas —dijo, con un guiño de despedida.

En Dublín, otro hombre y una mujer disfrutaban juntos también.

Lys y Connor aceptaron la invitación para acudir a desayunar a casa de Michael y Tessa. Aprovechando que el día había amanecido soleado, esta había preparado la mesa en la galería acristalada que ofrecía una espléndida vista del jardín.

Cuando Lys vio el esmero con que su anfitriona había dispuesto cada detalle, reconoció su buen gusto, puesto que tenía la sensación de encontrarse en una de esas acogedoras fotografías que se muestran en las revistas de decoración. Todo era pura armonía, desde las servilletas color burdeos a juego con los detalles del estampado del mantel, al delicado juego de té de porcelana antiguo, que Lys consideró una deferencia hacia ella, ya que conocía las costumbres de la casa y a diario se optaba por lo más práctico. No como aquella mañana dominical, en la que iban a disfrutar de un contundente desayuno irlandés completo. Michael, que llegó a casa pasadas las doce de la noche, había madrugado y aún trajinaba en la cocina, puesto que él se encargó de freír el *bacon*, los huevos y las salchichas, de asar las rodajas de tomate y calentar en el microondas unas judías enlatadas.

Connor y Michael no estaban al tanto del agrio cruce de palabras que

mantuvieron entre ellas durante el cóctel benéfico. Mientras comían, la conversación se centró en el ritmo de las extracciones de la mina de Tara, que se habían visto obligados a incrementar debido al aumento en la demanda de zinc durante los últimos meses. Una excelente razón que, dada la crisis que afectaba al sector de la construcción, que hizo disminuir durante años la demanda de vigas de acero, aportaba tranquilidad a Connor y motivaba a toda la plantilla.

Ni Tessa hizo mención al desencuentro pasado ni se mostró fría con Lys. Detalle que ella agradeció, sobre todo por Connor. Como si de un pacto tácito se tratara, ninguna de las dos quiso que el resentimiento empañara las buenas noticias que celebraban en torno a un apetitoso desayuno.

Michael se interesó por Jessica y su repentino enamoramiento. Con preguntas, medio en broma, medio en serio, intentó sonsacarle a Lys información sobre la forma de ser del hombre que tenía sorbido el seso a su hija menor. Tessa se quejó de lo abandonados que los tenía, de sus cada vez más escasas visitas a aquella casa desde que decidió, en contra de los consejos de la familia, aceptar aquel trabajo precario y desagradecido en Galway, habiendo tantísimos bufetes de abogados en Dublín.

—Todas las etapas son maravillosas —explicó—. Cuando son pequeños, nos quejamos de lo mucho que nos atan. Pero crecen, llega la adolescencia y echas de menos aquellos años agobiantes. Porque obedecían y donde nosotros íbamos, iban ellos detrás sin rechistar. Hasta el día en que te das cuenta de que los años galopan. Hacía nada que les contabas cuentos antes de dormir y de pronto se han convertido en adultos.

—Que toman sus propias decisiones —agregó Michael.

Tessa suspiró.

—Y, sin querer, recuerdas aquellos años de discusiones con nostalgia también. Incluso sonrío cuando me acuerdo de los enfados de Brandon, que le duraban días, o de los arrebatos trágicos de Jessica por cualquier tontería, que entonces me sacaban de quicio —hizo una pausa y miró a su hermano—. No me mires así, dentro de unos años lo vivirás en tus propias carnes y sabrás lo que es verlos crecer sin darte cuenta.

Como él no replicó, Tessa insistió.

—Siempre has querido tener varios niños, no lo niegues.

—No he dicho ni sí ni no —sentenció para frenarla, puesto que la conocía y la veía venir.

—Si aquella indeseable no se hubiera cruzado en tu camino, tal vez a estas alturas serías padre de dos niños, por lo menos.

Lo dijo con evidente rencor. No perdonaba a la que fue su cuñada durante un breve periodo el hecho de que engañara a Connor con respecto a su decisión de formar una familia. Aunque en el fondo de su corazón lo consideraba una suerte, cuando imaginaba a sus supuestos sobrinos viviendo con su madre en Australia, a su hermano conformándose con ver a sus hijos a través de Skype y disfrutar de ellos con suerte un mes al año, según lo que marcara un convenio.

—Tessa, come que frío no vale nada —aconsejó Michael con firme cordialidad—. Y me ha costado un buen rato preparar todo esto.

Al contrario que su marido, que era consciente del silencio incomodo de Lys, Tessa no se había percatado de que en ningún momento había intervenido en la conversación. Por eso resultó vano el intento de Michael para que abandonara ese tema.

—Y tú, Lys, ¿has pensado en tener hijos?

Connor la miró preocupado, pero ella le dio a entender con una discreta mirada que sabía salir sola del atolladero.

—No es algo que entre en mis planes inmediatos.

Tessa cruzó las manos y escrutó su expresión, tratando de adivinar a qué venía aquella repentina cara pétreo que no lograba descifrar.

—No te gustan los niños.

—Yo no he dicho eso.

—Está claro que ser madre implica muchas obligaciones y renunciar a una vida cómoda. Pero obligar al hombre que esté contigo a renunciar a unos hijos que lo harían feliz...

—Tessa, basta ya —saltó Connor.

Lys le pidió con la mano que se mantuviera al margen.

—Esa obligación que tan bien conoces, Tessa, en un momento de mi vida, la asumí ilusionada. Es más, la deseé con todo mi corazón, para lo bueno y para lo malo —replicó bajando la vista—. Hasta que un día, el destino lo destrozó todo. Todo —murmuró.

Solo entonces fue consciente Tessa de su tristeza, y de la incomodidad reinante entre los cuatro que ella misma había creado.

—Lo siento. No sabía que habías sufrido un aborto. Podrías habérmelo dicho —farfulló, molesta de ser la culpable de la incomodidad repentina que empezaba agriar el desayuno familiar.

A Lys la indignó que siguiera sacando conclusiones e interpretando sus palabras a su entender, con una falta de tacto insoportable.

—No tengo por qué contarte mi vida. No somos tan amigas.

Se levantó, dejó la servilleta sobre la mesa y salió al jardín tras murmurar una inaudible disculpa. Connor no trató de retenerla, esperó a que se alejara antes de levantarse para ir tras ella.

—Y ahora ¿qué ha pasado? —se quejó Tessa, incómoda—. ¿Qué he hecho para ofenderla?

Connor la miró con dureza.

—Si te quedaras muda, cuánto ganaría la Humanidad —le espetó dejando caer su servilleta sobre el plato de mala manera.

Salió por la puerta acristalada dejando a su hermana confusa e indignada.

—Algo has dicho que le ha dolido mucho —intervino Michael con una calma que

aún la irritó más—. No has debido mencionar lo del aborto.

—Ya me he dado cuenta.

—Demasiado tarde.

Mientras Tessa alegaba en su defensa que todos en aquella mesa habían oído cómo le decía a Lys que lo sentía, Connor ya caminaba hacia donde esta permanecía sola y dando la espalda a la casa.

Contempló su cabeza inclinada hacia atrás, cómo se abrazaba a sí misma. Miraba el sol y solo él sabía por qué. Al igual que Lys, había salido sin ninguna prenda de abrigo y notaba que, a pesar del buen día, hacía frío. Se aproximó en silencio y la abrazó por detrás, pegando el pecho a su espalda. Se alegró de que no se sobresaltara con su repentina presencia, como si estuviera esperándolo llegar porque deseaba su compañía. Connor le dio un beso en la sien y apoyó la mejilla en el mismo lugar donde un momento antes estaban sus labios.

—¿Me dejas estar contigo?

Lys asintió en silencio. Una ráfaga de viento le agitó el cabello y la cobijó entre sus brazos, cogiéndole las manos frías para confortarlas con la calidez de las suyas más grandes.

Para el resto del mundo, no eran más que una pareja abrazada. Solo Connor sabía que Lys contemplaba el cielo apoyada en la única persona en el mundo que la entendía. El hombre que creía con la misma firmeza que ella que el sol no es una estrella de tantas.

Lys necesitaba en su vida a alguien que supiera que la felicidad es tan escasa, tan repentina y fugaz, como el sol en Irlanda. Y por eso hay que disfrutarla mientras se tiene. Connor respetó su silencio porque sabía cuánto significaba el astro rey para ella, contemplar la estrella más luminosa del cielo le recordaba al bebé que fue la luz de su vida y que se fue para siempre. La caricia del sol en su rostro, que aparecía de repente con su brillante alegría entre la lluvia o las nubes grises, significaba para ella el cálido recuerdo de Rori, de los días felices que vivió mientras lo tuvo. Y que el amor incomparable que los unió fue un regalo inmenso.

El lunes, Connor se tragó un atasco de tráfico de vuelta de Tara que fue el remate perfecto para un día especialmente agotador. Por eso se sorprendió cuando entró en casa y en lugar de un impetuoso abrazo de bienvenida y uno de esos largos besos que Lys sabía que tanto le gustaban, le recibió el silencio. Tuvo que buscarla por toda la casa, llamándola, hasta que dio con ella en el lavadero. Estaba planchando la ropa. Y en lugar de dejarlo y echársele al cuello, se limitó a sonreírle como si llevaran casados treinta años y a preguntarle qué tal le había ido el día.

—Mejor no te cuento. O te lo resumo mientras cenamos —resumió aflojándose la corbata.

—Como prefieras.

Connor se quedó mirándola con las manos en las caderas. Le daba a la plancha como si no hubiera tarea más importante en la vida. Y él continuaba sin su recibimiento apasionado. Si era una estrategia para que fuera él quien tomara la iniciativa o se lo pidiera para que ella se hiciera de rogar... Pues no estaba en ese momento para adivinar argucias femeninas.

—¿Por qué haces eso? Déjalo, ya planchará la asistenta.

Lys parpadeó despacio una sola vez, un gesto cuyo significado Connor se negó a dilucidar. Dejó que lo sacara ella misma de dudas.

—¿Te molesta verme hacer las tareas domésticas porque me parezco demasiado a un miembro del servicio?

Connor miró al suelo y, tras meditar cómo replicar sin provocar una pelea, alzó el rostro y se enfrentó a la sonrisa cándida con la que Lys lo desafiaba.

—Si fuera egoísta, te diría que sigas planchando mis camisas porque lo haces muy bien. Si fuera retorcido, pensaría que estás haciéndome pagar a mí tu enfado con mi hermana por el poco tacto que demostró ayer —dijo, mientras ella desenchufaba la plancha—. Si fuera machista, creería que estás con el periodo y las hormonas te alteran el cerebro. Si fuera la clase de idiota que sugieres, pensaría que tú también lo eres por decir semejante estupidez.

—¿Me estás llamando estúpida?

No picó el anzuelo. Si quería pelea no iba tenerla, a menos con él.

—Si fuera mejor persona de lo que soy, pensaría que no soy el único que ha tenido un día complicado. Y si fuera prudente, me callaría en este preciso momento. Aunque peor lo tendrías si fuera un resentido, porque te mandaría a la mierda por ese comentario con el que acabas de sugerir, una vez más, que soy clasista.

—Te agradezco que no lo hagas —se disculpó—. Aunque hay una diferencia de clase entre nosotros, esa es una realidad que no podemos obviar.

—Y si fuera tonto —continuó—, me cabrearía más y más y más, ¿es eso lo que pretendes? —sugirió con media sonrisa—. Sumisión, rebelión, lucha de clases, después de la guerra hacemos las paces sobre la tabla de planchar... Ponme al día, Lys. ¿Practicando nuevas maneras de ponerme caliente?

—Me has pillado —disimuló, mientras terminaba de colgar en una percha la camisa recién planchada—. Eres demasiado listo para mí.

—Seguro que sí —ironizó.

Connor aguardó sin moverse del sitio, esperó a que fuera ella la que rodeara la tabla y acudiera a él. Se merecía eso al menos. Y Lys lo hizo, apoyó las manos en su pecho y le dio un beso en los labios.

—Esto afianza mi teoría de que la distancia es la clave de la relación perfecta. La convivencia desgasta —aseveró, convencida.

—Recuerdo muy poco de mi madre, pero hay cosas que se me quedaron grabadas de ella. Algunas tardes se entretenía cosiendo botones y repasando descosidos. Decía

que no hay roto que no se pueda remendar, con paciencia, habilidad y ganas de coser.

Lys lo miró, pensativa. Tenía mucha razón la difunta señora O'Brien. Y lamentó no haberla conocido porque le despertaba simpatía. Una mujer que se ocupaba de la costura, pudiendo delegarla en una asistenta. A la abuela Deirdre la recordaba siempre tejiendo jerséis. Y esa imagen la llevó a la conclusión de que todo lo que es de buena calidad, resiste el desgaste del uso. Ella conservaba el último que le tejió, sabiendo que lo sería porque se iba quedando sin vista, tan nuevo como el día que se lo regaló. La pura lana de las ovejas de Aran duraba toda la vida, como las relaciones sólidas. Quería creer también en el símbolo que portaba en el dedo anular, en la eternidad del amor. Aunque ella y Connor ya lo habían sentido antes por otras personas y a los dos se les rompió. Y no hicieron nada por remediarlo... o por remendarlo, se dijo pensando en lo que él le acababa de contar.

Le rodeó el cuello con los brazos y le dio otro beso. Y otro más. Connor la cogió por las nalgas mientras dejaba que lo colmara de besos breves y delicados.

—Un día duro, ¿eh? Y yo acabo de arreglártelo por culpa de lo aburrida que he estado aquí sola todo el día.

—La próxima vez te vienes conmigo a la mina y te encargas tú de negociar las condiciones económicas del convenio colectivo con los delegados sindicales. No te aburrirás, te lo aseguro.

—¡Huy, no! Se me comerían.

Eso hizo Connor, mordisquearle el cuello.

—Ya que hablamos de comer, ¿cuánto has adelgazado? —preguntó sobándole las caderas y volviendo nuevamente a deleitarse con su culo.

—Cinco kilos.

—No pierdas ni un gramo más.

Lys emitió una suave risita y lo besó, esta vez con una mezcla perfecta de pasión y cariño. La quería tal cual era y ella lo acribillaba con tonterías. A veces la ironía se le iba de las manos y Connor no se merecía un comentario tan injusto como aquel.

Acababan de amarse, de saciarse el uno del otro a la aventura, probando nuevas formas de placer. Cada noche era una experiencia plena y excitantemente novedosa. En ese momento de duermevela, cuando abrazados se resistían a dejarse vencer por el sueño, Lys tuvo el valor de hablar con Connor de un proyecto que empezaba a retomar con renovada ilusión. Él la escuchó sin interrumpirla, acariciándole el costado mientras ella le contaba su inspiración para escribir un nuevo cuento infantil, en el que la ratita Gina, siempre tan animosa, aparecería por primera vez triste en una de sus aventuras, pero recobraría la ilusión gracias a una amiga que encontraría en el camino.

—Sí, me parece muy bien que ensalces el valor de la amistad —le confesó

Connor, cuando le pidió su opinión—. Los cuentos infantiles deben transmitir mensajes positivos.

—Y además, ser realistas. No es que vaya a volver a la época de los hermanos Grimm, que si los lees en la versión auténtica, sin dulcificar, son bastante truculentos.

—Las historietas de Gina van dirigidas a niños muy pequeños.

—Niños que no siempre están contentos, a veces también están tristes y me gustaría transmitirles que los buenos amigos nos ayudan.

Connor permaneció en silencio, a ella le extrañó que no le diera la razón.

—¿No crees? —insistió.

Lys permanecía con la cabeza apoyada en su hombro pero, al oírlo chasquear la lengua, alzó la vista. Él no tuvo reparo en mirarla a los ojos, iba a decirle lo que pensaba y no tenía por qué disimular.

—Ese cuento está dedicado o inspirado en tu amiga Delia —Lys sonrió y asintió—. Apenas la conoces. No te fíes de esas amistades que aparecen de repente.

—Todos los amigos aparecen un día, de repente los conoces.

—Pero la verdadera amistad se forja con el tiempo o con las experiencias compartidas, Lys —alegó—. No aparecen de la nada.

—Nos conocimos de manera casual, ¿por qué lo encuentras tan raro?

—Confías demasiado en ella.

Lys volvió a dejar caer la cabeza sobre su pecho.

—Creo que deberías conocerla antes de juzgarla.

Lo último que pretendía Connor era ponerse a discutir a esas horas, sobre todo después de haber compartido momentos tan buenos. Y más cuando solo les quedaban unas pocas horas juntos y quería disfrutarlas teniéndola así, lo más cerca posible, desnuda entre los brazos. Se acomodó de lado y se pegó bien a su espalda, abrazándola para acoplar su cuerpo al de Lys en una unión perfecta.

—Y yo creo que es hora de dormir. Mañana te espera un largo viaje y te quiero bien despejada al volante —le aconsejó, besándola en el cuello.

Hacía un día que se había despedido de Connor en Dublín.

Llevaba toda la mañana en El Cerdo Azul y seguía algo molesta, dando vueltas a sus insinuaciones respecto a Delia. No entendía el porqué de tanta suspicacia, le parecía injusto que la juzgara sin conocerla.

Por fortuna, estuvo ocupada cocinando desde bien temprano. Sid le había pedido que preparara estofado de ternera en cerveza y era una receta laboriosa. Y como los sabores se apreciaban mejor de un día para otro, llenó la cazuela grande para contar con existencias en el congelador. Nunca venía mal, porque había días que surgían imprevistos o se dejaba caer, por sorpresa en plena hora del almuerzo, algún grupo de turistas de los muchos autobuses que paraban en Galway de camino a los acantilados

de Moher.

Una vez hubo terminado de recoger la cocina, se entretuvo un rato con Kenn antes de subir a su apartamento. Esa mañana tenía intención de cambiarse de ropa y dar una vuelta por el mercadillo de artesanía y productos de la región que montaban junto a la iglesia de Saint Nicholas.

Kenn le ofreció un café que ella rehusó. Había evitado picotear mientras guisaba y como premio pensaba darse un homenaje, si es que al pescador del puesto de ostras aún le quedaba alguna. Las abría para los clientes recién sacadas del mar y a Lys le gustaba comerlas allí mismo, aderezadas con una gota de salsa picante en vez del acostumbrado chorro de limón.

Sid se acercó a ellos y se sentó de medio lado en uno de los taburetes, sin dejar de estar atento a la conversación que mantenía un chico con uno de los clientes, que era dueño de una tienda de instrumentos musicales.

—Quiero una guitarra barata, que no cueste más de sesenta euros.

—Para eso te compras una escoba —aconsejó el vendedor—. Va a sonar igual que una de esas malas y te ahorras dinero.

El chico miró por encima de su hombro y detuvo sus pupilas en el violín de Sid. Acto seguido, caminó hacia ellos con determinación.

—Nada bueno puede salir de esto —murmuró Kenn.

—Déjalo, hombre —dijo Sid, viéndolo venir—. Vamos a ver qué es lo que quiere.

No tardaron en saberlo. Se presentó a Sid, explicándole que estudiaba Literatura en la universidad y que ya había estado alguna noche en el *pub* con sus amigos. Alabó el ambiente del local y sin más preámbulos, le pidió trabajo, tenía que compensar la escasez de su beca.

—No todas las noches, no quiero robar tiempo al estudio.

—¿Has trabajado antes en la hostelería?

—No. Pero soy músico. Déjeme su violín y se lo demostraré.

Kenn carraspeó para disimular la risa al ver la mirada turbia de Sid, que consideraba su instrumento algo sagrado e intocable. Pero esa mañana debía haberse levantado sentimental o quizá el arrojito del estudiante le había traído recuerdos de su juventud, porque dejó pasmados a todos los presentes cuando se acercó al rincón a por el violín y el arco.

—A ver qué tal se te da —dijo ofreciéndoselo.

El chico se lo colocó bajo la barbilla y empezó a tocar. Lo peor del asunto fue que también cantaba, y no canción gaélica tradicional, como todos esperaban.

—Soy rapero, me tinto el pelo —entonó; sonaba raro el rap al violín—, mi madre no me deja, me pega una colleja...

Sid sacudió las manos para que dejara de tocar. Se oyeron murmullos y risas, que el chico debió interpretar como muestras de admiración, en lugar de lo que en realidad eran: puro cachondeo.

—Rap gaélico. No todo va a ser canción irlandesa.

—Y si es gaélico, ¿por qué cantas en inglés? —preguntó Kenn.

El artista literato pareció dudar, y Kenn se arrepintió de darle ideas.

—Puedo intentarlo —decidió, rasgando las cuerdas con un chirrido estridente—. *Tá mé ag rapper, dath mé mo chuid gruaige...* —y se calló—. A partir de ahí ya no rima.

Sid se apresuró a quitarle el violín de las manos.

—Trae aquí, que me lo vas a desafinar.

—Gracias por darme una oportunidad. De vez en cuando hay que innovar —dijo con una inocencia apabullante—. ¿Qué le parece? Sea sincero.

No tuvo corazón para herir al chico. Como poseía la sensibilidad propia de todo intérprete, se puso en su lugar.

—¿En dos palabras? —tanteó, intentando ganar tiempo para no sonar cruel.

Los clientes que formaban su escaso auditorio fueron más rápidos que Sid, y menos caritativos.

—Cantas mal.

—Tocas peor.

—Dos collejas. No una, dos te daba yo si fuera tu madre.

—Muchas palabras son esas, eso no vale —protestó otro—. Ya sabemos quién paga la próxima ronda.

En un arranque de compasión, Lys, que presenciaba el recital sin pronunciarse, levantó la mano para que aquellos cachondos sin piedad frenaran la lengua. El chaval seguía esperando la opinión de Sid. En vista de que no se pronunciaba, hundió los hombros.

—No le ha gustado.

—Es distinto a lo que los clientes esperan —idealizó con delicadeza—. Pero tengo otra propuesta para ti, en dos palabras, ¿sabes fregar?

—¿Cómo dice?

Sid lo sacó de dudas rápidamente.

—Sí, hombre, grifo, esponja y detergente —matizó levantando una botella verde de lavavajillas—. Si es verdad que tienes ganas de trabajar y ganarte un dinero extra, ven pasado mañana. Puedes echarle una mano a Kenn fregando vasos, que no le vendrá mal porque estará solo. Hazlo bien y te llamaré más veces.

El chaval no se lo pensó mucho, puesto que aceptó muy contento. Le dio las gracias siete veces por lo menos y regresó a seguir negociando el precio de la guitarra con el vendedor de instrumentos.

—No me habías dicho nada —comentó Kenn—. ¿Te marchas a algún sitio?

—Iba a contártelo. Nos marchamos —puntualizó mirando a Lys—. Mañana es el Festival del Casamentero de Lisdoonvarna y Lys se viene conmigo, si no tiene otros planes, claro —agregó a modo de disculpa, por decidir por ella.

—La verdad es que no y hoy, casualmente, he preparado estofado de sobra para varios días.

—No te lo dije antes porque quería darte una sorpresa. No vamos a buscar pareja, vamos a divertirnos.

—¿Vamos al Festival del Casamentero a jugar a las parejas?

—Hay quien acude muy en serio. Pero nosotros iremos para hacernos unas risas y unas cervezas. No te apures, que no pienso volver comprometido.

—Gracias, jefe, qué detalle —aceptó ella sonriente.

Pensándolo bien, tenía buena pinta eso del festival de los emparejamientos.

—Id y pasadlo bien, por mí no hay problema —les animó Kenn—. Y menos ahora, que voy a tener un ayudante.

—He pensado invitar también a la guapa morenita.

—¿Jessica? —dedujo Kenn, incapaz de disimular su sorpresa.

—Ah, ¿se llama así? —dijo con ojos sagaces—. Tiene bonito hasta el nombre. Y las mujeres lindas siempre hacen falta en una fiesta llena de solteros.

Kenn bajó la mirada, se cruzó de brazos y no dijo una palabra.

La sorpresa de Connor fue mayúscula cuando se presentó en El Cerdo Azul y resultó que Lys no estaba.

—¿Cómo que se ha ido de excursión?

—Al Festival del Casamentero —repitió Kenn—. A un pueblo con un nombre difícil que no está muy lejos, por lo que sé.

—Lisdoonvarna —aclaró Connor—. ¿Y a qué ha ido?

Kenn se propuso desesperarlo. Solo un poco, tampoco había que excederse en la maldad, que no era un mal tipo.

—No sé, tú eres de la tierra y estás más al tanto que yo. ¿A qué van los solteros a esa fiesta?

Fue divertido, sí, mucho, verlo tensar la mandíbula y salir por la puerta tan rápido como había llegado.

Lisdoonvarna estaba lleno hasta la bandera. De solteras que aún creían en el amor en busca de pareja seria, de granjeros de gorra y chaleco de punto con intenciones casaderas, de otro tipo de solteros con ganas de fiesta y revolcón, de curiosos dispuestos a pasarlo bien y de turistas femeninas llegadas del continente que se presentaron allí en unos autocares en los que se leía bien grande el letrero de la excursión «Pon un pelirrojo en tu vida».

Cuando llegaron ellos en la destartalada furgoneta de Sid, el casamentero oficial del pueblo ya había iniciado su discurso. Hablaba sobre la importancia de encontrar a

la pareja adecuada. Consejo loable con el que barría también para casa, puesto que la costumbre dictaba que él no cobraría por sus servicios hasta el día en que los allí emparejados cumpliesen un año juntos. De romperse antes la relación, el casamentero se quedaba sin los suyos. De ahí que pusiera tanto énfasis en que los candidatos hicieran una buena y sensata elección.

—Recordad, amigos míos, que existen en la vida emparejamientos peligrosos como maldad y dinero, codicia y poder...

—Estornudos y diarrea —apuntó una voz borrachina desde las masas.

—Bien pensado —farfulló el casamentero.

Mientras intentaba hacerse oír con gestos entre las risotadas del público, maldijo a los taberneros del pueblo que aprovechaban para saciar la sed de la concurrencia sin esperar a que diese comienzo la fiesta, o lo que era lo mismo, a que él oficiase su arenga oficial que venía a ser como el pistoletazo de salida.

—Nosotros no necesitamos a la televisión, ni a ese condenado programa que llaman *Irish First Dates*. Ese que pretende acabar con esta hermosa e irlandesa tradición. ¿A que no? —cuestionó a voz en grito.

Levantó en alto el libro oficial donde desde hacía décadas apuntaba los casamientos que llegaron a cuajar. Las masas lo jalearon como a un emperador romano.

—Para encontrar a la media naranja solo necesitamos un casamentero profesional, buen ojo y un par de huevos —bramó para animar a los más vergonzosos.

—¿Y las que no tenemos de eso, qué? ¿Qué pasa con nosotras? —gritaron varias cazadoras de pelirrojos.

—¿Vamos a ponernos puntillosas, bellas damas? ¡Es una manera de hablar!

—Madre mía, esto va a ser la leche —murmuró Jessica.

—Ya te digo —contestó Sid, que ojeaba disimuladamente a una mujer del pueblo con la que había tenido hace un tiempo algunos escarceos y lo miraba como si estuviera tratando de identificar de qué se conocían.

—¡Que empiece la fiesta! —anunció el casamentero a pleno pulmón—. Todos a por sus boletos, solteras a una fila y solteros a otra, no empecemos con confusiones que la fiesta de los casamientos gays es el mes que viene. ¡Bienvenidos a este Festival de Lisdoonvarna y que viva el amor!

—Hey, morenita guapa, ¿tienes novio?

—No —zanjó Jessica para quitarse de encima a un jovencete con el pelo naranja muy rizado hasta los hombros.

—Pues ya tienes, ¡yo!

—Eh, que yo he venido solo a pasarlo bien. Lo siento, no eres mi tipo. Tírale el anzuelo a otra, que yo no he cogido boleto.

Ricitos de calabaza la miró despechado.

—Con esa mala leche que tienes te quedarás solterona y serás una de esas viejas que dan de comer a los gatos, chica.

—No te enfades —lo apaciguó—. Mira a las del autobús, esas te convienen. Los pelirrojos les dan mucho morbo, las ponen calientes —puntualizó en tono confidencial.

—Gracias, voy a ver. Suerte, morena. No estamos hechos el uno para el otro.

—Eso es. Me lo has quitado de la boca.

No acababa de largarse el casanova de la melena rizada cuando una mano fuerte la agarró por el brazo.

—¡Tío Connor! ¿Qué haces aquí?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Pues he venido a divertirme, a bailar y a disfrutar del ambientazo. Sid nos ha traído a Lys y a mí. Es muy grande, qué loco está.

Poco le importaba a él ese preciso asunto.

—¿Y Lys?

—En la cola de los boletos de las chicas.

—¿No se estará tomando esto en serio?

—¿Ah? Vete a saber —lo picó, pero su cara le dijo que no era momento de bromas—. No te asustes, hombre. Que solo quiere vivirlo a tope, ¿cuánta gente crees que se casará después de esto?

Connor la dejó con la palabra en la boca. Fue a la fila de los hombres y, cuando iba a pedir el turno, vio a un chaval bajito y cuadrado, con brazos puro músculo, que celebraba con los amigos que lo rodeaban la suerte que acababa de tener. Porque su primera cita de la rueda le había tocado con una pelirroja alta y muy mona, se lo había dicho un espía cotilla de buena tinta. Connor lo vio repasar a Lys con ojos golosos; ella no se daba cuenta de que acababa de salirle un rendido admirador, así que se acercó a negociar con él.

—Te compro ese boleto.

—¿Me dices a mí?

—Sí, a ti. ¿Cuánto quieres por él?

El musculitos miró a Lys con codicia y luego a él con ojos astutos.

—Te gusta la pelirroja.

—Venga, hombre...

—Resulta que a mí también.

Connor estaba acostumbrado a negociar, se pasaba la vida en un eterno tira y afloja con las empresas que compraban su zinc.

—Es solo una primera cita en la rueda, es probable que te diga que no y quiera conocer a otros antes de decidirse. Si luego te arrepientes, será demasiado tarde porque quizá a mí ya no me interesará.

El chico lo remiró con detalle.

—Dame tu chupa.

Connor se tocó la cazadora impermeable.

—¿Esto quieres?

—Tu chambergo caro por el boleto. O eso o nada.

Se encogió de hombros, vació los bolsillos y se lo dio. Y extendió la mano bien abierta para que le entregara el boleto.

Vio que las mujeres ya se sentaban en unas mesas con bancos corridos y no quiso perder más tiempo.

—Que la disfrutes, chaval —dijo al que lo acababa de medio desnudar.

—Eh, espera —lo frenó—. Te regalo mi chaqueta.

Hacía mucho frío y no era cuestión de congelarse. Connor se la puso y corrió hacia el pabellón de baile, porque tenía una cita con cierta pelirroja que iba a quedarse boquiabierta cuando lo viera.

Pero a mitad de camino lo interceptó una rubia con un maquillaje de ojos muy llamativo, poniéndosele delante.

—Oye, guapo, tengo un problema. Seguro que tú entiendes de teléfonos. No tengo suficiente memoria en el móvil. ¿Qué puedo hacer?

—Llorar.

La esquivó y huyó de ella.

—¿Cuándo has llegado? Y ¿de dónde has sacado esa chaqueta horrible!

Connor se sentó enfrente de ella, las mangas le llegaban a mitad del antebrazo. Era de un combinado a cuadros feo a más no poder y además apestaba a colonia de macho en celo. Miró a derecha e izquierda, habría preferido más intimidad pero constató que cada pareja iba a lo suyo y no prestaban atención a los que tenían al lado.

El ritmo de la rueda de citas no daba tiempo a mucho más.

Una mano de uñas plateadas como garras de buitre, que se apoyó en su hombro, lo hizo mirar hacia arriba. Era otra vez la de las pestañas postizas.

—Oye, guapo —volvió a la carga mordiéndose el labio despacio—. No te he dicho cómo me llamo. Mi nombre es Peligro.

—Y el mío Mimosín —gruñó—. ¿No ves que no encajamos?

—Nos vemos luego en el baile.

—Eso, luego. Hala, espérame por ahí.

Lanzó a Lys una mirada siniestra para que dejara de reírse entre dientes porque disimulaba muy mal y, cuando la rubia se largó, sacó una cajita de terciopelo del bolsillo y la abrió justo delante de sus ojos.

Lys contempló sin aliento el anillo de Claddagh que Connor le ofrecía. Las dos manos eran plateadas, pero el corazón coronado que sujetaban era azul. Un topacio de

ese color, creyó. O aguamarina quizá.

—¿Conoces la historia de este anillo?

—Nací en el condado de Galway, ¿recuerdas?

Connor había escuchado con tanta atención al joyero que se lo vendió, intentando no olvidar ningún detalle, que estaba decidido a contársela aunque ella se la supiera de memoria.

—Hace varios siglos un tal Joice marchó a hacer fortuna a Oriente, y dejó a su amada en Irlanda con la promesa de que se casarían a su regreso. Tuvo la mala suerte de que su barco fue capturado y él fue vendido como esclavo en Argelia. Lo compró un orfebre que le enseñó su oficio. Y él diseñó esta sortija.

—Las manos que afianzan eternamente el corazón —dijo Lys, sin dejar de mirar la piedrecita brillante.

—Tanpreciado era su trabajo, que su amo, el orfebre, le dio la libertad y le ofreció a su propia hija en matrimonio si se quedaba para siempre a trabajar con él.

—Pero él renunció y volvió a casa porque nunca dejó de amar a su prometida —terminó Lys la historia—. Por eso este anillo simboliza el amor que todo lo puede, la distancia, el tiempo y la adversidad.

—Tú lo has dicho. Todo, hasta lo más difícil.

Lo sacó de la cajita de terciopelo y tomó su mano derecha. Ella sonrió al ver que también le habían informado de sus cuatro significados. Le introdujo el dedo en el aro de la sortija, con cuidado de dejar la punta del corazón señalando hacia la mano y no hacia las uñas.

—Todo el que lo vea, sabrá que mi corazón está ocupado.

Connor le acarició el anillo sin soltarle la mano.

—Tú decidirás qué día quieres que te lo coloque en la mano izquierda, para que todos sepan que estás prometida. Y también serás tú quien escoja el día de darle la vuelta. La decisión siempre estará en tus manos.

—Ya lo está, acabas de entregármela tú —dijo emocionada, no esperaba un gesto tan romántico por parte de él. No le pegaba.

—Es precioso. Espero que no se haga negro, ya me encargaré yo de sacarle brillo.

Connor guardó silencio. Por lo que decía, sí era consciente de que no lo había comprado en cualquier tienda de baratijas de Galway. Pero intuyó que suponía que era de plata. Prefirió callarse, dada su aversión a los regalos caros. Y no es que lo fuera, pero no iba a correr el riesgo de que se lo devolviera. Algún día se daría cuenta, al ver que no ennegrecía, que estaba hecho de oro blanco.

—Me encanta el corazón azul, pero ¿por qué? Normalmente son verdes.

—Lo elegí así para que te acuerdes de vez en cuando de que ese es el color de los ojos del hombre que te lo puso en el dedo.

Lys no espero más. Se puso de pie, saltó el banco donde estaba encajonada entre otras dos solteras y corrió al otro lado para abrazarse a su cuello y darle un larguísimo beso.

Después de dar un par de vueltas entre el jolgorio, Sid prefirió tomarse una cerveza en la puerta de un *pub* con otros tipos que, como a él, les traía al fresco el emparejamiento o les daba alergia. Así que sacaron de aquí y de allá algunos instrumentos de cuerda. Sid se animó y rodeó la calle hasta la trasera del bar, donde había aparcado, para sacar el violín de la furgoneta y unirse a la orquestilla improvisada. No había abierto los portones traseros cuando un grito de bruja a su espalda lo hizo saltar del susto.

—¡Tú! ¡Traidor! Eres tú, Sidney Flannagan, ¡ahora me he acordado de ti, fornicador embustero!

Un grupo de seis mujeres, malcaradas y arremangadas hasta el codo con aquel frío, avanzaban hacia él con dudosas intenciones.

—Señora, creo que se confunde.

—¡De eso nada! Que aquí te recordamos muy bien. Sedujiste a mi hermana Molly y le prometiste que volverías a casarte con ella. ¡Se quedó esperándote, sinvergüenza!

—¿Y de mí te acuerdas? —le espetó otra que lo miraba con ojos siniestros.

—Esto... Creo que sí. ¿Francinne?

—Ya veo que sí. Has tardado unos cuantos años en volver, aquella noche dijiste que regresabas enseguida. Y me dejaste esperando con las piernas abiertas.

A esas alturas, Sid ya estaba, más que asustado, aterrorizado. No había especie más peligrosa que una hembra despechada. Y él se enfrentaba a esa clase de fiera sedienta de venganza multiplicada por seis.

Se le echaron encima sin darle tiempo a escapar. Le estiraron del pelo, lo arañaron con saña, le dieron tantas bofetadas entre todas que lo dejaron aturdido y sin capacidad de reacción. Agarrándolo tres de ellas de cada pierna, lo arrastraron por el suelo hasta un pajar de la explanada. Sid se encomendó a todos los dioses de todas las religiones existentes cuando las oyó echar el pestillo por dentro.

El tormento duró poco y fue más el susto que otra cosa. Cuando lo abandonaron allí, dejando como eco un coro de carcajadas malignas, Sid se dio cuenta de su peliaguda situación: lo habían desnudado y se habían llevado su ropa. No le habían dejado ni la goma de atarse la coleta. En cueros vivos, recorrió a gatas el pajar para encontrar con qué cubrirse y regresar a la furgoneta aunque fuera a por una manta para no morir allí mismo, en pleno diciembre, de pura hipotermia. Encontró un saco de pienso de las gallinas. Dio gracias porque, al ser de papel grueso, pudo rasgarlo con la boca para hacerle tres agujeros, por el más grande sacó la cabeza y por los que abrió a ambos costados, sacó los brazos.

Y con el saco como única vestimenta y descalzo, corrió el pestillo y se lanzó a la carrera hacia su furgoneta. En mitad de la explanada recibió la primera pedrada que le dio en el hombro derecho. Horrorizado de pensar que aquellas arpías pretendieran lapidarlo, miró hacia atrás. Con un grito desgarrado de hombre, recibió la segunda

pedrada.

—¡Espectro! ¡Fuera de aquí, *banshee* del reino de los muertos!

Un tipo con ojos de perturbado recogía piedras del suelo que él trataba de esquivar, pero algunas le daban en los pies, haciéndolo saltar.

—¡Hembra fantasma que anuncias la muerte de alguien de este pueblo! Vete a otro lugar con tus malos augurios.

Sus seis vengadoras, presenciaban la escena divirtiéndose de lo lindo.

—Pero oiga, ¡qué hembra ni qué leches! ¿Es que no ve que soy un macho?

—No creas que me engañas, *banshee* maldita. Llevas falda y el pelo largo como una mujer.

—¡Soy un hombre, tengo pene! ¿Quiere que se lo enseñe?

—Eso que tú tienes no es un pene —saltó una de las vengadoras—. ¡Es una pena!

Las risas enloquecidas de aquellas seis mujeres se oyeron en todo el condado. Unos cuantos de la fiesta, al oír el escándalo, salieron del bar y corrieron a salvar al ligón de Sidney Flannagan, humillado, desnudo y, para colmo, apedreado.

—Eh, quieto, hombre —cogieron entre dos a su agresor—. Silas, tranquilo. No es una *banshee*, te lo juro con la mano en el corazón.

—¿Estás seguro? —dudó, mirando con recelo a aquel espectro con las piernas peludas. El saco no le tapaba ni las rodillas.

—Venga, vamos a tomarnos un *whiskey* y te lo explicamos todo.

Sid aprovechó para huir, por suerte cuando la venganza femenina lo sorprendió le había dado tiempo de abrir la furgoneta. Allí se cobijo y pidió a un grupo de curiosos que avisaran a dos muchachas de Galway que habían acudido con él.

—¿De Galway? —dijo el tal Silas, al que apodaban «el Loco»—. Haberlo dicho, allí vive mi hermano. Es cura —apostilló.

Sid, al verlo allí asomado, se arrinconó como un conejo asustado.

—Si lo ve, dele recuerdos a mi hermano —pidió tendiéndole la mano.

Sid se la estrechó con cautela y, observándolo de cerca, cayó en cierto parecido. Físico y de carácter.

—Oiga, Silas, amigo —deletreó despacio como haría en presencia de un alienígena—, su hermano el cura ¿no será el padre Moloney de los franciscanos?

—El mismo, Silas Moloney para lo que quiera mandar. Aquí tiene un amigo.

Sid se quedó mirando el techo de la furgoneta. Esa era la clase de cosas que solo le pasaban a él.

Dos hombres volvieron a intentar llevarse de allí a Silas el Loco, no fuera a sufrir otra de sus alucinaciones. Lo sacaron con buenas palabras y lo llevaron al *pub*. Una vez allí, él se los quitó de encima a manotazos y se sentó frente a la barra.

—Ponme un *whiskey* solo.

—¿Sin hielo?

—Sin nadie —barbotó—. Largo de aquí o me lío a botellazos.

Un día había pasado desde que los tres aventureros y Connor regresaron de la fiesta. Y en El Cerdo Azul, la vida proseguía con normalidad.

Kenn pasó la mañana callado, encerrado en sí mismo. Jessica llegó a la hora acostumbrada y se saludaron como amigos. Él no le dio pie a más y ella lo asumió con una naturalidad que lo puso nervioso. Como le había pedido un té, se lo llevó a la mesa y ella se lo agradeció con un par de preguntas acerca de cómo había transcurrido su día.

—¿Qué tal Festival del Casamentero?

Ella sonrió mientras recordaba lo mucho que se divertieron.

—Genial. Ojalá hubieras venido. Supongo que Lys ya te habrá contado lo bien que lo pasamos.

—Ella y todo el mundo. Aquí no se habla de otra cosa.

—Mi tío Connor se comportó como un caballero de aquellos que llevaban armadura. ¿Te ha contado Lys que le compró su boleto al soltero con el que la habían emparejado? Fue un gesto muy romántico.

—Supongo —dijo, y titubeó antes de continuar—. Esperaba que me lo contaras tú. Pero ayer no viniste con los demás, de regreso de Lisdoonvarna.

Jessica dio un sorbito de té, sin dejar de sostenerle la mirada.

—Estaba cansada.

Kenn se guardó para sí lo mucho que le habría gustado oír su versión de la venganza femenina sufrida por Sid y su posterior lapidación por parte del hermano perturbado del cura.

—Fue una decepción no verte —confesó.

Si él fue parco en palabras, Jessica aún lo fue más.

—¿Sí? —dijo sin emoción.

Y sin hacer el menor caso de sus ojos suplicantes, cambió de tema y se dedicó a contarle su mañana en los tribunales al mismo tiempo que abría el maletín y llenaba la mesa de papeles. Kenn regresó a su puesto detrás de la barra, ella se dedicó a saborear el té despacio, mientras examinaba documentación y tomaba notas, como cada tarde.

Jessica no sospechaba que Kenn no había pegado ojo esa noche. De buena mañana, mientras se cepillaba los dientes, conversó en silencio con su imagen en el espejo y acordó que lo más sensato era establecer límites. Aquel beso de amigos era la llave que podía abrir una puerta, en su mano estaba abrirla de par en par o cerrarla para siempre. Por eso levantó una sutil barrera. La cuestión es que Jessica la había captado y aceptado muy bien. Demasiado. Curiosamente, eso no le hacía ninguna gracia.

Se sabía al detalle lo sucedido en Lisdoonvarna, ya se habían encargado Sid y Lys de contárselo todo. Desde el lance caballeresco de Connor hasta la forzada exhibición

nudista de su jefe, incluido el apedreamiento por parte del hermano desequilibrado del padre Moloney. Y añadió algo más, con esa calma que solo poseen las mujeres cuando quieren alarmar a un hombre. Y Lys lo consiguió porque, escuchándola, sintió un sudor frío que le recorrió la espalda en un descenso veloz. Él comentó la ausencia de Jessica y ella le respondió cruzándose de brazos.

—La señora McFair, no sé si sabes que nació en un pueblo del norte. Me contó que, cuando era joven, la seleccionaron muchas veces para el concurso de Miss Madreperla, un concurso de belleza local que celebran durante el Festival de las Ostras, como aquí.

—Muy interesante —la cortó para que le ahorrara los detalles—. Pero ¿qué tiene que ver esta historia con...?

—Te lo cuento porque la señora McFair se cansó de ser la eterna aspirante.

No añadió nada más. Ella se marchó a casa y el nombre de Jessica, que ninguno de los dos pronunció, aún flotaba en el aire.

Eso había sucedido el día anterior. El mismo cuya noche él había pasado en vela.

Miró a Jessica de reojo, ella tecleaba en el teléfono con una mano mientras con la otra se apartaba el pelo de la cara. Como si él no existiese, sin mirarlo ni una sola vez. Se preguntó si era eso lo quería, indiferencia. Su corazón fue el encargado de responderle a su cerebro que menos preguntas mentales, que ya estaba bien jodido.

La hora siguiente pasó volando, ya que un grupo de turistas llenó el local y estuvo ocupado sirviendo pintas y cestillos de patatas fritas. Sid no salía de la cocina, Raily, el estudiante rapero, se ocupaba de las mesas y él del mostrador. No hubo ocasión de intercambiar ni una palabra con Jessica, tampoco sabía qué decirle para no sonar como un idiota. Saberse en su zona de amigos era tranquilizador. Y al mismo tiempo pura desazón. Jessica era una mujer que merecía la pena. Con veintiséis años era más madura que muchas de cuarenta. Pero lo mejor de ella no era su sensatez, ni su rostro tan bonito, ni sus ojos que chispeaban cuando sonreía, ni su cuerpo de curvas breves y tan bien puestas; lo mejor de Jessica era que creía en él. No lo había apartado cuando supo su pasado. En ningún momento dudó de la veracidad de su historia. Y la estaba dejando escapar a fuerza de minarle la ilusión.

Dio un respingo al notar la mano de Sid en el hombro.

—Yo me quedo a atender la barra. Aprovecha y ve a que te dé un poco el aire. Parece que lo necesitas.

Kenn se apresuró a rodear el mostrador y se alarmó al no ver a Jessica donde esperaba; la mesa del fondo estaba vacía. Recorrió el local con la mirada y la localizó junto al perchero, poniéndose el abrigo. Tuvo que frenar el impulso de abrirse paso a empujones para evitar que se marchara, si la dejaba cruzar la puerta como amiga, nunca más sería otra cosa. Los veinte segundos que le costó llegar hasta ella le parecieron una eternidad.

—¿Te marchas sin decir adiós?

Jessica giró la cabeza y sonrió sorprendida.

—Os he visto tan ocupados que...

Kenn la abrazó por la cintura por primera vez y se maldijo por no haberlo hecho antes. Qué bien se sentía con ella entre los brazos.

—Prométeme una cosa, Jessy —rogó—. Nunca dejes de venir por aquí.

—Me gusta que me llames Jessy —murmuró—. Porque nadie más lo hace, solo tú.

Kenn se inclinó poco a poco y la besó disfrutando a conciencia de ella y de las caricias que, entusiasmada, le hacía en la cabeza. De cómo lo asía con ganas, para no dejarlo escapar.

Capítulo 11

La Navidad irlandesa, cerca o lejos del hogar, siempre sabe a *whiskey* caliente, azúcar moreno, clavo y limón

Michael conversaba con su mujer utilizando el tono suave que utilizaba para las cosas serias. Cuando tomaba una firme decisión, jamás perdía la calma. Y esa vez rebatió una tras otra las reticencias de Tessa.

—Explícame por qué te resulta tan antipática nuestra nuera —pidió.

Tessa cerró la puerta del coche y fue hasta la parte de atrás para ayudarlo a sacar las macetas con flores de Pascua que acababan de comprar en el vivero.

—No es que me caiga mal.

—Por favor, Tessa, conmigo no disimules.

A la vez que él cerraba el portón del maletero de un golpe, ella apretó los párpados, recordando lo lejos que vivía su hijo mayor.

—¿Por qué no pudo elegir una chica irlandesa? —lamentó, caminando detrás de Michael—. Si no se hubiese casado con Suyen, ahora viviría aquí y no a más de siete horas de avión.

Él dejó la caja que cargaba en el primer escalón del porche y cogió la que Tessa portaba sobre los dos brazos.

—¿Tú quieres que nuestro hijo sea feliz, o no? Se casó con ella porque la quiere, respeta su decisión.

—Suyen no tiene nada que ver —alegó—. Simplemente, no me apetece ahora mismo hacer un viaje tan largo.

Michael le hizo entender con una simple mirada que su decisión era inamovible.

—Tienes dos opciones. Hacer las maletas con tiempo o embutir la ropa en el último momento. Porque solo no me pienso ir.

—Pero si estuvieron los tres aquí hace, ¿cuánto?, ¿cuatro meses?

—Y este año vamos a celebrar la Navidad en Washington. Allí vive la mitad de mi familia y, lo que es más importante, mi nieta. Nuestra única nieta —recalcó—. Y quiero verla crecer.

Tessa respiró hondo y accedió con un gesto afirmativo. Echó un vistazo a la colorida colección de plantas que acababan de adquirir.

—No sé para qué tantas flores de Pascua si no estaremos aquí.

Michael se encogió de hombros.

—El color rojo es alegría.

Tessa miró la puerta entreabierta. Ese año volverían a colgar en ella la corona de acebo, aunque nadie celebraría allí la Navidad.

Entró en casa, haciendo la lista mental de las cosas que debía meter en su equipaje. Y en el de Michael. Como mínimo permanecerían quince días en casa de Brandon. También ella tenía ganas de abrazar a la pequeña Mary y dejar que la agobiara a besos. Era tan cariñosa, igualita que Brandon... Bueno, eso era un decir, se corrigió pensando en su nuera. Físicamente la chiquitina era como su mamá. Suyen no le era antipática, lo único que ocurría es que tenía otro tipo de costumbres que a ella le resultaban extrañas, y un carácter demasiado silencioso. Era tan inexpresiva que le era imposible saber si estaba contenta o enfadada. Y además se veían poco, era complicado conectar con ella.

Poco a poco, con paciencia. Se propuso que esa vez pondría más de su parte. A Brandon le encantaba la Navidad y se empeñaba en no perder las costumbres irlandesas, ella misma ayudaría a la pequeña de la casa a encender la vela el día de Nochebuena, la luz que guiaba el camino a aquella casa a la Sagrada Familia y era también un simbólico homenaje en recuerdo de los seres queridos que estaban lejos del hogar durante esas entrañables fechas. Y como la tradición decía que solo podía apagarla una mujer llamada María, su nietecita Mary iba a ponerse contentísima al saber que siempre sería la protagonista de ese ritual. Y coronarían el banquete a la coreana, que Suyen ya habría ideado, con el *pudding* especiado. Y por la tarde, darían un largo paseo si la nieve les daba tregua y, de regreso, beberían *whiskey* caliente frente a la chimenea.

Ya iría al médico cuando regresaran de Washington. No iba a fastidiarles las fiestas, aunque le preocupaba el bultito que se había detectado en el pecho, hacía ya una semana, mientras se autoexploraba en la ducha. De momento, no pensaba decirle nada a Michael. Ni a nadie. Qué necesidad había de preocuparlos por algo que, al final, seguro que no era nada.

Hasta que no apagó el secador de pelo, no oyó sonar el timbre de la puerta. Jessica enrolló el cable, esperando el silencio que le confirmara que se trataba de algún amigote de sus vecinos que, como de costumbre, se había equivocado de puerta. Pero volvía a sonar, y con insistencia. Dejó el secador en la estantería del cuarto de baño y, atusándose el pelo con las manos, fue hasta el ventanal de la sala de estar y corrió el visillo para averiguar quién se presentaba a esas horas. Era Kenn. Esperó en el umbral, oyéndolo subir las escaleras al trote.

—No sabía si estarías en casa, he venido por si acaso —dijo a modo de saludo.

—Si llego a saber que venías, me habría puesto algo más elegante —dijo señalándose con el dedo de abajo arriba y viceversa.

Le franqueó el paso y Connor estudió su atuendo. Sonrió al detener los ojos en sus zapatillas.

—Estás preciosa con esos dos.

Ella se miró los pies enfundados en sendos conejitos de felpa color rosa y gris.

—Te regalaré unas iguales. ¿Qué talla usas?

—¿Crees que las tendrán en el cuarenta y seis? —dijo fingiéndose entusiasmado con la idea.

Los dos se echaron a reír.

—¿Has traído una película? —preguntó Jessica, viendo la caja con un disco DVD que llevaba en la mano.

—*El guardaespaldas*. He pensado que te apetecería.

—No tengo reproductor de DVD.

Él lanzó la caja sobre el sofá. Jessica se mordió los labios para no sonreír y, por supuesto, se calló que podían verla en el ordenador portátil. Estaba claro que a Kenn la película le importaba un cuerno. No se movió mientras él se acercaba despacio y dio un gritito cuando la cogió por la cintura como si no pesara y la alzó en vilo exigiéndole con la mirada que le diera un beso. Y lo hizo. Se dio a sí misma el gusto de disfrutar con intensidad, tenía tantas ganas que no habría parado. Kenn la fue soltando despacio, haciéndola resbalar sobre su torso.

—¿Has cenado? —musitó al tocar sus pies el suelo.

—Sí.

La cogió por debajo de las rodillas y la levantó en brazos. Se inclinó para un nuevo beso y esa vez fue él quien se recreó.

Jessica le lamía el cuello, le mordisqueaba el lóbulo de la oreja poniéndolo al límite. Respiró hondo dejándose hacer. Qué delicioso olía su pelo, a champú floral. Decidió lanzarse.

—¿Cama o sofá? —musitó acariciándole la mejilla con la nariz.

—Tú eliges.

Sin dejar de besarla, la llevó por el corto pasillo hasta el dormitorio. No tenía pérdida porque en aquel apartamento no había otro. Se dejó caer en la cama con ella en brazos, rodaron sobre el edredón abrazados, acariciándose, besándose con ansia. Jessica le apartó las manos, quería desnudarlo primero. Cuatro manos eran más rápidas que dos, pronto lo tuvo como quería, disfrutó de él acariciándolo y contemplando su cuerpo por primera vez. Pero Kenn no se conformó, necesitaba tenerla piel contra piel, acariciar su culo redondito con las dos manos, abrir la boca y atrapar un pecho y luego el otro, chupar sintiendo en la lengua la dureza de cada pezón.

Pero recordó un detalle importante. Se incorporó y saltó de la cama en busca de su cazadora de cuero. Buscó la caja de condones en el bolsillo mientras Jessica se quitaba sus pantuflas y las lanzaba al tuntún. Se tumbó en un extremo de la cama y Kenn lo hizo sobre ella, en lugar de a su lado.

—¿Una caja entera?

Sonrió con malicia y señaló con la mirada los preservativos que él acababa de dejar a un lado, sobre la almohada.

—Hace mucho que no tengo sexo, ya te lo dije. Mi mano izquierda no cuenta.

A Jessica le entró la risa.

—¿Y la derecha? —preguntó recorriéndole la espalda con las uñas.

Kenn le mordió el hombro, pero en vez de un castigo consiguió que ella le confesara al oído algunas fantasías secretas muy excitantes. Él disfrutaba besando cada trozo de piel que le quedaba al alcance de la boca, hasta que ella se lo impidió levantándole la cabeza para verle los ojos.

—Me gusta que esa mano tuya sea tan experta dando placer. Yo también quiero disfrutar —musitó cogiéndosela y llevándola hacia su pubis—. Úsala ahora conmigo y ponme a mil.

Jessica escuchaba patidifusa.

—Dos años sin ver a tu familia —pronunció, tratando de asumirlo—. Pero Kenn, ¿cómo has podido esperar tanto? Y no me vengas con tonterías que el dinero no es excusa habiendo vuelos que cuestan lo mismo que dos cervezas.

—Hablo con ellos por teléfono de vez en cuando.

—Si te oyeras... —dijo con cara de preocupación.

Kenn le tomó la mano por encima del mostrador.

—No es tan sencillo. No podía presentarme en mi casa para que vieran con sus propios ojos cómo había fracasado. Ahora me siento con ánimo para volver a casa. Por eso pienso estar con ellos todas las navidades, con mis padres, con mis hermanos, con mis sobrinos, que seguramente no se acordarán de mí cuando me vean.

—¿Cuándo te marchas?

—El martes de la semana que viene. He hablado con Lys. Enseguida se ofreció a ocupar mi puesto mientras esté en Swansea. Me echó una buena bronca, por pensar solo en mí y no en cuánto me estarán echando de menos mis padres.

Jessica se encogió de hombros.

—Yo también tendría que hablar con ella, a ver si me da alguna idea para preparar la cena. La chica que cocina en casa se ha tomado unas vacaciones aprovechando que mis padres estarán fuera.

—No me lo habías dicho.

Un cliente se acercó a la barra y Kenn comenzó a tirar la primera pinta de las seis que había pedido para la cuadrilla que ocupaba una de las mesas. Lo hacía con una perfección litúrgica, tal como le había enseñado Sid. Colocaba el grifo sobre el letrero de la marca grabado en el vaso y tiraba el primer golpe. Después, más despacio, seguía dejando fluir la cerveza negra hasta dos centímetros del borde. Luego venía el ritual de la espuma con el grifo levantado, con precisión para lograr la tradicional colina blanca sin derramar una gota.

—Hablé ayer con mi padre —explicó Jessica, mientras él emprendía la segunda

pinta—. Me contó que se marchan a Washington a pasar las Navidades con mi hermano. Llamaba para sacarme un billete para mí también, pero ya le dije que es imposible que mis jefes me regalen dos semanas libres. Otro año será. Así que me tocará hacer la cena para mí, para mi tío Connor y para los amigos que invite, que siempre se nos une alguien a última hora.

Kenn dejó el vaso sobre la bandeja.

—Pero cinco días sí te darían de permiso —dijo mirándola una milésima de segundo para no perder de vista el chorro del grifo—. Si insistes.

—Me deben bastantes horas extras.

—Estoy pensando que, a lo mejor, te apetece venir conmigo. ¿Has estado alguna vez en Gales?

Jessica lo miró impresionada, o le fallaba la vista o se estaba poniendo colorado. Sin pensárselo dos veces, se arrodilló sobre el taburete y se abalanzó por encima de la barra para darle un beso en la mejilla. Sid premió su gesto con un silbido desde la otra esquina.

—Sí, ¡sí quiero!

Kenn sonrió de medio lado.

—Voy a apuntarme eso. Algún día te recordaré que ya me dijiste esas palabras.

Entonces la que se sonrojó fue ella; fue un detalle muy cómplice.

—¡Eh! A ver qué pasa aquí —dijo Sid, acodándose junto a ellos—, ¿qué es eso de repartir besos y yo a dos velas?

—Kenn acaba de invitarme a pasar las navidades en su casa —explicó muy contenta—. Nos vamos a Gales.

—¿Es eso cierto?

—Ya la has oído.

—Creo que no te he dicho todavía que los dos estudiantes que nos ayudan en verano vuelven a casa por Navidad —continuó dirigiéndose a Kenn—. Me han pedido si podrían venir a echarnos una mano y ganarse unos eurillos estos días que están de vacaciones.

—Como Reilly se marcha a su pueblo para celebrar las fiestas en casa, estaría bien que vinieran por las tardes, cuando esto se llena. Lys y tú no daréis abasto para atender la barra y las mesas.

—No, no, quiero que vengan a tiempo completo. ¿Ya habéis sacado los billetes?

—Pues no. Jessica acaba de decirme que viene conmigo —dijo Kenn, posando sobre la bandeja la sexta pinta.

Sid rodeó el mostrador para llevarlas a la mesa. Kenn no había terminado de pasar la bayeta cuando de nuevo vio la bandeja vacía sobre el mostrador.

—Así que a Gales, qué bien... Qué bien —dijo a Jessica, ella asintió ilusionada y Sid sonrió—. Decidido, me voy con vosotros. ¡Navidad en territorio enemigo!

Kenn arrugó el entrecejo, y no porque se refiriera así a Gran Bretaña, que a eso ya estaba acostumbrado.

—¿Y vas a dejar sola a Lys?

—Con los estudiantes. Serán solo dos o tres días. No me quedaré tanto. Hace años que quiero ir a ver a una amiga muy especial que vive en Cardiff, una diosa del sexo.

—Entonces no seguiré sola —auguró Kenn, guiñándole un ojo a Jessica.

—Está casada.

Kenn elevó una comisura de los labios.

—Tú no escarmientas, ¿verdad?

Sid elevó las cejas; el lamentable incidente de Lisdoonvarna no había hecho mella en su espíritu salvaje.

—Sin riesgo, el premio no sabe igual, ya me entiendes.

—Eres mi ídolo, tío —dijo Kenn.

Jessica le amenazó en broma con darle un puñetazo.

—No pensarás presentarte en su casa con las intenciones que estoy sospechando —dijo Jessica.

—Mientras su marido no se entere... —adujo con una desvergüenza aplastante—. ¡Chicos, nos vamos a Gales!

—Meterme en una iglesia es la última cosa que me apetece hacer contigo ahora mismo —le murmuraba Connor besándole el cuello con ansia acumulada—. Lo sabes, ¿verdad?

Acababa de llegar a Galway, después de tres horas ideando las infinitas posibilidades de satisfacer sus ganas de ella, Lys lo había recibido con un plan que daba al traste con todos los suyos. Le acariciaba la barba rojiza, con una ternura que denotaba cuánto echaba de menos tenerlo cerca, tocarlo. Tanto como él a ella.

—El padre Moloney me lo pidió con tanta ilusión que no supe negarme. Créeme, no me apetece nada —le recordó, él ya conocía el motivo—. Te prometo que será solo un momento.

Para qué demorarlo más. Cuando le abrió la puerta, ya estaba preparada para salir. Connor prefirió no ir más allá de la entrada, o sus buenas intenciones se evaporarían cuando se acercaran al sofá. La cogió de la mano y dejó que lo guiara hasta Saint Francis a contentar al dichoso cura.

Recorrieron el corto trayecto deteniéndose para besarse cada pocos pasos. Connor la cogía por encima de los hombros y ella se abrazaba a su cintura, feliz de tenerlo con ella, ya que esperaba su llegada entrada la noche.

Era media tarde, los niños acababan de salir de la escuela. El pórtico de la abadía se hallaba lleno de críos y de padres que iban a ver el Belén parroquial.

El padre Moloney le había explicado esa misma mañana que el nacimiento, montado sobre un largo tablero sostenido por varios caballetes, había sido confeccionado principalmente por los chiquillos que acudían a la catequesis. Tan

contentos estaban con el resultado que no se cansaban de contemplar las escenas de los pastores y el ángel, la estrella, el castillo con sus soldaditos romanos y el pesebre donde destacaba, gracias a unas luces de colores colocadas con acierto, el niño Jesús sobre un lecho de paja.

Lys saludó al párroco, alabó lo precioso que había quedado delante de los niños que presumían orgullosos ante su obra. Por primera vez en mucho tiempo, fue consciente de que la presencia infantil no la angustiaba. Poco a poco, el rechazo causado por el dolor iba mitigándose para ser sustituido por una inesperada aceptación que, aunque no exenta de tristeza, se parecía bastante a la paz.

Connor, que ejercía de acompañante por puro compromiso, se vio en la obligación de decir algo positivo, aunque el montaje era un tanto esperpéntico. Junto a las palmeras, crecían abetos; cada cual había aportado alguna figura, por lo que los tamaños eran disparatados: unos pastores eran más altos que los árboles y otros más bajitos que los cisnes que pasaban bajo el puente sobre un río fabricado con papel de aluminio. El padre Moloney había preferido que primara la ilusión, el hecho de sentirse partícipes y el haberlo creado entre todos, los detalles de escalas y dimensiones le parecían algo secundario. Dejó que cada chiquillo colocara la figurita que quisiera, con tanta libertad, que un indio comanche a caballo vigilaba desde una loma de musgo y corcho, y un cochecito rojo aparecía aparcado delante de la posada.

—Un coche en el belén, qué modernos —comentó Connor.

—Ah, sí. Lo trajo Mariela —explicó el cura, sin inmutarse—, un torbellino de niña. Le salió dentro de un huevo de chocolate de esos que vienen con premio.

Connor ojeó a Rayo McQueen, bolido deportivo protagonista de varias películas animadas. Le pareció que sus ojillos adhesivos lo miraban con rencor por cuestionar su presencia allí. Giró el rostro hacia Lys al oír su risa.

—Pero padre, ¿un dinosaurio también?

El cura, sin soltar al niño que llevaba agarrado de la mano, observó la criatura verde en medio del rebaño de ovejas.

—San Francisco amaba a todos los animales, a todos —incidió con el dedo índice en alto—. Además, ¿cómo sabes que no los hubo en Belén? ¿Estuviste tú allí aquella noche?

Ni Connor ni ella osaron mencionar que la historia y la ciencia eran categóricas al respecto.

El chiquillo se soltó del padre Moloney y corrió al ver salir a su madre de la sacristía. Lys fue tras él para saludarla, se trataba de la misma chica a la que llamaban cuando necesitaban una mano extra en el *pub* los días que hacían limpieza a fondo.

Mientras el cura se dedicaba a comentar el montaje del nacimiento con algunos vecinos del barrio, Connor observó desde lejos la conversación que mantenía Lys con la madre y el niño, que parecía haberse enfadado de repente. Instantes después, era Lys quien regresaba con una expresión desolada.

—Te juro que no entiendo a los maestros de ahora. Hay veces que se pasan de

modernos —se quejó—. No me malinterpretes, me parece muy bien que inviten a los padres a involucrarse en el aula. Pero resulta que hay muchos que tienen unos horarios de trabajo de locura, como el de Pete. La madre también trabaja a esas horas, por lo que ninguno de los dos puede acudir al colegio. El resto de padres de la clase han ido y Pete —explicó señalando al niño con la cabeza— no entiende por qué sus papás no pueden estar un día en clase como los de sus compañeros.

Lo decía con pesar. Ella conocía de primera mano esa sensación, nada aterraba más a un niño que sentirse diferente del resto. Recordó a su afectuosa profesora, la señorita Lyons; siempre atenta a su estado de ánimo. Tampoco imaginaba como un ogro insensible al profesor de las ideas novedosas. Tal vez no se percatara de la incomodidad del chiquillo, o no tenía ni idea de lo defraudado que se sentía. O no le daba importancia porque en realidad no la tenía, tratándose de una participación voluntaria. Pero Lys miraba la carita de Pete y sabía que, con cuatro años, a veces no basta con una sonrisa y un pellizco en la mejilla.

—Si no pueden asistir a la reunión escolar —opinó Connor—, no creo que el profesor ponga problemas por comentarles cualquier incidencia por teléfono.

—No, no es eso —aclaró Lys, chasqueando la lengua—. El maestro ha inventado una cosa que se llama «El Alumno Invitado». Cada día, un papá o una mamá asisten a clase y hacen lo mismo que los niños. Solo un rato, pero no es fácil que te den permiso en el trabajo por algo así. Me ha sabido tan mal que me habría ofrecido a ir en su lugar —confesó, mirándolo desolada—. Pero no me he atrevido, no sé si lo soportaría.

Connor le cogió la mano y se la llevó a los labios para besarle los dedos.

—¿Cuándo es esa cosa del alumno invitado?

—Pete acaba de decirle a su madre que la esperaban a ella o al marido el jueves.

—Dentro de cinco días —calculó, Connor—. Tenía planeado regresar a Dublín el miércoles, pero no va a pasar nada si lo retraso. No soy el padre de ese chiquillo, pero puedo ser el acompañante invitado. Dile a Pete que, si no le importa, iré yo con él a clase el jueves que viene.

Lys le apretó la mano. No era esa su pretensión, pero para qué negarse que la hacía muy feliz su repentina generosidad con aquel pequeñajo al que ni siquiera conocía. E imaginó que, habiendo perdido a su madre tan pronto y aunque el caso no era comparable, Connor entendía tan bien como ella cuánto suponía su ausencia en los momentos que para un niño son importantes, aunque con ojos de adulto se ven como situaciones banales.

—¿Lo harías?

Connor elevó un hombro para restar importancia a su decisión, aunque le conmovió su mirada sorprendida y a la vez agradecida.

—Yo no sé nada de niños pequeños —avisó; y señaló con la barbilla el tiranosaurio de plástico que pastaba entre las ovejas—. Pero ya ves que con ganas y atrevimiento, no hay nada imposible. Vamos a preguntarles antes de que se marchen,

a ver qué les parece la idea a Pete y a su mamá.

La decoración del aula era mucho más bonita y luminosa que las que Connor recordaba. Las paredes, llenas de dibujos y muñecos recortados en cartulinas de colores, eran una alegría para la vista durante aquellos días de invierno con tan pocas horas de luz solar. Un Santa Claus de cartón pintado de rojo, de tamaño natural, vigilaba desde la esquina con su eterna sonrisa rodeada por una barba hecha de algodón. El murete entre los dos ventanales era el lugar escogido por el profesor donde, según él mismo le contó, sus pequeños alumnos fueron pegando círculos de papel verde hasta formar el árbol de Navidad.

Después de presentarlo a toda la clase, el maestro lo invitó a ocupar una silla libre, entre un niño y una niña. Bastante lejos de Pete, con quien había acudido en calidad de invitado; era de suponer, que de tenerlo al lado, con la emoción de sentirse un poco protagonista esa mañana, mantenerlo quieto hubiera sido tarea imposible.

Connor procuraba estar muy atento a las explicaciones del maestro para que todos dibujaran la decoración que quisieran, sobre el papel previamente recortado con forma de bola navideña que la alumna encargada del día todavía andaba repartiendo entre las mesas. Sobre los pupitres, el profesor había ido colocando botes con lápices de cera, sin dejar de repetir las instrucciones. Al final de la clase, todos pegarían su bola decorativa en el árbol de Navidad que, mientras tanto, se veía desnudo e inmensamente verde, coronado por una estrella amarilla de papel charol.

Sentado en aquella silla enana, con las piernas encajonadas bajo el pupitre, pensó que Swift debió pasar por una experiencia similar porque, con su altura y rodeado de niños de cuatro años, se sentía como Gulliver en el país de Lilibut.

—¿Por qué vienes tú y no viene el papá de Pete? —le preguntó el niño que se sentaba a su izquierda.

—Porque a estas horas su papá no puede dejar su trabajo. Y yo sí puedo.

—Vale. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Connor, acaba de decirlo el profe. ¿No te acuerdas?

—Qué más.

—O'Brien.

—Ah. Tú no eres de aquí.

—Vivo en Dublín. ¿Tanto se me nota?

—Un poco.

El profesor chistó en su dirección, indicándoles con ese leve alzar de cejas que solo saben poner los maestros de escuela que más dibujar y menos charleta. Y por si no les había quedado claro, en su paseo vigilante de mesa en mesa, se dirigió hacia ellos.

—Lo estás haciendo muy bien.

Connor alzó la cabeza. En efecto, se estaba dirigiendo a él. Ojeó de refilón los dibujos de sus compañeros de derecha e izquierda, llenos de rayajos entusiastas y miró al maestro veinteañero con cara de póquer.

—No te jod... fastidia —farfulló por lo bajo.

Su bola navideña, con un zigzag de colores de precisión milimétrica, parecía una obra de Andy Warhol digna de exhibirse en el MOMA comparada con las del resto de la clase.

El maestro, acostumbrado a batallar con pequeños replicantes, le anuló la prepotencia rápido.

—Sigue, Connor, que aún puedes hacerlo mejor.

No rechistó y siguió coloreando su bolita, muy obediente, puesto que para eso había decidido participar en esa dinámica de ponerse en el papel de alumno por un día. Y mientras se afanaba en pintar cada cenefa sin salirse de los límites, se dedicó a escuchar cómo las criaturillas le gastaban el nombre a su querido profesor.

—Profe, Richard me ha quitado el color azul oscuro y no me lo quiere dejar.

—Richard, ¿qué hemos dicho de compartir?

—Pero profe, es que...

—Richard, termina de una vez o usa otra pintura mientras Sally pinta con el azul.

—Profe, ¿puedo pintarla toda de verde?

—Puedes, pero entonces no destacará. ¿A ver si adivinas por qué?

—Porque el árbol es verde.

—Bien pensado.

—Profe, ¿puedo dibujar estrellitas?

—Puedes dibujar lo que quieras, John. Lo he dicho al principio, estoy seguro de que me has oído.

—Profe, ¿a que me está quedando bonita?

—Genial, Liam. Pero aún veo muchos huecos blancos, rellénala mejor que tú sabes hacerlo.

—¡Profe, que Martin se está copiando!

—¡Que no!

—Eres un copión.

—Vosotros dos, paz, por favor. Y a trabajar, que no quiero oíros más.

Al rato, Connor había perdido la cuenta de las veces que escuchó la palabra «profe». No imaginaba que aprendería tantas cosas. En especial, respecto al verdadero significado de vocación y paciencia. Rememoró su época escolar, no recordaba que sus maestros tuvieran tanta ni fueran tan dialogantes. Tras el primer aviso, te mandaban a pudrirte de aburrimiento al rincón que eufemísticamente llamaban «de pensar». O castigado a salir el último de la fila ese día, que no existía humillación peor.

Ojeó al sujeto de su repentina admiración, ¿cuántas horas al día aguantaba aquel hombre rodeado de chiquillos con una energía inagotable? Si él estuviera en su lugar,

concluiría cada jornada engullendo aspirinas a puñados o lingotazos de *whiskey*.

Cuando terminó de rellenar la cenefa de color rojo, observó lo bien que le estaba quedando. Giró la cabeza hacia las filas de enfrente. Pete le sonreía desde lejos y él le guiñó un ojo. Viendo aquella carita feliz, se sintió bastante orgulloso. Merecía la pena estar allí solo por verlo contento.

Una mano tironeó de su manga derecha, reclamando su atención. Miró a su compañera de pupitre, una niña pelirroja con dos coletas cortas y tiesas. Quien, curiosamente, le recordaba a otra pelirroja adulta con la misma cara de pilla. Imaginaba a Lys así, con cuatro años.

—¿Sabes lo que es una pilila?

A Connor se le secó la boca. Si le decía la verdad, la niña querría saber más. Mejor no tentar a la suerte.

—No, no sé lo que es eso.

La pequeña curiosa de las coletas lo miraba tan fijo que lo ponía nervioso. No contenta con su respuesta, fue al ataque directo.

—¿Tú tienes?

—Como no sé lo que es, no puedo decirte si tengo o no tengo.

Oyéndose a sí mismo, se habría dado una medalla por improvisar una respuesta tan astuta. No contaba con que su compañera de pupitre lo era más que él.

—¿Tienes rajita de chica?

Una palabrota le vino a la mente, mientras ideaba el modo más eficaz de hacerla callar. Puso el dedo sobre el dibujo de ella.

—Tanto preguntar y no has terminado tu bola de Navidad. Huy, como se entere el profe.

La pequeña apretó los dientes y lo miró con ojos odiosillos.

—¿Eres un chivato?

Connor entornó los suyos y sonrió como un rastrero vil.

—Sí.

A Lys le apetecía salir esa noche, disfrutaba caminando despacio en silencio, cogida de la cintura de Connor y al cobijo de su brazo sobre los hombros. Hacía frío pero el viento, cómplice de su deseo, había cesado y se estaba bien en los alrededores del puerto. Pese a todo, no fue una buena idea dar un paseo, porque la lluvia empezó a caer sin tregua para fastidiarles los planes.

Llegaron al apartamento empapados. Se descalzaron antes de entrar. Mientras Lys buscaba la llave en el bolso, Connor ya se había quitado los calcetines y, cuando por fin entró en el recibidor, agradeció sentir el parqué bajo las plantas de los pies. Lo instó a desnudarse mientras ella hacía lo mismo y le entregaba su propia ropa en un montón, con el ruego de que la metiera en la secadora. Connor dejó el fardo sobre la

silla y se quitó el jersey, cuando sacó la cabeza se relamió los labios ante la visión del espléndido culo de Lys que corría dando saltitos camino del cuarto de baño.

Antes de poner la ropa a secar, colgó las prendas de abrigo y las de lana de los dos en los respaldos de varias sillas. Una vez programó la máquina durante una hora y la puso en marcha, regresó a la sala de estar. Lys estaba sentada en el sillón secándose el pelo, le había dado tiempo de subir la temperatura del termostato, detalle que Connor agradeció en silencio porque ni falta que hacía en ese momento cubrirse con ropa seca. Ella le hizo un gesto con la mano que él obedeció arrodillándose frente a ella. Dejó que le secara la cabeza con la toalla mientras él le acariciaba los costados.

—¿Te apetece tomar algo?

—Me apetece tomarte a ti.

Ella rio y le despeinó más seco con las manos, reiterando su ofrecimiento de preparar *whiskey* caliente.

Connor lo rechazó y se levantó a servir un par de vasos. Con un par de tragos a temperatura ambiente les bastaba para entrar en calor. Regresó con ella y Lys tomó el que le ofrecía con las dos manos.

—Estoy preparando la bañera —dijo con media sonrisa que no supo contener.

Lo miraba con aquellos ojos grandes y vivaces que lo enamoraron el día que la conoció. Connor le revolvió el flequillo mientras apuraba su *whiskey* de un trago, entre ellos sobraban los disimulos. Y además, ya lo suponía porque desde el salón se escuchaba correr el grifo de la bañera. Le quitó el vaso de la mano y se la cogió, invitándola a levantarse. De camino al baño, dejó los dos vasos sobre la mesa.

Mientras Lys cerraba el grifo y metía los dedos en el agua para comprobar la temperatura, Connor se dedicó a recorrer su cuerpo con la mirada. Adoraba su piel blanquecina, la curva de sus hombros perlada de pequitas anaranjadas que se difuminaban hasta la mitad de sus brazos. Lys se incorporó y aupó de puntillas para darle un beso en los labios, provocando un brinco de sus pechos turgentes que obró efecto inmediato en su entrepierna. Connor le acarició el muslo, deslizando la mano hacia su pubis, la única zona de vello rojizo que destacaba como una pincelada alegre de color en su piel aterciopelada. Ella giró, ofreciéndole una nueva perspectiva y él le sobó el culo con la mano abierta y ansiosa, mientras se metía en la bañera.

Plegó las piernas para hacerle hueco y él la secundó, se quedó de pie observando cómo espolvoreaba la superficie del agua con unas sales de baño. Cerró los ojos y dejó que la fragancia de algo parecido a la salvia le llenara los pulmones. Apoyando la mano en el alicatado, se agachó como pudo. Como era imposible quedar frente a frente y estar cómodos en un espacio tan reducido, la cogió por la cintura y la levantó en vilo para sentarla entre sus piernas. Lys apoyó los tobillos junto al grifo y Connor le recorrió los hombros con las manos, cubriéndolos de espuma. Le mordió el izquierdo y oyó un leve suspiro. Bajó las manos hacia sus pechos y los enjabonó con un suave masaje sin llegar de rozar sus pezones, colmándose del placer de tenerla a su merced. Recorrió su talle en círculos, notando sus pulsaciones, le amasó las

caderas y disfrutó acariciándole las piernas hasta que vio emerger sus propios dedos sobre las rodillas, tan largas que se perdía en ellas. Lamentó no poder alcanzar sus pies. Notó una gota de sudor que le resbaló desde la nuca y descendió por la columna, ya no sabía si era su propio calor interior el que impedía que se enfriara el agua.

La recorrió entera en sentido ascendente, con una rapidez sorprendente que la hizo gemir mientras le mordía la nuca. Cerró las manos sobre sus pechos, lamiéndole el lóbulo de la oreja derecha, sintiendo cómo tensaba la espalda, rozándose sobre su torso para disfrutar del cosquilleo del vello de su pecho. La acarició entre las piernas y ella se aupó, sujetándose con ambas manos en el borde de la bañera, temblando de ganas, diciéndole sin palabras que moría por más.

Y Connor se lo dio. Se deslizó, plegando las piernas abiertas, le rodeó la cintura con firmeza y la colmó cuanto quería y mucho más. Él marcaba el ritmo meciéndose suavemente, ella le cogió la mano derecha y la llevó hacia su pubis mientras le lamía y mordisqueaba los dedos de la izquierda. Giró la cabeza ofreciéndole sus labios, Connor notó que el orgasmo era inminente. La besó intensificando la caricia entre sus piernas y el placer de Lys explotó en un gemido que se ahogó sobre sus labios cuando él liberaba el suyo atrapado entre cálidos espasmos.

Lys dejó caer la cabeza sobre su hombro y él apoyó la frente en el hueco de su cuello. Permanecieron inmóviles hasta que un leve temblor de ella lo obligó a abrir los ojos y vio que tenía la piel de gallina.

La cogió por la cintura invitándola a ponerse en pie. Una vez se quedó solo en el agua y pudo estirarse a gusto, le dio pereza hacerlo. Pero Lys ya se secaba con una fricción tan enérgica que se le enrojecía la piel. Connor no quería que pasara frío y optó por salir de una vez, si no quería verla huir en busca del cobijo del edredón.

Se secó rápido y la levantó por debajo de los brazos. La llevó al dormitorio sujetándola por las nalgas, enroscada a su cintura. Una vez allí, la hizo bajar al suelo, apartó de un tirón la ropa de cama y se tumbó haciéndole hueco. Antes de perder su cuerpo de vista bajo el edredón, se excitó con la visión de sus curvas, la fineza de su cintura abría paso a la voluptuosidad de sus caderas, como la curvatura de una guitarra. Estaba totalmente encendido, se tumbó sobre ella posando un beso leve sobre sus labios. Ella le acariciaba los glúteos con un deleite que lo volvía loco.

—Me gusta tu culo, mucho —Connor rio muy bajo—. Seguro que no soy la única fan de tu trasero y prefiero no pensar en las veces que te habrán dicho esto antes.

—Deja en paz el pasado y recuerda en manos de quién está ahora. En exclusiva —matizó cubriendo sus labios.

La besó de nuevo y continuó el camino hacia su pecho. Deslizó la boca sobre su estómago, le hizo cosquillas en el ombligo con la lengua para, después, saborear su vientre. Le sujetó las caderas y la invitó a acomodar los muslos sobre sus hombros. Le separó el sexo con los dedos y lo recorrió en vertical con la punta de la lengua, sintiendo su temblor cuando la introdujo más para impregnarse de su ardiente deseo. Ella se agarró de su pelo cuando él la colmó con la boca, haciendo vibrar sus piernas

que se cerraban en torno a su cabeza. Y Connor la consumió, queriéndolo todo para él, hasta el último resquicio de placer que pudiera albergar.

—Me debes una —dijo alzándose sobre las rodillas.

Lys intentó sonreír, le temblaban los labios. Cogió los bordes del edredón y, cuando él se tumbó sobre ella, los tapó a ambos. Connor no la dejó relajarse, la penetró con urgencia. Se mordió los labios al deslizarse en aquel fuego resbaladizo. Se sentía en el paraíso, acometiéndola sin tregua hasta que no pudo más y alcanzó el placer absoluto.

Se dejó caer, rendido, y Lys lo rodeó con las piernas para retenerlo dentro de ella mientras fuera posible.

—No te debo una —murmuró, cubriéndole los hombros con el edredón.

—Ya no —dijo Connor, disfrutando con los ojos cerrados de las caricias que le hacía en la espalda.

—Te lo debo todo.

Connor levantó la cabeza, había algo más en aquellas palabras y ese algo no tenía nada que ver con el sexo. Le apartó el flequillo con delicadeza, perdiéndose en el verde infinito de sus ojos.

—No me debes nada.

Lys le acarició la barba y tocó sus labios con la yema de los dedos. Qué equivocado estaba; con su sola presencia, le había devuelto la ilusión y las ganas de vivir.

—Hay muchas maneras de decirlo —musitó—. De decirte que te quiero.

Connor respiró hondo y siguió mirándola en silencio. Le acarició la mejilla, ladeó la cabeza y la besó. Lys abrió los labios y se ofreció a él, dejándole que le dijera a su manera que la amaba. Era arduo para él manifestar sus sentimientos, como el de cualquier niño que madura falto de abrazos. Entendía su lucha interior mejor de lo que él imaginaba y, por esa debilidad que solo ella, conocía lo amaba tanto. Había muchos modos de expresarlo y ella podía esperar hasta que reuniera el valor para pronunciar las palabras. Toda la vida si fuese preciso, y aún así, no le haría falta escucharlas.

Capítulo 12

Invierno dulce, como meter el dedo en un tarro de mermelada casera y chupetear con los ojos cerrados

Connor remoloneó en la cama, sin abrir los ojos, desperezándose y disfrutando de tener el colchón solo para él. Sonrió pensando en lo diferentes que eran él y Lys en muchas cosas. Ella era madrugadora, él odiaba levantarse temprano y si lo hacía era por obligación. Se sentía cuidado por ella y, para qué negarlo, esos pequeños detalles que Lys mostraba con él le encantaban. Poco a poco se le había metido tan adentro que incluso le había contagiado su afición a relacionar cada momento con aromas y sabores. Era una manera de afianzar los recuerdos, porque los sentidos eran, convencido estaba, los guardianes de la memoria. Dobló el brazo y lo colocó bajo la cabeza, ladeándose apenas hacia la ventana. La lluvia fina salpicaba los cristales. Aspiró con deleite, desde que estaban juntos, las mañanas lluviosas de Galway sabían al pan que Lys tostaba en ese momento en la cocina, y que ya olía allí tumbado, a té fuerte y a mermelada de naranja. Una mezcla áspera y dulce, como la sensación que sentía cada vez que le decía adiós. Miró el reloj, tenía que ducharse y vestirse cuanto antes y aprovechar el poco rato antes de la despedida que se acercaba inexorable.

Acababa de calzarse cuando recibió la llamada de Tessa. Hablaron de todo un poco, de lo crecida que había encontrado a la pequeña Mary, de lo satisfecho que veía a su hijo Brandon viviendo en los Estados Unidos, algo que en parte la entristecía, porque mermaba sus ilusiones respecto a que algún día regresara definitivamente a Irlanda.

Connor la notó dubitativa. Harto de rodeos, decidió sonsacarle el motivo de aquellas largas pausas al pasar de un tema a otro. Finalmente descubrió que su hermana necesitaba desahogarse con él: no había confesado a nadie más, ni siquiera a su marido, cierta preocupación con la que no quería empañarles las navidades. Después de escucharla con atención, repetirle con insistencia que no se adelantara con cavilaciones pesimistas e incluso regañarla por ello, colgó el teléfono, y sintió una punzada de inquietud en el estómago. Todo lo relacionado con hospitales y diagnósticos médicos lo aterraba, y más cuando se trataba de las personas que quería. Un bulto en el pecho, le acababa de decir. Conocía a Tessa y no destacaba precisamente por su optimismo. Pero mientras caminaba por el pasillo, se detuvo antes de entrar en la cocina. Se pasó las manos por el pelo y se obligó a analizar la situación de manera objetiva, manteniendo las emociones aparte. Alzó la vista al techo y decidió no contar a Lys el chequeo al que Tessa debía someterse cuando ella y Michael regresaran a casa. Y se prohibió pensar en esa maldita enfermedad que

tantas muertes causaba pese a los avances de la ciencia. Era racional y pragmático, pero irlandés hasta la médula. Y su aprensión supersticiosa le impedía repetir el nombre de esa grave dolencia, mencionarla era una llamada a la desgracia.

A pesar de sus racionales intenciones, Lys debió notar su preocupación, puesto que no estuvo muy comunicativo durante el desayuno. Se limitó a responder a sus preguntas, a cogerle la mano y a acariciársela para retener su tacto en la memoria antes de marchar de vuelta a Dublín. Ese día, el abrazo y los besos de despedida fueron más largos y sentidos.

—Cada vez se me hace más difícil decirte adiós y estar tan lejos de ti. ¿Por qué no vienes a vivir conmigo a Dublín?

—Porque me gusta la vida que he construido aquí —alegó—. Connor, vivimos a solo tres horas de distancia, no es una tragedia.

—Pero me gustaría tenerte a mi lado cada día y, en los momentos complicados, si quiero hablar contigo tengo que conformarme con oír tu voz.

Lys le cogió las manos, con intención de volver a la cocina.

—Ahora me tienes aquí, sentémonos y cuéntame qué te preocupa.

Connor se soltó de ella y negó, dándose la vuelta para coger la pequeña maleta que había dejado delante de la puerta. Abrió y pidió a Lys con un leve ademán que lo acompañara hasta el coche. Como estaba aparcado en la misma puerta, ella no se abrigó y bajó sin cambiarse las zapatillas de ir por casa.

Ya había cerrado el maletero y se había sentado al volante y ella aún estaba intrigada por el motivo de la preocupación que él trataba de ocultar y que se debía a algo más que el malestar que crecía con cada nueva despedida.

Se apoyó en la ventanilla abierta y lo besó en los labios.

—Te marchas sin contarme qué te pasa.

Connor apoyó ambas manos en el volante.

—No me hagas mucho caso, a veces le doy demasiadas vueltas a la cabeza. Me ha llamado mi hermana, cuando vuelva de Washington tiene que someterse a unas pruebas médicas. Y ya sabes que las enfermedades no son mi tema preferido.

—Seguro que no será nada.

—O sí. No lo sabemos. Pero qué más da, no importa que sea o no grave, siempre encontrarás una excusa que te retendrá aquí.

Lys se puso seria, la peor manera de decirle adiós era hacerlo a base de reproches.

—Connor, el día que tengas un problema me tendrás a tu lado tanto tiempo como me necesites. Pero estamos hablando de tu hermana.

Él puso el motor en marcha sin ocultar su decepción.

—Cuando quieres de verdad a una persona tienes que querer a su familia también.

Lys se separó de la ventanilla.

—No estoy de acuerdo. Y más cuando pienso que ella no me quiere nada en absoluto.

Subió el cristal de la ventanilla subió mientras ella contemplaba cómo efectuaba

la maniobra para salir del cordón de coches. Malhumorada, cruzó los brazos sobre la chaqueta de punto. Hasta que el coche no dobló la esquina y dejó de verlo, no cayó en la cuenta de que por primera vez Connor no se había despedido de ella con un último beso.

A pesar de algunos imprevistos, resultó un viaje estupendo. Para empezar, Jessica, Kenn y Sid casi pierden el avión porque en la cola del control de seguridad de equipajes, justo delante de ellos, un abuelillo que parecía estimarse su ukelele más que su propia vida, hizo pitar el arco tres veces. Después de rebuscar y rebuscar, los guardias le hicieron sacar la cartera y allí encontraron la culpa de tanto pitido. Todos observaron entre risillas y chistes un condón, cuya funda revestida de papel de aluminio hacía saltar las alarmas. El hombre, con más años que una antigualla, llevaba entre su documentación, el calendario de bolsillo, la tarjeta del club de jubilados y varios vales de descuento, un preservativo, por si alguna de aquellas tenía ocasión de beneficiarse a alguna bella galesa.

Sid hizo amistad con el del ukelele, de forma inmediata, y no precisamente porque tenían en común la afición musical. Una vez embarcaron y se instalaron en sus asientos, el nuevo amigo pidió permiso a las azafatas para sentarse en la butaca vacía junto a Sid. Inmersos en su mundo de miradas y susurros románticos, Jessica y Kenn no llegaron a percatarse de las veces que se levantaron para ir al lavabo. O eso hacía suponer tanto trasiego. No cayeron en la cuenta de lo que estaba ocurriendo en realidad hasta que Sid interrumpió su amoroso juego de miradas y manitas para presumir de su recién obtenida medalla.

—Chicos, dejemos para luego los aplausos —advirtió bajando la cabeza para hablarles en tono de confidencia—. Tenéis ante vosotros a un nuevo miembro del exclusivo Club de la Milla.

Ni él ni ella sabían a qué se refería, puesto que en su vida habían oído mencionar ese club. A la vez, miraron al vejete del ukelele, que levantaba el pulgar con una sonrisa triunfal.

Y fue entonces cuando Jessica y Kenn supieron que el nuevo amigo había introducido a Sid en tan exclusivo club, formado por todo aquel que ha practicado sexo en una milla de altura en pleno vuelo. Supieron también que el condón de los pitidos no era un farol, porque, pese a su avanzada edad, aquel señor gozaba de una virilidad envidiable y sus cómplices habían sido un par de viajeras de la tercera fila. Sid continuó detallándoles que entraron por turnos de dos en el aseo, donde, gracias a la menor presión atmosférica y a la vibración, habían disfrutado de un orgasmo colosal.

—No sé qué pensará de todo esto tu amiga de Cardiff, cuando se lo cuentes —apuntó Jessica.

—Pues que no he cambiado nada, ¿qué va a pensar?

Kenn sonrió como un lobo, pensando en lo que Sid era capaz de conseguir impulsado por la adrenalina de estar haciendo algo prohibido y, para mayor mérito, rebasados los cincuenta años y en un vuelo que duraba una hora.

En cuanto aterrizaron en Cardiff, a Sid y su colega no se les ocurrió otra cosa que matar el tiempo de espera hasta que llegara el autobús, tocando sus instrumentos a dúo. No tardó en formarse corro alrededor. Kenn cogió a Jessica de la mano, se despidieron de Sid a viva voz y huyeron de allí cuando la gente empezó a echarles monedas y una pareja de guardias uniformados salió por la puerta de la terminal con muy mala cara.

—Es la primera Navidad que paso lejos de los míos —dijo Jessica, algunas horas después—. Pero gracias a tu familia, me he sentido en casa.

Caminaban despacio, con la bufanda enrollada, el gorro de lana calado hasta las orejas y el cuello del chaquetón subido. Jessica insistió en dar un paseo, con la excusa de que había dejado de nevar, y casi tuvo que sacar a Kenn a rastras.

—Están contentos y yo también lo estoy, sobre todo porque estoy compartiendo todo esto contigo.

Jessica sonrió al recordar el recibimiento de Kenn por parte de sus padres, que no podían contener las lágrimas de alegría, tras dos largos años de ausencia. Ella también se emocionó, viéndolos abrazarse. Mientras Kenn la presentaba a sus padres, todos tenían los ojos llorosos. La escena que se repitió con la llegada del hermano mayor y sus hijos, y nuevamente cuando llegó la hermana mediana desde Barry con su marido y sus tres niñas.

Durante los preparativos de la cena, todos entraban y salían de la cocina. Unos en busca de cervezas frescas del frigorífico, los niños mareando a la abuela ansiosos por probar los dulces antes de hora. El barullo que formaba una familia tan grande era maravilloso, puesto que en el ambiente flotaba, como una bendición silenciosa, la alegría de tener de nuevo a Kenn entre todos ellos. Jessica se sumó a las manos que untaban pasta de queso en los canapés, feliz de sentirse tan arropada por los Sayer.

En ese momento recordó un asunto que Kenn y su padre habían comentado brevemente estando ella delante.

—Kenn, ¿nunca has pensado en terminar el bachillerato? —tanteó con cautela, no sabía si la sugerencia podía incomodarle.

—Ya obtuve mi título de bachiller.

Ella disimuló su sorpresa y también su decepción por no habérselo contado. Recordaba bien aquella noche en que le dijo que había abandonado sus estudios a medias.

—Perdona. Debí entenderte mal.

Kenn giró el rostro, no le gustó su repentina seriedad ni que evitara su mirada. Se detuvo, le acarició la mejilla y la obligó a levantar el mentón para verle los ojos.

—Aquella noche te conté muchas cosas, pero tampoco era momento de entrar en detalles. Como tienes muy buena memoria, recordarás que te dije que pasé más de un año sin querer salir de casa. Ahora ya sabes que ocupé todo ese tiempo en algo más que en jugar a la PlayStation.

Lo miraba tan agradecida que Kenn se sintió culpable por no hablarle más de sí mismo.

—Pero tu padre te animaba hace un rato a seguir con tus estudios.

Esa parte de su vida sí le costaba contársela, no era agradable reconocer ante Jessica otro de sus fracasos.

—Mi padre se refería a otra formación profesional que también abandoné. Siempre me ha preocupado la seguridad de las personas que trabajan en las minas, porque lo he vivido y es algo que en casa nos ha tocado siempre muy de cerca. Empecé a estudiar para graduarme como experto en prevención de riesgos laborales, pero me desanimé y volví a tirar la toalla.

—Siempre estarás a tiempo de retomarlos. Y si no te apetece, tampoco será una tragedia.

No quería que Kenn sacara conclusiones erróneas. Ella no juzgaba a los demás por su nivel académico. Su abuelo materno fue ingeniero de minas, pero el paterno, a quien quería con locura y admiraba, asistió a la escuela lo justo. Las cualidades de las personas residían en su carácter y en el empeño que ponían en el trabajo, cualquiera que fuera.

—Alguna vez he pensado en volver a estudiar —reconoció Kenn—. Trabajando en un *pub*, es complicado.

Jessica prefirió no insistir, habían disfrutado durante la cena y no quería preocupaciones que empañaran el ambiente de fiesta.

—¿Sabes qué estoy disfrutando por encima de todo? —preguntó, contenta—. De lo distinta que parece la Navidad cuando hay niños. En mi casa es algo tan raro, el año pasado Mary tenía solo dos años. Aún era muy pequeña para entusiasmarse como tus sobrinos.

Estaban a unos pasos de la esquina cuando Kenn dejó de caminar, obligándola a ella a detenerse también.

—Por ahí no, prefiero que demos la vuelta.

Jessica, que iba de su brazo, se agarró a él con ambas manos, intuyendo el porqué de aquel cambio de rumbo. Desde allí se escuchaba el jolgorio de los fumadores en la puerta de los *pubs*. En Irlanda ocurría lo mismo. Concluida la cena familiar, los más jóvenes habían salido para compartir una copa y celebrar la noche con los amigos.

—No tienes nada que ocultar, Kenn. Ni por qué esconderte de la gente.

—No me apetece ver a nadie.

Jessica negó con la cabeza. Alzó la mano hasta su barbilla y, con el dedo

enguantado, se la alzó levemente.

—Quiero verte siempre con la cabeza bien alta. A partir de hoy, quiero que camines orgulloso por Swansea. Y ahora mismo lo que más deseo es que me vean contigo, que sepan que no estás solo. Que sepan que hay personas que creen en ti, que te apoyan y que te quieren.

Poco convencido, terminó aceptando con un leve cabeceo. Jessica sonrió y lo invitó proseguir el paseo. A cada paso, cruzaban miradas y charlaban sobre la cena, comentaban similitudes y diferencias entre las tradiciones irlandesas y galesas, típicas de aquellas fechas. Atravesaron la calle más concurrida mientras hacían planes para los dos días que iban a pasar en Gales. Hasta que, sin esperarlo, Kenn la hizo parar y la besó.

Cuando separaron los labios, Jessica sonrió absolutamente feliz.

—Deja de mirarme tanto y dame otro beso —lo invitó, frotando su helada nariz con la no menos fría de él.

Kenn intuyó que aquella sonrisa iba a ser su perdición. No, nada de eso: su salvación, eso era. Y mientras se besaban, se acordó de la habitación de invitados que su madre había preparado para Jessica con tanto mimo. Tendría que moverse con sigilo para atravesar el pasillo y colarse en su dormitorio sin que nadie lo oyera. Esa noche, Jessica no sería la primera mujer a la que le decía «te quiero». Pero sí la única a la que iba a decírselo de verdad.

Lys decidió tomar arriba el té de media tarde, en la tranquilidad del apartamento. No abrió el *pub* en Nochebuena. Pero la mañana de Navidad ya tenía a los más impenitentes esperando que les preparara un apetitoso y contundente desayuno irlandés.

Sobre las diez se fue despejando. Aprovechó que el par de estudiantes contratados por Sid se apañaban sin ayuda para dejar a punto la cocina después de preparar una sencilla comida navideña para los tres. Algo rápido, que también le apetecía disfrutar de la fiesta y dar un paseo bajo la decoración luminosa de las calles y embelesarse ante los escaparates de las tiendas.

Después de compartir una bandeja de emparedados de salmón ahumado y salsa de alcaparras, coronados con unas berlinas rellenas de mermelada de fresa que los chicos trajeron como postre sorpresa, Lys dejó El Cerdo Azul en sus manos.

Y como bien se merecía un respiro, después del té se abrigó bien y salió calle Saint Mary abajo dispuesta a pasar la tarde curioseando entre los puestos del mercadillo navideño.

Su móvil sonó cuando aún no había avanzado una manzana. Era Sid, que la llamaba desde el *pub*, de fondo sonaba *Fairytale of New York*, canción de The Pogues que empezaba a escucharse por todas partes en cuanto se acercaban aquellas fechas.

—¿Pero cuándo has llegado? No te esperábamos tan pronto.

—Ya ves, me canso enseguida de los sitios. Soy un alma inquieta.

—Eso significa que no hubo suerte con tu amiga, la casada.

—Se mudó, eso me dijeron sus vecinos. Bueno, ya lo sabes, que ya estoy aquí.

Disfruta de lo que queda del día. Y feliz Navidad.

—Ya me felicistaste anoche, de madrugada. Leí tu WhatsApp.

Con el recuerdo de que los buenos deseos no sobran nunca, le colgó sin decir adiós. Lys supuso que algún cliente impaciente tuvo la culpa.

Las nubes venían del norte bastante oscuras. Se alegró de haberse puesto la cazadora con capucha. Tenía que darse prisa o la lluvia le fastidiaría el paseo por el mercadillo. Aún no había llegado al final de la calle cuando escuchó el aviso de un mensaje. Volvió a sacar el teléfono del bolsillo y, al ver de qué se trataba, sonrió con la boca y con el corazón. Era una instantánea de Connor dándose el chapuzón de Navidad. Había que ser muy valiente o estar loco de atar para zambullirse desde el malecón del puerto en aquellas aguas heladas. Lo llamó de inmediato.

—Feliz Navidad —fue lo primero que le dijo.

—Feliz Navidad, chico duro. Me recuerdas a un fanfarrón que se atrevía con todo y conocí cuando yo estudiaba...

—¿En Hogwarts? Ah, no, que esa es una escuela de magos. Y tú eres una bruja.

Lys le dio el gusto y le regaló una risilla brujil.

—Te adoro —musitó cariñosa.

—Ya lo veo, me comparas con un niño gilipollas y tengo que tomármelo como un cumplido.

—Un poco gallito sí que eres —dijo, sin dejar de reír—. ¡Ni loca me metería yo en el mar con este frío!

—Me liaron los de las oficinas —dijo sin darle importancia—. Hay que mantener la tradición.

Lys supuso que el resto de nadadores temerarios que aparecían con él en la foto que acababa de enviarle, eran miembros del personal de O'Brien Suirbhé. Y puesto que Jessica estaba en el Reino Unido con Kenn, suponía que había comido con su hermana, su cuñado y el hijo de estos y su familia.

—No, Michael y Tessa marcharon a Washington. Ahora mismo estarán reposando el atracón en casa de Brandon. Yo he almorzado solo, comida china. No es tan mala como dicen.

—Jessica me comentó que, durante las fiestas, siempre reúnes a los amigos. ¿No han venido Ralf y Sara?

Se sentía realmente mal, imaginándolo solo durante la comida de Navidad.

—Me invitaron a unirme a su concurrida celebración y cuando fue diciéndome el montón de gente que seríamos, me dio pereza y preferí quedarme aquí.

—Pudiste venir a Galway, esta misma mañana, después del chapuzón. Yo estoy aquí, ¿recuerdas?

—Tenías tus propios planes.

Lys fue incapaz de alegar réplica alguna. La respetaba, cosa que siempre había querido en un hombre. Connor no había hecho prevalecer su deseo de estar con ella para no causarle molestias y lo admiraba por ello. ¡Pero le pesaba en la conciencia!

Puesto que ya no había remedio, decidió hablar de otra cosa. Le contó sus planes para esa tarde, cuando lo cierto es que tal como le iba contando fue planeando otro muy distinto. En cuanto se despidió de Connor, dio media vuelta y regresó al *pub*. Apenas asomó la cabeza por la puerta para preguntarle a Sid si le causaba mucho trastorno no verla por allí hasta dentro de un par de días o tres. Le dio permiso, asegurando que los clientes se conformarían en su ausencia mientras no faltaran hamburguesas, sándwiches y pescado frito.

Subió a su apartamento y preparó una maleta pequeña a toda prisa. Envolvió entre un jersey, con mimo, su regalo de Navidad para Connor. Y no olvidó un último detalle, ya estaba bajando las escaleras cuando se dio con la mano en la frente y volvió a subir corriendo en su busca.

Tres horas después, aparcaba el Honda Civic frente al 14 de Ailesbury Road. Lo llamó sin salir del coche. Maldita nieve, pensó. Y esa vez caía con inclemencia. Puso en marcha los limpiaparabrisas para poder ver y no quedar encerrada en una burbuja blanca.

—¿Me abres la verja?

—¿Qué verja, la de la calle? —preguntó, sorprendido—. Pero ¿estás...?

Lys lo vio apartar las cortinas y mirar a través de la ventana. La cancela se abrió sola, accionada desde la casa. Ella hizo la maniobra para entrar con el coche por el sendero que partía el jardín. No lo aparcó, al verlo salir con el jersey, sin nada encima y correr hacia ella bajo la nieve, bajó del coche a toda prisa. Y agarró la escoba del asiento trasero.

Cuando se dio la vuelta, lo tenía frente a frente. Connor la envolvió en sus brazos.

—¿Cómo se te ocurre conducir hasta aquí con este tiempo, loca?

Lys levantó la escoba que llevaba en la mano.

—Dime dónde puedo aparcarla. Tu bruja ha venido a cenar contigo...

No pudo terminar la broma porque él la calló con un beso, largo y ansioso, bajo la cellisca incesante de copos de nieve.

Pasaron a la casa de al lado y asaltaron el frigorífico de los McEvan.

—No me creo que hayas dejado de venir a por tu fiambarrera de la cena. Ya era hora de que aprendieras a cocinar —se burló.

—No todos los días, pero vengo a veces. Tessa sigue insistiendo en dejarme algo preparado. Pero no es lo mismo.

—Esta noche lo será.

—¿Con o sin nota insolente? —recordó Connor, agarrándola por la cadera.

Lys sonrió, enigmática. Iba a tenerla, pero esa vez no con la clase de mensajitos que compartían cuando no se conocían.

Ya en casa, Lys improvisó unas salchichas con puré de patata, aderezado con sal, pimienta y mantequilla. Una cena sencilla que les supo mejor que el convite más exquisito. Estaban juntos, no necesitaban más. Brindaron sentados en la alfombra, frente a la chimenea. Ella entre las piernas de Connor, apoyada en su pecho. Solo se oía el crepitar de la leña.

De pronto, Lys se levantó. Acababa de recordar que no le había entregado su regalo. Connor quiso retenerla, diciéndole que daba lo mismo hoy que mañana. Sacudió la mano, para que no insistiera, y salió de la casa a por la maleta que había dejado en el coche. Tropezó con la escoba que dejó tirada en mitad del camino.

Regresó aterida. En los brazos de Connor, silenciando con besos sus reproches por no hacerle caso, volvió a entrar en calor.

Ansiosa por dárselo, abrió la maleta allí mismo, agachada en cuclillas. Sacó un paquete rectangular envuelto en papel rojo brillante y se lo puso en las manos.

—Lo dejó Santa Claus debajo del árbol de mi casa.

Connor le rodeó el cuello con un solo brazo y la atrajo para un beso tierno y breve.

—No, no voy a abrirlo todavía —sabiendo que ella deseaba que lo hiciera—. Quiero que los destapemos a la vez. Esta mañana, encontré una sorpresa que Santa dejó para ti.

Lys sonrió, ya imaginaba que le tenía preparado algún detalle, a pesar de no haberse molestado en decorar un abeto. Lo vio ir hasta el armario de la entrada, sacó una caja envuelta con una lazada de regalo y la cogió de la mano para llevarla al sofá. Cuando estuvieron sentados, una mirada les bastó como señal y comenzaron a destaparlos al mismo tiempo.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Lys cuando descubrió su regalo de Navidad. Aquel estuche profesional que contenía cuarenta y ocho tonos de rotuladores Faber-Castell de punta de pincel, representaba mucho para ella: era un apretón en el hombro, su mano tendida, su caricia de ánimo para que empezara a imaginar y llenar de color nuevos cuentos para niños.

—No sé si he acertado —dudó, cogiendo la mano con cuyo dorso acababa de secarse la mejilla.

—Ya lo creo, más de lo que imaginas.

No solía usar ese tipo de rotulador, ¿por qué no empezar a hacerlo? Connor le daba herramientas nuevas para nuevas historias, una bella forma de enseñarle que la vida es una eterna sucesión de nuevos comienzos.

—¿Y qué hay del tuyo? ¿Te gusta?

Lys le estuvo dando muchas vueltas, dada la dificultad que supone acertar con un regalo para un hombre que tiene de todo. Y se decidió por uno simbólico. La idea le

vino un mañana, mientras paseaba por los alrededores de Saint Nicholas. Un artesano se dedicaba a rotular nombres y dichos con tintero y pluma. Se enamoró de aquella hermosa caligrafía cursiva, a imitación de la de los libros manuscritos. Y le encargó que escribiera sobre cuero un antiguo conjuro de amor, que le dedicó Connor en Nueva York. Lo hizo enmarcar en una de esas molduras doradas de mediados del siglo XVIII, en muy buen estado, que descubrió por casualidad en una tienda de antigüedades.

—Me gustan las palabras, y todavía más que aún recuerdes que te las dije.

—Y funcionó.

—En eso confío, en que sea indestructible.

Pasó las yemas de los dedos, admirando la historiada talla de volutas de pan de oro. Regia enmarcación para un bello símbolo. Se inclinó para coger de la alfombra el vaso de Lys, el *whiskey* especiado aún estaba tibio. Ella lo miraba a los ojos, Connor vio el reflejo del fuego que ardía en la chimenea en los suyos verdes hechiceros. Bebió un trago largo y lo alzó como mandaba la tradición. Lys también miraba el cuadro, con la cabeza muy cerca de la suya.

—Conjuro indestructible para lograr el amor de la mujer que se desea y ama — leyó el preámbulo—. Tú mía y yo tuyo y de nadie más. Tu rostro siempre vuelto hacia el mío...

Le rozó la mejilla con el dedo para que girara la cara, exigiéndole un beso. Lys lo hizo, se tumbó sobre él, al mismo tiempo que dejaba su caja de rotuladores en el suelo. Connor depositó con cuidado su regalo sobre la alfombra y se tumbó de espaldas hasta apoyar la cabeza en el brazo del sofá. Ella le acariciaba la cara sin dejar de besarlo, él metió las suyas por debajo del jersey. Aquella noche era tan dulce como sus bocas ávidas de ternura. La Navidad sabía a *whiskey*, azúcar moreno, clavo y limón.

Despedirla de nuevo fue más duro de lo que imaginaba.

Connor se negaba a verla cruzar la cancela después de compartir todo su tiempo con ella. Dos días en los que sin más planes que saciarse de sexo, descubrir nuevas formas de darse placer, reír, dormir, bromear, hablar en voz baja, comer a deshoras, amarse despacio para, después de la calma, reclamarse con renovado ardor.

Ella ya se había sentado al volante, Connor le dio un beso metiendo la cabeza por la ventanilla bajada. Y luego otro.

—Cada día que pasa se me hace más difícil soportar que estemos tan lejos el uno del otro.

Lys le mostró su mano cerrada, donde lucía el corazón azul entre dos manitas de oro blanco.

—No lo olvides nunca. Este anillo simboliza el amor que sobrevive a pesar de la

distancia, del tiempo y de toda adversidad. Todos los viejos talismanes tienen un poder indestructible. Como el conjuro.

Connor tomó su mano cálida entre las suyas heladas y se la besó a modo de silencioso adiós.

La vio marchar convencido de que llegaría el momento, no muy lejano, de encontrar la manera de convencerla. Necesitaba tenerla, cada día y cada noche, para siempre, a su lado.

Capítulo 13

La Pequeña Navidad trae aroma a apio, perejil y zanahoria

Llegó el seis de enero, la Navidad de las Mujeres. Fecha en la que antaño, ellas disfrutaban del goce y derecho de salir a divertirse como los hombres. Tradición que las representantes del género femenino ponían empeño en mantener, porque además, ese día no cocinaba ninguna fémina y quienes bregaban en la cocina eran ellos.

Esa Pequeña Navidad, como también llamaban ese día, en el que debía reinar el reconfortante aroma de una sopa de verduras, El Cerdo Azul olía a fritanga de abadejo y patatas, puesto que Sid y Kenn, los responsables de guisar y cumplir así con la costumbre que liberaba a Lys de encerrarse entre fogones, poseían escasas habilidades culinarias. Pero eran capaces de encender la freidora y preparar la más famosa comida rápida de los dos países separados por el Canal de la Mancha.

Lys disfrutaba de su descanso sentada frente a Jessica. Ante sendas tazas de té, conversaban sobre el viaje navideño de los padres de esta última que, según sus últimas noticias, habían decidido prolongar una semana más, hasta que Michael comenzara las clases en la Universidad de Cork. Jessica le mostraba en su teléfono la montonera de fotografías que le habían ido enviando a través del WhastApp. Lys observaba en silencio, pero con las emociones a flor de piel, las instantáneas en las que aparecía Mary. Sentía alivio al constatar que, poco a poco, el tiempo había logrado disipar la zozobra hiriente que le provocaban los niños. En ese momento la invadía una sorpresiva ternura viendo a aquella chiquitaja cariñosa dando besos apretados, abrazada a sus abuelos, o soplando la vela del alféizar, orgullosa de ser la protagonista de aquella bonita costumbre irlandesa.

—Pues eso precisamente es lo que mi madre lleva peor —explicaba Jessica, mostrándole una nueva tanda de fotos.

Lys se sorprendió a sí misma sonriendo, mientras observaba los ojitos un poco rasgados de la preciosa Mary y su brillante cabello liso.

—¿Te refieres al origen oriental de la mujer de tu hermano?

—No, claro que no es eso —se apresuró a contradecir para que no sacara conclusiones equivocadas—. Si acaso son las costumbres de Suyen, la comida, eso de ir en calcetines por la casa y chorradas así. Pero mi madre habría preferido que escogiera a una chica de aquí.

Sid atendía la barra y las mesas. Keen hizo una pausa para acercarse a la mesa del rincón y estar con las chicas un par de minutos. Se sentó al lado de Jessica, que le hizo sitio en el banco al verlo venir. Él le pasó la mano sobre los hombros y le dio un

beso en la mejilla.

—Qué bien aprovechas tu día, Lys. Disfruta mientras dure.

—Eso hago —confirmó, y levantó su taza de té hacia él.

Kenn ojeó por encima el teléfono móvil de Jessica; ella lo notó y le explicó de qué hablaban antes de que él se sumara a la conversación.

—Le contaba a Lys que mi madre no lleva muy bien que mi hermano se enamorara de su jefa. Pero no por el hecho de que sea medio coreana, sino porque además del trabajo, Suyen lo asentó para siempre en Estados Unidos.

Lo cierto es que no fue su esposa, sino su empleo. Brandon, el hermano de Jessica, fue seleccionado por una importante empresa gubernamental americana en la que trabajaba como ingeniero informático. El amor vino después. Tantas horas pasaban juntos que, entre discusiones laborales, tensas reuniones y ratos de estrés, se dio cuenta de que no podía vivir sin aquella florecilla oriental, inalterable y perfeccionista, que lo sacaba de quicio.

—Es eso que llaman choque cultural —opinó Kenn—. Tu madre se habría conformado más si tu hermano se hubiera casado con una irlandesa americana.

—Después de tener en los brazos a nuestra Mary, mi madre debió sentirse desolada sabiendo que la tendría siempre tan lejos. El origen de Suyen no le molesta, a veces dice que podría haber sido peor la cosa.

—¿Ah, sí?

—Una chica de Nueva Zelanda, por ejemplo, que está infinitamente más lejos —sugirió Lys.

Jessica hizo un gesto de negación y miró a Kenn con una sonrisa divertida.

—Me imagino que se refiere a la posibilidad de que Brandon se casara con una británica.

—Entonces, estoy bien jodido —asumió, echándose a reír.

—No lo dice en serio.

—Ni yo tampoco, Jessy —dijo, levantándose para regresar al trabajo.

El tiempo de asueto se había acabado, y el de las guerras y el odio también. Allí siempre sería un *british*, pero también era feliz. Podía aguantar las bromas.

Llegaba tarde. Ese día, Kenn se entretuvo hablando demasiado rato con los habituales del vestuario del gimnasio. No era su costumbre pero era un alivio disfrutar de sentirse una persona normal. Atrás quedaban para siempre los días en que mendigaba con la cabeza gacha, creyéndose un apestado.

Entró en el *pub* con prisas y una mirada de disculpa dirigida a Sid que fue respondida con una mueca, puesto que el local estaba a tope de turistas. Lys se había marchado hacía rato y él solo no daba abasto justo a la hora en que los autocares que venían de Dublín hacían su breve parada en la ciudad.

—Ya era hora —lo amonestó, con la mano en el grifo de la cerveza.

Él dejó la bolsa de deporte en un rincón y cogió la bandeja que Sid ya tenía preparada con media docena de pintas. De una ojeada vio que Jessica no ocupaba su mesa del rincón, sino que estaba sentada en un taburete junto a la barra. Con la bandeja en la mano, pasó para darle un beso rápido.

Estuvo enfrascado trayendo vasos vacíos y llevando consumiciones a las mesas hasta que empezó a despejarse. Cuando solo quedaba la clientela habitual, cogió la bolsa del gimnasio decidido a guardarla en el almacén. Pero antes de hacerlo, se acercó a Jessica.

—Qué raro verte por aquí tan pronto y sin el portafolios abierto en tu rincón preferido —comentó, acariciándole la mejilla con los nudillos.

Ella le cogió la mano y la sujetó cerrando los ojos.

—Hoy no tengo la cabeza para centrarme en la documentación del caso que me han encasquetado mis jefes.

Connor no quería verla tan cansada, deseaba que pronto dispusiera del tiempo necesario para preparar el examen que la convertiría en una abogada litigante, como era su deseo. Entonces podría dedicarse a defender a sus propios clientes y dejaría de una vez de hacer las tareas más engorrosas para los otros abogados del bufete.

—Descansa hasta la tarde, seguro que luego lo verás con otros ojos.

Jessica resopló con cara de impotencia.

—Se trata de un caso desagradable, una familia riquísima, pero ricos de verdad —le explicó—. Un asunto feo de herencia.

—¿Otro?

—Pues sí, parece que todos me tocan a mí —rumió con una mueca conformista—. Mi jefe dice que se median bien, qué amable. Y además de la misma familia.

—¿El finolis que fue cara a su madre con la motosierra encendida?

—Vaya, aún te acuerdas —sonrió con agrado—. No, estos son otros más millonarios todavía. Uno de ellos, se armó de gasolina y mechero y quemó la casa de su hermano mayor. Y nuestro cliente, no iba a ser menos, ha hecho lo mismo. Vamos, que los hermanos han pegado fuego el uno a la casa del otro. Un encanto de familia.

Kenn escondió la cara en su cuello y aprovechó para hacerse perdonar la risa que le entró al oírla dándole unos cuantos besos. Los chascarrillos de los clientes que estaban cerca, sugiriéndole que no se la comiera todavía que no eran ni las doce, lo obligaron a retirarse para no convertirse en protagonistas de sus chistes subidos de tono.

—Entonces, tampoco tendrás ganas de ayudarme con esto —dijo sacando el móvil del bolsillo—. ¿Qué cortinas te gustan más?

Empezó a pasar el dedo por la pantalla, mostrándole varias fotografías.

—Yo no las cambiaría, siendo un apartamento de alquiler —opinó ella.

Con la llegada de Lys, Kenn aprovechó para cederle el pequeño apartamento sobre el *pub*, que Sid le ofreció cuando lo contrató. La subida de sueldo que obtuvo

entonces se le iba integra en el pago del alquiler del estudio en el que vivía al otro lado del río, pero le compensaba marcar cierta distancia entre trabajo y vida privada. Le ayudaba a desconectar. Ya pasaba suficientes horas entre las cuatro paredes de El Cerdo Azul.

—Las que hay son muy oscuras —alegó.

—¿No te gustan ningunas de las que he elegido?

Jessica lo miró de reojo antes de volver a centrarse en las fotografías, no imaginaba a Kenn en una tienda de visillos y cortinajes en un arranque de afán decorador. Tampoco quiso herir su sensibilidad diciéndole la verdad, puesto que algunos visillos de *nylon* que imitaban calados de ganchillo eran, más que feos, abominables. Se sintió muy aliviada cuando, tras cuatro telas de floripondios, empezaron a aparecer las fotos con tejidos más bonitos.

—Este estampado no está mal.

Kenn no parecía convencido.

—Pero si tuvieras que elegir unas para tu apartamento, ¿por cuál te decidirías?

Jessica puso el dedo sobre una de las imágenes, la agrandó y se la mostró.

—A ti estas no te pegan nada, pero si tuviera que cambiar las del mío, cosa que no pienso hacer, me quedaría con la de florecitas azules. Son discretas y el efecto de la tela es muy alegre.

—¿Seguro?

—Seguro.

Kenn le dio las gracias con un fugaz beso en los labios, se cargó al hombro la bolsa de deporte y se fue a guardarla al almacén.

Los tres clientes que quedaban en la barra, estaban muy entretenidos escuchando al padre Moloney, que era el que ocupaba el taburete del medio. Sid se había unido a la conversación. Jessica se conformó con escuchar desde lejos, aquello parecía una charla de amigotes y su presencia los habría hecho callar para no escandalizar sus oídos femeninos con el dilema que, al parecer, tenía en un sinvivir al cura. De todos era sabido que, en cuanto se bebía la tercera pinta, perdía la capacidad de discernir con claridad y absolutamente toda la prudencia verbal.

—Pues esa es la cuestión —comentaba, haciendo aspavientos con las manos—. Que no sé si es pecado o no.

—A ver, padre, dice usted que el marido puso una luz.

—Una luz —barbotó medio enfadado—. ¡Un foco!

—Tendrá que repetírnoslo, porque no lo acabamos de entender —lo azuzó Sid.

—Resulta que la mujer vino a preguntarme muy preocupada, como buena temerosa de Dios porque el marido, antes del acto marital —explicó bajando un poco la voz—, colocó el foco de un coche en el techo justo encima de la cama, ¡nada menos que de un todoterreno, con lo que deslumbra eso! Como si se tratara de un teatro o algo parecido.

Los clientes rieron con la boca cerrada la fantasía teatral, locos por averiguar

quién era el feligrés en cuestión que había convertido a su parienta en estrella del porno casero.

—¿Es eso pecado, o no es pecado? —insistía el cura.

—Desde luego, padre Moloney, lo tiene usted difícil —dijo uno, con fingida preocupación—. Y ¿puede saberse quién ha sido la mujer que se ha visto en semejante tesitura?

—¡Nunca! ¡Me lo contó bajo secreto de confesión!

Bajó del taburete, como si estuviera rodeado de impíos que hacían peligrar su juramento, sacó unos billetes del bolsillo de la sotana que dejó sobre el mostrador y se marchó corriendo sin esperar ni las vueltas.

—Yo no me quedo sin saber quién es el figura del foco en el techo.

Sid y los otros dos se miraron entre ellos. Cuatro pintas y un *whiskey*, y el cura cantaría el nombre de carrerilla.

—Lo echamos a suertes —propuso poniendo una moneda encima del mostrador—. A ver quién se encarga de emborrachar al padre Moloney.

Lo cierto es que llegó sin avisar, pero Jessica no esperaba encontrar a Kenn en su tarde libre cubierto de pintura y con un rodillo en la mano. Una hora antes le había respondido a su mensaje de WhastApp que no iba a salir de casa y ella decidió darle una sorpresa.

—No te esperaba —dijo Kenn, cerrando la puerta tras ella.

Jessica le dio un beso rápido y fue directa hacia la cocina a dejar las bolsas que cargaba en la mano.

—He traído cosas para hacer la cena, *spaguetti* a la boloñesa.

Kenn elevó las cejas, yendo tras ella.

—¿Conoces a alguien que cene pasta?

Ella alzó las palmas de las manos. No estaba dispuesta a preparar su ágape nocturno preferido: una loncha de pan de molde con mantequilla y media banana en rodajas.

—Es bueno probar cosas nuevas.

—¿Vas a cocinar tú la salsa?

—Viene en un bote de cristal, acabo de comprarla en Texco —confesó sin tapujos; y se aupó, ladeando la cabeza para mirar por encima de su hombro—. ¡Hey, qué bonito está quedando! Me gusta el color.

Kenn la observó mientras ella salía de la cocina e inspeccionaba con aire experto cada rincón de la sala de estar. El apartamento era tan pequeño que carecía de comedor. Innecesario, por otra parte, ya que Kenn solía almorzar y cenar en el *pub*. Para desayunar algún día o en las esporádicas ocasiones que comía en casa, se apañaba con la mesita baja que tenía delante del sofá.

—Ya ves cómo está todo esto. Será mejor que me duche y salgamos a cenar fuera.

Ella giró la cabeza contrariada, esa sugerencia tiraba por tierra su sorpresa de preparar la cena para los dos por primera vez. Un menú a la italiana, sencillo e insólito. Incluso había comprado una botella de vino tinto, además de una gran porción de tiramisú para compartir como postre.

—Nada de eso. Tú ve a ducharte, que yo me ocupo de arreglar un poco este lío.

—Pero si el sofá está tapado con plástico.

—Vete, que yo lo quito y ya volverás a colocarlo mañana.

—Aquí apesta a pintura.

—En quince minutos olerá a albahaca y orégano como si estuviéramos en Italia.

Cuando se le despertaba la vena entusiasta, resultaba agotador llevarle la contraria. A Kenn le habría gustado cogerla en brazos y levantarla para besarla durante largo rato, pero no quería pringarle la ropa de pintura. Se conformó con obedecer. Mientras se encaminaba hacia el baño, escuchó el crujido del plástico que cubría el sofá al ser retirado.

Apenas le dio tiempo a colocar la cazuela con agua sobre la encimera. No había encendido el fuego cuando Jessica oyó que la llamaba desde la ducha. El cuarto de baño estaba tan lleno de vapor que tropezó con un taburete. Aún así, podía ver perfectamente la silueta de Kenn a través de la mampara, se mordió los labios contemplando cómo se enjabonaba.

—¿Me has llamado? —dijo asomándose a través del hueco entre el cristal y la pared—. ¿Necesitas que te acerque algo, jabón o champú?

Kenn aprovechó para agarrarla por la muñeca, tirar de ella y meterla bajo la ducha con él.

—Te necesito a ti —dijo aplastándola contra los ladrillos con su cuerpo.

Jessica no podía parar de reír, viéndose de repente bajo el chorro de la ducha, completamente vestida, con los zapatos empapados, mientras Kenn le besaba la cara, la mandíbula y el cuello como si no tuviera bastante.

—¡Estás loco!

Kenn no lo negó, al contrario, mientras trataba de desabrocharle la blusa mojada con aquellos condenados botones que se le escurrían entre los dedos, le susurró al oído quién era la culpable de toda su locura.

Lys abrió la puerta y se quedó sin saber qué decir. La persona que acababa de subir era, de todas las que conocía, la más inesperada.

—Pasa, Tessa. Qué sorpresa.

—He venido a Galway a ver a mi hija, ya que ella no encuentra nunca el momento de volver a Dublín. Y como me hace falta el coche, el Honda pequeño, si no te importa, me gustaría llevármelo.

Lys la miró con sorna. Igual se creía que pretendía quedárselo.

—Apenas lo uso, solo cuando voy a Dublín. Donde, por cierto, está mi moto. La dejé en vuestra casa y allí debe seguir.

Fue al dormitorio en busca de su bolso. Cuando regresó, pudo observar que Tessa observaba con atención cada detalle de aquel pequeño apartamento. Seguro que estaba horrorizada por la decoración a base de muebles y cortinas de Ikea. Solo disimuló su escrutinio cuando la vio con la mano tendida y las llaves del coche colgando de ellas.

—Podía habérmelas pedido Jessica, la veo con frecuencia.

—Espero que no te cause una molestia devolvérmelo.

A Lys le molestó ese plural. Puesto que el coche era de Connor.

—Para nada, solo que tendré que ir a por a Dublín en autobús el día que decida ir a recoger mi Yamaha. Pero, tranquila, no me arruinaré por los cinco o seis euros que cuesta el billete.

Era obvio que la incomodaba que le hablara con tanta frialdad, pero Lys no tenía ganas de disimular.

—Me extraña que Connor no me haya avisado de que vendrías a por las llaves. Bastaba una llamada. Él no sabe que estás aquí, ¿verdad?

—No se lo he dicho, ahora que caigo. Pero el mío están reparándolo en el taller. Y con el de Michael no puedo contar. En cuanto me lo arreglen, te lo devolveré.

—No es preciso. No me hace ninguna falta.

—Lys, si llego a saberlo no vengo. No creía que te lo tomarías tan mal.

Algo extraño le ocurría a Tessa, parecía que alguna preocupación mustiaba su natural cara de palo. En ese momento, observaba los sobres de correo y las etiquetas de café soluble que enviaba durante todo el año, para participar en ese concurso para soñadores.

—¿De verdad crees en ese concurso? Nunca lo habría pensado de ti.

—Ya ves en qué me entretengo. ¿Por qué no soñar? Esta es la única fortuna que espero algún día y que seguramente nunca llegará. No voy detrás del dinero de otros. Me gustaría tener holgura económica por si un día necesito comprarme un coche, por ejemplo. Y no tener que usar uno prestado.

Sonó con tal acidez que Tessa desvió la mirada. Y fue entonces cuando descubrió la fotografía que Lys ya veía sin echarse a llorar, en la que aparecía ella con Rori en brazos. La puso a la vista, en la estantería de los libros, aquel día en que desahogó con Connor todo su dolor.

—Creí... Yo... ¡Dios mío! No sé qué decir. ¿Es... tu hijo?

—Sí. Estaba sano y lleno de vida. Pero se quedó dormido y se me fue para siempre. Lo llaman muerte súbita del lactante.

Observó el rictus de dolor de Tessa, pero no se ablandó. Eran tantas las suspicacias que albergaba contra ella que no le dio ninguna pena.

—Supongo que ahora comprendes que no es una cuestión de irresponsabilidad.

Es miedo, un miedo horrible a tener otro hijo y que pueda volver a pasar.

—Yo, de verdad... Lo lamento, Lys.

—No, no lo sientes. Lo único que lamentas es que te has quedado sin argumentos para separarme de tu hermano.

Lys escuchó un murmullo con el que le dijo adiós y se marchó. Cerró la puerta con pestillo y apoyó la espalda en ella. Con los ojos cerrados, esa vez, por fin sin lágrimas de dolor. Y pensó qué iba a saber ella. Decía que lo sentía. Qué lejos estaba de comprender qué es ese terrible sufrimiento que te arranca un pedazo del corazón y lo deja mellado para toda la vida.

—Ya puedes abrirlos —cedió Kenn.

Le retiró las manos de la cara, para dejar de teparle los ojos, y las apoyó sobre sus hombros. Jessica observó el nuevo aspecto de la sala de estar. Después de la visita de su madre, que la dejó llena de desazón por su pesaroso mal humor, que convirtió el almuerzo en un velatorio sin muerto, necesitaba un respiro. Y la sorpresa que Kenn acababa de darle era un soplo de alegría increíblemente tierno.

El apartamento no parecía el mismo, se veía tan acogedor que le entraron ganas de lanzarse sobre el sofá, jugar con el montón de cojines de colores y rodar con Kenn por la alfombra nueva. La había comprado en un tono lavanda que hacía un bonito contraste sobre el serio suelo de tarima y combinaba con las florecitas de las cortinas.

—Caray... No parece el mismo, ¿te ha quedado precioso!

Kenn la cogió por los hombros y la hizo girar en redondo para que viera un par de piezas de mobiliario recién compradas.

—Mira, he pensado que este escritorio te vendrá perfecto. La estantería aún no está fijada a la pared, podemos colocarla donde tú quieras. Donde te sea más cómodo para tener a mano los documentos de tus casos —le explicó pleno de entusiasmo—. En la mesa hay cajones y espacio para el portátil. El enchufe está justo al lado para colocar una lámpara de lectura, aunque también había pensado colocar todo esto junto a la ventana para que puedas trabajar con luz natural.

Hablaba tan rápido que a Jessica le era difícil asimilarlo todo a bote pronto. Giró la cabeza para verle el rostro. Desde que se conocían, nunca lo había visto tan ilusionado.

—Pero Kenn...

—Déjame terminar —rogó dándole un cariñoso apretón en los hombros—. Siempre te quejas de lo ruidoso que es tu apartamento. Ya sé que trabajar allí es una tortura para ti, porque no puedes concentrarte. Reconócelo, Jessy, aquí estarás mucho mejor. He pensado en todo y te juro que no te molestaré. No haré ni un solo ruido.

—¿Quieres que me mude aquí, contigo, que compartamos piso?

Giró para quedar frente a frente y Kenn le acarició los brazos.

—Llámalo así, si quieres. Pero ya compartimos mucho más —le recordó—. Intentémoslo, Jessy. No hagamos planes de futuro, vivamos el momento, día a día, y ya veremos adónde nos lleva todo esto. Sin metas, sin promesas que no estemos dispuestos a cumplir. ¿Me dejas que cuide de ti?

—Kenn, yo no necesito que lo hagas.

—¡Ya lo sé! Eres una mujer tan valiente que asustas a cualquier hombre.

—A cualquiera menos a ti.

A Kenn se le escapó una leve risa nerviosa.

—A mí no me asustas, ¡me alucinas! Te miro y creo que todo es posible, incluso que una chica increíblemente lista como tú pueda fijarse en alguien como yo.

—Como te rebajes, voy a enfadarme mucho.

Kenn sacudió la cabeza. Le colocó el pelo detrás de las orejas y cruzó los dedos en su nuca.

—Creo que no me he explicado bien. Tú has logrado que empiece a creer en mí mismo. Nunca he cuidado de nadie. Antes de conocerte, era un puto egoísta y el resto del mundo me daba igual. Pero tú me importas mucho, Jessy. Me gusta estar al tanto de lo que necesitas y quiero hacer lo posible para que te sientas cómoda.

Jessica le cogió la cara entre las manos.

—Ningún hombre se ha preocupado tanto por mí. Mi padre no cuenta —dijo con una risita emocionada—. Y tú has hecho todo esto, has elegido las cortinas que me gustaban, has comprado almohadas nuevas para el sofá, has cambiado el apartamento de arriba abajo y te has gastado tus ahorros en unos muebles para mí. Para que yo esté a gusto.

—No lo he hecho por ti, lo he hecho por los dos. Porque te quiero y necesito que me des un beso por las mañanas cuando te vayas a trabajar, porque tengo ganas de encontrarte aquí cuando vuelva tarde después de cerrar el *pub*. Porque me apetece pelar patatas y que tú estés a mi lado encendiendo el fuego, aunque apenas quepamos los dos en esta cocina estrecha —señaló con la mano.

—Todas esas cosas que hacen las parejas.

Kenn cerró los ojos y dudó un segundo. No era agradable reconocer ante ella y ante sí mismo lo que estaba a punto de decir.

—No estoy demasiado orgulloso de la persona que soy, pero si logro hacerte un poco más feliz de lo que eres, lo consideraré un triunfo.

Jessica apoyó la frente en su clavícula y apretó los párpados para no echarse a llorar. Ni una lágrima quería en ese momento, ni de emoción siquiera. Solo cabía la alegría, infinita alegría, en un momento tan crucial para los dos. Alzó el rostro y, suspirando hondo, miró a Kenn a los ojos.

—Ninguna mujer en el mundo va a quererte más que yo, ¿sabes?

Kenn sonrió por fin y la apresó con ansia entre sus brazos. Si alguien los hubiera visto habría pensado que se besaban como si pretendieran comerse el uno al otro de un solo bocado.

Tessa se envaró en el asiento, para afrontar las malas noticias con valentía.

Estaba en la consulta de su ginecólogo de toda la vida y era lo bastante lista para adivinar que, tras la aparente expresión de seguridad y calma del doctor Miller, pasaba algo grave. Acababa de mostrarle a contraluz los resultados de la tomografía. El bultito en su pecho derecho se veía perfectamente, no más grande que un garbanzo.

—El tumor es maligno, Tessa.

El golpe de gracia se lo dio llamándola por su nombre, una novedosa cordialidad que, viniendo de un hombre que siempre la había tratado por el apellido de casada, era la confirmación de sus peores sospechas.

—No se ande con rodeos, se lo ruego. No lo soportaría. Dígame cuánto me queda.

Su tono lapidario enfadó al médico, que la amonestó con una seria perorata. Necesitaba toda la colaboración de la paciente para superar el cáncer. De ningún modo iba a permitir que se hundiera moralmente cuando todas las investigaciones oncológicas insistían en que el estado de ánimo positivo era un factor crucial para lograr una óptima recuperación.

—Vamos a empezar por no hacer de esto un drama porque no lo es.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido. Hay altísimas posibilidades de curación. Soy muy optimista, así me lo ha asegurado el equipo de oncología del hospital donde le extirparán el tumor y recibirá el tratamiento.

—Pero no hay una seguridad al cien por cien.

El médico apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Ni la hay tampoco de que, cuando salga de mi consulta, no ruede por las escaleras y se rompa el cuello. O de que cruce la calle y la atropelle un camión.

—Me está pintando un futuro estupendo, doctor —bromeó sin ganas.

—Confíe en la medicina y en los médicos —zanjó—. Y no se lo pido: se lo exijo. No es una cuestión de esperanza, sino de convicción.

—Fíjese si confío que llevo treinta años casada con uno.

El hombre sonrió, contento de que ella acompañara la broma con una sonrisa.

—Cuente sobre todo con el apoyo de su esposo.

—¿Cómo psiquiatra? Será la primera vez que lo necesite.

—Como marido —la corrigió con gesto firme.

Para llevar la contraria a la agorera suposición del doctor Miller, Tessa no cayó rondando por las escaleras del edificio, sino que se desplomó al salir de la consulta,

dando un buen susto a la recepcionista y a otra paciente que leía una revista en la sala de espera.

La tumbaron en una camilla y no la dejaron incorporarse hasta asegurarse de que se había repuesto. Le ofrecieron agua y ella pidió un té con leche bien cargado, si no era molestia. Acababa de apurar la segunda taza cuando entró Michael en la consulta con el rostro demudado y la corbata torcida. Tessa se alarmó, porque nunca había recorrido tan rápido la distancia entre Cork y Dublín, pero lo vio tan preocupado que se ahorró la reprimenda que tenía en la punta de la lengua y prefirió olvidar la velocidad con la que debía de haber quemado los neumáticos por aquella autovía.

—No sé para qué te han avisado, ha sido solo un desmayo. Los nervios acumulados han tenido la culpa, me imagino.

Por primera vez en mucho tiempo, vio a su marido realmente enfurecido.

—¿Es que no tenían que llamarme?

—No grites —rogó bajando la voz para que lo imitara.

—No estoy chillando —dijo a gritos.

Tessa miró con disimulo a la recepcionista, a través de la puerta del *office* donde la invitaron a pasar para que se recuperase del desmayo y suplicó de nuevo a su marido que bajara la voz. Michael se pasó las manos por el pelo y apretó la mandíbula. Algo más tranquilo, puso el dedo bajo la barbilla de su mujer para que lo mirara a los ojos.

—No vas a pasar por esto sola, ¿me oyes? No estás sola —recalcó—. Esto es cosa de los dos. ¿O es que has olvidado la promesa que nos hicimos? En lo bueno y en lo malo.

—No lo he olvidado —dijo respirando hondo, porque los ojos empezaron a llenársele de lágrimas.

Michael lo notó y la cogió por la cintura para salir de aquella cocina diminuta.

—Tengo cáncer, Michael.

—Ya lo sé —afirmó, aunque nadie le había confirmado ese diagnóstico, lo había deducido por el desvanecimiento de Tessa—. Vamos, quiero que el doctor me confirme el alcance que tiene y me explique cómo vamos a enfrentarnos a esto.

—El doctor Miller es optimista.

—Lo somos los tres. Tú, él y yo, ¿estamos? —puntualizó mirándola muy serio—. Venga, a ver si puede atendernos cuanto antes. ¿Llevas dinero?

—Algo llevo, sí. ¿Es que te has dejado la cartera en Cork?

Michael negó con una mirada entre castigadora y cariñosa.

—En cuanto salgamos de aquí me vas a invitar a un *whiskey*, y voy a pedir el más caro que tengan. Me lo debes, por darme este susto.

Capítulo 14

El sabor de la nada

Lys aún sentía el mismo estupor que cuando, hacía una hora, había recibido la llamada de Aidan. No sabían el uno del otro desde que firmaron los papeles del divorcio. Y aquella noticia inesperada la dejó sin saber cómo reaccionar. Lo primero que se le ocurrió fue llamar a Connor y contárselo todo tal como Aidan se lo acababa de comunicar.

Hacía dos semanas que no se veían. Él tenía demasiado trabajo en la mina y no podía disponer de unos días, incluso los sábados le tocaba ir a Tara. Y ella no tenía medios para ir a Dublín, porque su Yamaha estaba allí y ya no contaba con el coche. Podía ir en autobús, pero la irrupción de Tessa arrebatándole el pequeño Honda sin avisar le sentó tan mal, que se dijo que ya estaba bien de doblarse siempre ante todos. Si quería verla, que fuera él a Galway, aunque en ese momento lo necesitaba y el teléfono era una pobre solución.

—Vamos a ver si le he entendido bien —recapituló Connor—: el padre de él murió.

—Sí, cuando Rori solo tenía quince días.

—Fue excesivamente previsor, dejándole a su nieto recién nacido la empresa en herencia. Es extraño. ¿Por qué no se la dejó a su hijo?

—Porque no se fiaba de él, el hombre estaba convencido que yo fui la buena influencia que le hizo sentar la cabeza.

—No se fiaba ni de su propio hijo —asumió—. Hay toda clase de familias, cada cual que se entienda con la suya. Otra cosa que no comprendo, ¿por qué han tardado tanto en abrir el testamento?

—Porque Aidan no se habla con su madre. Pero eso no influye en lo que a mí respecta, a ella le ha legado la casa. Ya se casaron en régimen de separación de bienes.

—Entonces, al morir el heredero, la cadena de perfumerías la heredáis a partes iguales sus dos progenitores.

—Según me ha dicho Aidan, al tratarse una empresa familiar, él mantiene la titularidad y la dirección. Pero sí, la mitad es mía. Si la acepto.

Connor se quedó callado y ella aguardó expectante a que le diera su opinión.

—Consulta con Jessica, ella es abogada, o con un gestor, pero no tomes esa decisión sin asesorarte bien.

—Yo no quiero nada de los Burke.

—Lys, medita lo que vas a hacer. Media empresa te pertenece por ley.

—Pero odio el motivo por el que ha llegado a mí, trata de ponerte en mi lugar.

—Eso hago desde que me has llamado. Por eso te pido que, cuando tengas que tomar una determinación, escuches a tu corazón y también a tu cerebro. Decide con los dos —recalcó.

Lys no durmió esa noche por culpa del dilema moral al que se enfrentaba. Recibir la mitad de una próspera empresa por la muerte de su hijo le parecía obtener algo de manera sucia. Sería legítimo aceptar, acorde con la última voluntad del padre de Aidan, pero la idea de adueñarse de un negocio por el que nunca se interesó y del que siempre se mantuvo al margen, le parecía rastrero. Era como robarle a Aidan la mitad de algo que fundaron y debía quedar en manos de la familia Burke.

Marcó directamente el número de Delia.

—Necesito hablar contigo, ¿tienes un momento?

—Todo el que necesites, cariño. Ya sabes que aquí me tienes para lo que haga falta. ¿Qué te ocurre, dime?

Lys cerró los ojos. Delia era pura generosidad, siempre dispuesta a escucharla. Y le contó todas las dudas, que la tenían hecha un manojo de nervios. Por un lado, los beneficios de la empresa le aseguraban una subsistencia holgada para poder dedicarse a dibujar, a viajar y a vivir sin preocupaciones por gastar más de la cuenta con la tarjeta de crédito. Hacía mucho que no se daba un capricho.

—Qué curioso dilema —le dijo con su suave acento extranjero—: odiabas depender del dinero de Aidan Burke y ahora vuelves a hacerlo, y de por vida.

—Ahora sería mi dinero, o mis acciones, mejor dicho.

—Cierto, pero ¿no sería como quitarle algo en lo que se ha dejado la vida desde que os casasteis?

—En eso te doy la razón, ya te conté que no lo veía nunca, de tanto que trabajaba. Y por otro lado, me parece que aceptar ese dinero sería una manera de ensuciar el recuerdo de mi niño.

—No sé, Lys. Es difícil dar consejos. Piensa también en tu dignidad. Te has forjado una vida nueva tú sola, sin ayuda de nadie. Volver al pasado...

—Me ha costado mucho mirar hacia el futuro, no quiero remover algo que ya se acabó.

—Piensa que esa empresa puede quebrar en cualquier momento.

—Es muy próspera. No lo creo.

—Medítalo bien o consulta qué pasaría en tal caso, porque la posibilidad existe. Y cómo te afectaría a ti si alguna vez cierra el año con pérdidas.

—Ay, Delia, no sé qué hacer.

—Yo sí sé lo que haría, soy más visceral. Me plantaría en el despacho de tu ex, le diría que todo para él, a la mierda el dinero de esa familia. Ahora eres feliz con la

vida que has elegido, ¿no? Piensa si estás dispuesta a cambiarla solo por dinero.

Connor respetó su decisión, incluso fue a recogerla a la notaría de Dublín donde firmó la renuncia a su parte de la herencia. Como empresario le parecía un error descabellado, pero como el hombre que la quería se alegró de verla tan satisfecha cuando se liberó de esa carga moral y sentimental.

Habían quedado con Delia Ruiz, la amiga que Lys tenía ganas de presentarle, que también vivía en Dublín, era el día idóneo porque él había decidido no acudir a la mina para estar al lado de Lys en ese momento tan desagradable para ella.

—¿Estaba también tu exmarido?

—No, solo el notario.

—¿Le pediste asesoramiento a Jessica?

—No. Hablé contigo y con Delia, y medité durante varios días hasta que decidí renunciar.

La chica española los estaba esperando en una cafetería, al lado del hotel Westin. Lys tenía razón, era muy agradable. Pidieron un capuchino para Lys y un café solo para él.

Connor las dejó que charlaran entre ellas a placer, sin interrumpir la alegría del reencuentro. Se veían pocas veces. Sí le llamó la atención, y no en el buen sentido, escuchar en boca de la propia Delia que había aconsejado a Lys justo lo contrario que él. Y ella había decidido dejándose llevar por los sentimientos y no por la razón, como él le recalcó. Su renuncia firmada hacía escaso rato era la prueba.

No le agradó que aquella amiga, aparecida de repente, tuviera más influencia en sus decisiones que él. Aprovechó que Lys recibió una llamada de su editor y salió a la calle para atenderla, para saber más sobre Delia. Mediante una conversación intrascendente, le sonsacó que vivía en el distrito cuatro. Ella, viendo a Lys charlar a través de la ventana, tan animada y alegre con ese editor al que tanto apreciaba, comentó con él cuánto se alegraba de verla feliz. Lys había encontrado la plenitud en Galway, le aseguró con rotundidad. Comentario que a Connor no le gustó ni un pelo.

—Se merece ser feliz —agregó ella.

—Desde luego.

—Yo tengo un niño de dos años, no sé si te lo ha contado.

—Sí, creo que lo mencionó una vez.

Delia puso una mirada de dolor.

—Lo que le ocurrió a Lys tuvo que ser terrible. Al menos le queda el consuelo de saber que descansa en las aguas de Aran, libre como las olas.

Connor apretó los labios y se obligó a no decir ni una palabra. Ni una sola.

Llegaron a casa de muy mal humor. Lys estaba contenta, habían vendido los derechos para que sus cuentos se publicasen también en Estados Unidos. Collin acababa de darle una buenísima noticia y se había librado de un peso horrible y triste en el despacho de aquel notario. El silencio frío de Connor le robó la alegría. No fue capaz de darle la enhorabuena cuando le contó la excelente novedad que acababa de notificarle su editor. Un paso de gigante como escritora que él ninguneaba como un niño enrabiado. Pero lo peor fue descubrir el motivo de su enfado, eso sí la sacó de sus casillas.

—Pero ¿qué es lo que pretendes? ¿Por qué te metes con Delia?

—Solo digo que sabe demasiadas cosas de ti.

—¡Porque yo se las he contado!

Connor dio un portazo que retumbó en el garaje. La cogió por los hombros y la miró a los ojos.

—Dime una cosa y piensa bien la respuesta antes de contestar. Siento muchísimo hablarte de esto, pero no veo otra manera. ¿Cuántas personas saben dónde esparciste las cenizas de tu hijo?

Lys cerró los ojos y él la animó a hablar apretándole los hombros con delicadeza.

—Tres —reveló—. Aidan, tú y yo.

Él trago saliva antes de decírselo.

—Delia lo sabe también.

Lys se revolvió, como si su contacto le quemara y la obligó a soltarlo.

—¡Lo habrá deducido! Hemos hablado tantas veces... Ella sabe que allí reposan mis abuelos, mi única familia.

—Lys, no estás pensando con claridad.

Oír eso la indignó.

—Me da la sensación de que quieres acapararme.

Él no se inmutó.

—¿Te ha dicho en qué trabaja?

—Pues da clases de español, hace traducciones...

—¿Tienes idea de lo caro que es vivir en el distrito cuatro? Mucho nivel para tan pocos ingresos.

—No sabemos si su familia es millonaria, todo puede ser. Antes de que me lo preguntes, Delia y yo no hemos hablado de ello porque es algo que no me interesa. Así que deja de malmeter entre nosotras.

—No estoy malmetiendo. Solo me indigna saber que la opinión de cualquiera vale más que la mía.

—Si esta es tu manera de apoyarme...

Connor dio un puñetazo en el capó del BMW.

—¡Ya está bien! Eres tú quien tendría que estar apoyándome. ¿Se te ha olvidado que a mi hermana tienen que operarla de un cáncer de mama? Ahora es cuando te necesito aquí, a mi lado. Tanto que dices que me quieres, demuéstramelo. La

distancia que te empeñas en mantener entre nosotros es el jodido problema — masculló fuera de sí—. Decide de una vez qué te importa más, si yo o tu independencia. Porque si es eso, no es excusa. Un trabajo de mierda como el que tienes en Galway puedes encontrarlo en cualquier parte.

Lys lo empujó con las dos manos para apartarlo. Solo quería montarse en su moto y largarse cuanto antes de allí.

—Aparta tu coche de una puñetera vez y déjame sacar la moto.

Connor lo hizo. Puso el coche en marcha y maniobró marcha atrás haciendo chirriar las ruedas. Lys montó en la Yamaha y encendió el motor. Salió rápido de aquel lugar, de una casa que no quería volver a pisar. Él aún estaba dentro del coche, cuando ella se inclinó hacia la ventanilla para que bajara el cristal. Tenía algo que decirle antes de embutirse el casco.

—La que está enferma es tu hermana, no tú —puntualizó—. No voy a permitir que otro hombre me anule, otro antes que tú ya me hizo sentir poco menos que un animal de compañía. Me vuelvo a mi trabajo de mierda, a Galway, a la vida que yo he elegido. Aquí en Dublín solo dejo malos recuerdos.

Se puso el casco y se largó dando un acelerón que sonó como trueno.

Capítulo 15

Un San Patricio con sabor agridulce, como la cerveza negra

Connor estaba fuera de sí. No le cabía en la cabeza que, estando Tessa a punto de enfrentarse al trance más difícil de su vida, su marido insistiera en seguir viviendo en Cork en lugar de permanecer a su lado. Lo indignaba verlo allí agachado, podando sus setos de flores como si nada hubiera cambiado.

—Ya te he dicho lo que pienso, no voy a dejar mis clases, estamos a mitad de curso —recalcó sin mudar la postura.

—¡Pues pide una excedencia! —le gritó—. Tu esposa te necesita, ¿o es que no te has dado cuenta?

Michael lanzó las tijeras de podar al suelo y se enderezó; con los brazos en jarras, plantó cara a su cuñado con una cercanía amenazadora.

—Hay dos clases de hombres en este mundo —le espetó—: los que son la hostia y los que están pidiendo una hostia a gritos.

Cuando lo sacaban de sus casillas dejaba a un lado los buenos modales. Michael sacaba la rudeza de hijo de granjeros que la universidad y la vida habían logrado pulir.

—No quiero discutir —afirmó Connor.

Michael no hizo caso de su propuesta de paz.

—Te conozco desde que eras un crío y siempre he pensado de ti que eras de los primeros, no me hagas cambiar de opinión y sospechar que quizá te has convertido en uno de los otros.

Connor miró al suelo y cabeceó despacio, rogándose a sí mismo paciencia. Si no se calmaba iban a acabar sacudiéndose a puñetazos por primera vez en la vida.

—Lo que más necesita Tessa en este momento es normalidad —prosiguió Michael—. Y cree lo que te digo, porque en lo que a la mente humana se refiere sé bastante más que tú. Lo último que necesita es que por el cáncer todo cambie a su alrededor, ver que toda nuestra vida gira en torno a ella y su enfermedad. He hablado con Brandon y volará para estar aquí cuando la operen. Jessica seguirá con su trabajo en Galway, pero vendrá más a menudo. Yo continuaré regresando a casa cada fin de semana, salvo que algo fuera mal, que confío en que no porque los médicos son muy optimistas con respecto a la erradicación total del tumor. Por suerte, tú estás aquí y no dudo en que le darás todo tu apoyo. Pero no lo dejes todo ni se te ocurra abandonar la mina. Ni ella lo desea ni es bueno para ella que lo hagas.

Tras un largo suspiro, Connor miró a su cuñado.

—Entiendo lo que me pides y haremos lo que sea mejor para ella —aceptó, con cierta reticencia—, pero si yo estuviera en tu lugar, ya habría vuelto definitivamente.

A Michael no le costó adivinar el motivo de su mirada plena de dudas.

—Si lo que estás pensando es que sigo en la universidad de Cork porque hay otra mujer, no solo te equivocas, además me decepcionas.

—No es asunto mío.

—A mí sí me interesa aclarar este punto. ¿Tú crees que si yo tuviera un lío de faldas en Cork dormiría todas las noches en la granja de mis padres? Hay mil maneras de hacerlo, está claro. Pero ni yo le soy infiel a mi mujer ni ella me lo es a mí, pongo la mano en el fuego por tu hermana. ¿Y sabes por qué? Porque me quiere a mí. Del mismo modo que yo regreso cada fin de semana a Dublín desde hace años, porque en mi casa vive mi mujer. Quiero a la que elegí hace treinta años, la amaba entonces y la amo ahora. ¿Te ha quedado claro?

Connor le dio un apretón en el hombro, en señal de agradecimiento, de admiración y de disculpa.

—Bien —agregó Michael—. A lo que íbamos: hagamos entre todos que Tessa viva esta situación con la mayor normalidad posible. Mejor nos guardamos los miedos bien adentro porque tu hermana no es tonta. Lo mejor que podemos hacer por ella es aportarle tranquilidad y no preocuparla más de lo que está.

La intervención fue bien. El cirujano aseguró que había extirpado el tumor y el tejido circundante, pudiendo evitar la supresión total de la mama. Jessica acompañaba esa tarde a su madre en el hospital. Se encontraba dolorida pero anímicamente tranquila y con ganas de afrontar las sesiones de quimioterapia para erradicar definitivamente, tal como vaticinaban los médicos, toda célula cancerosa de su cuerpo.

Mientras Tessa dormía, Jessica salió al pasillo para hablar con Kenn. Y aprovechando que su madre no la veía, se desahogó dejando correr las lágrimas contenidas durante días para convertirse en un llanto de alivio. Desde Galway, Kenn fue paciente y la dejó llorar, sabiendo cuánta falta le hacía. Se quedó más tranquilo cuando la oyó sonarse y reír a la vez, apurada por el estruendo que hacía con la nariz.

—Quiero ir a Dublín y estar contigo, Jessy.

—No hace falta, de verdad. Y no es que no te eche de menos...

—Hablo en serio. Quiero hablar con tus padres, quiero que me conozcan y contárselo todo. Que sepan todo mi pasado de mi propia boca.

—No tienes obligación de dar explicaciones a nadie.

—Ya lo sé. Pero si yo tuviera una hija, querría saber con qué clase de gente anda. Y si viviera con alguien, querría cerciorarme de que ese alguien es un tipo honrado. ¿Tú no?

—Supongo que sí.

—Entonces, ya me dirás cuándo. Un par de días nada más, para no dejar solo a Sid demasiado tiempo.

Jessica le prometió que iba a presentarle a su familia. Se dijeron cuánto se querían unas veinte veces y, antes de colgar, ella le pidió que diera recuerdos a todos de su parte. Aunque, en cuanto pasara la primera sesión de quimioterapia, regresaría al bufete porque ya habría agotado el permiso que le habían dado en el trabajo, a costa de la mitad de las vacaciones de verano.

Hablar con Kenn la ponía contenta, no lo podía disimular. Porque eso mismo fue lo primero que le comentó Tessa cuando la vio entrar. Y Jessica no lo negó, peinó con la mano a su madre, fijándose en sus ojos adormilados sin maquillar. La veía tan vulnerable en ese momento que no parecía ella.

—Te hace feliz ese chico y me alegro. Un día de estos, te diré que me pases el teléfono cuando hables con él, para darle las gracias.

—Mamá, no es el tipo de hombre que imaginabais papá y tú para mí —le confesó cogiéndole la mano.

Tessaladeó la cabeza hacia ella, que se había sentado en una silla junto a la cama, al notarla preocupada, y la invitó a contarle eso que, como madre, intuía que la desazonaba de tanto guardárselo para sí.

—No te gustará oír lo que voy a contarte.

—Prueba a ver, soy más fuerte de lo que crees.

Jessica la miró, no dudaba de su fortaleza sino de su capacidad de comprensión.

—Kenn estuvo en prisión —advirtió sin ambages.

Para su sorpresa, su madre no la interrumpió. Y si estaba escandalizada, lo disimuló muy bien. Jessica aprovechó que su silencio le daba pie y le contó sin omitir detalle el paso por la cárcel de Kenn por culpa de una falsa acusación por violación que lo convirtió en víctima de aquella chica y del sistema judicial. Le contó también su autoexilio de su país, sus difíciles comienzos en Irlanda y la providencial intervención de Lys, que le tendió la mano y lo ayudó a salir de las calles. Cuando acabó de hablar, la mirada de su madre le transmitió que no hacía falta que le explicase lo enamorada que estaba de Kenn.

—Me da rabia saber lo mal que lo ha pasado y me indigna la injusticia que se cometió con él, pero, aunque no lo entiendas, me duele más por sus padres. No quiero imaginar cuánto habrán padecido. Debió ser horrible para ellos.

—Sí.

Tessa le apretó la mano que Jessica le tenía cogida. La notaba sudorosa entre las suyas.

—Y es camarero en el mismo *pub* que Lys —recordó, Jessica sonrió por toda respuesta—. ¿A qué se dedicaba antes de venir a Irlanda?

—A vender teléfonos. Se cansó de trabajar en la mina —explicó—, su padre es minero.

—Un punto a su favor —dijo con un gesto de aceptación.

Tessa pensó en cómo había cambiado su visión de la vida. O no tanto, ahora veía con claridad que la vida era efímera e imprevisible. La enfermedad había destapado ante sus ojos lo que de verdad importa, y, por encima de todo, a ella lo que más le importaba era la felicidad de los suyos. Las convenciones sociales eran humo al viento, al infierno con ellas.

—Quiere venir a contaros todo esto a papá y a ti —explicó Jessica—. Aunque no tiene por qué hacerlo —agregó un poco a la defensiva.

—Un gesto que lo honra y que, como bien dices, no es necesario. Significa que le importas de verdad. Tengo ganas de conocer a ese muchacho. Dile que venga cuando quiera y que, en nuestra casa, siempre será bien recibido.

Un vez más, Lys volvió a ocupar las manos con una obstinación que rozaba la obsesión. Apenas salía de la cocina del *pub*, y, cuando terminaba su jornada, se encerraba en el apartamento y pasaba horas bosquejando bocetos e ideando tramas para las próximas historias de la ratita Gina.

De Connor no había vuelto a tener noticia. Por Jessica y Kenn sabía de la buena evolución de Tessa y eso la tranquilizaba; por todos los que la rodeaban y también por la propia Tessa, deseaba que aquella pesadilla acabara con final feliz.

Era otra cosa la que la desazonaba. Se sentía sola, porque lo estaba a pesar del afecto de Kenn y de Sid. Delia estaba tan ocupada últimamente que, o no le cogía el teléfono, o cortaba las llamadas porque el niño la requería o las ocupaciones la agobiaban. Al menos, se mantenían en contacto gracias al WhastApp.

Releyó la última conversación. Era tan temperamental, su carácter estaba impregnado de furia española, no podía evitarlo. Le aconsejaba que se olvidara de Connor, que dejara de someterse a los caprichos de un niño grande, egoísta y malcriado. «Tú vales más que eso. Y eres feliz en Galway, que se pudra bien lejos». Y tras esa sentencia, unos cuantos emoticonos bastante guerreros que la hicieron sonreír.

—Para un hombre no es fácil pedir ayuda. Para mí nunca lo ha sido —confesó Kenn.

Lys lo acababa de coger del brazo, lo sentó en una mesa aprovechando que el *pub* estaba medio vacío y allí lo tenía, ejerciendo de consejero sentimental.

—Entonces, ¿no te parece egoísta que me exija que lo deje todo para irme con él porque ahora resulta que me necesita? El cáncer lo tiene su hermana.

Se avergonzó, pero ya estaba dicho. Ese comentario cruel no era propio de ella. ¿Qué le estaba pasando?

Kenn bebió un trago largo de su pinta de Guinness.

—Donde tú ves egoísmo, yo veo una debilidad. Te necesita y no puede decírtelo más claro.

—Está demostrándome que antepone a su hermana a mí.

—Y tú le demuestras que no confías en sus sentimientos. No tienes fe en él, yo veo a un hombre que te quiere. Estoy seguro que más que a nadie.

—¿No estás siendo un poco duro conmigo?

—Mira, Lys —dijo, clavando los ojos en el letrero de su vaso—, una de las cosas que más me llamó la atención cuando llegué a Irlanda es ver que los policías de uniforme patrullan las calles desarmados.

—Aquí consideramos que las armas incitan a la violencia. Y ellos están para salvaguardarnos, no para amenazarnos con una pistola.

—Sí, ya me lo explicaron ellos mismos una vez que me recogieron para llevarme a un albergue porque nevaba. Además, no les hacen falta las armas. Les basta con aventar la mano abierta, que también los he visto en acción.

Cruzaron una mirada y una breve sonrisa. Los dos sabían de sobra que, además de poseer unas manos potentes, en cuanto daban un aviso acudían refuerzos de paisano, que sí portaban armas. La poli de incógnito, o no tanto, porque utilizaban coches sin distintivo, pero todo el mundo sabía que iban en Ford Mondeo.

—¿Y a qué viene esto de la poli?

—Te decía que esto fue lo primero que me chocó la voluntad de los irlandeses por vivir en paz.

—O sea, que ahora viene una moraleja respecto a mi situación con Connor. Esto no es una guerra, Kenn. Defiendo mi espacio y mi manera de querer vivir.

Kenn bebió hasta más de la mitad de su cerveza. Al dejarla en la mesa, la espuma resbaló despacio por el interior del vaso.

—La segunda cosa que me llamó la atención fue comprobar lo poco que os costó acostumbraros al sistema métrico que usan los europeos del continente. Yo pienso en yardas y galones, todavía tengo que calcular. Y vosotros lo hicisteis de un día para otro, como algo natural. Eso sí, dejasteis la pinta como medida de la cerveza.

—Un pequeño recuerdo que nos diferencia.

—Como ves, no es tan difícil adaptarse a los cambios sin dejar de ser nosotros mismos. ¿Tanto te costaría adaptarte a un modo de vida más compatible con la suya sin dejar de estar a gusto contigo misma y con lo que haces?

—Me estás diciendo que corra a su lado, a Dublín. Esa ciudad de la que no conservo ningún buen recuerdo.

—No era eso. No solo eso, en realidad. ¿Tanto te costaría aprender a vivir a su manera, del modo en el que él concibe la vida?

—Muchas palabras para aconsejarme que ceda, ¿no crees?

—No hablo de ceder, sino de entender.

—Pues yo cada vez te entiendo menos —afirmó, apartando su vaso a un lado como si fuera un obstáculo entre los dos.

Kenn la miró a los ojos, con un gesto de súplica. La veía a la defensiva cuando sus palabras no eran un ataque sino una llamada a la reflexión.

—Tú te has criado sola. No sabes lo que significa tener hermanos. Si a mí me dijeran dentro de un rato que mi hermana tiene cáncer, cruzaría a nado el Canal de la Mancha si fuera preciso para estar a su lado. Para apoyarla y por mi propia tranquilidad —confesó mirándola a los ojos—. Si tuvieras hermanos, lo entenderías.

—Siento ser tan lerda.

—Deja la ironía, que cuando no viene al caso no tiene gracia —le pidió serio—. Lo que quiero que entiendas es que yo puedo quejarme de mis hermanos y ponerlos verdes, pero los demás, que no se atrevan a decir nada malo sobre ellos, porque mis hermanos son sagrados. Tessa no creo que sea tan mala.

—Nunca he dicho algo así.

—Pero lo piensas.

—No se ha portado bien conmigo.

—Y tú, ¿cómo te has portado con ella?

—Mejor que ella conmigo, no te quepa duda.

Kenn ladeó la cabeza, unos clientes le hacían señas desde la otra punta del *pub*. Se levantó, dando por terminado su rato de descanso. Pero antes de acercarse a su mesa a tomar nota de su pedido, no quiso que Lys se quedara de mal humor.

—No te enfades, pelirroja. Te he dicho lo que pienso porque te aprecio de verdad, aunque lo cómodo sería decirte solo lo que tú quieres oír, eso es lo que hacen los malos amigos.

En un hospital de Dublín, otra mujer no hacía más que darle vueltas a la cabeza, postrada en una cama donde las horas se le hacían eternas.

Tessa se preguntaba en qué momento de su juventud se convirtió en una amargada. Estaba segura de haber quedado marcada cuando ocurrió el accidente, su padre dejó de querer vivir y, su padre, su hermano y ella, como árboles ajados por un vendaval, presenciaban impotentes el lento agonizar del pilar fundamental de la familia conectada a un respirador.

Si algo la caracterizaba era su incapacidad para mentir, incluso a sí misma. Quizá esa bofetada del destino la obligó a convertirse en adulta cuando aún estaba en edad de vivir soñando. Sus fantasías fueron suplidas por el deber. De un día para otro se convirtió en la persona fuerte del hogar, el mismo que ocupó su madre antes de devenir en un cuerpo inerte de rostro macilento ante el que tenían que tragar saliva de pura impresión, a pesar del amor inmenso que sentían por ella.

Excusas, excusas... Millares de personas se ven en peores situaciones y trances más dolorosos sin que se les agrie el carácter. Hacía mucho que se sentía inútil. Después de volcarse en cuidar de cuantos tenía a su alrededor: primero de su padre y de Connor, después de Michael y de los niños para que disfrutaran de un cálido hogar —¿quién se preocupará por ellos, si no?, se dijo durante décadas—, sentía que su vida carecía de alicientes. Los niños crecieron y volaron como pájaros de paso que regresan al nido cuando cambia la estación. Michael se sentía realizado en una universidad lejana. En cuanto a Connor, por mucho que se empeñara en protegerlo, no era el niño de ocho años que apretaba su mano con miedo cada vez que cruzaban la puerta del hospital donde yacía la persona que más quería convertida en un esquelético maniquí.

Ninguno de ellos necesitaba de sus desvelos ni pedía su mano para levantarse y volver a caminar. Se hacía vieja... «¡De eso nada!». Oyó que le gritaba su propia conciencia. Lo único que ocurría era que soplar las velas con el número cinco repetido le había sentado como un tiro. Esa cifra maldita se llevaba peor con los engorrosos síntomas de la menopausia, que la tenían tres horas alterada y una desmotivada, sudando a chorros o tiritando de frío. Y solo le faltaba aquel cáncer para sentirse una piltrafa cuando se atreviera a volver a mirarse en el espejo. «Amiga, vaya mierda estás hecha», pensó.

Como si lo hubiera pronunciado en voz alta, Michael, que dormitaba en el sillón, con las piernas estiradas, tan a gusto como si en lugar del hospital estuviera en el sofá de su casa, abrió los ojos y se quedó mirándola.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Cuéntame en qué piensas.

Aunque le dolía el costado, Tessa se echó a reír. Era terrible eso de estar casada con un psiquiatra, cualquiera le ocultaba un secreto.

—Para no darle vueltas al miedo que me dan los días posteriores a las sesiones de quimioterapia, pensaba en la crisis de los cincuenta y muchos.

—Explícame qué es porque yo no he tenido de eso.

—Mentiroso.

Durante unos instantes se miraron a los ojos. Michael estaba tranquilo, se lo decía con la mirada. Y ella, que adivinaba su estado de ánimo porque era incapaz de disimular, supo que todo iba a ir bien.

—¿Qué tal cuida Lu de ti? Cada día cocina mejor, aunque nunca será lo mismo que cuando Lys trabajaba para nosotros.

—Unos días mejor, otros peor —reconoció—. Y tú, ¿cómo es que la llamas Lu y no Marie Lourdes? ¿Ya se te ha pasado ese odio por los diminutivos?

Muchas cosas habían cambiado en ella, la enfermedad la hacía ver las cosas de manera distinta. Quería vivir con alegría, sin afrentas, sin ofensas ni malas caras. Saboreando cada minuto.

—A las personas hay que llamarlas por el nombre que más les gusta —respondió—. Y si hasta ahora no me había dado cuenta, no creo que sea tarde para enmendar ese error.

Diciéndolo, pensaba en Lys. Por Jessica sabía que entre ella y Connor las cosas no andaban bien; con todo, se había interesado por su estado, a pesar de no haberla tratado bien. No podía seguir adelante sin mirar primero hacia atrás y corregir ciertos fallos. Estaba deseando comenzar a escribir en las páginas en blanco de su futuro que, desde que abrió los ojos en el quirófano, consideraba un regalo. Qué mejor manera que hacerlo con buena letra y palabras sinceras, esas que salen directas del corazón.

—Cariño, creo que mi teléfono está en el cajón de la mesilla. ¿Quieres alcanzármelo?

A Michael no le importaría bajar a tomar un té a la cafetería del hospital y estirar un rato las piernas. Sentía la necesidad de disculparse con Lys y prefería hacerlo a solas.

Capítulo 16

Nada más delicioso que el sabor de la vida

Michael dejó que transcurrieran dos semanas después de que su mujer recibiera el último ciclo de quimioterapia. Y como la vio bastante fuerte, no dio su brazo a torcer, alegando que, tanto ella como él, necesitaban que les diera el aire. A Tessa no le quedó otro remedio que preparar una maleta de fin de semana y montar en el asiento del copiloto, sin demasiadas ganas.

—No me digas que vamos a Cork —dedujo al verlo tomar la M7 después de rodear la ciudad por la ronda 111—. ¿Ese era el destino sorpresa? Vaya imaginación la tuya.

—Vamos a casa —reveló exultante—. A la granja. Mis padres están deseando verte.

—Sabes que me encuentro bien porque hablo con tu madre prácticamente todos los días, y tu padre siempre se pone, a no ser que en ese momento esté en el *pub*, arreando las vacas del vecino o en el huerto.

—Pero no se quedarán tranquilos hasta que no lo comprueben con sus propios ojos.

—Pues van a verme hecha un asco.

Se había rapado la cabeza, tras el tratamiento empezaba a crecer. Se quitó el gorro de lana y se peinó con la mano, mirándose en el espejo del parasol del coche. Parecía una *skin head*.

Michael la miró brevemente, sin quitar la atención de la carretera.

—Yo te encuentro muy *sexy* con tu nueva imagen a lo «teniente O’Neill» —aseguró; Tessa chasqueó la lengua, mirándolo de soslayo—. Además, hace meses que no los ves.

—Eso es verdad.

Le molestaba reconocerlo. Sus suegros, tan sencillos, tan nobles y generosos, simbolizaban la esencia del buen irlandés. Dos personas por las que sentía un gran cariño y se lo demostraba menos de lo que merecían. Una falta más a la que pensaba poner remedio.

—Ahora que me acuerdo, no he sulfatado las matas de lavanda —dijo molesto por haberlo olvidado—. Cuando volvamos a casa, en lugar de mi jardín encontraremos un cementerio vegetal.

Tessa lo miró con mal disimulada furia.

—Francamente, Michael, con lo que tengo encima, bromear sobre cementerios me parece...

Él se encogió de hombros, su raciocinio analítico no veía mayor problema.

—¿Qué?

—Que tienes la gracia en la punta... —se frenó— del iceberg.

Michael rio como un canalla.

—Dilo, mujer —la incitó; ella se cruzó de brazos y apretó la boca—. Venga, que estoy deseando oírlo.

Ella repitió la frase como la habría dicho un gamberro borracho, sin florituras y Michael se rio a carcajadas por fin la tenía de nuevo consigo. Su Tessa, la que nadie conocía. La que, cuando estaban solos, se atrevía con palabras sucias de lo más soeces.

Hicieron el amor como dos adolescentes, venga a crujir y crujir el somier de muelles, tapándose la boca el uno al otro cuando les entraba la risa tonta o mordiéndose los labios cuando los gemidos se escuchaban por encima del golpeteo de los postigos de la ventana que dejaron abierta. Los abuelos McEvan, con setenta y ocho años auestas, podían ser algo duros de oído. Pero, cosas de la edad, tenían un sueño muy ligero y se despertaban con el vuelo de un moscardón.

Tessa rogó que apagara la luz y Michael accedió a su deseo. Desde la cirugía, no era la primera vez que le pedía tal cosa y entendía su inseguridad. La trató como antes, cuando su cuerpo no había sido aún cercenado por el bisturí. Para él, sus cicatrices y la palpable diferencia entre sus dos senos carecían de importancia. Sí hubo más ternura que otras veces, no se lo dijo, pero le aterrizzaba la idea de perderla. Los médicos casi aseguraban una total eliminación de las células tumorales, pero Tessa jamás había padecido una enfermedad más allá de un resfriado, verla tan vulnerable semanas atrás lo tuvo en vilo.

—Ven aquí —ronroneó Michael, cogiéndola por la cintura para tenerla más cerca.

Tessa se dejó abrazar con cierto reparo y él lo notó. Se incorporó sobre un codo y exigió que lo mirara a los ojos. No le hizo falta pronunciar palabra.

—No hace falta que te lo explique, ¿no? —se sinceró ella—. Se llama inseguridad femenina. Lo sabes mejor que yo, eres psiquiatra.

Michael le dibujó la oreja con el dedo mientras estudiaba su mirada inquieta.

—Mi cuerpo ya nunca será igual —recalcó Tessa, en vista de que él no decía nada.

—Debo entender, pues, que si yo sufriera un accidente —dijo con un tono dulce que no restaba ni un ápice de seriedad de sus palabras—; si me tuvieran que amputar un brazo, por ejemplo...

—No sigas.

—No dejarías de quererme, de eso estoy seguro —afirmó ante la expectante mirada de Tessa—, pero dejarías de desearme.

—No. Y me molesta que lo sugieras.

—¿Entonces?

Tessa apoyó la mejilla en su hombro y Michael se acomodó sobre la almohada.

—Qué te parece la idea de verme por aquí todos los días —tanteó ella.

—¿Te apetece mudarte?

—En casa estoy cada día más sola. Podemos seguir yendo los viernes y volver aquí los domingos. Cada año que pasa, tus padres se van haciendo más mayores.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

A Michael no le extrañó que, como de costumbre y sabiéndola víctima del síndrome del nido vacío, buscara dos nuevos seres humanos por los que preocuparse. Sus padres se apañaban estupendamente solos, con la ayuda de la muchacha del pueblo que acudía dos veces por semana a limpiar la casa y a echar una mano con la colada y la plancha. Eran viejos pero de campo, tenían cuerda para rato.

—Además, mientras yo esté en la facultad, puedes entretenerte redecorando esta planta. Aquí arriba solo duermo yo, ellos apenas suben.

La casa no necesitaba reformas, ya se habían hecho en su día. Y la techumbre histórica de paja de brezo y juncos se había cambiado hacía menos de dos años. La propia Jessica se ocupó del papeleo para solicitar la concesión de una subvención económica del gobierno, que promovía de ese modo la pervivencia de tan emblemática tradición. En definitiva, que la casa estaba perfecta. Tessa rio por lo bajo, conociendo a su suegra no era buena idea llegar y aposentarse como ama y señora, ni mucho menos marearla con grandes cambios.

—Tú quieres que tu madre y yo nos pasemos el día dando chillidos y que tu padre enloquezca por culpa nuestra.

—Puedes dar largos paseos.

—No te preocupes que no me aburriré. Para empezar, traeremos los dos coches. O mejor me compraré uno nuevo. No pienso quedarme aquí encerrada todo el día, y tu padre no va a dejarme el suyo por miedo a que atropelle una vaca o me estrellé contra cualquier ribazo.

—Como quieras.

Tessa se incorporó.

—No te veo entusiasmado con la idea.

—Hace mucho que perdí la esperanza de que te mudaras a Cork.

Con tan pocas palabras logró removerle la conciencia. Tessa odió encontrarse tan sensible después del tratamiento, porque notaba que las ganas de llorar se le iban amontonando en la garganta.

—Te he dejado bastante de lado estos últimos años —reconoció con la voz tomada por las emociones que se esforzaba en contener.

—Yo podía haber optado a una plaza en el Trinity College y haberme quedado en Dublín, méritos me sobran —reconoció, la falsa modestia no iba con él—. Puede que

nuestro amor no sea perfecto, Tessa, pero es de verdad —murmuró—. Es auténtico.

—Como tú y como yo —musitó; aunque no se lo dijera a todas horas, quería a Michael con toda su alma.

La cara de Tessa brillaba en la penumbra. Él enjugó sus lágrimas silenciosas con el dorso de la mano. Los postigos seguían dando golpes por culpa del viento, pero antes de levantarse a cerrarlos necesitaba que dejara de llorar.

—Te prohíbo que llores.

—No puedo evitarlo.

—¿Qué puedo hacer para ponerte contenta? ¿Te follo a cuatro patas?

Tessa le dio un manotazo en el pecho y se echó a reír a carcajadas. Michael intentó ahogar el alboroto tirando del edredón para tapar sus cabezas. Ella salió de aquella especie de cueva, riendo todavía. A Michael no le importó que lo tachara de bruto y animal. Hasta ese momento no supo cuánto necesitaba volver a escuchar la risa de su mujer. ¡Cuánta falta le hacía!

Habían transcurrido dos meses desde la última vez que se habían visto. Lys sentía cada día la tentación de coger el teléfono, pero nunca llegó a marcar su número. Sus manos se negaban a dar ese paso aunque su cabeza seguía llamándolo a gritos. Para evitar ese dilema que la irritaba un día y la abatía al siguiente, volvió a usar Internet para evadirse. Aprovechaba documentarse, que Google Earth se había convertido en una importante herramienta investigadora para poder ilustrar con exactitud los lugares que ella no había visitado y a los que su ratita viajaría en sus próximos cuentos.

Y puesto que su vida social se resumía a los escasos mensajes que Delia le respondía con frases cada vez más breves y a la gente del *pub*, le sobraba tiempo para pasar horas delante de la pantalla. La astenia primaveral y lo visto que tenía Galway le quitaban las ganas de salir a la calle. A veces se quedaba mirando durante mucho rato la fotografía enmarcada de ella y Rori. Y cuando el nudo ese tan familiar le empezaba a apretar en la garganta, encendía el ordenador y se distraía un rato.

A veces le daba vueltas al asunto de la herencia. Rechazarla la llenó de paz, rompió el vínculo que volvía a atarla al apellido Burke. No se sentía una estúpida por no haberla aceptado y haberle vendido su mitad a Aidan, todo lo contrario. Se enorgullecía de haber antepuesto su dignidad y la memoria de su hijo al interés económico. Asociar su nombre con una ganancia imprevista no la habría dejado dormir durante el resto de sus días.

Estaba aburrida y un día se sorprendió, al verse convertida en una fisgona silenciosa que paseaba por Facebook como un fantasma. Le habría gustado ver la cara de Aidan cuando supo que todo era suyo, que no tenía que darle la mitad de nada. Tecleó el nombre de la cadena Burke en el buscador de la red social y cotilleó,

a ver qué novedades había introducido. El salto al comercio electrónico fue idea de Aidan, para disgusto de su padre, que no creía más que en la venta en el mostrador y metiendo en la caja dinero contante y sonante.

Habían subido un álbum con fotos de una fiesta de empresa, la inauguración de una nueva perfumería en el centro de Limerick. Pasó una tras otra y detuvo la mano ante una en concreto, una imagen que logró que le diera un vuelco el estómago. Esa cara, esa mujer... Amplió la fotografía cuanto pudo y perdió nitidez. Pero estaba por jurar que esa cara era la de Delia.

Cerró de golpe la tapa del portátil preguntándose qué hacía ella en una inauguración de Burke. ¿Qué hacía en Limerick?

Esa noche la pasó sentada en el sofá, tapada con una manta hasta el cuello. Era marzo pero no dejaba de temblar. Mil ideas e imágenes le pasaron por la cabeza como un puzle imposible de encajar, porque le faltan piezas.

Y entre todo ello, su conciencia le iba repitiendo las palabras de Connor. Él le advirtió que Delia sabía demasiadas cosas de ella. Se acordó de su primer encuentro, le dijo que a su niño le gustaban mucho sus cuentos, pero tiempo después le dijo que tenía dos años. Claro que podía leérselos ella antes de dormir y enseñarle los dibujitos que él repasaría con el dedo... Pero era demasiado pequeño para mostrar un interés especial por las historias de su ratita. Había más cosas que no casaban: cuando se conocieron en el cementerio, de un modo tan fortuito, ella le dijo que llevaba flores a la tumba de su abuelo, pero ese día apareció por allí con las manos vacías. Lys tuvo una corazonada, tal vez aquel encuentro no fue algo casual. Y Connor tenía razón también cuando le extrañó que, sin tener un empleo fijo, la nieta del amor secreto de la abuela Deirdre residiera en uno de los barrios más prohibitivos para los bolsillos corrientes de todo Dublín.

Lo más sorprendente es que telefoneó a la recién inaugurada perfumería de Limerick y allí nadie conocía a una tal Delia Ruiz. Lys había visto su imagen, o la de su gemela, en las fotografías del evento colgadas en la página oficial de la empresa en una red social.

Delia no paraba de llamarla «cariño», pero nunca la había invitado a su casa. Quedaban en cualquier sitio, por el centro. Casualmente, siempre le aconsejaba lo contrario que las personas que tenía más cerca. Y ese vehemente mensaje para que se olvidara de Connor... Se acordó de algo importante que le recordó Kenn y se temió que había algo premonitorio en aquellas palabras. Delia siempre le tenía para ella la palabra precisa, el consejo que esperaba, porque en realidad siempre le decía lo que ella quería oír. Lys empezó a dudar si pretendía alejarla de Connor o si su machacón recordatorio de lo feliz que era en Galway no era un intento por mantenerla lejos de Dublín.

Antes siempre tan atenta y cariñosa, tan a punto cuando necesitaba hablar y, de repente, todo eran parcas respuestas, cuando no un simple emoticono con el que zanjaba la comunicación. O mucho se equivocaba, o Delia la estaba evitando.

Lys se apoyó de nuevo en Kenn. Él le aconsejó que la persona a la que debía pedir ayuda era Brandon, el hermano de Jessica. Se sentía un poco incómoda por recurrir a la familia de Connor, pero Kenn insistió mucho. Gracias a Jessica, contactó con Brandon, y le explicó que necesitaba obtener información fehaciente sobre Delia Ruiz. Ningún buscador mostraba perfiles suyos en redes sociales, ni fotografías, ni su *currículum vitae*. El barrido de ese nombre daba algún resultado, pero siempre datos o rostros de otras mujeres, ninguno que respondiera o asemejara a su aspecto físico.

—Es más fácil de lo que crees —le aseguró Brandon McEvan desde Washington—. Mándame el enlace a esa foto. La cotejaré en el reconocedor de imagen. No te prometo sacar nada en claro, pero puedo intentarlo.

Unas horas tardó Lys en recibir la llamada desde el otro lado del Atlántico.

—Siento decirte esto, pero esa mujer de la imagen no se llama Delia Ruiz, sino Irene Melgar Alarte.

—No puede ser —le salió con un susurro ahogado.

—En cuanto cuelgue, te enviaré lo que he averiguado a tu dirección de correo. Eso sí, te ruego que seas muy discreta. Este tipo de cosas, desde un organismo estatal... Ya sabes cómo son los yanquis. Mejor no mosquearlos.

Lys colgó el teléfono sin creerse del todo en qué tremenda mentira había estado envuelta durante meses.

Pocos minutos después recibió noticias de Brandon y leyó impotente los datos de aquella mujer que se hacía llamar Delia. Su amiga, qué irónico sonaba. Al menos en algo no mintió: era española y vivía en el distrito cuatro. Sin perder tiempo, apuntó la dirección en el navegador de su teléfono. Era hora de hacer un equipaje de emergencia. Se iba a Dublín a pedir explicaciones a «su amiga Delia».

Aparcó la Yamaha en la esquina. Un truco pelicularo, pero no quiso darle la oportunidad de escuchar el rugido del motor aparcando en la misma puerta, porque se arriesgaba a que no le abriera la puerta. Observó desde la acera de enfrente y a cien metros de distancia la distinguida vivienda donde residía Irene Melgar Alarte. Qué tonta fue, los españoles tenían dos apellidos y se empeñaban en usarlo. Delia nunca mencionó el segundo, ese simple detalle podría haberla hecho sospechar. Bien, pues era hora de dejarse de elucubraciones sin remedio y de exigir que le explicara el motivo de aquel incomprensible engaño.

Pero algo la detuvo. Lys pegó la espalda a la pared cuando la rebasó un coche que le resultaba muy familiar. Las piernas le temblaban al leer la matrícula. La bocina que tan bien conocía sonó dos veces. La puerta de la casa se abrió y bajó los cuatro

escalones Irene Melgar con un niño en brazos.

Lys se quedó de piedra. Siempre le dijo que tenía dos años y aquel chiquillo que bajaba las escaleras de la mano de su madre lo hacía con la torpeza de quien acaba de echar a andar. Aquel bebé era más pequeño de lo que sería Rori, de seguir con vida. El chiquitín exhibía una sonrisa enorme dirigida al conductor de aquel coche. El único hombre que conocía y pudo contar a Delia la historia de José Ruiz Navarro y la abuela Deirdre, gracias a la cual pergeñó su mentira. El mismo que despidió a Rori cogido de su mano frente al mar. Todo encajaba en aquel asqueroso puzle de engaños, todo.

Lys sintió el sabor de la bilis en el paladar al ver bajar a Aidan, rodear el vehículo y levantar al niño en brazos, que reía y reía sin parar. La tal Irene, se acercó y él la besó en los labios.

Lys deshizo el camino andado a toda prisa. Se sentó al lado de la moto, en el bordillo de la acera, escondió la cara entre las manos y lloró de rabia.

Se hizo de noche y ella seguía allí; pero más cerca de la casa, desde un lugar donde podía ver cualquier salida o entrada. Tuvo horas para pensar. Vivían juntos, ¿por qué? El niño era suyo, eso era evidente. Cuando lo vio en brazos de Aidan se dio cuenta del parecido, por eso Delia, nunca le mostró fotografías de su hijo, como hacen todas las madres felices de presumir de sus niños. Ella nunca, con la excusa de no herir sus sentimientos. ¿Lo tenían todo orquestado entre los dos? Necesitaba saberlo, lo demás, ya no importaba. El dinero y las perfumerías podían irse al infierno. Pero tenía derecho a saber por qué había vivido engañada durante años.

Alguna vez había sospechado que las ausencias de Aidan no siempre estuvieron motivadas por su dedicación al trabajo, más de una vez pensó que se la pegaba con otra. Pero ella estaba feliz, disfrutando de su embarazo y luego de tener en brazos a su pequeñín hasta que...

Aidan salió de la casa y esa Delia o Irene, o quienquiera que fuese aquella mentirosa lo despidió en el umbral con otro beso. Lys esperó a que cerrara la puerta y caminó a paso rápido antes de que se metiera en el coche.

—¿Por qué, Aidan?

—¡Lys!

Una lluvia fina empezó a caer, notaba el flequillo que poco a poco se le iba empapando.

—Dime quién es Delia.

—Lys, ¿qué haces aquí? No sé de qué me hablas.

Lo conocía bien. Y sintió pena por él. No estaba al tanto de nada. El engaño del nombre falso lo había maquinado ella, ¿por qué? Eso era algo que averiguaría en otro momento.

—Te estoy preguntando que por qué no fuiste sincero conmigo. Nos queríamos.

Volvió a ver ante ella al irresponsable, al eterno niño mimado del que se enamoró, el que no medía las consecuencias de sus actos. El que presumía de bohemio a costa

del bolsillo de papá.

—Por lo que veo, ya lo sabes.

—¿A qué te refieres? ¿A tu amante, a tu hijo, o a los dos? Ese niño nació después que Rori. Ahora entiendo por qué yo me moría de dolor, mientras tú mostrabas aquella entereza admirable. Tú tenías otra familia, otra mujer y otro hijo a punto de nacer.

—Me enteré de que Jamie estaba en camino después de perder a Rori. Por entonces, nuestro matrimonio ya hacía aguas.

—Más motivo para haberme dicho la verdad, Aidan.

—Mil veces estuve a punto de confesártelo todo, pero no me atrevía. No era capaz de hacerte más daño.

—Qué loable y considerado por tu parte, qué buena persona eres —le espetó con sarcasmo—. ¿Por qué permitiste que me sintiera culpable? Te veía tan entero que me eché toda la culpa de nuestro fracaso.

La lluvia inclemente los estaba calando calado a los dos, pero seguían frente a frente. Mirándose a los ojos.

—No me preguntes algo que ya sabes —rogó Aidan—. Un hijo no supe a otro, la muerte de Rori me destrozó igual que a ti. Me conoces y sabes que no miento. Pero no podía dejarte, ¿comprendes?

—Sí, ahora sí.

—Lys, no te marches así —suplicó—. Lo siento.

Bajo la lluvia, ella echó a correr. Se negaba a escuchar esa palabra, la que más odiaba desde bien pequeña. No quería oír el motivo por el que no la abandonó. No quiso escuchar de su boca algo que ya sabía, que Aidan continuó con la mentira de la doble vida porque ella le daba lástima.

Cogió la moto y dio vueltas sin rumbo por las calles de Dublín hasta que el sentido común la obligó a dejar de desperdiciar gasolina.

Bastaba de quejas, la habían engañado, habían jugado con ella, habían manipulado sus sentimientos pero ¿quién era la que sentía lástima en ese preciso momento? Se prohibió a adoptar hacia sí misma esa actitud que tanto odiaba en los demás.

Y recordó sus peores meses, cuando se obligó a levantar la cabeza y a seguir adelante. Lo logró con entereza y dignidad. Lo del infeliz de Aidan y su querida embustera era poca cosa comparada con lo que había vivido. Y tuvo una sensación de alivio cuando se percató de lo poco que le importaba si lo pactaron juntos o no. O era un mezquino o un idiota. Ya se daría cuenta de la clase de mujer con la que se había enredado. Irlanda era una isla en la que no había serpientes, las malas bichas llegaban de fuera y tenían dos nombres, víbora o culebra, Delia o Irene.

Se obligó no seguir pensando en ellos y se acordó del día en que encontró a Kenn Sayer y le ofreció un pedazo de tarta de chocolate. Había personas extraordinariamente más desgraciadas, no había más que ser justos y mirar a nuestro

alrededor, tener el valor de hacerlo y no desviar la mirada hacia otra parte. La autocompasión era una forma muy cobarde de quererse. Sacó el teléfono del bolsillo y tecleó el número de una mujer que la había llamado hacía días para pedirle perdón por haberla juzgado con una deleznable estrechez de miras.

Una mujer que, en ese momento, necesitaba unas palabras de apoyo porque estaba pasando por una grave situación.

Habló con Tessa mucho rato. Aunque temía cansarla, Lys se dio cuenta de que la convalecencia la tenía aburrída, por el modo en que agradeció su llamada a unas horas en que debía estar ya durmiendo.

—Hay quien se empeña en vivir y lo consigue. Yo soy terca —le dijo— y voy a hacer todo lo posible por no morirme.

A Lys le alegró esa determinación con la que se enfrentaba al tratamiento que aún estaba por llegar. Irónicamente, pensó en lo bien que le venía poseer ese genio dominante en aquel momento adverso. No le dijo que estaba en Dublín, porque habría insistido en que acudiera a la casa familiar y cruzarse con Connor era lo último que pretendía en ese momento. Prefirió alojarse en un hostel.

Pero al día siguiente, de buena mañana, regresó a la casa de la fachada cubierta de hiedra donde vivía una mujer que nunca fue su amiga, simplemente lo fingió.

—Déjame entrar —le espetó, nada más abrir puerta.

—No.

—Pues no pienso irme de aquí sin una explicación. ¿Por qué? ¿Te has divertido jugando conmigo? Te felicito, tantos consejos, tanta labia para manejar a tu antojo. Ya tienes lo que querías, ¿no? Tu querido Aidan se ha quedado con todo.

—Con todo lo que es suyo y de su familia —puntualizó con una mirada que a Lys le recordó la de un reptil.

—Legalmente me correspondía. Las cuestiones morales, vamos a dejarlos a parte porque desde luego precisamente tú no me vas a dar lecciones.

—Fuiste madre, ponte en mi lugar y ya tienes las explicaciones que has venido a buscar. No hay nada que importe más. ¡Nada! —recalcó con vehemencia—. Si tuvieras un hijo, como yo, defenderías sus intereses por encima de todo.

Aquel alegato a favor del amor maternal colmó la paciencia de Lys, que le estampó una bofetada con toda su rabia. Su cabeza rubia giró noventa grados. Cuando volvió a verle la cara y llevarse la mano a la mejilla, un hilillo de sangre le salía de la nariz.

Lys oyó sus insultos mientras bajaba las escaleras sin mirar atrás. Sus gritos y amenazas de llamar a la policía. Y el portazo con el que se despedían para siempre. En el último escalón, Lys ya la había echado de su vida.

Y puesto que estaba en Dublín, decidió aprovechar para hacer una visita a Collin. Ya había pasado el tiempo de las llamadas y a las respuestas huidizas. Le daría una sorpresa presentándose en su despacho, en las oficinas de la editorial.

Antes de ir, se sentó en un bar que le gustaba de O'Connell Street. Y se acordó de los gitanos que, allí mismo, vendían trenzas de lana a las pandillas y familias que subían calle arriba para asistir a un partido de *hurling*. Las vendían con los colores de ambos equipos, las chicas se las anudaban en la coleta y muchos hombres se las colgaban al cuello o se las enrollaban en la muñeca. El Café de Gina no estaba lejos de allí, a tres o cuatro manzanas. Durante muchos domingos ella también les había comprado, una de cada color, no porque le gustara ese deporte. Lo hacía para apoyar aquella ingeniosa manera de ganarse la vida. Tantas trenzas de lana almacenó en una caja, que un día pensó qué hacer con ellas y las cosió en espiral hasta que confeccionó una alfombra redonda. En ese momento le penaba habérsela dejado en el estudio de Cabrah cuando se mudó de la ciudad.

Un camarero se acercó a su mesa. Llevaba un café irlandés en la bandeja y Lys pensó que venía a tomarle nota de paso que servía a otro cliente. Se sorprendió cuando el hombre depositó la copa de asa coronada de nata ante ella.

—Pero si yo no he pedido todavía.

—Lo ha hecho el hombre que acaba de marcharse. Me pidió que se lo preparara y se lo sirviera a usted.

—¿Qué hombre?

El camarero oteó hacia la calle a través de los cristales.

—Estaba aquí hace un momento, pero su coche ya no está. También dejó esto.

Le entregó una hoja plegada por la mitad y salió a la calle a atender a una pareja que se había sentado en las mesas de la terraza.

Sin desdoblarla, Lys ya sabía que la letra que transparentaba el papel era la de Connor. ¿Cómo supo encontrarla? ¿Por casualidad la vio rondar con la moto desde su coche y la había seguido? Lys abrió la hoja y comenzó a leer.

No creas que te estoy pidiendo perdón, porque no tengo por qué.

Muy propio de él, pensó Lys. Tuvo la sensación de estar viajando en el tiempo, aquel no era un bar, sino la cocina de los McEvan y aquella era una nota amarilla pegada en una fiambarrera. Retomó la lectura porque el mensaje seguía.

Pero recuerdo aquella noche en un pub de la Séptima. Viéndote hacer aquel café me di cuenta de que siempre hay que volcar pasión en cualquier cosa que hagamos, hasta en lo más sencillo. Y ponerlo después en manos ajenas es una manera de regalar un poco de felicidad. Eso a ti se te da muy bien, con cualquier empeño que te propones, pero no sé si eres consciente. Valórate como yo te valoro, aunque no me creas.

No sé si la vida volverá a reunirnos algún día. A lo mejor necesitamos tiempo para que ambos aprendamos a pensar menos y a sentir más, a sonreír en lugar de enfadarnos, a escuchar más que a hablar, a aceptar en lugar de juzgar. Y, sobre todo, a quejarnos menos y a querernos más.

Lys dejó la cuartilla sobre la mesa. «A querernos más», repitió en silencio. «¿Más?».

—Tu corazón es una roca. No quiero estrellarme otra vez y quedarme como una barca varada en la playa. Sola y rota —murmuró, aunque él no podía oírla.

Rememoró con todo su anhelo aquella noche en Manhattan, las palabras inolvidables de Connor, sus besos. Y se aferró a aquella copa con ambas manos, que sabía como los recuerdos. Un café irlandés que él había hecho preparar en secreto, para regalarle con cada sorbo un instante de felicidad.

Capítulo 17

Agria decepción, amargo engaño... Dulces esperanzas

Connor tenía cada día menos ganas de llegar a casa. No era alentador abrir la puerta y saber que tras ella solo le esperaba el silencio. Aquella soledad que tanto apreciaba, había perdido el valor que él mismo le otorgó. La ausencia de Lys se hacía notar, su presencia intermitente había dejado una impronta entre aquellas cuatro paredes que se la recordaba cada día más. En la cocina su libreta de recetas en el fondo de un cajón, el tarro de crema hidratante en el cuarto de baño, los cojines ordenados según su maniático criterio por colores en el sofá del salón que él no se había atrevido a cambiar. En realidad lo hizo, por pura rabia. Y al día siguiente volvió a colocarlos como a ella le gustaba. Por donde vagara su mirada, cada rincón de la casa le hablaba de ella.

Subió las escaleras al trote y, en cuanto se cambió el traje por ropa cómoda, salió de allí y rodeó la verja hacia la casa de su hermana. Cada día la veía más recuperada y ese era un motivo de alegría.

Como siempre, y aunque él insistió en que podía hacerlo solo, Tessa se empeñó en servirle un *whiskey*. Preparó tres, porque como era viernes, Michael acababa de llegar también. Y el tercero fue para ella. La operación y el tratamiento, la enfermedad, en realidad, le había relajado los hábitos. Últimamente se concedía pequeños placeres que se había negado durante años por no perder la línea.

—Así que por fin has decidido mudarte a Cork.

—Durante la semana, iremos y vendremos juntos —le explicó Tessa—. Es hora de abandonar el nido.

—A medias —matizó su marido—. No vas a cambiar y seguirás ocupándote de todo y de todos.

—Michael dice que es hora también de que me ocupe de mí misma.

Les demostró a los dos que iba por el buen camino, paladeando un traguito de *whiskey*.

—Y, a ratos, ocúpate de mí —agregó Michael con malicia.

—Tendrás queja.

—¿Y el jardín? —les recordó Connor.

—Ya has oído a Tessa, vamos a seguir viniendo a Dublín los fines de semana. Y en todo caso, si te aburres y le das un riego con la manguera, le vendrá muy bien.

—A mí no me lées.

Michael miró a su cuñado con aire escéptico, después se levantó y oteó sus queridas plantas desde la ventana.

—Ya idearé algo. Riego por goteo programado. Alguna solución se me ocurrirá.

Tal como lo dijo, dejó el vaso sobre un mueble y salió al jardín. Con su marcha, Connor y Tessa se quedaron en silencio, hasta que ella decidió romperlo.

—¿Sabes algo de Lys?

—No.

—Es una pena.

—Hay sufrimientos peores.

—A mí me lo vas a contar.

Connor la miró de reojo. A veces merecía la pena callarse. Tenía presente que durante los próximos años, Tessa tendría que acostumbrarse a vivir con el miedo en el cuerpo cuando se acercara la fecha de la siguiente revisión oncológica, siempre con la amenaza de sufrir una recaída.

—Cuando la vida te da un aviso, como a mí, aprendes a valorar las cosas más sencillas. Esas a las que, normalmente, cuando todo va bien, no prestamos atención. Hay que ver cómo perdemos el tiempo en tonterías, con lo valioso que es.

—Lo que sea que quieras decirme, hazlo de una vez y déjate de rodeos filosóficos.

—No seas tan arisco.

—Es cosa de familia.

—Como quieras. Ahora disfruto bebiéndome un traguito y vagueando mirando por la ventana, cuando antes lo consideraba una pérdida de tiempo. Me tomo la vida de otra manera —dijo cogiendo el móvil que tenía a su lado en el sofá—. He aprendido cosas que ni imaginaba, por ejemplo, cuánta felicidad cabe en un teléfono tan pequeño. Michael va y viene, tú siempre andas ocupado, y Jessica y Brandon se han relajado al ver lo rápido y bien que me he recuperado, pero hay alguien que no ha olvidado que el ánimo no se recupera tan rápido como el cuerpo. Una persona que yo creía interesada y que me ha demostrado una generosidad que no creo merecer. Esa persona ha sido Lys. Su llamada no me ha faltado ni un solo día.

Connor sonrió con tristeza. Esa era Lys, no cambiaría y ojalá no lo hiciera nunca.

—Ya te dije que te equivocabas con ella. El hecho de que ya no estemos juntos no significa que no me importe.

—Si es así, si todavía te importa, voy a arriesgarme a que se enfade conmigo por contártelo. Pero creo que hay algo que debes saber. Se han portado muy mal con ella, Connor.

Él se incorporó con actitud de alerta.

—¿Quién?

—A ver por dónde empiezo —meditó.

—Por el principio —la apremió con una mirada de inquietud.

Lys había ido a dar un paseo, antes de que se hiciera de noche. Sid le preguntó a Kenn, que le dio algunas pistas de por dónde solía caminar. Bajó hacia el mar y la vio desde lejos, en un banco de piedra.

Se sentó a su lado, contemplando, como ella, la suavidad con que la brisa ondulaba la superficie del agua.

—¿Tú por aquí?

—Hace tiempo que pensaba abrir las viejas cajas que guardo en el altillo. Hoy me he decidido a hacerlo y por fin he encontrado algo que quiero que tengas tú.

Sacó del bolsillo de la camisa una fotografía de un grupo de jóvenes, en la puerta de El Cerdo Azul, vestidos con ropas pasadas de moda. Sid le señaló a un rubio con el pelo largo.

—¿Ese eres tú?

—Sí.

Puso la yema del dedo sobre el cuerpo de una de las chicas que conformaban el grupo, todos sonrientes y felices.

—¿Y a esta chica la conoces? Se llamaba como una ratita aficionada a recorrer el mundo y cocinar.

—Ya lo sé, es mi madre —reconoció, tragando saliva—. ¿Por qué nunca me has dicho que la conociste?

Él no respondió a su pregunta.

—Esta chica alegre y despreocupada pasó por el mundo de puntillas, se marchó, como tantos y tantos, al otro lado del mar en busca de la felicidad pero Gina Scott no se topó con ella y no dejó en aquella tierra ni un rastro que la recuerde —dijo pasando el brazo sobre los hombros de Lys—. Por suerte tú te encargaste de que esa mujer, que a ti te puso el nombre de una flor, no fuera olvidada. Por eso llamaste Gina a tu ratita, para que algo de ella permaneciera vivo y quedara en el recuerdo.

—Así es.

—Deja de pensar que tu madre siempre fue desgraciada, Lys. Quiero que te la quedes —pidió tendiéndole la fotografía, que ella cogió—. Y recuérdala siempre así, sonriendo y feliz.

—Sid, por favor, dime en qué año os hicieron esta foto y como os conocisteis.

Él observó todo el anhelo que había en sus ojos verdes.

—No, no es lo que piensas, Lys. No soy tu padre. Galway es pequeño, aquí nos conocíamos todos y no hay muchos sitios a los que ir. Éramos jóvenes y nos bebíamos la vida de golpe —explicó con una sonrisa de añoranza—. Tu padre debió de ser algún chaval de aquí, me imagino. Pero yo no.

—¿Estás seguro?

—Del todo. Puedes estar segura de que, de haber tenido una hija, habría querido que fueras tú.

Lys se abrazó a su cintura y se quedaron un rato allí sentados, contemplando el vaivén de las olas. Las lágrimas sabían a sal, como el océano embaucador que mata

los amores imposibles y que roba los sueños.

—Connor... —solo silencio—. Connor, ¿me oyes?

—Estoy aquí —titubeó—. Es solo que me he sorprendido al ver la pantalla. No esperaba tu llamada. ¿Cómo estás?

Lys se tomó su tiempo.

—Bien, pero podría estar mejor. Dime una cosa, ¿por qué nunca me llevaste a Tara?

—Pues yo qué sé, porque no se dio la ocasión. ¿Me llamas para preguntarme esto? Me descolocas, te lo juro.

—A veces sentía que me querías mantener al margen de tu trabajo.

Lo oyó chasquear la lengua. Lys no sabía cómo explicarle que ese detalle sin aparente importancia a ella la hacía sentirse arrinconada, igual que en su vida de casada.

—Si querías que te enseñara la mina, ¿no habría sido más sencillo decírmelo en lugar de calentarte la cabeza con ideas absurdas?

—Supongo.

—Lys, cuéntame de verdad cómo te sientes. Porque acabas de decirme que estás bien, pero en tu voz noto lo contrario.

Ella se mordió los labios antes de responder.

—Los días son muy largos cuando tienes la sensación de estar desperdiciándolos.

—El tiempo que empleamos en reflexionar y tomar decisiones no es tiempo malgastado.

—Lo es, cuando esas decisiones son equivocadas.

—¿Te arrepientes de algo?

—¿Y tú?

—Sí.

—Yo lamento muchas cosas. Pero enamorarme de ti no ha sido una de ellas. Tú eres una de las pocas personas que jamás me ha mentado ni defraudado.

—¿Quién te ha hecho daño, Lys?

—Es largo de contar.

—Recuerdo una vez que me dijiste eso y entonces te dije que tenía todo el tiempo del mundo para escucharte. Me reafirmo en lo que dije, cuéntame.

—Quiero hacerlo, pero no así.

—Por eso dicen que las relaciones a distancia son perfectas. Creemos conocer a la persona durante breves periodos en los que nos dedicamos a mostrar nuestra mejor cara. La cercanía, los días malos y los buenos, esa es la vida real.

—Estos dos meses han sido de los peores —reconoció Lys—. Y la distancia no tiene nada que ver.

—¿Nada? ¿Estás segura?

—A estas alturas ya no estoy segura de nada. Cualquier paso que doy se convierte en un error.

—Yo no diría eso. Si mi opinión te sirve de algo, te diré que me alegro mucho de la decisión que tomaste con respecto a la herencia aquella. Renunciando has evitado atarte otra vez a esa familia que ya no son nada tuyo.

—Pero me siento estafada, me han tomado el pelo, Connor. Si te hubiese hecho caso, podría haberlo evitado.

Lys oyó su respiración agitada. Y ruido a su alrededor. Debía de estar en la calle.

—O a lo mejor no. ¿Por qué no me abres la puerta?

—Sí, lo sé, me arrepiento de no haberte escuchado. Encerrándome no...

—Y sigues sin escucharme. Déjame entrar —silabeó—. Llueve de lado y estoy...

Ella corrió a la ventana y apartó la cortina. Con la misma velocidad pulsó el botón y abrió la puerta del apartamento de par en par.

Connor subió en cuatro zancadas, chorreaba como un pollo mojado. Pero la abrazó con toda su alma, mojándole la cara y la ropa de estar por casa.

—Nunca te he dicho que te quiero y ya va siendo hora —murmuró sobre sus labios.

Y se besaron con las manos temblorosas y el corazón rebosante de añoranza.

Esas lágrimas sabían saladas como la piel de su cuello, sus ojos y sus labios. Estaba empapado de la cabeza a los pies. Él la mantuvo abrazada, acunándola mientras ella le resumía la amarga decepción, el engaño, la sensación de fracaso y de sentirse utilizada como una cobaya.

Connor le cogió las mejillas entre las manos para verse en el verde infinito de sus ojos.

—Amor, no puedo asegurarte que nunca vuelvan a hacerte daño. Pero sí te juro que, si alguna vez ocurre, estaré contigo y haré cuanto pueda para que no te duela tanto.

—Nunca más, Connor. Basta de amores con finales tristes.

—Juntos podemos con todo —afirmó con la solemnidad de quien cree fielmente en su palabra—. Porque tú y yo somos uno, Lys.

Y así se amaron esa noche, ciñéndola Connor por el talle para tenerla cerca, acariciándose para cerciorarse de que aquella unión perfecta de cuerpo y mente era real y no un sueño. Dándose, sin negarse nada. Con gozosa desesperación, saboreando la magia de la plenitud. A partir de entonces la vida la contarían en besos, los días en palabras de amor que ya nunca dejarían de ser dichas en voz alta.

—No te marches ahora —suplicó Connor.

Tiró de su mano y la sentó en la cama. Lys ya se había vestido y estaba a punto de

marcharse a trabajar. Divertida, lo peinó con la mano mientras él la miraba con ojos amodorrados.

—Tendrás que aguantarte durante unas semanas, hasta que Sid encuentre a otra persona que me sustituya.

—Que sea rápido.

—Y tú no seas tan impaciente. En cuanto pueda, me mudaré contigo a Dublín y buscaré un trabajo cuando esté allí. En eso quedamos.

—Tú ya tienes un trabajo: escribir cuentos y dibujar a sus personajes.

—Ese es un empleo que no me da de comer.

—¡Es que tú lo quieres todo! —exclamó sonriente—. Es el trabajo que te gusta y con el que te sientes realizada —Lys asintió con un gesto—. Si ganas poco con ello, habrá que asumirlo. La dura vida del artista. Tu pago son los aplausos de tus pequeños lectores y la satisfacción de saber que disfrutan con ellos.

—En eso te doy la razón, pero como no me hace gracia vivir a tu costa, así que...

—... te irás tú todas las mañanas a Tara —completó por su cuenta— y yo me quedaré en la cama. Puedes dibujar a la hora del almuerzo si la aprovechas bien, no hay problema —dijo desperezándose como un gato satisfecho.

Lys le dio un golpecito en el pecho para que dejara de reírse de ella.

—Podemos hacer otra cosa. Me quedaré en tu casa escribiendo.

—En nuestra casa.

Ella asintió y se disculpó con un besito.

—Me quedaré escribiendo y dibujando en casa —rectificó—, con una condición.

—Sin condiciones.

—Con una condición —insistió terca— y en eso sí que no pienso dar mi brazo a torcer.

—Qué bien empezamos.

Con una sonrisa muy *sexy*, tiró de ella para meterla bajo el edredón. Pero Lys impidió que se saliera con la suya, porque se le hacía tarde. Connor tuvo que conformarse con meterle mano por todas las curvas de su anatomía y con un beso robado a traición. Ella se levantó y se cruzó de brazos para explicarle muy seria algo que ni ella se tomaba en serio.

—Seguiré enviando etiquetas al concurso del café instantáneo. Y no te rías.

—Ni se me ocurriría —aseguró con una cara que decía lo contrario—. Si esa es tu condición, aceptada queda.

Después de que Lys se marchase, se duchó y vistió sin prisa. Iba a bajar a desayunar al *pub* pero lo pensó mejor. No le apetecía empezar a recibir palmadas en el hombro y ser el protagonista de una bienvenida chusca por parte de los clientes de siempre, una cuadrilla de cotillas guasones que a esas horas debían estar masticando a

dos carrillos el suculento desayuno preparado por Lys.

Preguntó a la dueña de la tintorería de enfrente, que es ese momento subía la persiana metálica, y ella le dijo qué calles tomar para llegar sin dar rodeos al supermercado más cercano. No estaba lejos, un breve paseo de diez minutos.

Llegó más tarde del cálculo de aquella mujer, porque Connor se equivocó al contar las esquinas. Pero al menos lo había encontrado. Ya dentro, cogió una cesta de plástico y la llenó a rebosar de botes de café soluble.

Una viejecilla de pelo corto y blanquísimo se quedó mirándolo.

—Para al concurso del sueldo, ¿a que sí?

—A ver si hay suerte.

La ancianita sacudió la cabeza como si estuviese cometiendo un error de principiante.

—Los botes de cristal son más caros y solo llevan una etiqueta. Hágame caso, joven, sale más a cuenta comprar cajitas de diez sobres.

—Pero el café sale mucho más caro así.

—Pues compre tarros, a mí me da igual. Total, la que juega a eso del sueldo es mi nieta.

Connor la miró dudoso y luego observó la cesta llena. Y volvió a colocar todos los frascos en el estante, tal como estaban. Cogió todas las cajitas de café soluble que la señora le indicó con el dedo, ganándose con ello un cabeceo aprobatorio de su amable consejera en asuntos de azar.

Guardó su turno riguroso en la cola hasta que llegó a la caja y empezó a poner la compra en la cinta para que una cajera con el pelo cardado y gafas de pasta rosa las fuera pasando por el escáner.

—Caramba, guapetón, si que te gusta el café de sobre, has acabado con todas las existencias.

—Lo odio.

—¡Huy, qué avaricioso! Entonces es que quieres el premio para ti. Como todos, ¡nos ha fastidiado!

—Yo no. Es mi mujer la que cree en esto.

—Y compras todas esas cajas para ella, eso sí es amor verdadero.

Salió cargado con una bolsa en cada mano y eligió un bar que vio a cincuenta metros a la derecha. Como empezaba a lloviznar, se sentó en el interior. Una lástima, porque el sitio tenía una bonita terraza.

Enseguida se le acercó el dueño con una libreta de notas.

—¿Qué ponemos? ¿Un desayuno completo?

—No tengo mucho apetito. Un té y unos huevos revueltos con tostadas.

—¿Ponemos *bacon*?

—También. Una loncha.

—¿Y salchichas?

—Una.

—¿Blanca o negra?

—De las dos.

—¿Judías?

—Venga, pero que sean pocas.

—Y eso que no tenía hambre.

—Si no deja de tentarme...

El hombre sonrió por debajo del bigote.

—¿Algo más?

—Sí, una cosa más —agregó, ojeando las bolsas.

No confiaba en absoluto en la probabilidad de que le tocara ese ansiado sueño, pero si a Lys la hacía feliz, no le importaba pasar el resto de su vida recortando etiquetas para ella.

—¿Unos champiñones?

—No, gracias, ya voy bien. Pero ¿podría prestarme unas tijeras?

Epílogo

Agosto con tarta de boda. El futuro sabe a delicia de fresas con nata, frambuesas y grosellas

Seis años después...

—Ya están en la cola del mostrador de embarque —dijo Brandon.

—Bien está eso, que disfruten, que a partir de ahora ningún viaje será igual —opinó Connor, sin perder de vista a las tres niñas.

Pensando en ellas lo dijo. Se veían muy entretenidas en torno a la mesilla de juegos del jardín compartido por ambas casas. Hacía un par de años que decidieron derribar el seto que los separaba, con la excusa de que las pequeñas no salieran a la calle en su incesante ir y venir de la casa de los O'Brien a la de los McEvan.

Connor miró el reloj, aún era pronto para almorzar. En ausencia de Tessa, Suyen se había quedado a cargo de todo e insistía en enseñar a Lu, la cocinera, las especialidades orientales que incluía en sus menús durante el resto del año. Habían adelantado las vacaciones para asistir a la boda de Jessica y su intención era quedarse en Irlanda hasta mediados de agosto.

Jessica y Kenn habían decidido casarse en verano porque querían a toda costa que los acompañaran ese día todas las personas que más querían. Y Brandon, Suyen y Mary no podían faltar. La boda había sido una decisión muy meditada por ambos, tras más de dos años de separación no pensaban desaprovechar esa segunda oportunidad con la que el destino les había unido de nuevo.

Después de convivir durante dos, su relación sufrió un desgaste debido a las obligaciones de ambos. El trabajo y la dedicación al estudio, primero de Jessica, y más tarde de Kenn, que decidió regresar a su país para obtener la titulación como técnico en prevención de riesgos laborales. La distancia y la tensión los llevaron a tomar caminos separados. Tiempo de soledad en los que Jessica no encajó con ningún hombre. Ninguno le duraba porque a todos les veía defectos que acrecentaban la añoranza de Kenn. En cuanto a él, disfrutó de romances breves que lo dejaban indiferente una vez satisfecho el instinto más primario. Dos años y medio transcurrieron hasta que volvieron a verse. Jessica había conseguido el grado como abogada acreditada para litigar en los tribunales y andaba inmersa en la demanda a una empresa metalúrgica, ya que su cliente había sufrido un accidente laboral estando empleado en la misma. La casualidad hizo que tuviera que vérselas cara a cara con el abogado de la empresa y con el responsable de la seguridad laboral. Aunque durante los primeros meses de su separación continuaron en contacto, las llamadas se fueron espaciando y los mensajes menguaron hasta desaparecer. Prácticamente se habían

perdido la pista hasta aquella memorable reunión a la que el director de personal y el abogado de la metalúrgica acudieron acompañados del responsable de prevención de riesgos laborales. Se sorprendieron de verse, Jessica no sabía que Kenn había regresado a Irlanda a ejercer la profesión a la que siempre quiso dedicarse. Pese a todo, el caso lo llevaron con rigor, sin darse tregua, defendiendo cada cual su posición. No llegaron a los tribunales porque Jessica aconsejó a su cliente retirarse a tiempo, dado que su pretensión de llevar a juicio a la empresa no tenía visos de prosperar. El accidente ocurrió porque tenía que ocurrir y no a causa de una negligencia en las medidas de seguridad.

Acabada la última reunión, quedaron para esa misma noche con la excusa de compartir unas pintas por los viejos tiempos. Aunque ambos sabían que aquellos días no quedaban tan lejanos ni habían envejecido los sentimientos que compartieron. A las dos primeras cervezas, les siguieron otras dos. Cuando Jessica se levantó para pedir la tercera ronda en la barra, Kenn la siguió, la cogió de la mano y la sujetó con esa ligazón de fuerza y ternura que solo es posible cuando se siente que el amor se escapa.

—Jessy —murmuró con un tono que la hizo temblar—, ¿vamos a seguir bebiendo hasta que se haga de día?

—Me has contado lo feliz que eres y yo también lo soy, pero...

—Pero los dos sabemos que es una pobre manera de conformarse, nunca he dejado de pensar en ti.

—Yo había perdido la esperanza de volver a verte. Y ahora te presentas otra vez en mi vida, sin avisar.

—Si quieres me marchó, pero no esperes que te olvide después de esta noche. Ahora sé cuánto te quiero.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y dejaron de perder el tiempo. En vez de beber hasta el amanecer, no dejaron de besarse hasta que se hizo de día.

Desde entonces, vivieron juntos en Dublín, ella dedicada a defender causas perdidas, rechazando las propuestas de Connor cada vez que insistía en que se uniera a la empresa familiar. Kenn, en cambio, andaba meditando hacía tiempo la oferta de Connor para trabajar en O'Brien Suirbhé, volcarse en la prevención de riesgos mineros lo atraía como un canto de sirena.

Pero en eso no pensaban un día después de casados. Habían partido hacia su luna de miel en Italia hacía apenas tres horas. Brandon los había llevado al aeropuerto. Esa misma mañana se despidieron de toda la familia. De ambas, puesto que una docena de Sayer sobrevolaron el Canal de la Mancha para asistir a la boda. Y como los novios partían hacia el soleado sur del continente, ante la insistencia de los abuelos McEvan de mostrar a los galeses las bellezas de su pueblo, Tessa había planeado un fin de semana con toda la familia política en Blarney; para que conocieran la vida en la granja, el castillo medieval del pueblo con su altar de los sacrificios y besaran, si se atrevían a hacer acrobacias, la famosa piedra de la elocuencia.

Así que en el 14 de Ailesbury Road solo quedaban Brandon y Connor con sus respectivas mujeres e hijas. El primero fue a la cocina a ver cómo iba la preparación del almuerzo. Connor observó a Jessica junto a los setos de lavanda que, junto a los cientos de crisantemos blancos en plena floración, eran el orgullo de Michael, y fue hacia ella. La pilló por sorpresa, haciéndole cosquillas en la cintura.

—¿Qué haces aquí sola?

Ella se dio la vuelta. Todavía le gustaba mirar al sol con intimidad, pero ya no lo hacía con tristeza. Connor ojeó el sol de oro que llevaba prendido de una fina gargantilla. Se lo regaló el día que empezaron a vivir juntos en aquella casa, un talismán pequeñito y sonriente, con dos puntitos a modo de ojos, que le recordaba cada vez que se miraba en el espejo, que allá arriba, en el cielo, velaría siempre por ella un ángel con una sonrisa idéntica.

—Ya sabes, ideas, ideas, ideas... Mi cabeza nunca deja de imaginar.

Su mente inquieta no paraba de cavilar nuevas aventuras de la ratita Gina, cuyos cuentos seguía escribiendo. Sus pasiones eran las mismas: fantasear, inventar, dibujar y cocinar. Pero había logrado combinar todas esas cosas que le proporcionaban satisfacción de la manera más curiosa.

No hubo suerte en el azar. A Lys nunca le tocó el ansiado premio del café que anunciaban en televisión por muchos cupones que enviara a aquel concurso. Pero fue el medio televisivo el que acudió a ella. Si Connor la ayudó a superar la congoja que le provocaba encontrarse con niños, fue él también quien la animó a aceptar aquella propuesta.

Dos años atrás, aún eran sus hijas muy pequeñas, aceptó hacerse cargo de un programa semanal infantil, de media hora de duración, donde elaboraban platos de la cocina tradicional irlandesa. Por supuesto, la ratita Gina y sus andanzas culinarias tenían especial protagonismo. Niños, cuentos y recetas de cada rincón de la isla esmeralda. Si los dioses de las leyendas celtas se hubieran confabulado, no habrían ideado combinación más perfecta para Lys.

Sí, porque fueron dos. Ambas inesperadas, porque ocurrió en un descanso de Lys de las píldoras anovulatorias. En un momento de esos en que el deseo apremia y se piensa: «Por una vez, ¿qué puede pasar?». Y resultó que sí, que pasó y que la imprudencia pasional les dio un susto doble que los llenó de alegría y estupor el día que las vieron moverse hechas una piñita en el monitor del ecógrafo.

Dos pequeñas pelirrojas que en ese momento corrían por el jardín hacia ellos.

—Se acabó la tranquilidad —murmuró Connor.

Rossie y Martha correteaban con las manos en alto; su padre se temió lo peor. Desde que Mary llegó de los Estados Unidos, habiendo dado un estirón que los dejó a todos pasmados, sus pequeñas tías revoloteaban a su alrededor como un par de locas para que las dejara investigar en su maletín de cosméticos de la muñeca Barbie, más surtido que el de una maquilladora profesional.

—¡Mamá, mira! —gritaban mostrándole las uñas, Rossie azul eléctrico y Martha

de un rosa violáceo.

—¿Os las ha pintado Mary?

—¡Sí!

Connor arrugó el ceño.

—¿Desde cuándo se han vuelto así de presumidas?

—Mary es su modelo, las fascina con sus pinturas.

—Pero tienen cinco años.

Lys las veía tan felices que le daba lo mismo que se pintaran las uñas en vacaciones y se hicieran la una a la otra mil peinados frente al espejo.

Quién sabía qué decidirían cuando crecieran, si serían expertas en moda o en minería. Connor tenía a la vista, sobre la mesa de su despacho, una foto de Rossie y de Martha enmarcada. Se la sacó el primer día que bajaron a la mina; se le caía la baba viéndolas tan adorables con sus cascos amarillos de seguridad.

Llegaron sin avisar, pero una vez las tuvieron en los brazos, Connor y Lys supieron que ya no podrían vivir sin sus dos agotadoras hijitas.

Lys cogió a Connor por la cintura para que le hiciera caso solo a ella por un momento.

—He estado pensando hace un rato. Ayer fui tan feliz viendo a Jessica y a Kenn, que creo me han dado envidia. ¿Qué dirías si te pido que te cases conmigo?

Connor alzó las cejas y explotó a reír.

—¡Papá, no te rías! ¡Dile que sí!

—A callar, par de brujitas cotillas. Esto es entre vuestra madre y yo —y se dirigió a Lys—. ¿Cuántas veces te he pedido que nos casemos durante estos años?

—Muchas.

—Y en cada ocasión que te lo he rogado, tú me has dicho que estamos bien así.

Aquella no era la respuesta que esperaban sus ilusionadas gemelas, y no dudaron en hacérselo saber.

—Pero mamá tiene que darle la vuelta al anillo de Claddagh —dijo Rossie.

—Y ponérselo en la mano izquierda, para que todos sepan que está casada contigo —añadió Martha.

—Y cuando eso ocurra grabaremos por la parte de dentro del anillo... —probó Connor.

—*Síoraí gra* —respondió Rossie.

—¿Qué quiere decir? —insistió su padre.

—¡Amor eterno! —respondieron las gemelas a coro.

Connor sonrió de medio lado a Lys.

—Tenemos unas hijas muy listas.

—Como tú.

—Venga, papá, dile que sí. Queremos ir a la boda.

—Y nos haremos vestidos nuevos.

—Y coronas de flores en el pelo.

—Y nos dejarás pintarnos los labios con brillo, ¿verdad, mamá? ¿Verdad que podremos?

—Listas y coquetas —añadió Connor—. ¿Debo empezar a preocuparme?

—Yo me esperaría a que crezcan un poquito más —aconsejó, abrazándose más a él—, para qué calentarte la cabeza antes de tiempo.

—No subestimes a los ligones de preescolar.

Lys rio viendo cómo las miraba correr de nuevo hacia la casa; cansadas de esperar una respuesta que no llegaba, decidieron anunciar la boda de sus padres sin esperar ni un minuto.

—Nos casaremos en invierno, para estar todos. Brandon y Suyen tienen previsto volver días antes de Navidad.

—Aún no he dicho que sí.

Lys sonrió con malicia.

—Ya veo que piensas vengarte por todas las veces que yo me he hecho la loca cuando tú me lo pedías.

—Puede.

Lys se acercó a su boca. Tan guapo o más que el día que lo conoció, para ella no existía hombre más atractivo que él. Y divertido y desesperante y agudo y responsable e irónico y prudente e infinitamente leal. Todo, le gustaba todo de él. Incluso sus ganas de hacerla rabiar. Eso significaba amarse de verdad. Reconocer que ninguno de los dos era perfecto y estar absolutamente seguros de que ni él ni ella desearían pasar el resto de su vida con alguien distinto.

Connor dejó que lo convenciera a su modo, la apretó con fuerza y se dejó llevar. Lys le ponía tanta pasión, lo besaba con tantas ganas, que decidió alargar un rato más el placer de tomarse la revancha.

Las recetas preferidas de Lys

A la ratita Gina no creo que le importe que le robe algunas de sus recetas. Es más, intuyo que se pondrá muy contenta al saber que voy a regalároslas. Es mi deseo que las conservéis siempre, ya que los sabores tradicionales de nuestra amada Irlanda son una caricia para el paladar, una alegría para el estómago y un tesoro que, allá donde vamos, llevamos con nosotros, guardado en el corazón.

Vuestras son desde hoy, con todo mi cariño.

Lys

Para los McEvan de América, Brandon, Suyen y Mary. Que este sabor a mar os recuerde siempre que, al otro lado del océano, hay una luz que nunca se apaga para ayudaros a encontrar el camino de regreso a la isla esmeralda.

SEAFOOD CHOWDER

(Sopa de marisco)

INGREDIENTES:

- 1 cucharada de mantequilla
- 1 cebolla picada fina
- 50 g de tocino a daditos
- una ramita fresca de tomillo
- 1 hoja de laurel, 300 g de patatas picadas
- 1 litro de caldo de pescado
- 150 g de bacalao fresco
- 150 g de salmón fresco
- 250 g de bacalao ahumado
- 250 g de salmón ahumado (todos los pescados limpios y en dados)
- 1 kg de mejillones
- 1 cucharada de perejil picado
- 160 g de nata para cocinar
- Sal, pimienta y unas tiritas de salmón ahumado para decorar.

Derretir la mantequilla en una olla grande. Sofreír la cebolla hasta que se ablande, añadir el tocino hasta que esté dorado. Agregar las patatas, el tomillo y el laurel y sofreír sin dejar de remover. Añadir el caldo de pescado y salpimentar.

Cocer a fuego lento hasta que las patatas estén tiernas pero firmes. Agregar entonces los pescados y mejillones y cocinar a fuego lento durante 5 minutos.

Desechar los moluscos que no se hayan abierto durante la cocción.

Retirar la olla del fuego, añadir el perejil y la nata removiendo con suavidad para no romper los dados de pescado. Servir bien caliente, adornando los cuencos o platos con las tiritas de salmón ahumado.

Para Kenn, mo anam cara, mi amigo del alma. Conociste a Jessica tirando pintas de Guinness; que su inigualable sabor dublinés, que nace en las lejanas montañas de Wicklow, os recuerde a los dos el largo camino que aún os queda por recorrer cogidos de la mano.

BEEF AND GUINNESS STEW

(Estofado de ternera a la cerveza Guinness)

INGREDIENTES:

- Una loncha de tocino
- 1 kg de carne de vaca en dados
- 1 cebolla picada, 2 zanahorias a rodajas
- 1 cucharada de salsa de tomate
- 250 g de champiñones
- 2 palitos de apio troceados
- 2 dientes de ajo laminados
- 1 puerro picado
- 1 pinta de cerveza Guinness
- 50 g de harina
- caldo de carne o verduras
- 1 cucharada de azúcar moreno
- 1 hoja de laurel, un atadillo de tomillo y romero, sal y pimienta negra.

Freír lentamente el tocino a dados en una cazuela de hierro hasta que suelte la grasa. Salpimentar la carne, pasarla por harina y sofreírla junto al tocino.

Retirla e ir añadiendo a la cazuela todas las verduras, excepto los champiñones. Por último, incorporar el tomate, dar unas vueltas, añadir la carne y regar con la cerveza. Agregar el azúcar y las hierbas aromáticas. Terminar de cubrir la carne con caldo y estofar a fuego lento durante unas dos horas hasta que esté tierna, el líquido se haya reducido a la mitad y adquiera textura densa.

Saltear los champiñones en una sartén y agregarlos en el último momento. Servir con puré de patata y pan recién hecho.

Para Tessa y Michael. No podía regalaros otro que el plato estrella de la

recordada abuela O'Brien. Crecí sin hermanos y, ahora que veo a nuestras hijas, valoro cada día la suerte de teneros a los dos. Seguro que su sabor, como a mí, os recordará que, quien planta semillas de buena voluntad, ve florecer el cariño.

COTTAGE PIE

(Pastel campesino de cordero y puré de patata)

INGREDIENTES:

- 450 g de carne picada de cordero
- 1 cebolla picada
- 4 zanahorias picadas
- una lata pequeña de guisantes cocidos
- 300 ml de caldo de carne
- 2 cucharadas de salsa Worcester
- 1 cucharada de puré de tomate
- 1 diente de ajo picado, perejil picado
- 1 cucharadita de tomillo molido
- 2 lonchas de tocino ahumado cortado en daditos.

Para el puré:

- 1 Kg de patatas
- una cucharada de mantequilla
- 100 ml de leche dos cucharadas de queso
- Cheddar rallado.

Hervir las patatas hasta que estén tiernas, triturar con el pasapurés. Sazonar en un cuenco y añadir la mantequilla y la leche, removiendo hasta que la mezcla resulte homogénea.

Mientras hierven las patatas, sofreír el tocino, la cebolla, la zanahoria y el ajo hasta que la cebolla esté dorada. Agregar la carne y dar vueltas hasta que pierda el color rosado. Agregar la salsa Worcester, y remover dos minutos más. Añadir el tomate y el tomillo. Cubrir con el caldo y cocer a fuego lento durante 20 minutos. Añadir el perejil y los guisantes y dejar estofar un poco más. Sazonar.

Colocar en una fuente y alisar con un tenedor. Encima del picadillo de carne, colocar el puré y alisar también haciendo rayas con los dientes del tenedor. Espolvorear con el queso y hornear a 180° durante 20 minutos, hasta que la capa de patata se dore.

Para Sid, que me tendiste la mano y tu buen corazón cuando más falta me

hacían. Sé que te encantan estas humildes galletas tan nuestras, porque amas la sencillez y eres feliz sin complicarte la vida.

IRISH BUTTER COOKIES

(Galletas irlandesas de mantequilla)

INGREDIENTES:

- 2 tazas de harina (medida de un cuenco de cereales de desayuno)
- ½ cucharadita de levadura en polvo
- ¼ cucharadita de sal
- ¾ de taza de azúcar
- 225 g de mantequilla de la mejor calidad (a ser posible, irlandesa)
- 2 yemas de huevo batidas
- 1 cucharadita de vainilla
- Nueces pecanas (opcional)

Precalentar el horno a 165°. Mezclar con robot de cocina o con varilla la mantequilla y el azúcar. Añadir la vainilla y las yemas y seguir batiendo. Añadir juntas la harina, la levadura y la sal. Amasar bien con las manos (o con el robot) y formar cilindros de masa del diámetro de las galletas. Envolver en papel film y refrigerar toda la noche.

Al día siguiente, desenvolver. Mientras está bien fría, cortar en círculos de ½ centímetro con un cuchillo afilado e ir colocándolos sobre una placa de horno, cubierta con papel encerado. Espolvorear con azúcar y cocer durante 12 minutos.

A mí me gusta decorarlas con una nuez pecana en el centro. En tal caso, ponerlas sobre las galletas antes de hornear y, cuando lleven cinco minutos cociendo, abrir el horno, presionar ligeramente la nuez para que se adhiera bien y continuar la cocción. No deben dorarse. Ni probar hasta que estén frías y hayan adquirido la consistencia perfecta.

Para mi Martha, mi niña soñadora. No podía elegir algo que te agrade más que este postre, delicioso como esos abrazos apretados que tanto te gusta darnos, tan dulce como tú.

IRISH OATY APPLE CRUMBLE

(Crujiente de avena y manzana)

INGREDIENTES:

Para la base:

- 600 g de manzanas peladas y troceadas
- 1 cucharada de harina

- 60 g de azúcar moreno
- Unas gotas de zumo de limón.

Para el *crumble*:

- 150 g de harina
- 150 g de copos de avena
- 175 g de azúcar moreno
- 200 g de mantequilla fría
- Nata montada o helado de vainilla para acompañar.

Precalentar el horno a 190°.

Mezclar en un cuenco las manzanas con la cucharada de harina, azúcar y limón. Cubrir con la mezcla una bandeja para horno.

Mezclar aparte todos los ingredientes del crujiente con las manos, en frío, hasta que adquiera la textura de migas de pan. Colocar sobre las manzanas.

Hornear durante 30 a 40 minutos, hasta que el crujiente adquiera un color dorado y las manzanas burbujeen. Servir templado o a temperatura ambiente, acompañado de nata o helado.

Para mi Rossie. Mi niñita presumida, cómo disfrutas con esta delicia que te deja los labios brillantes como a ti te gustan, preparados para dar dulces besitos.

SEVILLE ORANGE MARMALADE

(Mermelada de naranja)

INGREDIENTES:

- 1 Kg de naranjas
- 1 Kg de azúcar
- ½ cucharadita de jengibre
- ½ limón

Lavar las naranjas y el ½ limón. Dejar en remojo, en una cazuela con agua, durante un día y una noche. Pelar y cortar la pulpa en dados, libre de pieles blancas. Reservar algunas cáscaras.

Poner a hervir en una cazuela, junto al azúcar, y el zumo de limón. Cocer a fuego lento y no dejar de remover hasta que espese y adquiera la consistencia adecuada. A mitad de cocción, cortar un puñado de tiritas muy finas de cáscara de naranja y añadirlas.

Si no se van a esterilizar los tarros, conservar en la nevera y regalar el resto para consumirla pronto. Os agradecerán el detalle con aplausos.

Y para ti, ya lo sabes. Porque lo eres todo desde aquella noche con sabor a Irlanda en Nueva York. Porque estaba marchita y me devolviste la vida. Porque así me saben tus besos. Porque así sabe el amor.

CAIFÉ GAELACH

(Café irlandés)

El café irlandés debe servirse en una taza alta de cristal. O en su defecto, en copa (si el vidrio es grueso, mejor).

INGREDIENTES:

- 2 tazas de café fuerte
- 50 ml de *whiskey* irlandés (ojo, la «e» marca la diferencia. No vale utilizar *whisky* escocés)
- 4 cucharadas de azúcar moreno
- 200 ml de nata batida sin llegar a montarla.

Llenar la taza o copa con agua caliente y vaciar. Una vez hemos calentado el cristal, depositar en el fondo el azúcar y el *whiskey* hasta llenar una tercera parte de su volumen. Preparamos dos tacitas de café fuerte, a ser posible de máquina, y lo vertemos sobre la copa hasta casi el borde. Terminar de llenarla con la nata hasta que haga colina. La manera perfecta es dejando caer la nata sobre el dorso de una cuchara con la punta sumergida en el café. De ese modo resbala suavemente y no se mezcla con el líquido, porque debe flotar encima. Hay que beberlo sin remover, a pequeños tragos a través de la crema batida.

Gracias, una vez más

Sois muchas las personas a las que debo tanto agradecimiento que la palabra «gracias» se me queda corta. Sin vosotros esta novela no sería la misma.

Me siento afortunada porque siempre que necesito que me echen una mano, toda esta buena gente que me rodea se brinda encantada a echarme una, dos y las que hagan falta.

Gracias a mis lectoras, tan fieles y agradecidas, en especial al grupo de Facebook «Las chicas Happys de Olivia Ardey», un pequeño hogar virtual donde, desde España a América Latina, charlamos y compartimos amistad. Y, cómo no, a los lectores que disfrutaban leyéndome. Vuestro entusiasmo y apoyo son el motor que tira de mi imaginación y mueve mis dedos sobre el teclado para seguir escribiendo historias con finales felices.

A Mayte Cabezas de Herrera Ansótegui, Hannah Grandson, Encarna Cabañes Falomir, Esther Tendero Bedrina, Manolo Montero Romero, Rosa Tovar Sancho, Alfredo Sánchez Navarro y a mi hijo Jaime Asensio Yedra, por regalarme esas anécdotas, expresiones y ocurrencias que ya forman parte de la novela.

A Fabián Vázquez, por ser mis ojos y oídos en Irlanda.

A Mar Rodríguez y María José López Ordiales, mis letradas de cabecera, por estar siempre al quite, a cualquier hora del día o de la noche, para resolver mis dudas legales.

Y, una vez más, a Consuelo Olaya López por su infinita paciencia. Gracias a su ilusión y buen hacer, este libro está en vuestras manos.



OLIVIA ARDEY nació en Alemania pero al poco su familia regresó a Valencia, ciudad donde reside con su marido y sus dos hijos. Ha crecido, vive y trabaja entre libros.

Apasionada del género corto, es autora de relatos y cuentos infantiles. Muchos de ellos premiados, han sido publicados en diversas antologías y revistas. Uno de ellos fue traducido y publicado en Italia en la revista *Romance Magazine*.

Es autora de la columna *Del libro al paladar* en la web literaria *La Pluma Afilada*, donde comenta novelas y las recetas que sus páginas esconden.